



7

0

123

7509

Juan Lopez Castañón



OPUSCULOS
DE S. BERNARDO
ABAD DE CLARAVAL.

TRADUCIDOS AL CASTELLANO

*Por el P. M. Fr. Adriano de Huerta, Monge Cisterciense
del Monasterio de Osera, y Confesor del Real
Morasterio de Vileña.*

CONTIENE ESTE TOMO

Cinco Libros de la Consideracion dirigidos al
Papa Eugenio III. pag. 1. El Tratado ò Carta
de las costumbres y oficio de los Obispos á
Henrique Arzobispo de Sens, pag. 144. El Li-
bro ò Sermon de la Conversion á los Clérigos,
pag. 212. El Libro ò Tratado del Amor de Dios
á Emerix Cardenal y Cancelario de la Sta.
Romana Iglesia, pag. 281.

AÑO DE



1795.

CON LICENCIA.

En Burgos: Por D. Josef de Navas.



OPUSCULOS

DE S. BERNARDO

Monasterio de Flandes.
 del Monasterio de Osnabrug y Confesor del Real
 Castillo de B. Abtino de Huesca, Monje Cisterciense
 den de S. Bernardo en los Reynos de
 y tambien General Reformador del Or-
 de las Cartas, y Abtino de Huesca, Monje Cisterciense
 de Flandes, y Confesor del Real

Roma Padre:

CONTIENE ESTE TOMO

cinco Libros de la Consideracion dirigida al
 de las costumbres y oficio de los Obispos &
 de las costumbres y oficio de los Obispos &
 de las costumbres y oficio de los Obispos &
 de las costumbres y oficio de los Obispos &
 de las costumbres y oficio de los Obispos &
 de las costumbres y oficio de los Obispos &
 de las costumbres y oficio de los Obispos &
 de las costumbres y oficio de los Obispos &

AÑO DE 1795

CON LICENCIA

En Burgos: Por D. Josef de Nolas



*Al Rmo. P. Mro. D. Fr. Benito Escudero,
Abad que ha sido de los Monasterios
de Belmonte, y Santa Ana de Madrid,
y tambien General Reformador del Ór-
den de S. Bernardo en los Reynos de
Castilla, &c.*

Rmo. Padre:

Quando Roma podia gloriarse de tener ya dentro de sus muros, no solo las riquezas de las Naciones, sino su cultura y sus ciencias: quando el Pueblo alhagado, ya con la eloquencia de Ciceron, ya con los cantos de Cátulo y de Virgilio, podia mostrar un oido desdeñoso y esquivo à todo lo que no fuera exquisito en el estilo, asegura Horacio, que escuchaba con mucho agrado y atencion las composiciones y traducciones, en que sobresalia la doctrina de las costumbres, aunque el arte y estilo fuesen desiguales.

*Respicere exemplar vitæ, morumque jubebo
Doctum imitatore[m], & veras hinc ducere voces,
Interdum speciosa locis, morataque recte
Fabula nullius veneris, sine pondere & arte
Valdius oblectat populum, meliusque moratur
Quam versus inopes rerum, musæque canora.*

Horat. Art. Poet.

Efectivamente, entonces fué quando varios ingenios de Roma se aplicaron con un estudio infatigable à trasladar à su lengua nativa y vulgar las mejores producciones de la Grecia en materia de costumbres: y ni dudaron dedicar sus traducciones à los primeros hombres que resplandecian en ella en aquel siglo de oro, y procurarse consiguientemente por Mecenas y protectores los mismos que poseian en el mas alto grado asi la eloquencia, como la erudicion de los Griegos, y que hacian sus delicias de tener y leer sus mejores autores, y de gustar en el propio idioma las gracias y primores del language àtico. Reflexionaban estos Traductores que los hombres mas sàbios son los mas indulgentes para condonar los defectos de la traduccion, quando el macizo de la obra por decirlo asi, es sòlido, y ùtil, y que nadie desea mas vivamente que ellos mismos, que se extiendan al conocimiento y uso del pùblico, estos libros de que, por haberlos ellos tenido siempre entre sus manos, conocen mejor el precio y la importancia.

Confieso que entre las fatigas de mi traduccion, en que bajo el peso de mi insuficiencia he gemido frecuentemente, y en que al volver à consultar su excelente, sublime modelo, y confrontar con su belleza la trazada imagen, no he visto yo mismo sino unos rasgos medio formados; solo he podido respirar en la esperanza de que siendo estas obras de San Bernardo en su fondo y macizo de eloquencia y doctrina piezas acabadas y perfectas à todas luces, y que pudiendo decirse sin exageracion que cada una de ellas tiene mas excelente y sana philosophia, no digo, que todos los teatros romanos y griegos, porque no parece esta comparacion decorosa; sino, que los libros de Platon, de Antonino, y de Plutarco, aunque se añada la famosa escuela de los Estoycos; y que tiene mas dulce persuasiva en el mismo nervio y enlace de sus razones y discursos

sos que quanto ostenta la Ethica pagana, ya en el Manual de Epitheto, ya en las celebradas tablas de Cebes; lograria una favorable acogida en la sabida piedad y devocion de los Españoles: en esta nacion inclita, que bien que sabe estimar el exterior adorno de la elegancia de estilo, ha apreciado siempre mucho mas el juicio, la solidez, la pureza de los libros piadosos, y que estoy para decir que preferirá las traducciones en que la llaneza y sencillez lleva consigo la ingenuidad, candor y circunspeccion; que así como es el mas propio traje de la verdad, así es lo que mas confronta con el noble caracter que la distingue, y que muestra à todo el mundo como propia divisa suya la igualdad, la constancia y la solidez en todo: En una nacion, de quien sabemos tambien que el amor que tiene à la pureza de doctrina, ha hecho casi genial en ella un noble, y generoso miedo; y que caminará mas à su gusto por una vereda llana y abierta en materias de Religion, y de costumbres, que no por un camino sembrado de hojas y de flores de la mas bella eloquencia; sabiendo ella quantas veces se ha ocultado el áspid del error entre estas flores, y hojas.

Igualmente, me hacia recobrar de mi desaliento entre estas fatigas la esperanza de que V. Rma. recibiria con agrado esta traduccion, que en prueba de mi respeto, gratitud, y estimacion hácia su persona, le ofrezco y dedico. Ni nadie admirará que yo dedique à V. Rma. estas tales quales fatigas. Posee V. Rma. de muchos modos todos los escritos de este Santo è illustre Padre de la Iglesia: su letura le ha sido siempre familiar; sus documentos è instrucciones le han servido de modelo para formar sus costumbres; y en el regimen de las Prelacias, y del Generalato de la Religion, se ha conocido bien que San Bernardo en sus preciosos escritos era el fiel è incorrupto consejero que asistia en sus deliberaciones.

nes; el zeloso defensor de la disciplina monástica que reglaba todas las máximas de su gobierno; y la luz que dirigia la expedicion de todos los negocios. V. Rna. ha partido con San Bernardo el honor de las Prelacias que ha regido, y èl mismo, no disminuyendo, sino sosteniendo su autoridad; ha suavizado y aliviado los cuidados y las solicitudes inseparables de estos empleos. Pero, habiendo sido los escritos del Santo para V. Rna. luminosa antorcha en todos los negocios, y en sus útiles ocios un inocente recreo; principalmente han hecho sus delicias estos preciosos libros suyos, que ofreciendo el mas agradable y magestuoso espectáculo, hacen mirar en todo su esplendor las prerrogativas de la Silla Apostòlica, no habiendo hablado nadie ni sentido à cerca del Sumo Pontífice ni con mas magnificencia ni con mas verdad que San Bernardo; los privilegios de la respetable dignidad de los Obispos, de que nadie ha sido defensor mas zeloso; los grados, la disposicion de todo el Clero; la hermosura respetable de la Hierarquia de la Iglesia, cuyo buen òrden y arreglo nadie le ha amado mas, ni zelado; son al mismo tiempo un extracto de los sagrados cánones, una suma luminosa de la disciplina de la Iglesia, una arte perfecta de gobierno y de prudencia, en que desde la vocacion al estado clerical hasta la obtencion de la primera y suprema Dignidad de la Iglesia se dà una instruccion completa, y propriamente incomparable, y digna de escribirse en cedro. ¡Què nueva belleza se presenta en ellos! San Bernardo eleva la mente de sus Letores, y despliega à sus ojos el augusto espectáculo de la Hierarquia Celestial, y hace ver como de un golpe de vista todo el òrden admirable del Universo, y un Dios infinitamente perfecto, que es el principio y fin de todas las cosas; tratando de los augustos mysterios de nuestra Religion con dignidad, pero con una claridad y òrden que atrae y detiene,

y que vñ inspirando el respeto y el amor á las cosas divinas. Yo me prometo pues que ha de ser grata á V. Rma. esta traducion, y que la recibirá benignamente, pues à pesar de sus imperfecciones es una copia de lo que en el aprecio de V. Rma. ha tenido el primer lugar. Que se digne el Santo atraer sobre V. Rma. las gracias, y las bendiciones del Cielo; como le pide este su mas adicto, ingenuo servidor.

Fr. Adria no de Huerta.

PROLOGO DEL TRADUCTOR.

LA facundia de San Bernardo le habia dado derecho entre los Eruditos, para que le asignasen honroso lugar en el esclarecido catalogo de los primeros Padres de la Iglesia, pudiendo asi su mérito lo que al parecer le quiso negar el tiempo; pero la elegancia que despliega en estos libros de Consideracion obliga à estos mismos à retroceder en los siglos todavia mas, y colocarle por el respeto y estimacion en la edad de oro de la eloqüencia. Remuneracion gloriosa de su delicada pluma, y que lejos de ser excesivo aplauso, le es debida por una especie de justicia. ¿Què mucho que no pueda estorvar el tiempo, que no sabe volver atras, que se cuente entre los primeros Padres de la Iglesia, el que hizo renacer en sus escritos la solidez y magestad de estilo de los primeros Padres de la Iglesia? ¿Què mucho que se le haga lugar en el brillante siglo de Augusto, à quien en el suyo supo mostrar todo el lleno de la magnificencia de la eloqüencia Romana?

En efecto, es poco para gloria de la pluma de San Bernardo, que en medio de la frialdad è inculta literatura y estilo de que se formaba todo el gusto de su siglo à influjos casi irresistibles del dominante Peripato, se conservase pura de este contagio. Qualquiera que lea sus obras, recorrerà otros mas limados tiempos para buscarle semejante, y le colocará sin detenerse al lado de los Padres de los tres primeros siglos. Mas al desplegarse à sus ojos esta primorosa tapiceria de los presentes libros, le señalarà distinguido asiento entre los Principes de la eloqüencia Romana, seguro de que estos mismos hubieran partido con èl el justo honor que merecieron, y hubieran cedido gran parte de sus merecidos aplausos al merito de su facundia.

El estilo àtico tan amado de los antiguos se
mi-

mira aquí imitado perfectamente. Comprender mucho en pocas palabras, sin que la brevedad traiga alguna confusión, mostrar junto con la precisión todas las fuerzas de la persuasiva, juntar à la robustez y nervio de sus sentencias toda la delicadeza, toda la concisión, toda la hermosura de la expresión, y como una organización de todos sus discursos que parece obra del arte, y es la mas natural, estas son algunas prendas de las muchas que aquí se encuentran. Cada palabra tiene particular energía, cada expresión está llena de jugo, felizmente siguen al ingenio las voces mas graves y fecundas de sentido; siendo su elegancia continua, varía las frases de mil modos, y es siempre la misma. Pinturas y descripciones las mas vivas sin apartarse de la concisión y brevedad, una sencillez noble con una energía y fuerza que van conquistando; dulce y vehemente segun las ocasiones, pero siempre natural, siempre claro è inteligible.

Podemos decir pues, que San Bernardo en el estilo de estos libros se acercò mucho sino igualò la nobleza de los Escritores antiguos de los mejores siglos de la oratoria; siendo digno de alabanza en su pluma que habiendo imitado sus prendas, supo huir dichosamente de sus defectos; puesto que en la inmensa variedad con que sabe decir las cosas, nunca cae en metàforas atrevidas, ni en locuciones inusitadas, como algunos de aquellos hicieron.

En fin, su estilo se proporciona enteramente con el asunto que trata, pues por sus sentencias jugosas y llenas de sentido detiene y atrae poderosamente la consideración del Lector, y el jugo de doctrina que no cesa de sacar de ellas el que se para un poco, le mantiene atento y reflexivo, sin venir al tédio. El mismo es el fruto de la consideración, pues no pudiera quien no estuviera tan penetrado como estaba San Bernardo por medio de la meditación de

las doctrinas que trata , poner las cosas en este grado de claridad , de precision , y de elegancia.

Ya acerca de la excelencia del objeto de estos libros , podemos decir , que no puede ser mas grande ni mas importante. La consideracion es la materia que no cesan de inculcar à los hombres las Escrituras santas , asi del antiguo como del nuevo Testamento ; pero con rasgos tan vivos , con expresiones tan vehementes , que tal vez ninguna otra cosa se halla mas altamente recomendada. Admira la hermosa variedad con que en todos los versos del Psalmo 118. se persuade por el Espiritu la meditacion y consideracion de la ley de Dios. Los Prophetas no hablan sin repetir en cada palabra un ay , sòbre el descuido de los hombres en meditar : y unas veces lamentan la extrema desolacion à que viene por esta falta la tierra ; otras lloran la dureza de corazon de los hombres por esta misma causa. ¿Què otra cosa encomendaba con mas frequèncià el Maestro divino?

En todos estos libros procura persuadir San Bernardo los bienes inestimables de la consideracion , y la necesidad que tienen todos de aplicar à ella su corazon. Pero , no debiendo yo anticipar aqui lo que con mas claridad se mira en ellos mismos , solo me detengo en lo que enseña el Santo en el Libro primero , donde hablando de la necesidad de la consideracion , en que entiende por entonces lo mismo que meditacion , oracion de la mente ò aplicacion del espiritu à las verdades eternas , no duda decir à un hombre encargado de los inmensos è importantes negocios del gobierno universal de la Iglesia , à un hombre criado y radicado ya en la piedad , y que ya habia hecho algunos milagros , que el olvido y abandono de la consideracion le llevaria à la dureza de corazon.

No se necesitaba menos vehemencia para persuadir à los hombres la importancia de este ocio

sagrado , porque en efecto en ninguna cosa pone el enemigo mas cuidado , que en apartarlos de el. No se que tedio , no se que peso , no se que pena finge , y aparenta en el exercicio de la oracion y meditacion , que aun los que se hallan dispuestos para largas oraciones vocales y otros exercicios , sienten la mayor dificultad en frequentarle.

Estos tristes efectos del poco amor y uso de la meditacion , que han pintado mas por menor los Molinas , los Granadas , los demas grandes Asceticos de nuestra España , hablando à los Eclesiasticos , à los Religiosos , y à todos los Christianos ; se hacen mas sensibles y dignos de huirse , solo con leer estos pocos rasgos del libro primero.

Y como la verdadera persuasiva no solo funda solidamente su objeto , sino que procura cerrar todos los caminos , por donde el oyente quiere buscar efugio ; despues de establecer la necesidad de la consideracion , quita todas las disculpas que se pudieran alegar : y con un modo maravilloso hace que estas mismas sirvan de nuevas razones , para amar la consideracion , y practicarla constantemente.

Porque , siendo frecuente en los hombres desviarse de este provechoso ocio con pretexto de sus estudios , de sus ocupaciones , de sus negocios , hace ver como la consideracion ilustra y adorna el entendimiento y le dá la ciencia en las cosas divinas y humanas ; sirve para ordenar , y executar utilmente las acciones , y asegura mejor el acierto en la expedicion de los negocios ,

Aquí se ve pues , que la consideracion parece interrupcion del estudio , y es el mejor estudio ; que parece ocio , y es la mas feliz disposicion de los negocios ; que parece pausa en el obrar , y sin embargo lo está ordenando todo à la mejor execucion ; que parece suspension de las ocupaciones , y es un plan de acertadas operaciones , aun para los lances

imprevistos y repentinos ; y como un hilo de oro que al quieto calor y suaves golpes de la reflexion sobre si mismo labra el entendimiento , para hallar salida en los mas ciegos laberintos de los negocios humanos.

Por este principio se han formado en todos los siglos los hombres grandes , y este mismo hizo tan grande como fuè al mismo San Bernardo , enseñando la experiència , que mas que en lo físico , es una verdad en lo moral que el ser del alma es *pensar* , y que es tanto mas grande el hombre , y se extiende à mas , quanto mas piensa , y se recoge en si mismo. En todas las materias pues , en todas las profesiones , en todas las artes , en todos los empleos , solo el hombre que es reflexivo , y que sabe interrumpir y prevenir sus acciones con la meditacion , con el estudio , con la consideracion , se puede prometer los grandes progresos , y tocar en la perfeccion de ellos.

La consideracion en una palabra , hace al hombre mas hombre por todos modos. Mas hombre , porque el que sabe considerar , obra por razon , y no por pasion , y la pasion apoca al hombre , porque de suyo apoca el entendimiento , que es con especialidad el ser del hombre , y lo que le distingue de los brutos. Mas hombre , porque aun el niño por la consideracion será hombre , pues con ella se anticipará el juicio y madurez en él , en sus acciones resplandecerá la seriedad y circunspeccion : se adelantará y le saldrá al encuentro la sabiduria , esta gloriosa madre del honor , que está siempre acompañada de los castos y eruditos consejos , para abrazarle y estarse con él , y darle antes de tiempo el honor de la senectud. Mas hombre para los demás , porque el hombre por la consideracion se produce mejor , tiene orden , facundia , claridad , y hace valer todo su talento en provecho de los demás.

Asi

Asi yo no me admiro, que hayan salido otro tiempo del retiro y soledad unos hombres capaces de todos los negocios. Parecia que todo el mundo seria nuevo para ellos, y que destituidos no solo de la práctica y experiencia, sino aun del conocimiento que dan de sus cosas los sentidos, tropezarian en todo; pero se vió por el contrario que nada para ellos era nuevo, y que su prudencia excedia mucho à los que estaban familiarizados con los negocios del mundo. Pues el hombre que sabe por la reflexion estudiar en si mismo, y que ama la consideracion, tiene presente aun en la soledad el mundo todo, y conoce mejor sus cosas, que los mismos que las están mirando. Por el contrario, una larga experiencia que no esté sostenida en un gran fondo de estudio y consideracion, no suele ser por lo comun otra cosa que una larga serie de errores. La práctica sola es una escuela dura que solo puede enseñar algo por los propios tropiezos, que se seguirian precisamente por no haberla precedido la consideracion y el estudio. Y al fin, siendo tan corta la vida del hombre, una experiencia de tan pocos dias no puede dar una instruccion que sea grande; quando el estudio y consideracion por un camino mas fácil y brebe dà conocimientos mas vastos y mas perfectos.

Mas, porque el hombre como por naturaleza está inclinado à despreciar el conocimiento de las cosas que le cercan, ò cree saberlas ya, ò que le sobrarà el tiempo para aprenderlas; poniendo su atencion en las cosas que no gozarà por la distancia de los tiempos ò de los lugares; y asi solícito por los objetos extraños, anda omiso en los personales, ignorando muchas veces por esta peligrosa disposicion de su corazon, segun dice un Sábido, las cosas que tiene interés en conocer y aplicándose à adquirir la instruccion de las que sin peligro podia ignorar, emplea San Bernardo succesivamente su eloquencia en

enseñar y persuadir los justos terminos y objetos de esta misma consideracion.

Ultimamente, en estos libros la Philosophia de las costumbres, esta ciencia venerable en su origen, se presenta en toda su dignidad: la verdadera Politica ó ciencia de todo gobierno, la prudencia, esta madre fecunda de las virtudes, y de los aciertos se miran en su perfeccion. El Libro ultimo trata las cosas divinas y misterios de nuestra fe de un modo magestuoso que va inspirando el respeto à las mismas cosas al mismo tiempo que dá de ellas unas ideas claras y proporcionadas à todos los talentos.

Lo mas notable es, que siendo estos libros una continua exhortacion y declamacion, usa de la vehemencia con la mayor templanza. Porque no es San Bernardo un Orador fogoso, que todo lo engrandece, y exagera, ni tampoco es de aquellos que no saben distinguir lo perfecto de lo factible. Si acuerda la santidad de los primeros siglos, no es para inspirar el zelo de renovar su práctica; es para sacar de esta memoria el fruto que es solo posible en el tiempo, pues aun faltando la esperanza de seguir de cerca aquellas austeras costumbres, à lo menos nos humilla su memoria; y no es pequeño fruto. Al fin, todos sus discursos manifiestan por si mismos, que son parto de un entendimiento claro y despejado, de un ánimo que no turba la pasion, de un corazon que no pierde la tranquilidad, de un pecho que abriga en si el zelo y la dulzura del Evangelio. Su estilo y su oracion corre apaciblemente, como el agua que fluye del vaso que rebol-
sa por su abundancia, como la llama de una antor-
cha encendida que parece que sube y està quieta,
como el olor que espiran las flores sin alterarse, y
como la luz que sale con suavidad del cuerpo que
luce.

Deseoso pues de facilitar la letura de estos
li-

libros à los que no saben la lengua latina, ò no tienen à mano sus obras, emprendi su traduccion: en que lejos de buscar alabanza, yo mismo conozco quanto me humilla y confunde. Sin embargo, como no es ageno de un Christiano, buscar el bien de las almas, y la gloria de los Santos y de Dios por unos medios que estèn libres del aplauso, y que traygan en lo humano alguna confusion, ofrezco esta traduccion con gusto al pùblico, atento solo à su utilidad.

Una sola cosa resta que advertir, y es, que sin razon les parece à algunos divisar en estos libros ciertos rasgos que pudieran humillar algo à los Romanos. Sin duda estos libros parecen ò son en efecto la mas sèria y menuda censura que se ha hecho de Roma, pero lejos de deslustrar en nada à esta Capital de la Religion, pueden ser su mayor elogio: no solo porque fuè Roma la que impeliò à escribir à San Bernardo; no solo porque San Bernardo no hubiera dicho tantas, ni tan amargas verdades, sino conociera que en Roma habia mucha virtud para oirlas con gusto y aprovechamiento; no solo porque cada uno de estos libros le recibia ansiosa y con el mayor aprecio, sino porque jamàs la ha pesado à Roma despues, de haber instigado al Santo à escribir. Lejos de eso, en ninguna parte se han leído con mas frecuencia estos escritos. Roma los colocó entonces delante de sus ojos, y ya nunca acertò à apartarlos de ellos. Este espejo es el que con frecuencia consulta para remediar ò prevenir los abusos que la fragilidad humana puede introducir en la Curia, igualmente que para conservar la pureza y hermosura de las costumbres y disciplina de la Iglesia.

Muy distantes de parecer una inyeccion contra los Romanos en algunos puntos, podemos dudar qual fuè mayor, si el zelo de San Bernardo, ò el exemplo de Roma. Lo cierto es, que oir con gusto

to y aprecio la verdad, siempre fuè indicio de mucha virtud, y quien oye con humildad las reprehensiones, ò era mucho bueno, ò se hace.

Y ciertamente, podian los Romanos responder, que si en ellos habia algo de avaricia que se notase mas que en otros, la ambicion y el arte, y consiguièntemente una avaricia mucho mayor de los que tenian en Roma sus causas, la habia excitado ó fomentado. ¡Què propios son los litigantes y pretendientes para avivar estas pasiones de interés en todas partes! Pero entendian bien, que si San Bernardo les reprendia en esto con especialidad, era porque hablaba con ellos con especialidad.

Por ultimo, ni los Romanos entonces se dieron por sentidos, ni en los siglos siguientes han hallado aquí cosa que les deslustre en nada. ¿Y quièn ignora que los Oradores, aun los sagrados declaman muchas veces contra los vicios en términos generales, sin comprender por eso à todos los oyentes? ¿Y quièn no sabe que hablan muchas otras veces contra los abusos, no porque los supongan, sino por prevenirlos? Ni Roma ni San Bernardo tienen necesidad de apologia en esta materia. ¿Podrian menoscabár el honor de los Romanos unos libros, que en frase de un Docto han mirado los Papas como un Deuteronomio humano à qué han procurado ajustarse en las freqüentes reformas que hacen de la Curia Romana y de sus Tribunales? Està lejos de los escritos de San Bernardo toda invectiva.

El conocimiento profundo del hombre que poseia San Bernardo por el estudio, y consideracion de sí propio en todos los estados y en todas las ocupaciones de la vida, descubriendo los secretos resortes que le mueven à tantas acciones morales ò buenas ò malas, la rayz y principio de las virtudes y de los vicios, de las costumbres, y de las pasiones; su destreza en aplicar las doctrinas generales, en que

està la mayor utilidad de la Oratoria sagrada; y lo que es mas, su prudencia en dar las reglas necesarias, para que sepa conducirse el hombre en todas las situaciones de la vida, junto con la claridad de su pluma, que sin la amargura de la sátira ò inyectiva, pone à la vista los abusos, los desordenes, los defectos de los hombres en cada oficio y condicion sin disfraz ninguno; todo esto fuè la causa de que Roma los recibiese con aprecio entonces, y despues los perpetuè en continuas impresiones ella misma. Porque el espiritu de caridad propio de un Predicador Evangèlico, que por todas partes se manifiesta en estos escritos, endulza y hace amables las verdades mas amargas; pues no reprende para confundir, sino para sanar, y no sabe convencer de sus defectos à los oyentes, sin dar al mismo tiempo el consuelo del remedio.

Mas, quando fuera necesario formar apologia à favor de Roma, para prevenir el juicio poco ventajoso que con esta ocasion pudieran hacer de algunas cosas suyas ciertos oidos delicados ò menos instruidos, bastarian estos renglones tomados de la Oracion de Aleandro, Nuncio del Papa, y despues Papa èl mismo, delante de Carlos V. y de todo el Cuerpo Germánico: *Roma ea est, quæ non multis ante sæculis aras, cultumque decrevit Bernardo, illi scilicet viro qui suis paginis Romam tam acerbe castigarat.* (Histor. Concil. Trident. Card. Palavicini) Hacerse amar y honrar de los mismos à quienes se reprende, cosa grande y singular es. Pero tal vez es mayor apresurarse à llenar de honores al mismo que reprende. Ciertamente, si asi se muestra la grandeza de San Bernardo, tambien se muestra la grandeza de la Corte Romana.

§.

A Estos libros se sigue el Tratado de las Costumbres y oficio de los Obispos, obra llena de uncion y de prudencia, y por todo digna produccion de este sublime ingenio. Seguidamente se pone el Sermon ò Libro de la Conversion; obra espiritual y pathètica que contiene una exhortacion á la penitencia. Suele haber variedad en el titulo, hallándose en unos Exemplares *A los Clérigos*, y en otros, *A los Escolásticos*. Pero la verdad es, que ambos titulos significan una misma cosa en el estilo de aquellos tiempos, pues, como prueba Muratori en su *Lamindo Pritanio*, era costumbre entonces llamar Clérigos á los Literatos. Asi, propriamente està dirigido á los Estudiantes, y en èl se dice mucho sòbre la vocacion al estado Eclesiástico, y sòbre la pureza y honestidad de los Ministros de la Iglesia y Sacerdotes. Predicòle el Santo en las mismas Escuelas de París, adonde habia venido, no sin particular inspiracion de Dios, como se refiere en el exordio Cisterciense.

§.

EN ultimo lugar se pone el Libro del Amor de Dios, obra tan digna de San Bernardo, que es por excelencia la corona de todos sus escritos. Ella es como un panal sabroso, un regalo del alma, una dulce efusion del espiritu que habitò en èl, una profusion de los afectos, y sentimientos de un alma enamorada de Dios; que le busca ansiosamente amadores. Aquí como que se ve centellear aquel fuego divino que trajo el Salvador á la tier-

ra para abrasarla en las llamas del amor de Dios: como que se mira un ensayo de aquella vida donde todo es amar. ¡Qué ideas tan magnificas del Ser Supremo! ¡Qué incentivos tan tiernos para amarlo! Como la águila generosa que provoca à volar sus polluelos revoleteando sobre ellos, se dirige el mismo hacia Dios por los mas vivos y tiernos movimientos, ensayando à sus oyentes à reunir todos sus pensamientos y afectos en este centro adorable de todas las perfecciones, y de todos nuestros deseos. El sube, se deja arrebatar hacia esta hermosura antigua, y siempre nueva por suavísimas ardientes aspiraciones. Dirías que como otro Elias se sube en un carro de fuego: dirías que al ímpetu de sus deseos se coloca en los átrios de la celestial Sion; que llama fuertemente en aquellas puertas eternas.

La virtud de un Cristiano, toda la virtud del Cristiano, como dice el Chrisóstomo (Hom. 24, in Ep. ad Hebr. cap. 11. n. 1.) es el deseo del Cielo. El amor de Dios es la hermosura del alma, su tesoro, su fuerza, su suavidad, su consuelo. Este es el precepto máximo, la suma de la ley, y de toda virtud.

Aquí igualmente se presenta como una vida hermosa, que se abraza al árbol de la cruz, y sube por la contemplacion de este misterio à las riquezas del amor de Jesu Christo, y à la eminencia de la ciencia de su caridad. Aquí se muestra bella pasionaria, que à la quieta contemplacion de sus misterios, y al fuego de su amor ha copiado vivamente en sí los instrumentos sangrientos de su pasion; y tiene escrito un ay en cada hoja. Aquí, en fin, se ve, como en todos sus escritos de este Maestro incomparable de espíritu, que la gracia no obscurece las prendas naturales, sino que las perfecciona, las ennoblece, las santifica. Así como la

au-

aurora quando nace, no consume ni disminuye la hermosura de las rosas, antes añade realces á sus matices; y el sol, lejos de ofuscar al diamante, como que se esfuerza à aumentar sus brillos, hasta darle el resplandor como de un astro pequeño. Quiero decir, que se manifiesta en todas partes en San Bernardo la perspicacia de ingenio junta con la solidez, la profundidad de sus pensamientos con la claridad y el òrden, la modestia con la vehemencia y fuerza de su eloquencia: Y todo como consagrado por la gracia, y la ilustracion del espíritu, y una uncion santa.

Aquí igualmente se presenta como una vida hermosa, que se abraza al árbol de la cruz, y se abre por la contemplacion de este misterio à las maravillas del amor de Jesu Christo, y à la eminencia de la ciencia de su caridad. Aquí se muestra la bella pastoría, que à la divina contemplacion de sus misterios, y al fuego de su amor ha conchado vivamente en los instrumentos sagrados de su pasión: y tiene escrito no ay en otros ojos. Aquí en fin se vé como en todos sus escritos de este Maestro incomparable de espíritu, que la gracia se obtiene por prendas naturales, sino que las prendas, las canchales, las sarrufes. Así como la



CINCO LIBROS DE LA CONSIDERACION DE SAN BERNARDO

ABAD DE CLARAVAL,

DIRIGIDOS A EUGENIO TERCERO.

PRÒLOGO.

DEseaba yo , Beatísimo Papa Eugenio, dictar alguna cosa , que os pudiera servir , ó de edificacion , ò de placer , ó de consuelo. Pero , no sè como , quiere y no quiere à un tiempo mismo salir á manifestarse mi oracion , alegre si á la verdad , mas deteniendose à cada paso que dà : por quanto à porfia intentan mandarla cosas contrarias la magestad y el amor. Este , es à saber , la impele , aquella la reprime. Pero en esto , se pone por medio la dignacion vuestra , con la que no mandais , sino que pedis esto mismo ; aun siendo mas propio en Vos que lo mandàseis. Cediendo pues tan benignamente la magestad , ¿qué mucho ceda tambien el pudor ? Porque , ¿què importa , que hayais subido sobre el elevado Sòlio ? Aunque anduvièrais sòbre las alas del viento , no pudierais subtraeros à mi afecto. El amor que os profeso , no

1. Cor. 13.
8.

os considera como Señor; èl os reconoce por hijo suyo aun entre las insignias y esplendor de vuestra excelsa dignidad. Por sí mismo està bastante sugerido, os sirve voluntario, sin interes os obedece, espontaneamente os reverencia. No lo hacen asi algunos, no lo hacen asi; sino que son impelidos à esto, ò por el temor, ò por la codicia. Estos son los que en la presencia bendicen, pero ocultan el mal en su corazon: en lo pùblico adulan, en la necesidad desamparan. Mas la caridad nunca falta. Yo confieso que me hallo yà descargado del Oficio de madre, pero por eso no me han despojado del afecto de tal. Hace tiempo que os meti yo en mis entrañas: no os sacaràn de ellas tan facilmente. Subid à los Cielos; bajad à los abismos: no os apartarèis de mi: à qualquiera parte que fuereis, os he de seguir. Yo os amè quando erais pobre; igualmente os he de amar hecho padre de los pobres y de los ricos. Porque, si yo os tengo bien conocido, no por haber sido hecho padre de los pobres, dejais de ser pobre de espiritu. Confio yo, que esta mutacion se ha hecho en Vos, no de Vos; y que à vuestro primer estado no ha sucedido la promocion, sino que ha accedido. Por tanto, os amonestarè, no como maestro, sino como madre: de todos modos como amante. Demente mas bien parecerè; pero serà à quien no ama, à quien no sabe la fuerza del amor.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

Se condeule del Pontifice oprimido de tantas ocupaciones.

I YA pues, ¿de dònde tomarè principio? Quiero tomarle de vuestras ocupaciones; porque en estas especialisamente me condeulo de Vos. He dicho que me condeulo, suponiendo que Vos tambien os doleis; de otra suerte, mas antes deberia haber dicho, que me dolia: puesto que no es posible condolerse uno, sino hay otro que se duela. Por tanto, si os doleis, me condeulo: si no; con todo eso me duelo, y en gran manera; sabiendo que està muy lejos de la salud el miembro que se há pasmado, y que llegò al mayor peligro el enfermo, quando no siente su enfermedad. Pero, estoy yo muy distante de formar de Vos tal sospecha. Sè muy bien quales eran las espirituales delicias de vuestra meditacion, en la dulce quietud del retiro, que disfrutabais poco antes de ahora. No podeis haberos olvidado tan presto de ellas, y su reciente pèrdida os causa sin duda un vivo sentimiento. Una herida acabada de hacer no puede menos de traer dolor: y no ha habido tiempo para que criase callo la vuestra; ni en espacio tan brebe pudo hacerse insensible. Sin embargo, si no quereis disimularlo, no os falta continua materia de un justo dolor en las freqüentes pèrdidas de tales delicias. Contra vuestra voluntad, si yo no me engaño, os arrancan de entre los abrazos de la amada Raquel de vuestra quieta contemplacion: y quantas veces os sucediere padecer esto, otras tantas es forzoso que se renueve vuestro dolor. ¿Y quàn do no sucede? ¿Quàn-

Se condeule del Pontifice.

Ser apartado de las delicias de la vida religiosa, cosa dura y digna de llorarse.

tas veces quereis entregaros á la meditacion, y es en vano? ¿Quántas os moveis, y nada promoveis? ¿Quántas os esforzais, y nada adelantais; sentis los dolores, y no parais? ¿Abanzais, y os derriban: donde comenzais allí acabais: y quando empezais á urdir, os cortan la tela? *Llegaron los hijos à hacer esfuerzos para salir, pero la que està en los dolores, no tiene fuerzas para parirlos*, dice el Profeta. ¿Os haceis cargo de esto? Ninguno lo comprende mejor que Vos. Tendriais una frente de bronce, y os habriais hecho como la becerra de Ephraim, que hizo costumbre y tiene gusto en trillar, si, permitiéndolo Vos que lo diga, se hallàran vuestras cosas en este estado. No lo quiera Dios: esta es la suerte de aquel que ha sido entregado á un sentido depravado. De la parte de estos os deseo yo ciertamente la paz, pero no la parte ni paz con ellos. Nada temeria mas para Vos, que esta paz è indiferencia en la privacion de tan grande bien. ¿Os pasma que asiente yo, que es posible que suceda esto? Resueltamente os digo que asi serà, si, como suele acaecer, por la costumbre de no emplearse en la meditacion, se llega à la incuria y negligencia de ella.

CAPITULO II.

Fuerza de la costumbre para llevar à los vicios y à la dureza de corazon.

2 **N**O querais fiar demasiado en el afecto, con que por ahora amais la contemplacion. Nada està tan fijado en el ànimo, que no lo borre el descuido y el tiempo. A la llaga antigua y mal cuidada se sobrepone un callo; y se hace tanto mas incurable, quanto mas insensible. En fin, un dolor que sea continuo y agudo, no puede durar
mu-

4 Reg. 19

3.

Osee. 10.

11.

mucho: porque, quando no haya remedio que le eche fuera, la misma costumbre hará que no se sienta, y que á lo menos ceda á sí mismo. Es sin duda que en brebe tiempo, ò se suavizarà con la medicina, ò con la continuacion se adormecerá del todo. ¿Què no trocarà la costumbre? ¿Què no fijará la continuacion? ¿Què habrá que al uso no ceda? ¿A quàn- tos desgraciadamente se les hizo dulce con el uso solo, lo que antes aborrecian por amargo? Escuchad como se lamenta un Justo sobre estos: *A tal extremo hè venido, que me alimento ahora de lo que en otro tiempo siquiera tocar queria.* Esa disipacion y olvido, en un principio, os parecerá insoportable; con el progreso del tiempo, si os vais habituando, juzgarèis que no es cosa tan grave; poco despues, aun sereis de sentir que es leve, poco despues, siquiera la sentirèis; poco despues, os llegarà à deleytar. De esta suerte poco à poco se vâ à la dureza de corazon, y de esta á la aversion de las cosas santas. Por eso os decia, que un dolor continuo y agudo prontamente habia de terminar; sin duda, ò recobrando la parte la salud, ò viniendo à un estu- por.

3. Esto, esto es lo que siempre hè temido por Vos, y temo todavia, recelando que, si diferis aplicar el remedio à estas distracciones, en que os hallais, y cesa el dolor, que ellas os causaban, os precipiteis á un abismo, de que serà como imposible salir. Otra vez os lo digo: Temo, que entre aquella multitud de ocupaciones que os oprimen, como no esperais que se acaben jamàs, vuestra alma se familiarice con ellas, y de este modo poco à poco os priveis à Vos mismo de este justo y provechoso dolor, que ahora teneis, por veros cercado de ellas. Mayor cordura serà que las hurteis el cuerpo à sus tiempos y veces, que permitir que os arrastren ellas, y os lleven adonde Vos no quisie-
rais.

Fuerza de la costumbre.

Job. 6. 7.

Grados que llevã à la dureza del corazon. V. Serm. 11. sobre el Ps. 90. n. 5.

rais. ¿Preguntais adonde? A un corazon duro. No prosigais en preguntarme, qual sea èste: si ya no os habeis llenado de pavor à este golpe, el vuestro es. Aquel solo es corazon duro, que no se espanta de si mismo, porque ni á si mismo se siente. ¿Què me preguntais à mi? Preguntadlo à Pharaon. Ninguno jamàs de corazon duro alcanzò la salud, sino aquel de quien por dicha Dios se apiadó, y le quitò, segun lo que dice el Propheta, el corazon de piedra, y se le dió de carne. ¿Qual es pues el corazon duro? El que ni se rasga con la compuncion, ni se ablanda con la piedad, ni se mueve con ruegos, ni cede à las amenazas, y con los golpes se endurece mas. El es ingrato à los beneficios, desleal en sus consejos, cruel en sus juicios, sin pudor en las cosas obscenas, sin pavor en las peligrosas, inhumano para las cosas humanas, temerario para las divinas, olvidadizo de lo pasado, descuidado de lo presente, impròvido de lo futuro. Es aquel, à quien de las cosas pasadas, si exceptuamos las injurias, todo absolutamente se le pasa; de las presentes todo se le pierde; de las futuras, sino quizà para vengarse, nada previene ni precave. Y para comprender en una palabra todo lo malo de este horrible mal, ES AQUEL que ni teme á Dios, ni respeta à los hombres. Ved aqui pues, adonde os pueden llevar estas malditas ocupaciones, si continuais en entregaros à ellas, sin dejar nada de Vos para Vos. Perdeis el tiempo: y si permitis, que os hable como Jetro à Moyses, os consumis con necio trabajo en unas ocupaciones, que no son otra cosa, sino affliccion del espiritu, consuncion del alma, perdimiento de la gracia. Porque ¿què otro fruto producen, sino inutiles telas de arañas?

Foras de
la cora-
Ezeq. 36.
26.

Se descri-
be el co-
razón du-
ro.

A esto
llevan las
ocupacio-
nes.

Exod. 18.
18.

CAPITULO III.

Que es cosa indigna en los Prelados superiores de la Iglesia, ocuparse continuamente en oír y sentenciar las causas de los litigantes.

4 **Y** os ruego me digais, si es ocupacion digna de Vos, desde la mañana hasta la tarde estar ò litigando, ò oyendo à los litigantes. Y ¡ojalà que bastàra al dia su malicia! pero las mismas noches no quedan libres. Apenas se dà un rato para el reposo necesario del cuerpo; quando nuevamente hay que levantarse para la audiencia de los pleytos. Un dia anuncia al otro dia los litigios, y una noche dà parte à la otra noche de las disensiones: hasta tal punto no se permite espacio, para respirar en la consideracion de lo bueno; no se permite alternar siquiera con las fatigas el descanso; no se permite, aun por una ò otra vez, interrumpirlas con el ocio. Yo no dudo, que Vos tambien llorais esto; pero es en valde, si igualmente no poneis cuidado en enmendarlo. Sin embargo, yo os amonesto entretanto que lo hagais asi; y que por ningun uso y frecuencia os hagais insensible en estas cosas. *Yo fui quien les buriò, y no se dolieron*, dice el Señor. No tomeis parte con tales hombres. Mas bien procurad aplicaros, asi el afecto, como la voz de un Justo, que dice: *¿Qué fortaleza es la mia para poder subsistir en estos males? ¿O qual es mi fin, para conservarme en la paciencia? Mi fortaleza no es la fortaleza de la piedra, y mi carne no es de bronce*, Gran virtud es la paciencia: mas yo no deseo, que la practiqueis en esta ocasion. Algo mas acertado será, que seais impaciente algunas veces. ¿Aprobarèis la paciencia de aquellos, à quienes decía San Pablo: *Sufris con gusto à los necios, sien-*

Debe evitar el Põ-tifice el estrepito de pleytos y causas.

Jer. 5. 3-

Job. 6. 1.

No toda paciencia merece aprobarse.

2. Cor. 11
19.

do

do vosotros *sábios*? Si no me engaño, no era esto alabanza, sino ironía, y una viva censura de la mansedumbre de algunos, que como entregadas las manos à los Pseudo-Apòstoles, de quienes habian sido tambien seducidos, sufrían pacientísimamente ser llevados à todos sus extraños y perversos dogmas. Por lo qual añade tambien: *Aun tolerais que os sugeten à la servidumbre*. No es buena paciencia permitir que os hagan esclavo, pudiendo ser libre. No quiero, que disimuleis la esclavitud, á que, sin advertirlo Vos, os van cada dia reduciendo. Indicio es de un corazon entorpecido, no sentir su propia y continua vejacion. *La vejacion dará inteligencia en lo que se dice*, dice uno. Pero esto se entiende, si fuere moderada, porque, si es excesiva, no dà ciertamente inteligencia, sino desprecio. En fin, luego que el pecador llega al profundo de los pecados, todo lo desprecia. Abrid los ojos, y à la idea del yugo de la servidumbre pésima, que amenaza tan de cerca à vuestro cuello; ò que, diciendo mejor, ya le oprime y no poco, no solo poned toda precaucion para huirle, sino llenaos de horror tambien. ¿Pensais, que no sois esclavo, porque en esa multitud de negocios no servis à uno solo, sino à todo el mundo? No hay esclavitud mas fea, ni mas pesada, que la esclavitud de los Judios, pues à qualquiera parte que vayan, la llevan arrastrando consigo, y en todos los lugares encuentran con sus amos. Decid Vos tambien, ¿en què lugar alguna vez os hallais libre, en què lugar seguro, en qué lugar vuestro? En todas partes os sigue el ruido, en todas partes el tumulto, en todas partes el yugo de vuestra servidumbre os va abrumando.

Ib. 20.

Isai. 28.

19.

Prov. 18

3.

CAPITULO IV.

Que servidumbre sea digna, y qual indigna del siervo de los siervos de Dios.

NI me opongais ahora la expresion del Apòstol, que dice: *Siendo libre èntre todos, de todos me hice siervo.* Està esto muy distante de Vos. ¿Por ventura servia èl à los hombres de tal suerte, que por su medio adquiriesen humanos intereses? ¿Venian por ventura à èl de todo el orbe los ambiciosos, los avaros, los simoniacos, los sacrilegos, los concubinarios, los incestuosos, y otros tales monstruos de hombres, ò para obtener los honores eclesiàsticos, ó para retenerlos, valièndose de la autoridad de este Apòstol? Luego, debemos concluir, que se hizo siervo un hombre, que vivia en Christo, y para quien el morir era ganancia, con solo el fin de ganar muchos mas para Christo, y no de aumentar los incentivos de la avaricia. Asi, no hay para que en la prudentisima industria de San Pablo, y en su caridad tan libre, como liberal, busqueis patrocinio y defensa à vuestra servil conducta. ¿Quànto mas digno será de vuestro apostolado, quànto mas saludable à vuestra conciencia, quànto mas útil à la Iglesia de Dios, que le oigais à èl mismo decir en otra parte: *Habeis sido comprados à precio grande; no querais haceros esclavos de los hombres!* ¿Què cosa mas servil è indigna, especialmente en un Sumo Pontifice, que fatigarse, no digo todos los dias, sino casi todas las horas, en tales cosas y por tales gentes? En fin, quisiera yo saber, ¿quàndo oramos? ¿quàndo instruimos los pueblos? ¿quàndo edificamos la Iglesia? ¿quàndo meditamos en la ley de Dios? Y, à la verdad, cada dia se citan leyes en vuestro palacio, pero estas son las de

1. Cor. 9.

19.

Qual fuè la servidùbre de S. Pablo,

Servidùbre indigna de un Pontifice.

1. Cor. 7.
23.

Ps. 118. 8.

Los Superiores debē cuidar mas de las leyes de Dios, que de las de Justiniano.

Psal. 118. 85.

Justiniano, no las del Señor. ¿Es tambien esto justo? A Vos toca verlo. Lo cierto es, que la ley de Dios es inmaculada y convierte las almas. Mas estas, no tanto son leyes, como disputas y cavilaciones (a) capaces de subvertir la justicia. Vos pues, Pastor y Obispo de las almas, ¿con qué conciencia, os ruego, tolerais qué delante de Vos siempre esté aquella callando, y estas hablando? Mucho me engaño, sino os mueve escrúpulo este desorden. Aun juzgo, que algunas veces os obligará á clamar á Dios con el Propheta: *Los malos me contaron cosas vanas y fabulosas; mas esto no era vuestra ley.* Id ahora, y atreveos á ostentar, que sois libre bajo de la pesada mole de estos negocios, y de que ya no podeis subtraer el cuello. Porque, si podeis, y no quereis, mucho mas esclavo os haceis de esta misma tan desordenada voluntad vuestra. ¿Qué, no es esclavo, á quien domina la iniquidad? Y en gran manera. A no ser que juzgueis quizá por mas indecoroso, que os domine el hombre, que el vicio. Ni, ¿qué puede importar, que sirvais con gusto, ó por fuerza? Aunque la esclavitud forzada es mas digna de lástima, la voluntaria y apetecida es mas infeliz. ¿Y qué queres que haga, decis? Que os retireis de estas ocupaciones. Responderéis acaso, que esto es imposible, y que sería mas fácil renunciar la dignidad. Diriais muy bien, si yo os aconsejara, que rompierais, y no mas bien que interrumpierais estas ocupaciones.

CA-

(a) El abuso en valerse de las leyes para fomentar los pleytos reprende aqui y censura el zelo del Santo, no las leyes mismas.

CAPITULO V.

No se debe procurar el bien de los demás, si esto trae la incuria y negligencia de sí propio.

6 **O**ID pues ya, que es lo que yo reprehendo, y que lo que persuado. Si toda vuestra vida, y toda vuestra ciencia la dais á la accion, y nada á la consideracion; ¿os alabarè yo? Ciertamente, en esto no os alabarè. Pienso que ninguno tampoco que haya oido á Salomon: *El que se ocupa poco, adquirirà la ciencia.* A la verdad, aun á la misma accion no la conviene, que la consideracion no la preceda. Si igualmente quereis ser todo de todos, á manera de aquel que se hizo para todos todas las cosas, alabo la humanidad, pero con tal que sea llena. Mas, ¿còmo serà llena, si Vos os excluís? Vos tambien sois hombre. Luego para que sea entera y llena la humanidad, es preciso que os abrigue tambien el seno, que á todos recibe. De otra suerte, ¿què os serviria, segun dice el Señor, que los ganaseis á todos, si Vos solo os perdiais? Asi, ya que todos os poseen, sed tambien Vos uno de ellos poseedores. ¿Por què razon Vos solo habeis de quedar defraudado en vuestro oficio? ¿Hasta quando serèis espiritu que vâ, y no vuelve? ¿Hasta quando dejarèis de recibirlos á Vos mismo entre otros, guardando por lo menos vuestra vez? De los sábios y de los ignorantes sois deudor, ¿y solo á Vos mismo os negarèis? El necio y el sábio, el siervo y el libre, el rico y el pobre, el hombre y la muger, el viejo y el mozo, el clérigo y el lego, el justo y el ímpio, todos igualmente participan de Vos, todos beben de la fuente pública de vuestro pecho; ¿y Vos estarèis á parte padeciendo sed? Si es maldecido el que hace su parte la peor de todas; ¿què de-

Eccl. 38.

25.
No se ha de dar todo à la accion, y al cuidado de otros.

Pierden muchos los negocios por no haberse considerado.

Math. 16
26.

Ps. 77. 39

La caridad comienza por sí misma.

berá suceder à quien enteramente se deja á si mismo sin parte? Corran en hora buena por las plazas vuestras aguas, beban los hombres, los jumentos, los ganados de ellas; aun tambien dad de beber à los camellos del criado de Abraham: pero bebed Vos igualmente entre los demás de la fuente de vuestro pozo. *El extraño*, dice, *no bebe de él*. ¿Sois por ventura extraño? ¿Para quien no sereis extraño; si para Vos mismo lo sois? Ultimamente, el que es malo para si, ¿para quien será bueno? Acordaos por tanto, no digo siempre, no digo aun las mas veces, pero à lo menos algunas, de daros à Vos mismo. Usad tambien Vos de Vos mismo entre los muchos, ò siquiera despues de los muchos. ¿Què mayor condescendencia? Puesto que, usando de condescendencia digo esto, no siguiendo el rigor de lo que era justo. Aun llego à pensar, que soy mas indulgente, que el Apòstol en esta parte. Luego sois mas de lo que conviene, me dirèis. No quiero negarlo. ¿Y què será, si asi conviene? Pues Vos (como confio) no os contentarèis con esta medrosa direccion mia, sino que hareis mucho mas que yo exijo. A la verdad conviene asi; es à saber, que Vos seais mas exacto, y yo menos audaz y determinado. Yo tambien juzgo mas seguro para mi en la presencia de la Magestad arriesgarme algo por tímido, que no por temerario. Ni quizá convenia amonestar à un sábio en otro modo, para que se cumpla lo que està escrito: *Dà ocasion al sábio, y será mas sábio.*

Prov. 5.

17.

Eccl. 14.

5.

Prov. 9.9.

CAPITULO VI.

La potestad de juzgar las causas no tanto compete al Pontífice, como à los Principes.

7 **E**scuchad con todo eso al Apóstol lo que siente sobre estas cosas: *¿Es posible, dice el, que no se encuentre entre vosotros un solo sugeto sabio, que pueda ser juez entre sus hermanos? Y añade consecutivamente: Yo os lo digo para confusión vuestra: aquellos que son mas despreciables en la Iglesia, esos mismos destinad à que sentencien las causas. Asi pues, segun lo que dice el Apóstol, constituido ya en la dignidad apostòlica indignamente usurpais un oficio vil, un grado que es de los hombres mas despreciables. Por lo qual tambien decia instruyendo como Obispo à otro Obispo: Ninguno de los que estàn alistados en el servicio de Dios, se embaraza en los negocios seculares. Pero yo os perdono à Vos; pues no os persuado cosas sublimes, sino posibles. ¿Os parece, que estos tiempos llevarian con paciencia, que litigando los hombres sòbre una terrena heredad, y pidiendoos justicia, les respondierais con la voz de vuestro Señor: Hombres, ¿quién me ha constituido à mi juez sòbre vosotros? ¿Quàl juicio habriais de sufrir Vos al punto? ¿Què es lo que dice este hombre rústico è imperito, dirian, ignorante de su primacia y sin conocer su poder, deshonorando la suma y mas eminente silla, perdiendo los derechos de la dignidad Apostòlica? Y sin embargo, à lo que yo pienso, no serian capaces de mostrar los que dijeran esto, en donde una sola vez se haya sentado como juez de los hombres alguno de los Apòstoles, separando términos, ò distribuyendo tierras. Finalmente, yo leo, que los Apòstoles estuvieron en pie en el tribunal*

1. Cor. 6. I
5.

ib. 4.

2. Tim. 2
4.

Luc. 12.
14.

Los Apòstoles bien ajenos de sentenciar sòbre cosas terrenas.

Aq. 5. 17.

para ser juzgados, pero que se sentasen jamás para juzgar, no lo leo. Esto será, no fuè. ¿Con què de-
 teriora la dignidad el siervo, si no quiere ser ma-
 yor que su señor; ò el discípulo, sino quiere ser
 mayor que quien le enviò: ó el hijo, sino traspasa
 los tèrminos que le pusieron sus Padres? *¿Quièn me
 hà constituido á mi juez?* dice el Señor y Maestro:
 ¿y será agravio para el siervo, y el discípulo no juz-
 gar à todos? En medio de todo esto, ni aun le re-
 puto yo justo apreciador de las cosas, á quien juz-
 ga indigno de los Apòstoles, ò de los hombres apos-
 tólicos no juzgar de tales cosas; siendo cierto que
 han recibido la potestad de juzgar cosas mayores.
 ¿Qué mucho tengan à menos el juzgar de las terre-
 nas, ínfimas posesiones de los hombres, los que en
 el Cielo han de juzgar à los mismos Angeles? Lue-
 go vuestra potestad se debe ejercer sòbre los críme-
 nes, no sòbre las posesiones: puesto que por aque-
 llos, no por estas, recibisteis las llaves del reyno de
 Dios, à fin de excluir de ellos à los prevaricadores
 ciertamente, no à los poseedores. *Para que sepais,*
 dice, *que el hijo del hombre tiene potestad en la
 tierra de perdonar los pecados, &c.* ¿Quàl os pare-
 ce mayor dignidad y potestad al mismo tiempo, la
 de perdonar los pecados, ò la de dividir las here-
 dades? Pero no hay comparacion. Tienen estas cosas
 ínfimas y terrenas sus jueces, que son los Reyes y
 Principes de la tierra. ¿A què fin os introducís en los
 tèrminos de otros? ¿A què fin meteis la hoz en mies
 ajena? No es porque Vos no seais digno de esto,
 sino porque es indigno de Vos emplearos en tales
 cosas, como quien debe ocuparse en otras mas im-
 portantes. En fin, quando la necesidad lo pide, oye
 lo que dice el Apòstol: *Si vosotros habeis de juz-
 gar el mundo, ¿serèis indignos de juzgar de menores
 cosas?*

Luc. 12.

14.

No es de
 cète à los
 Pontífices
 juzgar de
 las cosas
 terrenas.

Math. 9. 6

Toca esto
 à los Prin-
 cipes se-
 culares.

1. Cor. 6.

2.

CAPITULO VII.

Que principalmente debe ocuparse en la piedad y consideracion de lo eterno.

8 **P**ERO, una cosa es poner la atencion en estos negocios, como por incidencia y con urgente motivo; y otra cosa es dedicarse à ellos espontaneamente como à cosas grandes y dignas de tanto cuidado y cuidado de tales sugetos. A si pues, yo os diria esto y muchisimo mas, si os hubiera de decir cosas grandes, cosas rectas, cosas sinceras. Mas ahora, por quanto los dias son malos, basta que estèis prevenido, para no daros todo, ni siempre à la accion: y para que aparteis un pedazo, asi del tiempo, como del corazon, para la consideracion. Esto digo, teniendo respeto à la necesidad, no à la equidad: aunque no es fuera de equidad ceder à la necesidad. Porque de otra manera, si os viera del todo libre, en todo y por todo os aconsejara, que siguièrais y exercitairais unica ó principalisimamente aquella virtud, que sola vale para todas las cosas, que es la piedad. Y si me preguntais, ¿què es piedad? Os dirè, que vacar à la consideracion. Direis por ventura, que en esto no concuerdo con aquel que dijo, que la piedad era culto de Dios. No es asi; antes, si bien lo considerais, con estas palabras declarè el sentido de aquellas, à lo menos en parte. Porque, ¿què cosa hay, que tanto pertenezca al culto de Dios, como aquello mismo que èl amonesta, en el psalmo, diciendo: *Desocupaos, y considerad como yo soy Dios?* Pues, ¿en què otra cosa principalmente entiende una piadosa consideracion, sino en esto? ¿Y què cosa hay, que tanto valga para todas las cosas, como aquella, que con una benigna presuncion toma à su cargo la exactitud y per-

Es preciso dar algo del tiempo, y del corazon à la consideracion.

Job. 28.
28. segun la version de los Setenta.

Ps. 45. 11.

perfeccion de la accion misma, ensayando en cierto modo, y ordenando de antemano lo que se ha de hacer? Diligencia necesaria sin duda, para que las cosas, que hechas con acuerdo y premeditacion son provechosas, no vengan à ser dañosas, si se hacen inconsideradamente: lo que à Vos mismo, si haceis memoria, no dudo os haya acaecido muchas veces en las decisiones de los pleytos, en los negocios grandes, y en la resolucion de cosas importantes. Y primeramente, sin duda la Consideracion purifica y limpia la misma fuente de donde nace, que es el alma. Despues de esto, rige las pasiones naturales, dirige las obras, corrige las faltas, compone las costumbres, hermosea, y ordena la vida: y por ultimo dà al hombre la ciencia de las cosas divinas, y humanas. Esta es, la que sepàra las cosas confusas, junta las desunidas, recoge las derramadas, penetra lo oculto, busca lo verdadero, examina lo verosimil, escudriña lo fingido, y aparente. Esta es, la que ordena lo venidero, y reflexiona sòbre lo pasado, para que nada se encuentre en el corazon ò desreglado, ò que necesite de correccion. Esta es, la que en medio de las prosperidades presente las adversidades; la que en las adversidades casi no siente: de las quales cosas, la una pertenece à la fortaleza, la otra à la prudencia.

CAPITULO VIII.

Que de la piedad, y de la contemplacion nace una agradable armonia, y enlace de las quatro primeras virtudes.

9 **E**N esto podeis advertir igualmente una cierta, suavissima armonia, y union recíproca de las virtudes, y que una pende de otra: como Vos mismo en lo dicho podeis observar, que

la

Efectos y utilidades de la consideración.

De la consideración viene las 4. virtudes cardinales,

la prudencia es madre de la fortaleza; y que no es fortaleza, sino temeridad, aquel atrevimiento que no procedió de la prudencia. Esta es, la que sentada, como juez, para dár sentencia, entre los deleytes, y las necesidades, señala su término à cada qual de las partes, dando á las necesidades lo que basta, y quitando á los deleytes lo que sobra: y haciendo esto, cria y forma otra tercera virtud, que es la templanza. Es sin duda que la misma consideracion tiene por destemplado, así al que se niega à si mismo tenazmente lo necesario, como al que se regala con lo superfluo. No consiste pues la templanza precisamente en cercenar las cosas superfluas, sino tambien en admitir las necesarias. De este modo de pensar, no solo parece fautor, sino autor el Apostol, quando nos enseña á que no cuidemos del cuerpo satisfaciendo sus deseos. Pues diciendolo, *que no cuidemos del cuerpo*, prohíbe las cosas superfluas: quando añade: *satisfaciendo sus deseos*, no priva lo necesario. Por lo qual juzgo yo, que no impropriamente definirá la templanza, el que dijere, que es una virtud, que ni cercena lo necesario, ni excede de ello, segun aquello del Philósofo: *Nada sea con exceso.*

10 Ya, acerca de la justicia, que es una de las quatro virtudes, ¿no es constante, que por medio de la consideracion se dispone el ánimo para adquirirla? Es necesario sin duda, que el hombre se considere à si primero, para sacar de si mismo la norma de la justicia; no debiendo hacer con otro lo que no quiere, que hagan con él, y por otra parte, no debiendo negar à los demás lo que él quiere que hagan con él. Es claro, que en estas dos cosas consiste el ser completo de la justicia. Pero, ni esta virtud tampoco está solitaria. Para esto, observad conmigo ahora la hermosa conexión y enlace de esta misma virtud con la templanza, y juntamente la de

La fortaleza que nace de la prudencia qual sea.

Què la templanza que nace de la fortaleza.

Rom. 13.

14. La templanza es necesaria à la justicia.

En què estè la perfección de la justicia.

La conexión de la justicia con las otras virtudes.

Conexión de la justicia con las otras virtudes.

ambas con las dos ya dichas, que son la prudencia, y la fortaleza. Porque, como sea parte de la justicia no hacer à otro lo que no quiere uno, que hagan con èl; y su perfeccion lo que dice el Señor: *Todo lo que quereis, que hagan los hombres con vosotros, hacedlo tambien con ellos*, nada de esto se pondrà por obra, à no ser que la voluntad, de la qual se saca toda la norma de obrar, estuviere ordenada de tal manera, que ni quiera cosa superflua, ni rehuse supersticiosamente lo necesario; lo qual es propio de la templanza. En fin, aun à la misma justicia para que sea tal, debe la templanza ponerla el modo. *No quieras ser demasiadamente justo*, dice el Sábio: mostrando en esto, que de ninguna manera debe aprobarse aquella piedad, que no se deje refrenar por la discrecion de la templanza. ¡Y què mucho, quando ni rehusa tampoco su freno la misma sabiduria! diciendo San Pablo segun la sabiduria, que se le habia dado del Cielo, *que no queramos saber mas de lo que conviene, sino que nuestro saber se acompañe de la sobriedad*. Por el contrario tambien, que sea necesaria à la templanza la justicia, lo muestra el Señor, quando reprende en el Evangelio la templanza de aquellos, que se abstengan, para parecer ayunadores à los hombres. Habia templanza en el alimento, pero no habia justicia en el ànimo, porque no intentaban agradar à Dios, sino à los hombres. ¡Ni còmo igualmente una y otra, esto es, la templanza y la justicia podrán hallarse sin la fortaleza; siendo constante, que es obra de una fortaleza, y no mediana, contener el propio querer, y no querer entre las estrechas lineas de lo poco, y de lo demasiado: de manera que estè contenta la voluntad con aquel modo medio, desnudo, puro, solo, ùniforme, igual por todas partes à si mismo, como que por todas partes igualmente está

Math. 7.
12.

Eccles. 7.
17.

Rom. 12.
3.

La templanza es necesaria à la justicia.

Math. 6.
16.

A una y otra lo es la fortaleza.

està cercenado; el qual medio solo es propio de la virtud.

II Decidme, si podeis, ¿à qual de estas tres virtudes principalmente, juzgais, deberse asignar este medio, el qual está tan contiguo à todas, que parece propio de cada una? ¿Serà acaso èl solo la virtud, y ninguna otra cosa? Pero, si fuese asi, no serian muchas las virtudes, sino que todas serian una sola, ¿Se podrá tal vez decir con mas razon, que, por quanto sin este medio no hay virtud, es èl en cierto modo la fuerza íntima, y como ùnica medùla de las virtudes, en la qual de tal suerte se unen, que parecen una sola todas? especialmente, porque no participan de èl dividiendole, sino que todo, y entero le posee cada una. Pongamos egemplo; ¿què cosa mas propia de la justicia que el modo? De otra suerte, si ella deja algo fuera de modo, no da ciertamente lo que es suyo à cada uno, que es en lo que consiste su ser. Igualmente, ¿què cosa mas propia de la templanza, pues verdaderamente no se llama asi por otro motivo, sino porque no admite cosa ninguna inmoderada? Pienso, que tambien confesarèis, que no pertenece menos à la fortaleza, pues to que principalisimamente es ella la que de los vicios, que le acometen, y como que por todas partes le quieren sufocar, libra poderosamente aquel medio puro, y le establece como por firme fundamento de lo bueno, y por silla de la virtud. Con que mantener el modo es justicia, es templanza, es fortaleza. Pero ved no consista toda la diferencia entre ellas, en que este medio pertenezca à la justicia en quanto al afecto: su eficacia venga de la fortaleza; y su uso, y posesion toque à la templanza. Resta que mostremos, como de esta junta de virtudes no es excluida la prudencia. ¿No es esta por ventura la que halla, y advierre la primera de todas este modo, despreciado antes por la incuria del corazon,

Como
correspon-
da el me-
dio à las
virtudes
cardina-
les.

y como recluido en lo profundo por los malos hábitos, y aun cubierto con la espesa niebla de los vicios? Por tanto os digo: Pocos son los que advierten este modo, porque los prudentes son pocos. Asi pues, la justicia le busca, la prudencia le halla, la fortaleza le defiende, la templanza le posee. No me he propuesto yo aqui hacer un tratado de las virtudes, pero he dicho esto con el fin de exhortaros, à que os empleeis en la Consideracion; por cuyo medio se advierten estas, y semejantes cosas: ¿En tan piadoso, y util ocio no ocupar alguna parte de la vida, no es perder la vida?

CAPITULO IX.

Que poco à poco se deben corregir los exemplos recientes de los Pontífices, y que se deben imitar los antiguos.

12 **P**ERO ¿què, si derepente os dedicàreis todo à esta Philosophia? No lo acostumbraron hacer asi vuestros predecesores: seriais molesto à muchos, como que os desviabais subitamente de las huellas de los Padres: sin duda pareceria, que haciais esto para censurar su conducta. Os notarian tambien con el vulgar proverbio: El que hace lo que ninguno, à todos hace admirar: y como que solo pretendiais excitar la atencion, para que admirasen vuestras cosas. Ni podeis tampoco corregir de un golpe todo lo que otros hayan errado, ò reducir à orden, y modo los excesos. Mas adelante podreis tomaros tiempo, para trabajar poco à poco, y segun dicten las coyunturas en esto, valiendos de la sabiduria, que Dios os ha dado. Entretanto, usad del mal de otro, para sacar el bien que se pueda. Aunque, si de los buenos, y no pre-
ci-

cisamente de los nuevos, hemos de tomar egemplo, no han faltado Romanos Pontifices, que supieron hallar ocios entre los mayores negocios. Sòbre la Ciudad estaba el enemigo, y su barbara espada sòbre la cerviz de los Ciudadanos: sin embargo ¿puso espanto todo esto à San Gregorio, para dejar de escribir en el ocio la sabiduria? En este mismo tiempo fuè, quando (segun se hace patente de su pròlogo) expuso con tanta diligencia como elegancia la oscurisima y ultima parte de Ezechiel.

Como se han de to-
lerar les
egemplos
còtrarios.

Egemplo
de S. Gre-
gorio.

CAPITULO X.

Reprende vivamente los abusos, y fraudes de los Abogados, de los Jueces, y de los Procuradores.

13 **M**AS sea asi, como quieren: ha prevalecido ya otra pràctica muy diferente, los dias son otros, y otras tambien las costumbres de los hombres, y los tiempos peligrosos, no digamos, que se acercan, sino que existen y duran. El fraude, el engaño, la violencia han extendido su poder sòbre la tierra. Los calumniadores son muchos, los defensores de la inocencia raros, en todas partes los poderosos oprìmen à los mas pobres: no podemos faltar à los oprìmidos, no podemos negar la justicia à los que padecen la injuria. Si no se ventilan las causas, si las partes no se oyen, ¿què se podrà sentenciar entrè las partes? Ventilense las causas, pero del modo que conviene. Porque este modo, que se usa freqüentemente, es execrable absolutamente, y que desdice, no digo de la Iglesia, sino de la plaza. Me pasmo de que vuestras religiosas orejas toleren semejantes disputas de los Abogados, y unos litigios de palabras, que son mas apòsito para subvertir, que para hallar la verdad. **Corregid esta deprayada costumbre, reprimid las**

Abusos y
fraudes
de los
Aboga-
dos.

len-

lenguas vanas, y cerrad los labios engañosos. Estos son los que adiestraron sus lenguas en hablar la mentira, eloqüentes contra la justicia, eruditos para la falsedad. Son sabios para obrar lo malo, facundos para impugnar lo verdadero. Estos son los que instruyen à quienes debian instruirles à ellos; alegan, no lo cierto, sino lo que ellos han inventado, fabrican de si propios calumaias contra la inocencia, destruyen la sencillez de la verdad, obstruyen los caminos de la justicia. NADA HAY que tan facilmente haga manifesta la verdad, como una brebe, y pura relacion de las cosas. Asi, aquellas causas que sea necesario llevar à vuestra audiencia, (pues nunca será necesario que lleguen todas à ella) quisierã yo, que os acostumbrãrais à decidir las con cuidado, pero con brevedad; y que cortãrais las falaces, y capciosas dilaciones. A vuestra audiencia entre la causa de la viuda, la causa del pobre, y de aquel, que no tiene que dar. Otras muchas podreis cometer à otros para que las terminen: muchisimas, ni aun juzgarlas dignas de audiencia. Porque ¿què necesidad hay de admitir aquellos, cuyos pecados son manifestos aun antes de llegar al juicio? Tanto es el descaro de algunos, que siendo asi que todo el semblante de sus causas està hirbiendo de la lepra de una manifesta ambicion, no se avergüenzan de pedir audiencia, publicando ellos mismos à otros muchos, lo que aun en el juicio solo de su conciencia, les debia llenar de confusion. No hubo quien rebatiese las frentes duras, y por eso crecieron en número, y se hicieron mas fuertes. Y tambien, porque, no se como, sucede que un vicioso no huye de que otros viciosos le conozcan: y donde todos huelen mal, no se percibe el hedor de uno solo. Porque, ¿quãndo se ha visto, por usar de un exemplo, que un avaro causãse empacho á otro avaro, el inmundo al inmundo, el luxurioso al luxurioso? Llena està de ambi-

es como
han de lo
levar las
algunes
cogidas
Bembio
de s. Ger.
Bono.

Que las
causas se
decidan
brebeme-
te.

Y rozuff
zabuar?
sol. ch
Ago-
cos

biciosos la Iglesia: ya nada la puede causar nuevo horror en los conatos y pretensiones de la ambicion, no de otra suerte que una cueva de salteadores no puede ya horrorizarse en los despojos de los caminantes.

Hay muchos ambiciosos en la Iglesia

CAPITULO XI.

Que debe usar de una severa justicia contra los Abogados, y Procuradores, que con malas artes hacen sus intereses.

14 **S**i sois discipulo de Christo, enciëndase vuestro zelo, ármese vuestra autoridad contra este descaro, y peste universal. Mirad al Maestro, que lo hace así, y oidle que dice: *El que me sirve à mi, sígame.* No prepara las orejas para escuchar, sino el azote para herir. Ni dà palabras, ni las recibe. No està sentado juzgando, sino que los vá siguiendo castigando. Con todo eso, no calla el motivo, que es haber hecho casa de negociacion la casa de la oracion. Obrad del modo mismo. Cubranse de rubor à vuestra vista semejantes negociadores: quando esto no, que la teman. Tambien Vos teneis azote. Teman los banqueros, ni fien en sus monedas, sino que desconfien: escondan de vuestros ojos su dinero, sabiendo que estàis mas dispuestos para tirarselo, que para recibirlo. Haciendo esto cuidadosa y constantemente, ganarèis à muchos; reduciendoles à que tomen empleos mas honestos los que ahora siguen unos torpes lucros: à otros ganarèis de tal modo, que no se atreverán à pensar en estas cosas siquiera. Añadid tambien á esto, que este modo de obrar no servirá de poco tambien, para conseguir el sosiego, que os estoy persuadiendo. Es sin duda que portandoos de esta manera; redimirèis no pocos momentos de tiempo, para emplearos en la

Johan. 12
26.

Quiere q. no sea benigno sino terrible con los negociadores.

Como se
haya de
portar en
vey sen-
tenciar los
pleytos.

la Consideracion ; no dando audiencia siquiera (co-
mo os dije) à algunos pleytos, otros algunos encar-
gandolos à otros: terminando los que juzgàreis dig-
nos de vuestra audiencia por medio de un extracto
fiel, y acomodado à la causa. A cerca de esta mis-
ma Consideracion, pienso añadir algunas cosas mas;
pero esto serà dando principio à otro libro: y aqui
sea el fin de este mismo, no sea que os sirva de
doblado peso mi poco suave discurso, si tam-
bien fuere largo.

Quiere
p. no sea
p. en gno
sino sea
riba con
los nego.
ciadores.

Quiere
p. no sea
p. en gno
sino sea
riba con
los nego.
ciadores.

El fin de este libro es dar principio à la Consideracion de los pleytos, y de la manera de dar audiencia à los que se piden, y de la de no darla à los que no se piden. Y para esto se divide en tres partes. La primera es de la Consideracion de los pleytos, y de la manera de dar audiencia à los que se piden, y de la de no darla à los que no se piden. La segunda es de la Consideracion de los pleytos, y de la manera de dar audiencia à los que se piden, y de la de no darla à los que no se piden. La tercera es de la Consideracion de los pleytos, y de la manera de dar audiencia à los que se piden, y de la de no darla à los que no se piden.

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

Hace una apologia por el infeliz suceso de la expedicion que se hizo à la tierra Santa.

I **N**O olvidado de mi promesa, por la qual os estoy obligado, hace algun tiempo, ilustre y generoso, Eugenio Papa, quiero cumplirla, aunque sea tarde. Me avergonzaria yo de la dilacion, si supiera, que habia sido la causa alguna incuria, ó desprecio. No es asi: sino que hemos venido (como Vos sabeis) à un tiempo fatal, que no solo à los estudios parecia intimar el fin, sino casi al uso mismo del vivir; quando el Señor, es de saber, provocado por nuestros pecados, en algun modo, al parecer, juzgò antes de tiempo al orbe de la tierra, segun equidad sin duda, pero olvidado de su misericordia. No perdonò á su pueblo, no perdonò à su mismo nombre. ¿Por ventura no dicen entre las gentes: *Donde està su Dios?* Ni es maravilla. Los hijos de la Iglesia, y que se glorian del nombre de christianos, fueron postrados en el desierto, ò muertos con la espada, ò consumidos con el hambre. Los príncipes cayeron en la discordia, (a) y el Señor les hizo andar errando fuera de la senda, y por lugares en que no habia camino. Se hallò el québranto, y la infelicidad en sus caminos: el pavor, la tristeza, y la confusion dentro de los gabinetes de sus mis-

D mos

(a) En tiempo de San Bernardo se leia asi en la Vulgata este verso del Psal. 106. Y hoy leemos desprecio. Efusa est contemptio.

Suceso
infeliz de
la guerra
santa.

Ps. 113. 2

Ps. 106.
40.

Ps. 113. 3

mos Reyes. ¿Qué confusos quedaron los pasos de los que anunciaban la paz, de los que anunciaban los bienes? Dijimos, Paz, y no hay paz: prometimos bienes, y todo lo que se ve, es turbacion. Ni nos movimos à tratar de esta empresa con temeridad, ò ligereza. Corrimos verdaderamente en ella, no como al azar, sino mandándolo Vos, ò por decir mejor, Dios por vuestro medio. ¿Cómo, pues, habiendo ayunado, no nos mirò? ¿habiendonos humillado en su presencia, no hizo caso? Y no menós, despues de todos estos males, su furor no està todavia aplacado, y està siempre levantado su brazo. ¿Con cuánta paciencia aun ahora, està oyendo las voces sacrilegas, y à los Egipcios blasfemos, que dicen: Los sacò con astucia, para quitarles la vida en el desierto? Y ciertamente, los juicios de Dios son verdaderos: ¿quién lo ignora? Pero este juicio es un abismo tan grande, que, no sin razon, me parece, que puedo llamar bienaventurado, al que no fuere escandalizado en èl.

2 Mas sin embargo, ¿cómo la temeridad humana se atreve à reprimir, lo que de ningun modo puede comprehender? Traigamos à la memoria los juicios soberanos de todos los siglos, por si quizá encontramos algun consuelo. Pues hubo un Propheta, que dijo asi: *To me acordè, Señor, de todos los juicios, que habeis exercido en todos los siglos, y me consolè.* Voy à decir una cosa, no ignorada de ninguno, pero ahora de ninguno conocida. Sin duda, asi es el genio de los corazones de los mortales: **LO QUE SABEMOS**, quando no hay necesidad, quando hay la necesidad, no lo sabemos. Habiendo de sacar Moyses del Egipto al pueblo, les prometì otra tierra mucho mejor. Porque, ¿quándo de otra suerte le seguiria un pueblo, que solo gustaba de la tierra? Los sacò; mas con todo eso, habiéndolos sacado, no los introdujo en la tierra prometida. Ni hay

mó-

Isai. 57. 7

Exod. 32.

12. 2002

Ps. 18. 10

Ps. 118.

51.

Se defiende de la calumnia con exemplos.

Exod. 3 8

motivo para imputar à temeridad del Capitan el triste è inopinado suceso. Todo lo hacia èl al imperio del Señor, obrando el Señor con èl, y confirmando la obra con los portentos, que la seguian. Pero, aquel pueblo, dirèis, fuè de dura cerviz, obrando siempre porfiadamente contra el Señor, y contra su siervo Moyses. Bien; aquellos eran incrèdulos, y rebeldes: ¿y estos què? Preguntádselo á ellos. ¿Què necesidad hay de que diga yo, lo que confiesan ellos mismos? Una sola cosa digo: ¿Què podian adelantar, los que sin cesar se volvian hàcia atras, quando andaban? ¿Quàndo tambien estos por todo el camino, no volvieron à Egipto con el corazon? Y, si aquellos cayeron, y perecieron por su maldad; ¿nos admiramos de que estos, haciendo otro tanto, hayan padecido lo mismo? Mas ¿por ventura, el estrago de aquellos es contra las promesas de Dios? Luego ni el de estos. Jamàs las promesas de Dios se oponen à la justicia de Dios. Y escuchad otra cosa.

Se queja de las malas costumbres de los Cruzados.

Judic. 204
2.

3 Pecò Benjamin: se disponen las demàs Tribus à la venganza, y no sin insinuacion de su voluntad en Dios. En fin, èl mismo fuè quien señaló Capitan à los combatientes. Pelean pues, confiando, así en un exèrcito mas poderoso, como en causa mas justa, y (lo que es todavia mas) en el favor divino. Mas ¡quàn terrible es Dios en sus consejos sòbre los hijos de los hombres! Volvieron las espaldas à los culpados los vengadores de la maldad, los muchos à los pocos. Pero, recurren al Señor, y el Señor les dice: *Id allà*. Ván nuevamente, y nuevamente son rebatidos, y confundidos. Así, sin duda, favorecièndoles Dios primeramente, y aun mandàndolo por segunda vez el mismo, los justos emprenden una batalla justa, y quedan vencidos. Mas, quanto inferiores en la pelèa, tanto mas superiores se hicieron en la fè. ¿Qué os parece, que harian estos de mi, si por mi consejo fuesen à la guerra

Ps. 65. 5
amb. on
ne laugi
arris al

segunda vez, y segunda vez fuesen vencidos? ¿quán-
do me darian oídos, si les exhortàra à que terce-
ra vez repitieran el viage, y emprendieran una obra,
de que una y otra vez ya habian salido infelizmen-
te? Pues sin embargo, los Israelitas no haciendo ca-
so de una y otra pèrdida, obedecen tercera vez, y
vencen. Pero, quizá diràn ellos: ¿De dònde sabemos
nosotros, que este pensamiento ha salido de Dios?
¿Què milagros haces tu, para que te creamos nosotros?
No hay razon, para obligarme à mi à responder á
esto: se me debe perdonar por la vergüenza, que
esto me causaria. Responded Vos por mi, y por
Vos mismo, segun lo que oisteis, y visteis; ò ciertamente,
segun lo que Dios os inspirare.

4 Pero, tal vez os admiràis, de que yo me de-
tenga tanto en estas cosas, habièndome propuesto
tratar de otras muy diferentes. Hàgolo, no olvida-
do de lo que me hè propuesto, sino, porque no son
cosas ajenas de lo que me hè propuesto. Sobre la
Consideracion (segun me acuerdo) hablaba yo en
mi discurso, dirigido á vuestra dignacion. Y cierta-
mente, grande cosa es esta, y que necesita de una
consideracion no pequeña. Y, si las cosas grandes, es
bien que los grandes las consideren, ¿à quièn, como
à Vos, debe corresponder este cuidado, pues no te-
nèis igual sòbre la tierra? Mas, Vos segun la sabidu-
ria, y potestad, que se os ha dado de lo alto, obra-
réis en esto. No corresponde á mi pequeñez dicta-
ros, que se haga de este modo ò del otro. Basta
haberos insinuado, que es preciso que algo se haga;
con lo que por una parte se consuele la Iglesia, y
por otra se cierre la boca de los que hablan cosas
perversas. Sea dicho esto poco en vez de apologia,
à fin de que, tal qual ello sea, sirva en vuestra
conciencia para disculparme à mi, y à Vos, ya que
no delante de aquellos, que juzgan de las obras por
los sucesos, ciertamente delante de Vos mismo. LA

El Papa
no tiene
igual en
la tierra.

PERFECTA, y absoluta disculpa de qualquiera, es el testimonio de su conciencia. Para mi importa muy poco, que sea juzgado por aquellos, que llaman bien al mal, y mal al bien, que llaman las tinieblas luz, y luz las tinieblas. Aunque, siendo necesaria una de las dos cosas, mas quiero, que se levanten contra nosotros las quejas de los hombres, que contra Dios. Dicha mia serà, si el Señor se dignare usar de mi, como de un escudo. Gustoso recibiré las maldicientes lenguas de los murmuradores, y las saetas venenosas de los blasfemos, para que asi no lleguen à èl. No rehusó quedar sin gloria alguna, ni alabanza, para que no se agraviè à la gloria de Dios. ¿Quièn me darà à mi, poder gloriarme en aquella expresion: *Por vos sostuve el oprobio, cubriò mi rostro la confusion.* Gloria serà para mi, hacerme compañero de Christo, de quien es esta voz: *Los oprobios de los que os injuriaban, cayeron sobre mi.* Ahora ya, vuelva à su materia la pluma, y siga derechamente el discurso, lo que propusimos tratar.

CAPITULO II.

Diferencia entre la Consideracion, y la Contemplacion.

S Ntes de todo considerad, que es lo que llamo yo Consideracion. Pues, no quiero que se entienda ser en todo lo mismo que la contemplacion; por quanto esta se dirige con especialidad à reflexionar sobre las cosas ya conocidas, y la Consideracion à inquirir acerca de ellas. Segun lo qual se puede definir la contemplacion, una verdadera, y cierta vista del ànimo acerca de alguna cosa; ò una idèa de lo verdadero, que en nada duda. Mas la Consideracion, un pensar intenso à fin de investigar las cosas, ò una aplicacion del ànimo,

La buena conciencia es una excelente apologia.

Isai. 5. 10.

Quiere y desèa el Santo ser acometido con qualesquiera injurias, como asi no vayà contra Dios.

Ps. 68. 8

Psal. 68
10.

Què sea la contemplacion.

Què la cõsideracion.

mo,

mo, que busca lo verdadero. Aunque suele tomarse reciprocamente la una por la otra sin diferencia alguna.

CAPITULO III.

Señala quatro puntos propios de la Consideracion.

YA, por lo que mira al fruto de la Consideracion, quatro son las cosas, segun me ocurren ahora, que debeis considerar: Vos mismo, lo que està debajo de Vos, lo que està cerca, lo que està encima. Vuestra consideracion comience de Vos mismo, no sea que vanamente os extendáis à otras cosas, descuidando de Vos. ¿Qué os aprovecharà ganar todo el mundo, si os perdeis à Vos solo? Aunque seais sabio, os **FALTA** para la sabiduria, si para Vos no lo sois. Y, si me preguntais, ¿quànto os falta? Si he de decir lo que siento, todo. Aunque conozcais todos los misterios, aunque sepáis quanto encierra la latitud de la tierra, la altura del Cielo, el profundo de la mar; si con todo eso no os conoceis à Vos mismo, serèis semejante al que edifica sin cimientos, que no levanta fábrica, sino ruina. Todo lo que edificareis fuera de Vos, serà como un monton de polvo, que se lleva el viento. No es sàbio pues, el que no lo es para sí. El que de veras lo quiere ser, serà sàbio para sí, y beberà el primero de todos de la fuente de su pozo. Asi, de Vos comience vuestra consideracion; ni solo esto, sino que tambien acabe. A donde quiera que se distraiga, mirad que la hagais volver à Vos mismo con frutos de salud. Vos seais para Vos el primero, y el postrero. Tomad egemplo del Soberano Padre de todos, que dé tal manera produce, y envia de sí aquella Palabra eterna, que tambien la retiene. Vuestra palabra es vuestra consideracion;

Quatro cosas que se han de considerar.

Math. 16.
26.

Quan necesario el conocimiento y cuidado de si propio.

y por esto, si alguna vez saliere, cuidado de que no se aparte. De tal suerte vaya adelante, que no deje su lugar: de tal suerte salga, que no os desampare. En lo que toca al negocio de vuestra salud, no habeis de tener otro mas hermano, que el hijo único de vuestra madre, que sois Vos mismo. Cosa que sea contra vuestra propia salud, no la debeis pensar. Menos dije de lo que debia decir: porque, no solo cosa que sea contra vuestra salud, mas aun cosa que sea fuera de ella, no la debeis admitir. QUANTO SE OFREZCA à vuestra consideracion, que de algun modo no pertenezca à vuestra salud, absolutamente se debe desechar.

CAPITULO IV.

Establece el conocimiento propio en tres consideraciones de si mismo: y explica aqui la primera consideracion.

7 **E**STA consideracion de Vos mismo se divide en tres partes, debiendo considerar que, quien, y qual sois. *Que* segun la naturaleza, *quien* en la persona, *qual* en las costumbres. *Que*, para explicarlo con un exemplo, hombre. *Quien*, Papa, ò Sumo Pontifice. *Qual*, benigno, manso, ò cosa semejante. Aunque investigar aquello primero, mas corresponda á hombres Philosophos, que à hombres Apostólicos; con todo eso, se halla algo en la definicion del hombre, que llaman animal racional, mortal, que es permitido, si os agradare, mirar con cuidado. Nada hay en ello, que se oponga à vuestra profesion, ò dignidad, mas antes, os puede traer mucho bien para el alma. Porque, considerando juntamente estas dos cosas *racional y mortal*, podeis percibir de aqui el fruto, de que por una parte lo mortal, que hay en Vos, hu-

Triplicada consideracion de si mismo.

Què sea el hõbre.

mille à lo racional, y por otra, mutuamente lo racional conforte à lo mortal: las cuales ambas cosas no las debe tener en poco el hombre circunspecto. Si falta algo, que deba considerarse todavia en este punto, se tratarà mas adelante; y quizá con mas utilidad, haciendo cotejo entre sus partes.

CAPITULO V.

Propone la otra parte de la consideracion de si mismo, es de saber: Quien sea, y de donde.

8 **A** Hora, quien sois, y de què habeis sido hecho, nos debe ocupar la atencion: aunque lo que dije *de què*, pienso no tocarlo por ahora, dejándolo mas bien à vuestra reflexion. Solo dirè una cosa: Serà indigno de Vos obrar menos perfectamente, habiendo sido sacado de un estado de tanta perfeccion. ¿Còmo no os avergonzariais de portaros como mínimo en las cosas grandes, quando os acordais de haber sido grande en las cosas mínimas? No estàis olvidado de vuestra primera profesion: no se ha borrado de vuestra memoria, aunque os la quitaron de vuestras manos; mas ni tampoco, sin duda alguna, de vuestro afecto. No serà inútil traer delante de vuestros ojos esta misma en cada uno de vuestros mandatos, de vuestras sentencias, de vuestras determinaciones. Esta consideracion os harà despreciador del honor en el honor mismo. Y ya esto es una cosa grande. No se aparte de vuestro pecho: ella es un escudo para rebatir, aun aquella saeta: *El hombre estando colocado en el honor, no lo entendió.* Hablaos pues à Vos mismo: Yo estaba desechado en la casa de mi Dios. ¿Què es esto, de pobre, y abatido ser levantado sobre las gentes, y sobre los reynos? ¿Quièn soy yo, ò qual es la casa de mi Padre, para que me

Le trae à la memoria su profesió monástica.

Ps. 45. 13

siente mas sublime, que los encumbrados? A la verdad, el que me dijo à mi: *Amigo, subid mas arriba*; espera, que he de ser amigo. Sino hallare esto en mi, no me puede està bien. Quien elevò, tambien puede derribar. Queja, fuera de tiempo: *Despues de haberme elevado, me arrojàsteis para quebrantarme*. No hay porque lisongee la altura, quando en ella es mayor el cargo. Hace aquella mayor el riesgo, este prueba al amigo. Al desempeño de èste nos debemos disponer, si no queremos en el fin, tener con rubor el ùltimo lugar.

Luc. 14.
10.

Psal. 101
11.

CAPITULO VI.

Qual deba ser el empleo de los Superiores de la Iglesia.

9 **N**O podemos dejar de confesar, que habeis sido hecho superior; pero à que fin, eso debe llevar toda la atencion. Porque, no juzgo yo, que haya sido para que dominèis. Puesto que aun el Propheta, quando igualmente fuè elevado, oyò que le decian: *Para que arranques y destruyas, consumas y disipes, edifiques y plantes*. ¿Què cosa de estas dà à entender fausto? Lejos de eso, bajo la idèa del rùstico sudor se expresa el trabajo espiritual. Nosotros, pues, igualmente, por ventajoso concepto, que tengamos de nosotros mismos, reconozcamos, que nos han impuesto el ministerio, no què nos hayan dado algun dominio. No soy yo mayor que el Propheta, aunque igual quizá en la potestad; pero, en quanto à los mèritos, no hay comparacion. Esto es lo que os debeis decir, y enseñaros à Vos mismo, ya que enseñais à los demàs. Demos que os repeteis como uno de los Prophetas. ¿No es esto bastante pa-

Jerem. 1.
10.

El ministerio no el dominio corresponde à los Prelados.

ra Vos? Y demasiado. Pero, por la gracia de Dios sois lo que sois. ¿Què mas? Seais tambien lo que el Propheta; pero ¿por ventura mas que el Propheta? Si teneis cordura, estarèis contento con la medida con que os ha medido Dios: porque lo que excede de ahí, viene de mala parte. Aprended por el exemplo del Propheta à presidir, no tanto para mandar, quanto para hacer con constancia lo que el tiempo requiere. Aprended, que teneis necesidad de escardillo, no de cetro, para hacer la obra del Propheta. Lo cierto es, que este no subió para reynar, sino para extirpar. ¿No pensais encontrar algo que trabajar en el campo de vuestro Señor? Y muchísimo. Seguramente no pudieron los Prophetas limpiarlo todo: algo dejaron que hacer à sus hijos los Apòstoles: algo os dejaron tambien á Vos vuestros Padres. Pero, ni Vos tampoco podreis hacerlo todo. Algo sin duda habreis de dejar que hacer à vuestro Sucesor, y èl à otros, y los otros à otros hasta el fin. Ultimamente, cerca de la undècima hora son reprendidos por ociosos los operarios, y los envian à la viña. Vuestros antecesores los Apòstoles oyeron, *que la mies era mucha, y los operarios pocos*. Asegurad en Vos la herencia paterna: puesto que, si sois hijo, tambien debéis ser heredero. Para dar pruebas de que sois el heredero, velad con solicitud, y no os entorpezcais en el ocio, no sea que tambien os digan: *¿Còmo estais aqui ociosos todo el dia?*

Mucho menos convendria, que os hallasen derramado entre delicias, ò haciendo blando lecho de las pompas. Nada de esto os asigna la escritura del testador. ¿Què es lo que os asigna? Si os arreglàreis al tenor de ella, mas bien heredarèis el cuidado, y el trabajo, que glòria, ni riquezas. ¿Lisongea la càthedra? Pues sabed, que es una atalaya para hacer centinela. En fin, estais senta-

Conviene à los Prelados el escardillo, no el cetro.

No les puede fallar materia para trabajar.

Math. 9.
37.

Galas. 4.
7.

Math. 20

6.

do sobre ella; pero esto es para ver desde mas alto; y el derecho de inspeccion sobre las Iglesias que os declara el mismo nombre de Obispo, mas antes os debe disponer al trabajo, que al reposo; persuadido à que el Papado no es un dominio, sino un oficio. ¿Què mucho esteis colocado en un lugar eminente, desde donde todo lo registreis, quando estais constituido guardia sobre todo? A la verdad, esta vista no debe inspiraros el ocio, sino el apresto para trabajar. ¿Còmo puede haber gusto en gloriarse, quando ni es permitido estarse ocioso? Ni aun lugar hay para el ocio, donde urge la continua solicitud por todas las Iglesias. Porque, ¿què otra cosa os dejò el Apòstol San Pedro? *Lo que tengo*, dice, *eso te doy*. ¿Què era esto? Una cosa sè fijamente: no era oro, ni era plata; puesto que dice el mismo: *No tengo plata, ni oro*. Si sucede que lo tengais, usad de ello, no segun el gusto, sino segun el tiempo. De tal suerte seais quien use de ello, como sino fuerais quien usa de ello. Estas cosas ciertamente, en quanto toca al bien del alma, ni son buenas, ni malas: con todo eso, el uso de ellas es bueno, el abuso malo, la solicitud peor, el lucro mas torpe. Demos que por qualquiera otra razon os apropiéis estas cosas, mas no como heredero del Apòstol: pues no podia daros èl, lo que no tuvo. Lo que tuvo, eso os dió; la solicitud, como he dicho, sobre las Iglesias. ¿Por ventura la dominacion? Escuchadle à èl mismo: *No dominando sobre la heredad del Señor, sino haciendos modelo de su rebaño*. Y, para que no juzgueis dicho esto, solo por humildad, y no tambien segun verdad, sentencia del Señor en el Evangelio es: *Los Reyes de las naciones les tratan con imperio, y los que tienen autoridad sobre ellos, se llaman sus bienhechores*. Y añade: *Mas entre vosotros no ha de ser*

Obispo es nombre de oficio, no de dominio.

Act. 3. 6.

1. Petr. 5. 3.

Luc. 22. 25.

asi. Bien claro està: à los Apòstoles se les prohibe la dominacion.

II Id ahora , y atreveos à usurparos , ò dominando , el apostolado , ò exerciendo la autoridad apostòlica , la dominacion. Absolutamente os està vedada qualquiera de estas dos cosas. Si lo uno y lo otro quereis tener juntamente , uno y otro perderèis. En este caso , no os juzgueis exceptuado del número de aquellos , de quienes Dios se queja asi:

Oca 2. 4 *Ellos han reynado , y no por mi , ellos fueron principes , y yo no lo supe.* Ya , si os agrada reynar sin Dios , tendreis glòria , mas no delante de Dios. Pero , si sabemos ya lo que se veda , veamos lo que se manda. *El que es mayor èntre vosotros , se hará como el menor , y el que tiene el primer lugar , sea como el que sirve.* Este es el modelo de los Apòstoles : se prohibe la dominacion , y se intima el servicio ; el qual se hace mas recomendable con el exemplo del mismo legislador , quien seguidamente dice : *Yo estoy en medio de vosotros , como quien sirve.* ¿Quièn ya se juzgarà privado de glòria por un título , con que se distinguiò à sí mismo primero el Señor de la glòria? Con razon se gloria en èl San Pablo , diciendo : *Ministros de Christo son , y yo tambien lo soy.* Y añade : *Quando yo debiera pasar por imprudente , oso decir que lo soy mas que ellos todavia. Yo he sufrido mas trabajos , he recibido mas golpes , he tolerado mas prisiones , me he visto muchas veces muy cerca de la muerte.* ¿O

Luc. 22.
26.

Id. 27.

Por el exemplo de Christo es mas gloria servir , que dominar.

2. Cor. 11
23.

La gloria de los Apòstoles es la cruz y los trabajos.

Ps. 138.
17.

ministerio esclarecido! ¿Què cosa mas gloriosa que este imperio? Si es conveniente gloriaros , el modelo de los Santos se os pone à la vista , para que no salgais de èl , la glòria de los Apòstoles se os propone. ¿Os parece corta glòria? ¿Quièn me diera à mi , hacerme semejante en la glòria de los Santos? Clama el Propheta : *Yo veo , Dios mio , que habeis honrado de una manera enteramente singular à vuestros*

eros

trós amigos, y que su imperio se ha asegurado extraordinariamente. Clama el Apóstol: *Estè lejos de mi gloriarme en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesu Christo.*

12 Con este tan excelente género de glòria deseo yo que siempre os glorieis, el qual los Apóstoles, y los Prophetas escogieron para si, y transmitieron hasta Vos. Reconoced vuestra herencia en la cruz de Christo, en la abundancia de los trabajos. Dichoso el que pudo decir: *Mas que todos he trabajado.* Glòria es esta, pero nada de vano hay en ella, nada de afeminado, nada de delicado. Si el trabajo espanta, atraiga el premio; pues cada uno ha de recibir segun su trabajo. Aunque el Apóstol trabajò mas que todos, con todo eso no lo trabajò todo: aun todavìa queda lugar al trabajo. Salid al campo de vuestro Señor, y considerad con cuidado, quantas espinas y abrojos de la antigua maldición, aun hoy dia le cubren. Salid, digo, al mundo, pues el mundo es campo, y està confiado à vuestro cuidado. Salid à èl, no como Señor, sino como mayordomo, à ver, y procurar sòbre lo que os han de exigir la razon. Salid, os he querido decir, con los pasos de una atenta solicitud, y de una solícita atencion. Pues, ni aquellos mismos à quienes se mandò, que fuesen por el orbe universo, anduvieron el orbe todo con la presencia de su cuerpo, sino con la solícita inspeccion de su ànimo. A este modo, levantad los ojos de vuestra consideracion, y mirad las regiones, que quizà estàn más antes secas para el fuego, que blancas para la siega. ¿Quàntos, quàntos, que pensabais, que eran frutos de la tierra, mirados con mas cuidado, se verà, que son espinas? Mas bien, ni aun espinas ciertamente: viejos, y caducos àrboles son, pero no fructíferos: sino acaso de bellotas, ò de las viles frutas que comen los puercos. ¿Hasta quàndo han

Galat. 6.
14.

1. Cor. 15.
10.

Exortacion al cuidado, y al trabajo.

han de estàr ocupando la tierra? ¿Por ventura, si salis, y veis estas cosas, no os darà vergüenza, que esté ociosa en el suelo. la segur: no os darà vergüenza, de haber tomado sin motivo en la mano la hoz apostòlica?

13 Este es el campo, à que salió en otro tiempo el Patriarca Isaac, quando por la primera vez le encontrò Rebeca; y segun tenemos en la Escritura: *Habia salido à meditar.* El à meditar, Vos à extirpar es preciso que salgais. Para Vos ya debe haber precedido la meditacion, el tiempo de obrar urge ya. Si ahora comenzais à dudar, ya esto viene tarde. Antes, segun el consejo del Salvador, debiais haberos sentado, antes haberos hecho cargo de la obra, haber medido las fuerzas, pesado la sabiduria, adquirido los mèritos, computado el coste de las virtudes. Manos pues à la obra; pensad, que ya llegò el tiempo para la poda, si es que ha precedido con todo eso el de la meditacion. Si habeis movido el corazon, ya se ha de mover igualmente la lengua, se ha de mover tambien la mano. Ceñios vuestra espada, la espada del espìritu, que es la palabra de Dios. Glorificad vuestra mano, y brazo derecho haciendo venganza en las naciones, càstigos en los pueblos, atando sus Reyes con grillos, y poniendo à los grandes de ellos esposas en las manos. Si haceis esto, honrais el ministerio, y el ministerio os honra à Vos. No es mediano imperio este. Esto es ahuyentar las malas bestias de vuestros tèrminos, para que vuestros rebaños salgan sin riesgo à los pastos. Domarèis los lobos, pero no dominarèis à las ovejas. A la verdad, para apacentarlas las recibisteis, no para oprimirlas. Si habeis considerado bien quien sois, no podeis ignorar, que es preciso hacer esto. Por cierto, se hace culpable, el que sabe lo bueno, que debe hacer, y no lo hace. No estàis olvidado donde habeis lei-

Gen. 24.
62.

Luc. 14.
28.

Antes de
acetar las
dignida-
dessehan
de medir
las fuer-
zas.

Ephes. 6.
17.

Es pro-
pio de los
pastores
domar los
lobos, no
el domi-
nar las
ovejas.

do: *El siervo que sabe la voluntad de su señor, y no la hace, será castigado con muchos golpes.* Asi lo hacian constantemente los Prophetas, asi los Apòstoles. Fueron fuertes en la guerra, no delicados entre sedas. Si sois hijo de los Profetas, y de los Apòstoles, obrad tambien del mismo modo. Sostened la nobleza de vuestro linage con unas costumbres del todo semejantes: puesto que esta nobleza no viene por otra parte, que por la pureza de las costumbres, y fortaleza de la fè. Por esta vencieron ellos los reynos, obraron la justicia, llegaron à conseguir las promesas. Está es la autèntica escritura de vuestra herencia, que desplegamos à vuestros ojos, para que veais la porcion, que os pertenece. Armaos de la fortaleza, y habreis heredado. Poseed la fè, poseed la piedad, poseed la sabiduria; pero la sabiduria de los Santos, (esa misma es el temor del Señor) y teneis lo que es vuestro. Teneis entera sin menoscabo alguno la heredad paterna. Preciosissima posesion es la virtud. Buena posesion es la humildad, en la qual fabricándose todo el edificio espiritual, crece hasta ser templo santo para el Señor. Por medio de esta llegaron à poseer algunos las puertas * de sus enemigos. Porque, ¿què virtud hay, que igualmente pueda destruir toda la soberbia de los demonios, toda la tirania de los hombres? En medio de eso, aun siendo ella para todos, como una torre fortissima, que los defiende del enemigo, no sè por que modo, se muestra mayor su fuerza en los grandes, y mas esclarecida en los mas ilustres. No hay piedra mas resplandeciente en todo el ornato del Sumo Pontifice con especialidad. Quanto mas excelso es que los demás, tanto por la humildad se presenta à la vista, aun mas ilustre que èl mismo.

Jacob. 4.
17.

Luc. 12.
47.

Que nobleza debent mantener los Prelados de la Iglesia.

Hebr. 11

33.

Que heredades.

*Esto es, las casas.

Elogio de la humildad en los Grandes.

CAPITULO VII.

Volviendo al primer punto de la Consideracion, trata con mas esmero, quien sea.

14 **M**E notaràn acaso, que no estando explicada suficientemente la primera parte, no sè como, se resbalò la pluma à tratar de la segunda, comenzando à describir *qual* os conviene ser, no habiendo aclarado plenamente *quien* sois. Yo creo, que avergonzándose de que viesen desnudo à un hombre, que està colocado en la suprema cumbre de todo, se apresurò à vestirtle de sus insignias. A la verdad, sin ellas pareceis mas disforme, quanto sois mas ilustre. ¿Puede por ventura encubrirse à los ojos, la desolacion de una ciudad colocada sòbre el monte; ò puede ocultarse el humo de una antorcha apagada, y puesta sòbre el candelero? Una mona sòbre un tejado, es un príncipe fatuo sentado en el solio. Y ahora, escuchad un càntico mio, poco suave, à la verdad, pero saludable. Cosa monstruosa un grado sumo, y un ànimo infimo: la silla primera, y la vida la ùltima: una lengua grandiosa, y la mano ociosa: un language copioso, y el fruto ninguno: un semblante grave, y la accion leve: autoridad grande, pero poco firme. Yo apliquè el espejo: reconòzcase en èl el rostro feo: Vos alegras de que el vuestro se encuentre desemejante. Sin embargo, miraos tambien á èl, no sea que, aunque haya en que con razon os agradèis de Vos mismo, no falte tampoco, de que debàis desagradaros. Quiero, que os glorieis del testimonio de vuestra conciencia, pero no menos, que tambien os humilleis con èl mismo. Voz rara esta: *Nada me reprende mi conciencia.* Mas cauto andarèis en los bienes, sino se os

ocul-

Cosa muy indigna q̄ ocupè las dignidades los indignos.

Del testimonio de la conciencia nace gloria, y humillacion.

ocultan tambien los males. Por lo qual, como os dije, haced por conoceros, para que entre las aflicciones, que no faltan, goceis del bien de la conciencia; pero principalmente para que sepais lo que os falta. Porque, ¿à quien no le falta? Todo le falta, à quien juzga que no le falta nada. ¿Qué importa, que seais Sumo Pontifice? ¿Acaso porque seais Sumo Pontifice, por eso sois sumo? SABED, que sois ínfimo, si os reputais sumo. ¿Quièn es sumo? Aquel, à quien ya nada se puede añadir. Errais enormemente, si juzgais, que sois este. No lo permita Dios. No sois Vos de aquellos, que reputan virtudes las dignidades. Antes fuè experimentada de Vos la virtud, que la dignidad. Dejad ese modo de pensar à los Augustos, y à otros que no temieron ser adorados con honores divinos, como fueron Nabucodonosor, Alexandro, Antioco, y Herodes. Pero Vos considerad, que no os llaman Sumo, porque seais consumado, sino por comparacion. Ni juzgueis, que hablo yo de la comparacion en mèritos, sino en los ministerios. Asi, os repunte el hombre como ministro de Christo, y (lo que quiero se entienda sin perjuicio de la santidad de alguno) Sumo por todos modos entre los ministros. En otro sentido, mi deseo es, que aspireis à lo sumo, no que os juzgueis, ò querais, que os juzguen sumo, antes de serlo. Porque, ¿còmo adelantareis, si ya teneis en Vos, todo lo que os basta? Por tanto, no tengais negligencia en investigar lo que os falta, ò en confesar que os falta, vergüenza. Hablad Vos tambien con la voz de vuestro Antecesor: *No es que yo haya recibido ya, ò que sea ya perfecto. Y otra vez: Yo no juzgo, que he conseguido ya el fin, à que aspiraba.* Esta es la ciencia de los Santos: esta dista mucho de aquella que infla. El que añade esta, añade tambien el dolor; pero este dolor ningun sábio le aparta de sí. Porque es un dolor

Na la tiene el que juzga que lo tiene todo.

De que se llame Sumo el Pontifice Romano.

omni-
bus
sumo

No es perfecto quien no aspira à mas perfeccion.

Philip. 3.
12.

Id. 13.

Ecc. 1.
18.

medicinal, por el qual aquel mortal estupor de un animo duro è impenitente se vá echando fuera. Y por esto, sábio era, el que pudo decir: *Propter dolor estã sempre delante de mis ojos.* Ahora ya, debemos volver à los restos de aquel asunto, de que poco ha nos apartamos.

CAPITULO VIII.

Trata de la excelencia de la dignidad, y potestad pontificia.

EA, indaguemos todavia con mas diligencia, *quien* sois, que persona habeis por ahora en la Iglesia de Dios. ¿Quién sois? El gran Sacerdote, el Pontifice Sumo. Vos sois el principe de los Obispos, el heredero de los Apóstoles; Abel por el primado, Noe por el gobierno, en el patriarcado Abraham, en el orden Melchisedec, en la dignidad Aaron, en la autoridad Moysès, en la judicatura Samuel, en la potestad Pedro, en la uncion Christo. Vos sois, à quien fueron entregadas las llaves, à quien fueron confiadas las ovejas. Hay tambien, sin duda, otros, que son porteros del Cielo, y pastores de los rebaños: pero Vos lo sois tanto mas gloriosamente, quanto con mayor excelencia que ellos habeis heredado uno y otro nombre. Tienen ellos asignados à sí sus rebaños, uno cada uno; pero á Vos están confiados todos; que es decir, à uno solo un solo rebaño. Ni solo de las ovejas, sino de los pastores todos sois único pastor. ¿Preguntáis, de què pruebo esto? De las palabras del Señor. Porque, ¿à quièn, no digo, de los Obispos, sino aun de los mismos Apóstolés tan absolutamente y sin distincion fueron entregadas las ovejas? *Pedro, si me amas, apacienta mis ovejas.* ¿Quáles? ¿los pueblos de esta ò aquella ciudad

Elogios
del Sumo
Pontifice.

Es pastor
de los pas-
tores.

Johan. 21
15.

dad ò region, ò de algun determinado reyno? *Mis ovejas* dice, ¿A quièn no se hace patente, que no le asignò precisamente algunas, sino que se las asignò todas? Nada se exceptua, donde nada se distingue. Y tal vez estaban presentès los demás condiscipulos, quando confiándolas todas à uno solo, recomendaba à todos la unidad en un solo rebaño y un solo pastor, segun aquello: *Una sola es la palomina, la hermosa mia, la perfecta mia.* En donde se halla unidad, se halla perfeccion. Los demás números no tienen perfeccion, sino division apartándose de la unidad. De ahí es, que los otros, sabiendo este misterio, tomaron à su cuidado cada uno su plebe distinta de las demás. En fin, Santiago que parecia ser la columna de la Iglesia, se contentó con sola Jerusalem, cediendo à Pedro la universidad de las Iglesias. Pero, hermosamente vino que fuese puesto, para suscitar hijos à su difunto hermano, allí mismo donde él habia muerto; pues fuè llamado hermano del Señor. A la verdad, cediendo aun el hermano mismo del Señor, ¿quièn otro se entrometerá en la prerogativa de Pedro?

16 Luego, segun vuestros cánones, los otros fueron llamados à la parte de la solicitud, pero Vos à la plenitud de la potestad. La potestad de los otros se estrecha entre determinados límites: la vuestra se extiende aun sobre los que recibieron la potestad sobre otros. ¿Por ventura, si hubiere motivo, no podeis cerrar el Cielo à un Obispo, no podeis depounerle del Obispado, y aun tambien entregarle à satanàs? Permanece pues inconcuso vuestro privilegio, asi en las llaves que os dieron, como en las ovejas, que os encomendaron. Escuchad otra cosa, que os confirma no menos esta prerogativa. Navegaban los discipulos, y el Señor apareció en la orilla; y lo que daba mas gusto, en el cuerpo resucitado. Conociendo Pedro, que era el Señor, se arrojó al mar,

Cant. 6. 8.

Galat. 1.
19.

S. Pedro fuè superior à los Apòstoles.

Potestad del Papa sobre los Obispos.

Johan. 21

y de este modo llegó à èl, llegando los otros en la nave. ¿Què fuè esto? Signo sin duda del singular pontificado de Pedro, por el qual habia recibido la potestad de regir, no una nave sola, como los demás cada uno la suya, sino el mismo mundo. Pues el mar es el mundo, las naves las Iglesias. De aquí es, que en otra ocasion andando sobre las aguas como el Señor, se señaló à si mismo por único Vicario de Christo, que no á un solo pueblo, sino à todos juntos habia de presidir; puesto que *las aguas muchas son los muchos pueblos*. Así, quando cada uno de los demás tiene la suya, està encomendada à Vos una sola grandísima nave; que es la misma universal Iglesia, compuesta de todas, y difundida por todo el orbe.

Apoc. 17.
35.

CAPITULO IX.

Le encomienda la consideracion de la propia naturaleza.

Considere
ra quien,
y que sea

17 **V**ED ahí *quien* sois. Pero no queráis olvidar tampoco *que*; pues ni yo estoy olvidado de haber prometido volver à tratar esto, teniendo oportunidad. Que oportunamente consideraréis, juntamente con lo que sois, lo que erais antes tambien. ¿Què digo yo erais, y aun ahora lo sois igualmente. Pues ¿por què dejaréis de considerar, lo que no dejàsteis de ser? En una sola consideracion se comprende, sin duda, què habeis sido, y què sois; pues, quien habeis sido hecho, es materia de otra. No conviene, que esta excluya aquella en la discusion y examen de Vos mismo. Sois pues, como dije, todavia lo que erais; y no menos sois esto, que lo que fuisteis hecho despues, sino mas acaso todavia. En fin, aquello nacisteis, esto lo habeis recibido, pero sin ser en ello mudado. No fuè de.

desechado aquello, sino añadido esto. Tratemos juntamente uno y otro, porque, como me acuerdo haber dicho antes, ambas cosas se harán mas útiles, comparadas entre sí mutuamente. Dije arriba, que al considerar *que sois*, se ofrece desde luego la naturaleza, por la qual sois hombre; puesto que hombre nacisteis. Ciertamente, al que preguntare quien sois, se le responderá con el nombre de la persona, que es Obispo: lo qual sin duda fuisteis hecho, no nacido. ¿Qual de estas dos cosas, os parece, que pertenece mas principalmente al puro ser vuestro, y à Vos mismo? ¿Lo que habeis sido hecho, ò lo que habeis nacido? ¿No es acaso lo que habeis nacido? Pues, esto os aconsejo, que considerèis principalisimamente, lo que principalisimamente sois, es decir, el ser hombre; lo qual tambien habeis nacido.

18. Ni solamente lo que habeis nacido, sino tambien qual habeis nacido, es preciso, que atendais, sino quereis defraudaros del fruto y utilidad de vuestra consideracion. Quitad por tanto ahora ese ceñidor hereditario, maldecido desde el principio. Haced pedazos ese velo, hecho, de unas ojas, que encubren la ignominia, y no curan la llaga. Borrad el afeite engañoso de esta fúgitiva honra, y el brillo de la mal pintada gloria, para considerar desnudamente à un desnudo, pues desnudo salisteis del vientre de vuestra madre. ¿Por ventura adornado con insignias? ¿Por ventura resplandeciente en preciosas piedras; ò ataviado hermosamente de sedas, ò coronado de plumas, ò cargado de riquezas? Si todas estas cosas las disipais, y echais lejos de vuestra consideracion, como unas nubes de la mañana, que pasan velozmente, y que han de desaparecer muy presto, se os presentará el hombre, desnudo, y pobre, misero, y miserable: el hombre, doliéndose de que es hombre, avergonzándose de estar desnudo, llo-

Job. 1. 21

Descripcion de la humana miseria.

Job. 5. 7.

Job. 14.
1.Necesario à los
Grandes el pensa-
miento de
su miseria.

rando, que ha nacido, quejándose de lo que es: el hombre, nacido para el trabajo, no para la honra: el hombre, nacido de muger, y por eso sugeto à la pena; que vive un tiempo brebe, y por eso con susto; lleno de muchas miserias, y por eso con llanto. Y verdaderamente lleno de muchas miserias, pues son del cuerpo, y del alma juntamente. Porque ¿què hay esento de calamidad, en quien nace en el pecado, con un cuerpo frágil y la mente estèril? Lleno verdaderamente, pues se acumulan en èl la fragilidad del cuerpo, y la fatuidad del corazon, por la propagacion de la mancha, y por el destino à la muerte. Saludable union de pensamientos, si considerandoois Sumo Pontifice, atendèis al mismo tiempo, no que habeis sido vilisima ceniza, sino que lo sois. Imite vuestro pensamiento à la naturaleza: imite, lo que es mas digno, al Autor de la naturaleza, juntando las cosas supremas, y las infimas. ¿Por ventura la naturaleza en la persona del hombre, no asociò à un barro vil el aliento de la vida? ¿Por ventura el Autor de la naturaleza, no uniò el Verbo y el barro en la persona de si mismo? De esta suerte, tomad el modelo, así de la composicion de nuestro origen, como del misterio de la redencion, para que, quando estáis sentado tan alto, no os lleven el gusto las cosas altas, sino que sintáis humildemente de Vos, y sepáis concordar con los humildes.

CAPITULO X.

Expone el tercer punto de la Consideracion de si mismo, es de saber, Qual sea.

En todas
cosas ha de tener el medio.

19 **P**OR eso, si considerais, que grande sois, pensad tambien qual seais, y con particular cuidado. Sin duda esta consideracion os contendrà dentro de Vos, ni os dejarà volar su-
bi-

bitamente de Vos mismo , ni andar en cosas grandes , y maravillosas que son sòbre vuestras fuerzas. Manteneos firme en Vos mismo. No permitais ser abatido hàcia abajo , no ser levantado hàcia arriba , ni querais llegar à lo mas largo , ni os extendais á lo mas ancho. Tened el medio , sino quereis perder el modo. El lugar medio es lugar seguro. El medio es silla del modo , y el modo es virtud. Destierro reputa el sàbio , toda mansion fuera del modo. Por eso no gusta de habitar en lo largo , por ser mas allà del modo : ni en lo ancho , por ser fuera : ni en lo alto , ni en lo profundo , pues lo uno està mas arriba , y lo otro mas abajo que el modo. En fin , la longitud suele disponer à extravio , la latitud à quiebra , la altura à ruina , el profundo á * sumersion. Dirè esto mas claramente , porque no juzgueis que estoy hablando de las cosas que nos exhorta el Apòstol á comprender con todos los Santos , que son la longitud , la latitud , la sublimidad , y lo profundo : materia de diferente disputa y tiempo. Mas por ahora , yo llamo largo , quando el hombre se promete à si mismo una vida mas larga ; ancho , quando el ànimo se distrae en cuidados superfluos ; alto , quando presume mucho de si ; profundo , quando se àbate mas de lo que debe. ¿ Quièn mide para si tiempos largos , ¿ no sigue verdaderamente el camino del extravio , pasando mas allà de los tèrminos de la vida con la demasiada solitud ? De aqui es , que los hombres en lo presente , desterrandose de si mismos por el olvido , se pasan por una solitud inútil à otros siglos , que nada les han de aprovechar , ò diciendo mejor , no han de tener sèr. Igualmente un ànimo distraido à muchas cosas , es forzoso que se despedace con los muchos cuidados. A la verdad , una inmoderada extension causa la extenuacion , y una excesiva extenuacion la rasgadura. Ya , una alta presuncion , ¿ què otra cosa es que una precipita-

* Liter. à la absorcion.

Ephes. 3.
18.

Mas abajo 1. 5. c.
13. y 14.

Nos debemos guardar de lo largo , de lo ancho , de lo alto , y de lo profundo.

Prov. 18.
22.

Las virtudes cardinales son muy necesarias à este fin.

Job. 18.
15.

cion para la ruina? Pues habeis leído: *El corazon del hombre se eleva, antes de ser arruinado. ¿Qué es, por el contrario, el abatimiento de una excesiva cobardia, sino una sumersion desesperada? No caerà en este sumidero el hombre fuerte. No se dejarà llevar el prudente de la esperanza de una vida mas larga. El que es templado, arreglarà sus cuidados, se guardará de lo superfluo, no faltará à lo necesario. El que es justo, no presumirá cosas altas sobre si mismo, sino que dirá con un Justo: Aunque fuere yo justo, no levantaré la cabeza.*

CAPITULO XI.

Encarga seriamente al Pontifice el examen serio de si mismo.

De dos modos se dá el hombre à si mismo mas de lo debido.

20 **P**oned mucho cuidado en esta consideracion de Vos mismo, y usad en ella de toda la equidad, de manera, que ni os deis mas de lo verdadero, ni os perdonéis mas de lo justo. Ciertamente, os daréis mas de lo verdadero, no solo, si os arrogais el bien que no tenéis, sino tambien, si os atribuis à Vos mismo el bien que tenéis. Discernid con toda vigilancia qual seáis de proprio, y qual por los dones de Dios, y no haya dolo en vuestro espíritu. Le habrá, à no ser que partiéndolo todo fielmente, las cosas que son vuestras las atribuyáis à Vos, y las que son de Dios, las volvais à Dios sin fraude ninguno. No dudo de que estais persuadido, à que lo malo viene de Vos mismo, y que lo bueno viene de Dios. A la verdad, mientras considerais qual sois, debeis traer à la memoria tambien qual háyais sido. Se deben cotejar los principios y los progresos. Debeis examinar, si habeis aprovechado en la virtud, en la sabiduria, en el entendimiento, en la suavidad de costumbres; ò si quiza (lo que

Dios

Dios no quiera) habeis decaido de estas cosas. Si sois mas paciente, ò mas impaciente que lo que so-
 liais ser, mas iracundo ò mas apacible, mas insolente ò mas humilde, mas afable ò mas austero, mas accesible ò mas duro, mas apocado de ànimo ò mas magnànimo, mas serio ò algo mas disoluto, mas timorato ò acaso mas confiado que lo que conviene. ¡Què dilatado campo se os descubre para este gènero de consideracion! Yo menciono estas pocas cosas, como poniendo à la vista unos semilleros; no tomando à mi cargo el sembrar; sino dando simiente al sembrador. Conviene, que sea conocido de Vos mismo vuestro zelo, vuestra clemencia, la discrecion tambien que es la gobernadora de estas virtudes mismas; es decir, como os portais en condonar las injurias, como en castigarlas, con que prudencia observais en lo uno y en lo otro el modo, el lugar, y el tiempo. Enteramente, debe haber consideracion à estas tres cosas en el uso de estas virtudes: no sea que no sean virtudes, si les faltan estas circunstancias. Sin duda, estas no son virtudes por su naturaleza, sino que el uso las hace tales; pues es sabido, que de suyo son cosas indiferentes. En Vos està, hacerlas vicios, abusando de ellas, y confundiendo las; ò usando bien y ordenadamente, virtudes. Suelen, obscureciéndose los ojos de la discrecion, usurparse anticipadamente estas cosas sus propios lugares la una à la otra, y ocupar sus términos. De esta obscuridad dos son las causas, la ira, y un afecto demasiado blando. Este debilita la censura del juicio, aquella la precipita. ¿Como no peligrará por uno de estos dos afectos, ò la piedad de la clemencia, ò la rectitud del zelo? Una vista turbada con la ira, nada mira con misericordia: lisiada con la catarata de una como fluida y afeminada blandura de ànimo, no vè lo justo.

G

to.

Como se ha de examinar sobre su aprovechamiento.

En el zelo, y en la clemencia se han de observar tres cosas

Obscuridad que viene de la ira, y de la blandura del afecto.

to. No estaréis inocente, ya si castigais á quien acaso se debia perdonar, ya si perdonais á quien se debia castigar.

CAPITULO XII.

Ni en la prosperidad se debe ensanchar el ànimo demasiadamente, ni en la adversidad se debe desalentar.

Como se ha de portar en la adversidad propia, y agena.

Que difícil es en la prosperidad no exceder.

En la adversidad esmas fácil.

21 **N**O quiero, que dejeis de observar qual os encontráis en las tribulaciones tambien. Si constante en las propias, compasivo en las agenas, alegraos. Esto es propio de un buen corazon; al contrario, de un corazon muy perverso seria, que experimentandoos acaso impaciente en las propias, con todo eso de ningun modo os sintierais condolido en las agenas. ¿Què en las cosas pròsperas? ¿Habrà en ellas algo, que estimule à la consideracion? Lo hay sin duda, si con cuidado advertis, quan raro haya sido siempre, el que en la pròsperidad, no haya aflojado un poco, à lo menos, en la guarda de sí mismo, y arreglo de la vida. ¿Quándo la prosperidad para los incautos, no fuè, en lo que toca al buen orden de sus costumbres, lo que el fuego para la cera, los rayos del sol para la nieve ò escarcha? Sábio fuè David, mas sábio Salomon: pero lisongeàndoles excesivamente las cosas pròsperas, el uno en parte, el otro llegó à delirar totalmente. GRANDE ES aquel, que cayendo en las adversidades, no decayò, siquiera un poco, de la sabiduria: ni es menor aquel, à quien, si la felicidad presente le alhagò risueña, con todo eso no se burlò de èl. Aunque, mas facilmente encontraréis quienes han mantenido la sabiduria en una fortuna siempre contraria, que quienes, sièndoles propicia, no la hayan perdido. Aquel es digno

no de preferirse à todos, y VERDADERAMENTE GRANDE, en quien, entre las cosas pròsperas, no tuvo lugar siquiera, ni una risa indecente, ni un lenguaje arrogante, ni un cuidado excesivo del vestido ò del cuerpo.

CAPITULO XIII.

Disuade al Pontifice del ocio y de las chanzas, y de las palabras ociosas.

22. **A**unque justamente amonesta el Sábio, que se escriba la sabiduría en el ocio, se debe evitar el ocio en el ocio mismo. Por tanto, se debe huir la ociosidad, madre de las palabras vanas, y madrastra de las virtudes. En los seglares las chanzas, son chanzas; en la boca de un sacerdote, blasfemias. Sin embargo, si alguna vez se dicen como por incidencia, quizá podrán tolerarse, pero nunca deberán referirse. Antes bien, se ha de tirar à cortar con cautela y prudencia esta vana loquacidad. Debeis tocar al punto una especie sèria, que oigan los demàs, no solo con utilidad, sino con gusto, y asi cesen en las palabras ociosas. Habeis consagrado vuestra boca al Evangèlio: ya no es permitido abrirla para tales cosas; acostumbrarse à esto, es un sacrilegio. *Los labios del sacerdote*, dice la Escritura, *son depositarios de la ciencia, y en la boca de èl buscan el conocimiento de la ley de Dios:* no ciertamente las chanzas, ni las fàbulas. Las palabras burlescas, que suelen dorar con el nombre de graciosas y festivas, no basta, que estèn distantes de la boca: es forzoso tambien, que estèn dexteradas lejos del oído. Sería fealdad, que os moviesen otros à risas fuertes; todavia sería mas feo, que movièseis Vos à los demàs. A la verdad, entre el murmurar, y oír al que murmura, qual sea mas malo, no lo puedo decidir facilmente.

Eccel. 3.
25.

Se debe huir la ociosidad y las chanzas.

Malach. 2.
7.

Ni aun se deben oír.

CAPITULO XIV.

Se debe evitar sumamente la acepcion de personas en el juicio.

23 **N**O hay para que fatigue yo vuestra consideracion acerca de la avaricia;

Que age-
no vivia
Eugenio
de la ava-
ricia.

quando se publica de Vos, que no haceis mas estimacion del dinero, que de la paja. Nada enteramente, nada hay que temer por ella en vuestro tribunal. Pero hay una cosa, que, no menos frecuentemente, ni con menos daño, suele poner asechanzas à los que tienen el cargo de jueces: sobre lo qual especialissimamente, no quisiera, que se os ocultara, lo que en vuestra conciencia se oculta.

Quanto
deba apar-
tarse de
la accep-
cion de
personas

¿Preguntais, qué cosa sea esta? La acepcion de personas. No os tengais por reo de un leve pecado, si teneis respeto à las personas de los pecadores, y no juzgais mas bien segun el mèrito de las causas. Hay un vicio tambien, que si os sentis libre de èl, desde luego digo, que entre todos los que he conocido ascender al alto puesto de las dignidades, os sentais solitario: porque, siendo asi, verdadera y singularmente os habeis elevado sobre Vos mismo, como dice el Propheta. LA DEMASIADA FACILIDAD en creer es este vicio, vulpeja astutissima, de cuyos engaños no conozeo en este tiempo Grande ninguno que se haya precavido, con la vigilancia, y circunspeccion necesaria. De aqui nace, que, estos mismos se irritan por unas vagatelas; que abandonan, y condenan muchas veces à los que estàn inocentes; que se dejan prevenir contra los que, por estàn ausentes, no se pueden defender. Os doy el parabien (puesto que no temo incurrir en la nota de adulacion (en el concepto vuestro) os doy, vuelvo à

Thren. 3.
28.

La cre-
dulidad
vicio fre-
cuente è
los gran-
des.

decir, el parabien de que presidis hasta el dia de

hoy

froy sin mucha queja sobre todo esto : si aun tambien sin culpa , á Vos toca verlo. Ahora ya , se ha de dirigir la Consideracion à las cosas que estàn bajo de Vos. Pero esto ha de ser , dando principio à otro libro ; pues un discurso brebe es mas competente à vuestras ocupaciones.

LIBRO TERCERO.

CAPITULO I.

Al Pontifice le incumbe , no tanto sugetarlos todos à su dominio , como traerlos al gremio de la Iglesia , en quanto sea posible.

EL fin del libro anterior pone principio à este. Así , segun lo prometido en èl , se han de considerar ahora las cosas que estàn bajo de Vos. Quales sean estas , no hay porque me lo preguntéis à mi. Optimo entre los Sacerdotes Eugenio : con mas razon acaso , me podriais preguntar , quales no sean. Del mundo habrá de salirse , el que quiera explorar las cosas , que no pertenecen à vuestro cuidado. Vuestros Padres fueron destinados , no à conquistar algunas regiones , sino todo el mundo. *Id por todo el orbe* , se les dijo. Y ellos , vendiendo las tunicas , compraron espadas , esto es , las palabras de fuego , y el espíritu vehemente , que son las armas poderosas en Dios. ¿ Adónde no llegaron estos ínclitos vencedores , estos hijos de los * despididos ? ¿ Adónde no llegaron estas saetas agudas , flechadas por una poderosa mano , con carbones desoladores ? Ciertamente , su sonido se difundió en toda la tierra , y sus palabras hasta los fines de ella. Penetraban y encendian aquellas palabras , inflamadas

Todo el orbe está bajo del Pontifice

Math. 16
15.

* Liter.
de los sacudidos.

Psal. 119
4.
Ps. 18. 5.

das en el fuego, que el Señor echó en la tierra. Morian estos valerosísimos guerreros, pero no quedaban vencidos: triunfaban aun muertos. Su imperio fuè establecido extraordinariamente: fueron constituidos príncipes sòbre toda la tierra. A estos habeis sucedido en la herencia. Asi, Vos sois el heredero, y la herencia el mundo. Mas, en que manera os pertenezca esta porcion, ò les haya pertencido à ellos, es asunto que pide prudente consideracion. Porque yo no pienso, que os pertenezca segun todos los derechos, sino precisamente segun alguno de ellos: de modo que (por lo que à mi me parece) se os ha confiado la administracion sòbre el mundo, pero no se os ha dado la posesion de èl. Si os adelantáis à usurpar esta tambien, os contradicé aquel que dice: *Mio es el orbe de la tierra, y todo lo que èl contiene.* No sois Vos, de quien dice el Propheta: *Y toda la tierra serà su posesion.* Christo es este, el qual vindica para sí la posesion, asi por el derecho de la creacion, como por el mèrito de la redencion, y por la donacion del Padre tambien. Porque, ¡á quièn otro se ha dicho: *Pide-me, y te darè las gentes por herencia tuya, y por posesion tuya los tèrminos de la tierra.* La posesion y el dominio cededlo à este: Vos tened el cuidado sòbre el orbe. Esta es vuestra suerte: no extendáis la mano mas allá.

2 Pero me dirèis: ¿Què, no negais, que yo presida, y me vedais, que domine? Llanamente, asi es. Como si no presidiera bien, el que preside en la solicitud. Por ventura, ¿no està sugeta la caserla al mayordomo, y un señor, quando es niño, à su ayo? Con todo eso, ni aquel es señor de la caserla, ni este de su señor. A ESTE MODO pues, Vos tambien presidid sòbre el mundo, para providenciar lo conveniente, para inspirarle el bien, para mirar por sus provechos, para guardarle. Presidid para serle

útil;

LUC. 12.

49.

Psal. 138

17.

Ps. 44. 17

Es heredero de los Apostoles.

La administraciõ le compete, no la posesion.

Ps. 49. 12

Psal. 103

24.

Por tres derechos toca el dominio à Christo.

Psal. 2. 8.

Math. 24.

45.

útil; presidid como el siervo fiel y prudente, que constituyó el Señor sobre su familia. ¡A qué fin? para que les deis la comida en su tiempo: esto es, para que administréis, no para que imperéis. Haced esto, y no codiciéis dominar à los hombres, siendo hombre, para que no os domine à Vos todo género de injusticia. Pero, bastante, y aun demasiado se os encargò esto mas arriba, quando se trataba sobre *quien* sois. Sin embargo, añado todavia esto: porque NINGUN VENENO, ninguna espada me asusta mas por Vos, que el ansia de dominar. Ciertamente, por mucho que os atribuyais à Vos mismo, sino estais muy engañado, nada mas pensaréis haber recibido, que los grandes Apòstoles recibieron. Pues ahora, acordaos de la voz de aquel: *A los sàbios y à los necios soy deudor*. Y, si no la juzgais incompetente à Vos esta misma, tened presente al mismo tiempo, que el molesto nombre de deudor, es mas congruente al que sirve, que al que impera. El siervo oye en el Evangelio: *¿Quànto debes à mi Señor?* Luego, si os reconocéis deudor à los sàbios, y à los necios, debéis procurar sumamente, y considerar con toda la vigilancia posible, por què medios se podrá hacer, que los que no tienen sabiduria, la tengan, y los que la perdieron, la recuperen. Es sin duda, que ningun género de necedad hay (por decirlo asi) mas necio, que la infidelidad. Con que tambien seréis deudor à los Infeles, à los Judios, à los Griegos, y à los Gentiles.

3 Por tanto, os incumbe poner toda la diligencia que podais, en que los incrédulos se conviertan à la fe, los convertidos no se aparten, los que están apartados, vuelvan: los perversos entren en el orden de la rectitud, los subvertidos tornen à la verdad: los subvertidores sean convencidos con invictas razones, à fin de que ellos mismos se enmienden, si se puede conseguir; ò sino, pierdan la au-

El ansia de dominar debe principalisimamente tener.

Rom. 1.
14.

Luc. 16.
5.

En que está el cuidado del Pontífice.

toridad y facultad para subvertir à otros. De ningún modo disimuléis tampoco sobre este pésimo género de necios. Hablo de los Hereges, y Cismáticos; porque estos à un tiempo mismo son unos hombres subvertidos, y subvertidores: perros para despedazar, zorras para seducir. Deberán, vuelvo à decir, estos tales, principalissimamente à diligencias de vuestro cuidado, ser corregidos, para que no perezcan; ò refrenados, para que no hagan perecer à otros. Sea así, que acerca de los Judios os excuse el tiempo: tienen su término, que no podrá anticiparse. Conviene, que preceda la plenitud de las gentes. Pero, de estos mismos Gentiles ¿què respondéis? Mas bien, ¿què responde vuestra propia consideracion, quando os preguntais sobre esto? ¿Què motivo pudieron tener vuestros Padres, para poner raya al Evangelio, para suspender la predicacion de la fè, durando todavia la infidelidad? ¿Por què razon, pensarèmos nosotros, que se parò la palabra, que corria velozmente? ¿Quièn fuè el primero, que detuvo su carrera saludable? Y tal vez à ellos alguna causa, que ignoramos nosotros, ò alguna necesidad, les pudo servir de obstàculo para hacerlo.

4 Pero, en nosotros ¿què razon hay para descuidar en esto? ¿Con què confianza, con què conciencia no ofrecemos à Christo, por lo menos à los que no le tienen? ¿Què, detendremos la verdad de Dios en la injusticia? Es ciertamente preciso, que alguna vez llegue la plenitud de las gentes. ¿Aguardamos nosotros à que por un accidente llegue à ellas la fè? ¿A quièn acaeciò hasta hora, creer por un acaso? *¿Còmo creeràn, sino hay quien predique?* Pedro fuè enviado à Cornelio, Phelipe al Eunuco: y si buscamos mas reciente egemplo, Agustino destinado por el Bienaventurado Gregorio, comunicò à los Ingleses el conocimiento de la fè. Y acerca de estas cosas debéis tratar de este modo con Vos

mis-

Sobre los
Hereges,
Cismáticos,
e Infieles.

Psal. 147
5.

Rom. 1.
14.
Act. 8, 26
Act. 10.
20.
Cisma de
los Griegos.

mismo. Yo añado tambien sòbre la pertinacia de los Griegos que están con nosotros, y no están con nosotros, unidos en la fè, desunidos en la paz: aunque tambien en la misma fè han claudicado, desviándose de sus rectos caminos. Igualmente, sòbre la heregía, que ocultamente và serpeando por todas partes; entre algunos hace ya estragos abiertamente. Pues á cada paso y en público se apresura à tragarse los pàrvulos de la (a) Iglesia. ¿Preguntáis donde sucede una cosa como esta? Vuestros ministros, que tantas veces visitan la tierra del Austró, esos esos saben bien esto, y os lo podrán contar. Van, y vuelven por medio de ellos, ó pasan mas allá; pero si han ejecutado con ellos algo bueno, no lo hemos oído todavia. Y tal vez, lo hubièramos oído, sino fuera, que se ha reputado de poca monta la salud del pueblo, en comparacion del oro de la España. A Vos incumbe proveer de remedio à esta plaga tambien.

5 Pero hay una necesidad, que casi casi ha llegado à hacer necia hasta la misma sabiduría de la fè. ¿Còmo ha sido, que aun à la misma Cathòlica Iglesia casi toda ha inficionado esta ponzoña? Es la causa, que aun dentro de ella misma, anhelando cada uno à nuestros intereses, sucede, que envidiándonos mutuamente, mutuamente provocándonos, nos ensayamos para los odios, nos animamos para las injurias, nos armamos para los pleytos, cavilamos para los engaños, nos dejamos llevar à las detraçiones, prorumpimos en malas palabras, somos opri-

H

mi-

(a) Los Hereges Henricianos y Colonienses pretendian excluir del bautismo à los pàrvulos; de los quales trata el Santo Epist. 241. y en los Serm. 65. y 66. sobre los Cantares.

midos de los mas poderosos, oprimimos à los mas flacos. ¡Que digna y loablemente se ocupará la meditacion de vuestro corazon contra tan pestilente gènero de necesidad, que considerais, que ha ocupado el mismo cuerpo de Christo, que es la multitud de los creyentes! ¡O ambicion, cruz de los ambiciosos! ¿Còmo, siendo el tormento de todos, à todos los agradas? Nada atormenta con mas crueldad, nada inquieta con mas molestia; sin embargo, nada hay mas plausible entre los miseros mortales, que sus negocios. ¿Por ventura, ya no pisa mas los umbrales del templo de los Apòstoles la ambicion, que la devocion? ¿Por ventura, no està resonando todo el dia sus voces en vuestro palacio? ¿Por ventura, sus lucrosos intereses no traen en fatiga toda la ciencia de las leyes y cànones? ¿Por ventura, no anhela, con una insaciable codicia, la Italia toda, à enriquecerse de sus despojos? ¿Què otra cosa asi, ò diciendo mejor, qual otra cosa, ya que no partiò del todo vuestros mismos espirituales egercicios, los cortò por lo menos? ¿Quàntas veces hizo abortar vuestros santos, y fecundos òcios este mal desasosegado y turbulento? Una cosa es, que de parte de los oprimidos se apele à Vos; otra, que intente la ambicion por vuestro medio reynar en la Iglesia. Ni conviene que les falseis à aquellos, ni que en manera alguna condescendais con esta. ¡Què injustamente se fomentaría esta, y se despreiciarían aquellos! Sin embargo, à unos y à otros sois deudor, à aquellos para librarlos, à estos para reprimirlos.

La ambicion es cruz.

La ambicion mas que la devociòn pisa mas los umbrales del templo de los Apòstoles.

Veneno
es sup
stancia
de la
sua
los
que
que
que

CAPITULO II.

Que modo se debe observar en las apelaciones à la silla Apostòlica.

6 **Y**A que se ofreció hablar de las apelaciones, no será fuera de propósito añadir algo acerca de ellas. Es menester una grande y piadosa consideracion en esta materia; para que no suceda, que lo que por una grande necesidad fuè providenciado, abusando de ello, se haga inútil. A mi me parece, que aun pueden ser de mucho perjuicio, sino se usa de ellas con suma moderacion. Se apela à Vos de todas las partes del mundo. Esto, sin duda, sirve de testimonio de vuestra singular primacia. Pero Vos, si teneis prudencia, no os alegraréis de esta prerogativa, sino de la utilidad que de ella resulte à la Iglesia. A los Apòstoles se dijo: *No querais alegraros de que los espiritus se sugeten à vosotros.* Se apela à Vos, como he dicho, y ojalà que sea con tanto fruto, como necesidad. Ojalà, que quando clama el oprimido, lo sienta el opresor, y no se llene de soberbia el impío, por lo que el pobre se abrasa. ¿Què cosa hay tan decorosa, como que, à la invocacion de vuestro nombre, se libren los oprimidos, y los astutos no hallen refugio? ¿Què cosa, por el contrario, tan perversa, tan agena de la justicia, como que se alegre, el que hizo el mal, y el que le padeciò, sea fatigado inútilmente? Seria la mayor inhumanidad, que no os moviérais à favor de un hombre, à quien colmaron de dolor, fuera del agravio recibido, asi el trabajo del camino, como los daños de sus gastos: pero, igualmente seria la mayor cobardia, que no usáseis de severidad contra aquel, que de tantas calamidades en este, en parte

La apelacion de todo el orbe al Papa es un testimonio de su primado.

Luc. 10.
29.

Quando
estis
iudicando

Como se han de corregir las apelaciones injustas.

fuè autor, en parte causa. Abrid los ojos, hombre de Dios, quando suceden tales cosas: excítese vuestra commiseracion, excítese vuestra indignacion tambien. La una debeis al ofendido, la otra debeis al ofensor. Sea consolado aquel con el resarcimiento de sus daños, con la satisfaccion de sus agravios, con el fin de las calumnias: con este se obre de tal modo, que le pese de haber hecho lo que no temió hacer, y no se quede riendo de las penas del inocente.

7.º Juzgo, que lo mismo debe padecer, el que tal vez apelò sin causa. Esta forma de justicia os prescribe firmemente, así la inmutable razon de la divina equidad, como la misma ley de la apelacion, si yo no me engaño; pues dicta, que usurpándose ilicitamente la apelacion, ni aproveche al que apela, ni dañe al apelado. ¿A què fin habrá sido fatigado en valde este hombre? Que proprio de la justicia, que mas bien se haya hecho el daño à sí proprio, quien quiso hacerle al pròximo. **HABER APELADO injustamente**, cosa injusta es: injusta è impunemente, eso sería incentivo de injustas apelaciones. Es injusta toda apelacion, à que no obligò la falta de la justicia. Apelar, no para gravar, sino si estás gravado, es permitido. La apelacion ha de ser de la sentencia. Antes de la sentencia, à no ser por un gravamen manifesto, injustamente por todos modos se intentaría la apelacion. El que apela pues, no quedando gravado, es claro, que ò pretende gravar, ò redimir el tiempo. ¿Quántos hemos conocido que apelaron, siendo condenados, con el fin de que les fuese lícito entretanto, lo que nunca es lícito? De algunos sabemos tambien, que al favor de la interpuesta apelacion, por toda su vida les fueron permitidas cosas nefandas, por exemplo, el incesto, el adulterio. ¿Què es esto? ¿Ha de patrocinar á la torpeza.

Quando sea lícito apelar.

lo que convenia, que especialisimamente fuese el terror de los impudicos? ¿Hasta cuándo, ò disimulais oír la queja de la tierra toda, ò no la advertís? ¿Hasta cuándo dormiraréis? ¿Hasta cuándo no despertará vuestra consideracion à tan grande confusion y abusion de las apelaciones? Fuera de derecho y justicia, fuera de la costumbre y del orden se interponen. No se tiene respeto al lugar, no al modo, no à la causa, no à la persona. Se intentan à cada paso ligeramente, y por lo comun injustamente. ¿Por ventura, no solian ellas antes infundir terror, à los que querian obrar mal? Pero ahora, mas antes por ellas se hacen el terror estos mismos, y eso para los buenos. Se trocò en veneno el antidoto. Esta mutacion no la hizo la diestra del Excelso.

8. Son apelados los buenos por los malos, con el fin de que no lleven à efecto las cosas buenas: y tienen que sobreseer, temblando à la voz de vuestro trueno. Son apelados los Obispos, con el designio de que no se atrevan à disolver los ilícitos matrimonios, ò no los estorven. Son apelados, para que así no intenten en manera alguna castigar, ò reprimir las rapiñas, los hurtos, los sacrilegios, y otros semejantes delitos. Son apelados, para que no puedan repeler, ò remover de los sagrados officios y beneficios las personas indignas è infames. ¿Qué remedio discurris Vos contra esta enfermedad, no sea que lo que se instituyò para medicina, sirva para causar la muerte? Se llenò de zelo el Señor al ver, que la casa de oracion se habia trocado en caverna de ladrones. ¿Y Vos, que sois ministro suyo, disimularèis, que se mude en armas de que se valga la iniquidad, lo que era refugio de los miserables? Verèis que à cada paso es preocupada la parte oprimida, y que rompen impetuosamente apelando, no tanto los perjudicados, como los que

Ocasion
de las ini-
quas ape-
laciones.

Math. 23
13.

intentan perjudicar. ¿Què misterio hay en esto? Vos debéis considerarlo, que à mi no me toca explicarlo. ¿Y por què, decís, los apelados sin razon no vienen à mostrar su inocencia y convencer la malicia? Dirè lo que suelen decir à esto: No queremos padecer fatigas en valde. En la curia hay sujetos muy propensos à favorecer à los apelantes, y que fomentan las apelaciones. Si al fin hemos de ceder al contrario en Roma, mas nos vale ceder en casa.

9 Confieso, que no dejo del todo de creer estas cosas. ¿Quièn me señalais en tan freqüentes apelaciones, que hoy dia se hacen, que por los gastos del camino haya restituido siquiera un ocaño, al que èl provocò á vuestros tribunales? Cosa prodigiosa seria, que en vuestro examen hayan sido hallados todos los apelantes justos, y todos los apelados reos. *Amad*, dice, *la justicia vosotros que sois jueces de la tierra*. Es poco tener justicia, si tambien no la amais. Los que tienen justicia, la tienen: los que la aman, la zelan. El amante de la justicia busca la justicia, y la sigue: amás de esto persigue toda injusticia. No tomeis partido alguno con aquellos, que reputan las apelaciones unas artes para cazar. Vergüenza causa, que haya quien se alabe, de lo que entre los mismos gentíles se hizo ya paràbola: Hemos levantado dos gruesos ciervos. Para hablar con mas suavidad, en esto hay mas de chiste, que de justicia. Vos, si amais la justicia, no desearèis las apelaciones, sino que las tolerarèis. ¿Pero què emolumentos puede traer à las Iglesias de Dios vuestra justicia, que al fin es de un hombre solo, quando prevalece el modo de pensar de los que tienen diferentes disposiciones? Mas esto será materia de aquel lugar, en que hemos de tratar de las cosas que estàn cerca de Vos.

10 Por ahora, no penséis, que será ocioso emplear

Sup. 1. 1

Una cosa es tener, otra amar la justicia.

Lib. 4.c.

5.

plear la consideracion en restablecer, si puede ser, su legítimo uso en las apelaciones. Y, si sobre esto se pidiere, ó mas bien, se apreciare en algo mi parecer, dirè, que las apelaciones, asi como no se pueden despreciar, asi tampoco de ningun modo se deben usurpar. A la verdad, qual de estas dos cosas sea mas ínsolente, no lo dirè con facilidad: solo que la usurpacion parece inducir con una fuerza casi irresistible al menosprecio, y por esto mismo deberà tal vez ser perseguida con mas vehemente zelo, puesto que motiva mayores daños. ¿Qué, no será mas nociva, siendo ella mala en sí misma, y peor en su parto? ¿Por ventura, no es esta la que al mismo derecho de la naturaleza ò le extenua, ò le destruye? Porque muchas veces, no solo hace menos apreciables aun las cosas preciosísimas, sino que enteramente las hace perder el precio. ¿Qué cosa mas estimable que los Sacramentos? Con todo eso, freqüentados por los indignos, ó tratados indignamente, de ningun modo se estiman. Mas antes, tienen la condenacion, porque no tienen la debida veneracion. Confieso, que son un grande y general bien para el mundo las apelaciones: y al mismo tiempo tan necesario, como el mismo sol à los mortales. Verdaderamente, son un cierto sol de justicia, que pone à la vista, y redarguye las obras de las tinieblas. Enteramente se deben amparar, y mantener: pero, aquellas à que obligò la necesidad, no las que inventò la astucia. Abusivas son todas estas, y lejos de servir de socorro à la necesidad, son auxilio de la iniquidad. ¿Qué mucho que vengan à despreciarse? ¿Quàntos tambien por deferir à estas, tuvieron que ceder de su propio derecho, para no ser fatigados con un viage largo è infructuoso? Pero otros muchos mas, no sufriendo perder las cosas propias, no hicieron caso de las apelaciones menos oportunas, y despreciaron mas fue-

No se deben permitir las apelaciones cótra el derecho.

Necesidad, y utilidad de las apelaciones.

ra de razon los nombres sublimes de las personas superiores.

Con ejemplos muestra el abuso en las apelaciones.

II Quiero referir un lance particular, perteneciente à esta materia. Cierto sugeto se habia desposado publicamente. Llega el dia de las bodas: todo està preparado; y son muchos los convidados, que asisten. Y he ahì, que un hombre, deseando la muger de su pròximo, prorumpe inopinadamente en voces de apelacion, afirmando, que habiendo sido entregada esta muger antes à èl, primero debe ser suya, y no de otro. Queda pasmado el esposo, todos se suspenden, el Sacerdote no se atreve à proseguir, se frustra todo aquel aparato: cada uno se vâ à su casa à comer su cena; la esposa permanece apartada de la mesa y tálamo del esposo, hasta que vino de Roma la sentencia. Esto sucediò en Paris, Ciudad ilustre de la Francia, y Corte de sus Reyes. Igualmente, en la ciudad misma, habiéndose desposado otro, señalò el dia para las bodas. En este intermedio se levantò una calumnia, por decir algunos, que no se podian casar. Fuè llevada la causa al juicio de la Iglesia, pero sin aguardar la sentencia, sin motivo, sin padecer gravamen, se apelò, solo con la mira de una dilacion, que todo lo frustràse. Pero èl, ò no queriendo perder las prevenciones que estaban hechas, ò no sufriendo quedar privado de la compaõia, de quien por tanto tiempo amaba, egecutò lo que tenia pròpuesto, despreciando ò disimulando la apelacion. ¿Y què diré de lo que un mancebo presumiò intentar, poco hà, en la Iglesia de Auxerrè? Muerto su Santo Obispo, y queriendo los Clerigos elegir otro, como es costumbre, intervino èl apelando, y estorvando que se hiciese, hasta que fuèse y viniese de Roma: à la qual apelacion, sin embargo de todo esto, ni èl mismo desfriò. Porque, viendo que no hacian caso de èl, como de quien ha-

bia

bia apelado contra toda razon, juntando los que pudo, el dia tercero despues de hecha la eleccion por los otros, hizo el la suya.

12 Como conste pues, de estos y otros innumerables casos semejantes á estos, que no es el desprecio el que produce el frecuente è ilicito uso, sino que del frecuente è ilicito uso viene el desprecio; á Vos os toca ver, que querrà decir, que vuestro zelo casi siempre castiga este, y disimula aquel. ¿Querèis reprimir perfectamente el desprecio? Haced, que anticipadamente sea sofocado en el mismo vientre de la madre pèsima el malvado feto: lo que se hará, si el frecuente ilicito uso de las apelaciones se castiga con dignas penas. Quitad este fácil ilegítimo uso, y el desprecio no tendrá excusa. Ciertamente, la falta de excusa, no dará lugar al atrevimiento. No haya por tanto, quien fácil è ilegítimamente las interponga, y no habrá ninguno que las desprecie, ò será muy raro. Bien hacèis Vos, que despues de negar el sufragio, ò por mejor decir, efugio de las apelaciones, remitis muchos negocios á los que tienen conocimiento de ellos, ò que con más presteza los pueden conocer. Pues, donde es mas fácil, y mas cierto el conocimiento, allí mismo puede ser mas segura y pronta la decision. ¡Què conducta tan llena de favor! ¡quántas fatigas y gastos ahorrais á muchos en esto solo! Pero, á que sugetos debàis confiar estos negocios, bien meréce toda vuestra atencion. Podia añadir otras muchas cosas con alguna utilidad al mismo asunto; pero por la brevedad, que me he propuesto, contentándome por ahora de haberos dado ocasion de considerar, paso á otras cosas.

El Pontifical
y el
Como se
ha de re-
mediar el
desprecio
de las ape-
laciones.

Luc. 12.

2. Cor. 11.

Phil. 2.

Lab. 2. c.

CAPITULO III.

Que los Prelados de la Iglesia no están puestos tanto para presidir, y alimentarse à sí mismos, como para aprovechar à los demás.

El Pontífice y el príncipe no han de buscar su propia comodidad, sinola de los súbditos.

Luc. 12.
25.

2. Cor. 12
14.

Philip. 4.
17.

Lib. 2. c.
4.

13 **L**O primero que ocurre, de ningun modo debe pasarse sin consideracion, segun à mi me parece. Presidis, y de un modo todo singular. ¿Para qué fin? Necesita, os aseguro, de consideracion. ¿Serà acaso, para que medreis por los súbditos? De ninguna manera; antes bien, para que ellos medren por Vos. Os constituyeron príncipe, pero para el bien suyo, no para el vuestro. De otra suerte, ¿cómo os reputarèis superior, de quienes mendigais beneficios? Escuchad al Señor: *Los que tienen la autoridad sobre ellos, se llaman sus bienhechores.* Pero esto se dice, direis, de aquellos que están fuera de la Iglesia: ¿qué tiene eso con nosotros? Falsamente à Vos os llamaràn asi, sino procurarèis, no tanto ser benéfico, como presidir à los benéficos. De un ánimo apocado, y bajo, es no buscar de los súbditos el provecho de los súbditos, sino el propio interés. Especialmente en el supremo prelado de todos no habria cosa mas indecorosa. ¿Qué bellamente el Maestro de las gentes juzgò, que debian atesorar, no los hijos para los padres, sino los padres para los hijos! No es de mediana gloria aquella voz igualmente del mismo: *Yo no busco los dones, sino el fruto.* Pero, pasemos de aqui tambien, no sea, que mi detencion en estas cosas la interprete alguno, como nota de avaricia en Vos; la qual, quan distante estè de vuestra persona, lo he testificado en el libro precedente, sabiendo quantas cosas, y con quanta necesidad, habeis menospreciado. Por

tanto, à Vos escribo esto, pero no por Vos. A la verdad, lo que à Vos se escribe, no es razon, que à Vos solo aproveche. En este lugar reprendo la avaricia, del qual vicio bastante libre está vuestra fama; si tambien las obras, à Vos toca verlo. Sin embargo, hemos visto, (pasando en silencio, que jamás consentis en tocar siquiera lo que os han ofrecido personas pobres) deshincharse los sacos de Alemania, pero en el precio, no en la materia. La plata se estimò como el heno: las reqüas, no habiéndolas quitado las cargas, vuelven no menos cargadas, aunque por fuerza, à la tierra de donde habian salido. ¡Grande novedad! ¿Quàndo Roma hasta hora habla despedido el oro hácia otras partes? Ahora, que esto se hiciese por consejo de los Romanos, no lo creemos. Dos eran los que habian venido, ambos ricos, y ambos reos; pues uno era el de Moguncia, el otro el de Colonia. Al uno gratuitamente se le hizo gracia; el otro no mereciendo, como creo, que se le hiciese, tuvo que oir: Con el vestido con que entrásteis, con ese mismo saldréis. ¡O voz magnífica! ¡Voz enteramente de una libertad Apostólica! ¿Què menos se halla en esta, que en aquella: *¿Que tu dinero perezca contigo?* Solo que en aquella hizo mas eco el mayor zelo, en esta la mayor moderacion. ¿Què, aquel que vino de la otra parte del mar, casi de los últimos términos de la tierra, corriendo tierra y mar, para comprar con los propios, y los agenos tesoros el Obispado otra vez? Puesto que ya le habia comprado antes. Llevò muchas cosas; pero se las volvió: no todas sin embargo. Cayò el miserable en otras manos, mas fáciles à recibir, que à dar. Bien hicisteis Vos en conservar en lo uno y en lo otro inocentes vuestras manos; ni consintiendo, es à saber, en ponerlas sobre el ambicioso, ni permitiendo ponerlas debajo de la moneda ini-

Act. 8. 20.

Alaba à
Eugenio
por su de-
sinterés.

qua. No detuvisteis deste modo vuestras manos con un pobre Obispo, dándole à él para que diese, con el fin de que no le notasen de apocado y escaso: recibió ocultamente, lo que dió en lo público. Así, de vuestra bolsa se previno con tiempo el remedio à la vergüenza, que le costaria à este hombre: así tambien, cumpliendo con los estilos de la curia, evitó con el beneficio vuestro la aversion de aquellos que aman los regalos. No lo podeis ocultar; sabemos el hecho, y sabemos tambien la persona. ¿Sentís oirlo? Pues yo lo publico tanto mas gustosamente, quanto Vos con mayor molestia lo escuchais. Si á Vos os conviene hacerlo así, tambien hacerlo así me conviene à mí. Igualmente conviene, que yo no calle la gloria de Christo, como que Vos tampoco busqueis la vuestra. Y, si todavia continuais en quejaros, se os responderà con el Evangelio: *Quanto mas él se lo prohibia, tanto mas lo publicaban ellos, diciendo: El ha hecho bien todas las cosas; ha hecho oír à los sordos, y hablar à los mudos.*

Marc. 7.
36.

CAPITULO IV.

Que no se deben confundir ni perturbar los grados de los Ordenes, y Dignidades que hay en la Iglesia. Nota tambien y reprende el abuso de pretender privilegios, y esenciones.

14 **O**ID otra cosa, si con todo eso es otra cosa. Porque, tal vez dirá alguno, que pertenece á lo mismo. Vuestra consideracion verá esto. A mí me parece, que no se apartará mucho de la verdad, el que juzgare, que esto quizá debe ponerse entre las especies de la avaricia. Yo no negaré, ò que es especie de avaricia, ò que tiene toda la apariencia de ella. A la verdad im-

per-

porta mucho à vuestra perfeccion el evitar, no solo las cosas malas, sino las malas especies juntamente. En lo uno mirais por el bien de vuestra conciencia, en lo otro por el de vuestra fama. Pensad desde luego, que no os es lícito (aunque por otra parte acaso lo sea) todo lo que tuviere mal color. En fin, preguntad à vuestros mayores, y os dirán: *Absteneos de toda especie mala*. Ciertamente, el ministro del Señor debe imitar al Señor, pues dice el mismo: *El que à mi me sirve, sígame*. De èl tenéis escrito: *El Señor ha reynado, èl se ha revestido de hermosura, y se ha revestido de fortaleza*. Vos tambien, sed fuerte en la fè, hermoso en la gloria, y habreis dado pruebas de imitador de Dios. Vuestra fortaleza, es la confianza de una conciencia fiel: vuestra hermosura, el resplandor de una buena opinion. Hacedlo así, os pido, revestios de fortaleza, pues vuestra fortaleza es el gozo del Señor. Sobre esto, en vuestra hermosura y belleza se deleyta igualmente, como en su propia semejanza. Adornaos con los vestidos de vuestra glòria, poneos aquellas dobles ropas, con que la muger fuerte acostumbro vestir à sus domèsticos. No haya en la conciencia la vacilante flaqueza de una poca fè; no haya en la fama el lunar de una mala especie; y de esta suerte estarèis vestido de ropas dobles, y se alegrará el Esposo en su esposa, que es vuestra alma, y tendrá su alegria en Vos el Señor Dios vuestro. Admiràis, à qué fin digo estas cosas, ignorando todavia adonde se dirige mi pensamiento. No os quiero tener suspenso mas tiempo. Háblo de la murmuracion y queja de las Iglesias. A voces se lamentan de que son despedazadas y desmembradas. O ningunas, ò poquíssimas hay, que no se duelan de esta llaga, ò no la estèn temiendo. ¿Preguntàis qual es? Son **subtraidos los Abades de la jurisdiccion de los Obis-**

pos,

El Pontífice debe mirar por su fama, y por su conciencia.

r. Thes.
5. 22.
Johan. 12
26.
Ps. 92. 12

Prov. 31
2.

Reprueba las escenciones demasiadas.

pos, los Obispos de la de los Arzobispos, los Arzobispos de la de los Patriarcas, ó Primados. ¿Es esta buena especie? Maravilla sería, que aun el hecho mismo pudiera disculparse. Obrando de esta suerte dais pruebas de que tenéis la plenitud de la potestad, pero acaso no igualmente la plenitud de la justicia. Hacéis esto, porque podeis, pero la duda està, en si debeis hacerlo así. Estàis puesto para conservar á todos el grado y orden de sus honores, y dignidades, no para envidiárselos, como uno de los vuestros dice: *Dad à cada uno lo que es debido, à quien honor, honor.*

Rom. 13.
7.

1. Cor. 2.
15.

A todas
nuestras
obras de-
ben pre-
ceder tres
considera-
ciones.

Que cosa
tan inde-
cente obrar
no por ra-
zon, sino
segun la
potestad.

Johan. 6.
38.

15 El hombre espiritual, que todo lo examina y juzga, para no ser juzgado de ninguno, prevendrá toda acción suya con tres consideraciones. La primera, mirando si será lícita, la segunda, si será decente, la tercera, si será conducente. Porque, aunque sea principio constante en la christiana Philosophia, que no es decente, sino lo que es lícito, y que no es conducente, sino lo que es lícito y decente: sin embargo, no es buena consecuencia inferir, que todo lo que es lícito, sea por eso decente ò conducente. Vamos ya, y acomodemos, si es posible, estas tres cosas à la obra, de que estamos tratando. ¿Còmo nõ será indecente à Vos usar por ley de la voluntad, y porque no hay otro à quien podáis ser apelado, ejercer la potestad, despreciar la razon? ¿Sois mayor por ventura, que vuestro Señor, que dice: *No vine à hacer mi voluntad?* A más de que, no arguye menos bajeza de ánimo, que altivez en el hombre, obrar, como si estuviera privado de razon, no segun la razon, sino segun el antojo; dejarse gobernar, no del juicio, sino del apetito. ¿Què cosa puede darse tan bestial? Y, si es cosa indigna en quien se halla el uso de la razon, vivir como una bestia, ¿quien en Vos, que debeis regir à todos, podrá

sufrir tan grande ignominia de la naturaleza, tan grande injuria de vuestro honor? Degenerando de esta suerte (lo que Dios no permita) haceis propio vuestro el general oprobio: *El hombre estando en el honor, no lo entendiò; èl ha sido comparado à las bestias irracionales, y se hizo semejante à ellas.* ¿Què cosa ademàs tan indigna de Vos, como que tenièndolo todo, no estèis contento con todo, sino que unas miajas y cortas porciones del mismo todo que à Vos se ha confiado, como sino fuesen vuestras, anheleis, no sè por que modo, à hacerlas todavia vuestras? Sòbre lo qual quiero tambien, que os acordèis de la paràbola de Nathan acerca de aquel hombre, que teniendo muchas ovejas, deseò tener la ùnica que tenia un pobre. Venga igualmente à la consideracion aqui aquel hecho, ó por decir mejor, accion fea del Rey Achab, que teniendo el supremo imperio de todo, con todo eso pretendiò con ansia poseer una sola viña. Aparte el Señor de Vos lo que oyò èl: *Mataste, y poseiste.*

16 No me alegueis por excusa el fruto desta emancipacion. No tiene otro fruto, sino que los Obispos se hacen por eso mas insolentes, y los Monges mas relajados. ¿Y què, si dijere yo, que tambien mas pobres? Examinad con algun cuidado, asi las haciendas, como la vida de tales libertos en todas partes; y vereis como se halla una vergonzosissima extenuacion en aquellas, y en esta igualmente una licencia todo secular. Este es el duplicado parto de una misma nociva madre, que es la libertad. ¿Què mucho, que peque mas licenciosamente un vulgo vago y funestamente libre, no habiendo quien le reprenda? ¿Què mucho, que tambien con la mayor licencia sea despojada y saqueada una desarmada religion, no habiendo quien la defienda? Porque ¿en dònde podràn buscar el re-

Ps. 48. 13

2. Reg. 12
1.3. Reg. 21
2.
Id. 19.Qual sea
el efecto
de las es-
ciones.

fugio? ¿Por ventura en los Obispos que están do-
 liéndose del agravio, que à ellos se les hizo? Se-
 guramente, no haràn mas que reirse, asi al ver los
 males, que estos Monges hacen, como los que pa-
 decen. ¿Què utilidad, en fin, sacarèis de esta san-
 gre? Temo, no sea aquella, con que en el Prophe-
 ta amenazò el Señor: *El morirà*, dice, *en la ini-*
quidad, pero yo à ti te he de pedir su sangre.
 Porque, si quien es sacado de la potestad, se en-
 vanece, y aquel, de quien es substraído, se abrasa,
 ¿còmo podrà ser el que subtrae, inocente? Esto es
 poco todavia: hemos envuelto el fuego: oídlo mas
 claramente. Si el que murmura, està muerto se-
 gun el alma, aquel que instiga á ello, ¿còmo po-
 drà vivir? ¿Y, còmo no será reo de la muerte de
 ambos y de la suya juntamente, el que diò la es-
 pada con que ambos muriesen? Esto es lo que yo
 habia dicho antes: *Mataste, y poseiste.* Añadid á
 esto, que los que lo oyen, se escandalizan, se in-
 dignan, murmuran, blasfeman, esto es, son heridos
 de muerte. No es buen àrbol el que hace tales fru-
 tos, que son insolencias, disoluciones, dilapidacio-
 nes, competencias, escàndalos, odios: y, lo que
 causa mas dolor, enemistades graves entre las Igle-
 sias, y perpetuas discordias. Veis, que verdadera
 es aquella sentencia: *Todo me es lícito, pero no to-*
do es conveniente. ¿Y què, si quizà ni aun es lí-
 cito? Perdonadme: no me reducirè facilmente à
 consentir en que sea lícito, lo que produce tantas
 cosas ilícitas.

17 ¿Tendrèis, en fin, Vos mismo por lícito,
 cortar sus miembros à las Iglesias, confundir el
 òrden, perturbar los tèrminos que fijaron vuestros
 Padres? Si es propio de la justicia conservar à ca-
 da uno su derecho; ¿quitar à cada uno sus cosas
 propias, podrà jamàs concordar con lo justo? Errais,
 si llegais à pensar, que asi como vuestra potestad
 fuè

Ezech. 8
 18.

Quantos
 escanda-
 los vienè
 por ellas.

1. Cor. 10
 22.

fuè instituida por Dios la suprema, asi fuè instituida la única. Si esto sentís, disentís de aquel que dice: *No hay potestad que no venga de Dios.* Por tanto lo que se sigue: *El que resiste à la potestad, resiste à la ordenacion de Dios*, aunque principalmente hace por vuestra parte, pero no únicamente. En fin, èl mismo dice: *Toda alma estè sujeta à las potestades superiores.* No dice à la superior, como si la potestad precisamente residiera en uno, sino *à las superiores*, como que reside en muchos. No es pues, sola vuestra potestad la que viene de Dios: hay tambien otras medianas: las hay tambien inferiores. Y, asi como aquellos que Dios juntò, no se deben separar, asi no es justo igualar, los que Dios puso desiguales èntre sí. Un monstruo hacéis, si quitando un dedo, à la mano, le poneis pendiente de la cabeza, haciéndole superior à la mano, y colateral al brazo. Lo mismo es, si en el cuerpo de Christo colocáis los miembros de un modo diferente del que èl dispuso. A no ser que penseis, que fuese otro el que estableció en la Iglesia unos por *Apòstoles*, otros por *Prophetas*, otros por *Evangelistas*, otros por *Doctores y Pastores*, à fin de que ellos trabajen en la perfeccion de los Santos, en las funciones de su ministerio, en la edificacion del cuerpo de Jesu-Christo. Y este es aquel cuerpo, que, haciendoo de èl una descripcion el mismo San Pablo, con aquella eloqüencia propia suya, verdaderamente apostòlica, y adaptándole convenientísimamente á su cabeza, asegura, que *de ella es de quien todo el cuerpo, cuyas partes estàn juntas y unidas mutuamente con una justa proporcion, recibe por todos los vasos y junturas, que llevan el espiritu y la vida, el aumento, que le comunica por la eficacia de su influencia, segun la medida que es propia à cada uno de los miembros, à fin de que se*

La potestad apostòlica no fuè instituida por Dios sola.

Rom. 13.

1.

Id.

Math. 19.
6.

No debe despojar à las otras

1. Cor. 12
28.

Ephes. 4.
16.

forme asi, y se edifique por la caridad. Ni repitèis despreciable esta forma, porque està en la tierra: ella tiene del Cielo su egeimplar. Pues, ni el Hijo puede hacer cosa alguna, sino lo que viere, que hace el Padre; especialmente, quando à èl se dijo bajo el nombre de Moyses: *Mirad, que hagais todas las cosas segun el egeimplar, que en el monte se os mostrò.*

18 Habia visto esto el que decia: *Vi à la Ciudad santa, la nueva Jerusalem, que viniendo de Dios, descendia del Cielo: estando adornada.* Porque yo juzgo, que esto se dijo para mostrar la semejanza que tiene la Iglesia con el Cielo, pues del mismo modo, que allí los Serafines y Querubines, y todos los demàs hasta los Angeles, están dispuestos cada uno en su orden, bajo una sola cabeza, que es Dios, asi tambien aquí està bajo de un solo Pontifice Sumo los Primados ò Patriarcas, los Arzobispos, los Obispos, los Presbiteros ò los Abades, y los demàs à este modo. No se puede tener en poco lo que no solo tiene à Dios por Autor, sino que tambien trae del Cielo su origen. Si dijere algun Obispo, No quiero estàr sometido al Arzobispo; ò algun Abad, No quiero sugerarme al Obispo; seguramente no viene esto del Cielo. A no ser, que acaso hayais oído decir à algun Angel, No quiero estàr bajo de los Archanges: ò à otro qualquiera de los demàs Ordenes, que no sufre estàr sugeto, sino à Dios solo. Pero tal vez me diréis: ¿Què, me vedais dispensar? No, pero si el disipar. No soy tan ignorante, que no sepa, que teneis poder para dispensar; pero para edificacion, no para destruccion. En fin, lo que se exige èntre los dispensadores, es que cada uno se porte fielmente. Quando la necesidad urge, es excusable la dispensacion: quando la utilidad convida, es la dispensacion loable. Yo digo la utilidad

Johan. 5.
19.

Exod. 25.
40.

Apoc. 21
2.

Subordinaciõ de las Gerarquias.

1. Cor. 13
10.

1. Cor. 4.
2.

Como sõ
dicitas las
dispensaciones.

dad pública, no la (a) particular. Quando nada de esto hay, no es dispensacion fiel, sino dispacion cruel. Sin embargo, ¿què algunos Monasterios sitos en diferentes Obispados, desde su mismo principio estuvieron particularmente sugetos à la Silla Apostòlica, segun la voluntad de sus fundadores, quièn hay que no lo sepa? Pero, una cosa es, que esto lo dè liberalmente la devocion, otra, que lo pretenda la ambicion mal hallada con la sugesion. Y esto quede dicho acerca de estas cosas.

CAPITULO V.

Que al Sumo Pontifice incumbe el cuidado de que se guarden en todo el Orbe los decretos Apostòlicos, y estatutos de los mayores.

19 **R** Esta que se extienda vuestra consideracion al estado universal de la Iglesia, para ver, si los pueblos estàn sugetos al Clero, el Clero à los Sacerdotes, los Sacerdotes à Dios, con la humildad que es debida; si en los Monasterios se guarda el òrden, si està en su vigor la disciplina; si las censuras de la Iglesia estàn en observancia contra los malos, y contra la heregia; si florecen las viñas en la honestidad y santidad de los Sacerdotes; si estas flores producen fruto, que debe ser la obediencia de los pueblos fieles; ultimamente, si vuestros mismos apostòlicos mandatos y estatutos se observan con el cuidado que es razon; à fin de que nada se halle en la heredad del Señor, ò inculdo por la desidia, ò robado ocultamente con fraude. Que se podrà encontrar, no lo dudeis. Yo puedo por lo pronto (pa-
K2 san-

Que ca-
 sione s
 merecc
 aprobar-
 sc.
 del C
 cillo Kc-
 mēdo
 1. 1. 1.

Materia
 de los cui-
 dados del
 Papa.

(a) V. las notas

Se queja
de q̄ no
se obser-
ven los
decretos
del Con-
cilio Re-
mense año
1143.

Can. 2.

sando en silencio otras muchas y aun innumerables cosas, que à cada paso se hallan en sumo desprecio) mostráros arrancadas tambien algunas de aquellas mismas que plantò vuestra diestra. ¿No fuè por ventura vuestra boca misma la que en el Concilio de Rems promulgò los siguientes capítulos? ¿Quièn los observa? ¿Quièn los observò? Os engañais, si juzgais, que se cumple con ellos. Si no lo juzgais, Vos mismo pecàsteis, ò estableciendo cosas que no se observasen, ò disimulando, que no se observen. “ Mandamos, dijisteis, que así los

„ Obispos como los Clerigos, ni en la superfluidad,
 „ ni en una indecente variedad de colores, ò abertu-
 „ ra de sus vestidos, ni en la disposicion del cabello,
 „ ofendan los ojos de los que les ven, (debiendo
 „ ser para ellos norma y egeplo) sino, que mas
 „ antes en sus acciones condenen los vicios, y
 „ muestren en su conducta el amor de la inocen-
 „ cia, como lo exige la dignidad del orden cleri-
 „ cal. Y, si amonestados por sus Obispos, dentro
 „ de quarenta dias no obedecieren, sean privados
 „ por la autoridad de los Obispos mismos de los
 „ beneficios eclesiásticos. Mas, los Obispos que fue-
 „ ren negligentes en imponer la precitada pena,
 „ por quanto las culpas de los inferiores à ningun-
 „ no se deben atribuir mas bien, que à los des-
 „ diosos y negligentes Prelados, estén suspensos del
 „ officio Episcopal, hasta que impongan à los Cle-
 „ rigos à ellos sugetos la pena por Nos estableci-
 „ da. * Tambien nos pareció añadir à este manda-
 „ to, que ninguno sea instituido Arcediano, ò
 „ Dean, que no sea Diácono ò Presbitero. Pero,
 „ los Arcedianos, Deanes, y Prepositos, que se
 „ hallan al presente sin los dichos Ordenes, si de-
 „ sobedeciendo à este mandato, despreciaren orde-
 „ narse, sean privados del honor recibido. Prohi-
 „ bimos, que à los mancebos, ò à los que no
 „ han

„ han

Can. 9.

„han ascendido à los òrdenes sagrados, se conce-
 „dan los predichos honores, estableciendo, que
 „se den à quienes se hayan hecho recomendables
 „en la prudècia y mèrito de su vida.“

20. Estas fueron vuestras palabras: Vos lo es-
 tablecistèis. ¿Què se ha llevado à efecto? Todavía
 los jòvenes, todavia los que no han recibido los òr-
 denes sagrados, son promovidos en la Iglesia. En
 lo que toca al primer capitulo, el lujo està prohi-
 bido, pero no reprimido, la pena se ha dictado,
 pero no se ha seguido. Ya se quientan quatro años
 desde que oímos, que se había publicado el man-
 dato; y todavia á ningunò de los Clerigos hemos
 llorado privado del beneficio, à ningunò de los
 Obispos suspenso del oficio. Pero, es digno de un
 llanto amarguísimo lo que se siguiò. ¿Què fuè es-
 to? La impunidad, hija de la incuria, madre de la
 insolencia, rayz del descarò, nutriz de las trans-
 gresiones. Dichoso, si con todo cuidado procurais
 guardaros de la madre primera de todos los ma-
 les, que es la incuria. Pero, en esto, confio yo, que
 pondreis toda diligècia. Y ahora levantad los ojos,
 y ved si del mismo modo que antes, la piel de
 varios colores no deslustra el òrden sagrado: si
 del mismo modo que antes, la enorme abertura
 de los vestidos no desnuda el cuerpo indecorosa-
 mente. Suelen decir à esto: ¿Por ventura, repara
 Dios en los vestidos, y no mas bien en las costum-
 bres? Pero, esta forma de vestidos es indicio de la
 deformidad del interior y de las costumbres. ¿Què
 quiere significar, que los Clerigos quieren ser una
 cosa, y parecer otra? Ya esto solo verdaderamen-
 te es menos casto y menos sincero. A decir la ver-
 dad, ellos se muestran en el vestido soldados, en
 el lucro clèrigos, en las acciones, ni lo uno, ni
 lo otro. Pues, ni pelean como los soldados, ni pre-
 dicaa como los clèrigos. ¿De què òrden seràn?

Daños de
 la impu-
 nidad, y
 de la in-
 curia.

Nota los
 vestidos,
 y los de-
 fectos de
 los Cleri-
 gos.

Que-

1. Cor. 15
23.

Queriendo ser de ambos, de uno y otro desertan, uno y otro confunden. *Cada uno*, dice, *resucitará en su orden*. Estos ¿en qual? ¿Acaso, los que sin orden pecaron, sin orden perecerán? O, si, como verdaderamente se cree, Dios sumamente sábio, desde lo supremo hasta lo ínfimo nada dejará desordenado: temo, que estos no sean ordenados en otra parte, que en donde no hay orden alguno, sino que todo lo ocupa un horror sempiterno. ¡O lastimable esposa, confiada à tales Paraninfos! que lo que está asignado para su adorno, no rezelan retenerlo para su lucro. Ciertamente, no son amigos del Esposo, sino èmulos suyos. Y sea esto bastante acerca de las cosas que están bajo de Vos, aunque no respecto de la materia, pues es sobre manera grande, por lo menos respecto de lo que yo propuse. Ya se deben ver las que están cerca de Vos; pero para esto nos abrirá la puerta el quarto libro.

LIBRO CUARTO.

CAPITULO I.

SI hubiera yo llegado á entender mas plenamente, amantísimo Eugenio, que aceptación habian tenido en vuestro concepto los primeros libros, segun ella hubiera procedido à lo que resta, con mas confianza ò con mas circunspeccion; ò ciertamente del todo lo hubiera dejado. Mas, porque la distancia del lugar no permite esta exacta noticia, no os admiréis, si sale mas débil mi discurso éntre estas dudas, presentándose delante de Vos, lo confieso, con mucho empacho. Habiendo pues tratado en los libros an-

CAPITULO II.

Trata de las costumbres del pueblo Romano, y del cuidado y vigilancia de los antiguos Pastores.

V. Bar-
ron. año
1144.

Que prẽ-
das debã
tener los
Clerigos
familia-
res del
Pontífice.

Costum-
bres y ge-
nio del
pueblo
Romano.

De los
Pastores
se exige
el cuida-
do, no la
curacion.

Luc. 10.
15.

2 **Y** Ciertamente en primer lugar, es razon, que sea arregladísimo vuestro Clero, del qual principalmente se comunicò la forma y regla al Clero de la Iglesia toda. A màs de esto, debèis advertir, que todo lo que se obrãta desordenadamente à vuestros ojos, os serã mas indecoroso. Importa mucho à la gloria de vuestra santidad, que todos los que teneis à la vista, de tal suerte estèn ordenados, de tal suerte instruidos, que ellos sean el espejo, ellos el modèlo de toda honestidad, y buen òrden. Es necesario, que con ventajas sòbre los demàs, sean expeditos para los oficios, idóneos para los sacramentos, solícitos para instruir los pueblos, circunspectos para conservarse à sí mismos en toda castidad. ¿Què dirè sòbre el Pueblo? EL PUEBLO ROMANO ES. Ni mas brebe, ni con todo eso mas expresamente puede declarar lo que siento de vuestros Parroquianos. ¿Què cosa mas sabida en los siglos, que la arrogancia y fausto de los Romanos? Una gente jamàs bien avenida con la paz, acostumbrada à los tumultos; una gente fiera è intratable hasta el dia de hoy; que no acierta à sugetarse, sino quando no puede resistirse. He ahí la llaga à Vos incumbè el cuidado de ella; no es permitido disimular. Tal vez os reis de mi, persuadido à que serà incurable. No querãis desconfiar: el cuidado exigen de Vos, no la curacion. En fin, habeis oído: *Tened cuidado de èl*; y no, Curadle ò sanadle. Muy bien dixo uno: No està siempre en mano del mèdico,

que

que se recobre el enfermo. Pero, mas bien os persuadirè, valièndome de los vuestros. Pablo es quien habla: *Mas que todos he trabajado.* No dice, Mas que todos he aprovechado, ò mas que todos fructifiquè, evitando con suma religion unas palabras, que serian arrogantes. Mas, por otra parte sabia bien este hombre, à quien Dios habia enseñado, que cada uno recibirà el premio, no segun el provecho, sino segun el trabajo. Y por eso, mas bien en los trabajos, que en los adelantamientos, juzgò que se debia gloriarse un hombre, segun lo que en otra parte le ois decir al mismo: *En muobisimos trabajos.* Asi pues, os ruego, que hagais lo que os toca, pues Dios lo que pertenece à el, bastante cuidará de hacerlo, sin vuestra solicitud, y congoja. Plantad, regad, tened el cuidado: y de este modo habrèis cumplido con la obligacion de vuestro oficio. Ciertamente, el aumento, quando quisiere Dios, èl darà, no Vos. Quando tal vez no quisiere, para Vos nada se pierde, diciendo la Escritura: *Darà Dios à sus Santos la recompensa de sus trabajos.* Seguro trabajo, que no le puede frustrar ningun defecto. Y esto sea dicho sin perjuicio de la divina potencia, y bondad. Sè, que se ha endurecido el corazon de este pueblo, pero poderoso es Dios para suscitar de estas piedras hijos de Abrahan. ¿Quièn sabe, si volverà, y los perdonará, les convertirà, y les sanará? Pero, no me corresponde à mi dictar à Dios lo que debe hacer: ojalà, que yo pueda persuadiros à Vos, lo que conviene y segun conviene.

3 Mas, hemos caído en un punto muy dudoso, y en una disputa llena de dificultades. Porque, ¿dònde me atreverè à decir lo que siento? Veo bien lo que amenaza. Clamarán, que es una cosa no acostumbrada, pues no podrán negar, que sea justa. Mas yo, ni asentirè à que sea cosa no

Ovid. 1.
de Ponto
eleg. 1.

1. Cor. 15
10.

1. Cor. 6
8.

2. Cor. 11
23.

Sap. 10.
17.

Joel. 4.

En vano se alega la costumbre à favor de los vicios, y abusos.

V. lib. 3.
S. 9.
1. 306

21. 300. 1
01

Que Pastores tenía otro tiempo la Iglesia.

e. Cor. 11
15.

acostumbrada, si he de decir la verdad. Ciertamente yo sè, que fuè acostumbrada, y por eso, que pudo venir à ser desacostumbrada: pero no volver à ser no acostumbrada. ¿Por ventura, habrá quien niegue, que fuè cosa acostumbrada, lo que no solo consta, que se hiciese alguna vez, sino que se frecuentò por algún tiempo? Que sea esto lo dirè, y de nada servirá. ¿Por què? Porque no agradará à los Sàtrapas, que favorecen mas à la magestad, que à la verdad. Hubo antes de Vos, quienes enteramente se expusieron à sí mismos para apacentar sus ovejas, gloriándose del trabajo y del nombre de pastores, no reputando para sí indecoroso nada, sino lo que juzgaban perjudicar à la salud de sus ovejas, no buscando sus propios intereses, sino empleàndolos en provecho suyo. Emplearon el cuidado, emplearon las haciendas, se emplearon aun ellos mismos. Sobre lo qual uno de ellos decia: *Yo tambien me darè todo por vuestras almas.* Y como si dijese: No venimos à ser servidos, sino à servir, se empleaban en la predicacion, quantas veces era necesario, sin ocasionar gastos à nadie. La única ganancia, que sacaban de sus sùbditos, la única pompa, el único deleyte, era si en algun modo podian formar de ellos para Dios un pueblo perfecto. Esto era lo que solicitaban por todos modos, aun en mucho quebranto del corazon, y del cuerpo, en el trabajo y miseria, en hambre y sed, en frio y desnudez.

ol 4 V ¿Dònde està ahora, deseo saber yo, esta costumbre? Muy desemejante es la que se ha introducido; en cosa muy diferente se han mudado las ocupaciones, y ojalà que no sea en peor. Sin embargo, el cuidado, la congoja, la emulacion, la solicitud, confieso que perseveran. Todas estas cosas se han trasladado, no disminuido. Os testifico, que ni escasáis los temporales bienes, del mismo

modo que sucedia antes. Pero la diversa positura hace la desemejanza. ¡Abuso grande! pocos miran á la boca del legislador, y todos á las manos. Mas no sin motivo. Ellas son las que distribuyen todos los cargos y empleos pertenecientes al Papado. ¿Quién me señalaréis de toda esa popalosisima ciudad, que os haya recibido por Papa, sin interés, ó sin esperanza de interés? Quando ellos hacen mas ofertas de servir, entonces es, quando principalmente quieren dominar. Se prometen fieles, para mas oportunamente dañar á los que de ellos confían. Desde este punto, no se ofrecerá consulta alguna, de que juzguen ellos que deben ser excluidos, ni secreto, en que no se ingieran. Si, estando para entrar alguno de ellos, tardáre, aunque sea poco, el portero; no quisiera yo hacer por él el oficio. Y ahora, experimentad en pocas palabras, si se yo tambien, á lo menos en parte, las costumbres de esta gente. Estos, hechos odiosos á (a) la tierra y al cielo, en uno y en otro pusieron sus manos; llenos de impiedad contra Dios, y de temeridad contra las cosas santas: entre sí mismos sediciosos, de sus vecinos émulo, inhumanos con los extraños: hombres, que no amando á ninguno, ninguno los ama; y que quando afectan ser temidos de todos, es preciso, que á todos los teman. Estos mismos son los que no sufren estar sugetos, y no aciertan á presidio, siendo á los superiores infieles, y á los inferiores insupportables. No tienen empacho para pedir, al mismo tiempo que tienen dura la frente para negar.

L2

Son

(a) Alude esto á la terrible sedicion, que habia excitado en Roma Arnaldo y sus secuaces, inspirando á los Romanos, que intentasen restablecer el antiguo estado de Republica, dejando al Pontífice solo el gobierno de lo sa-

Son importunos para recibir, inquietos hasta que reciben, ingratos despues que han recibido. Han adestrado su lengua para hablar cosas grandes, al mismo paso; que todo lo que obran, es muy poco. Languisimos en prometer, escasisimos en cumplir: suavisimos aduladores, y mordacisimos detractores: sencillisimos disimuladores, y malignisimos traydores. Nos hemos extendido hasta aqui, juzgando oportuno avisaros mas plena y expresamente en esta materia sobre aquellos, que están cerca de Vos. **§ 500.** Ya sigamos el orden del discurso. ¿Còmo se entiende, que se hayan (a) de comprar con los despojos de las Iglesias, quienes mantengan y realcen vuestro poder? La vida de los pobres se derrama en las plazas de los ricos. Reluce la plata (b) en el lodo; de todas partes corren á ella, se la lleva, no el mas pobre, sino el mas fuerte, ó el que acaso llegò mas presto que todos. No comenzò en Vos esta costumbre, ò mejor, esta muerte: ojalá que en Vos se acabe. Pero, prosigamos lo demás. Entre estas cosas, Vos que sois el Pastor, salís en público, lleno todo de oro, y vestido de preciosa variedad de colores. ¿Què participan de esto las ovejas? Si me atreviera yo á decirlo, dijera, que esto no es el pasto de las ovejas, sino de los enemigos de las ovejas. A decir la verdad, ¿acostumbraba hacerlo así San Pedro, ò se divertía así San Pablo? **Veis**

Acceptación de los ricos en comparación de los pobres.

De la pompa y dignidad se tiene mayor cuidado que de la sanidad.

(a) Nota la magnificencia y pompa, que se habia introducido en los Eclesiásticos, que estaban cerca del Papa, que gozaban pingues beneficios, è Iglesias, con cuyos despojos propriamente mantenian este fausto.

(b) Alude esta expresion á esta misma pompa y riqueza, con que se cubre al fin el cuerpo, que es lodo; pero que atrae vivamente los deseos de los demás, para aspirar á tan opulentos beneficios. Sianda sobre este lugar.

Veis como todo el zelo de los Eclesiásticos se muestra solo fervoroso en defender su dignidad. Todo se dá al honor, á la santidad nada, ò poco. Si, habiendo algun motivo, comenzáreis en la ocasion á portaros con alguna mas humanidad y franqueza, Eso no, dirán; no es decente, no conviene á los tiempos, no está bien á la magestad, es preciso que reparéis en lo respetable de vuestra persona. De la voluntad de Dios se hace mencion en el último lugar; no se detienen nada, aunque se arriesgue la salud: á no ser, que tengamos por saludable, todo lo que es sublime, y que tengamos por justo, solo lo que respira glòria. Asi, TODO LO QUE ES HUMILDE se tiene por desdoro èntre los palaciegos, de modo, que mas facilmente se hallará, quien sea de veras humilde, que quien quiera parecerlo. El temor del Señor se reputa simplicidad, por no decir fatuidad. Al hombre circunspecto y amigo de su propia conciencia, le calumnian como hipòcrita. Al que ama la quietud, y gusta de vivir consigo algunos ratos, le llaman inútil.

CAPITULO III.

Que se debe cercenar la pompa de los vestidos; y del zelo necesario en el Pontifice.

QUE haceis pues? ¿No abris todavia los ojos á la presencia de estos lazos de la muerte, que os han rodeado? Ruegoos, que me sufrais un poco, y me soportéis. Por mejor decir, perdonad á quien os habla, no tanto temeraria, como timidamente, estas cosas. Yo tengo para con Vos un amor de zelo y de zelo bueno; y ojalá, que sea tan útil, como es vehemente. Sè donde habitais: los incrédulos y subvertidores están en vuestra compañía. Lobos son,

Costumbre de los Curiales, y sus erradas opiniones.

Observe-se el zelo del Sáo.

no ovejas: con todo eso, de estos tales sois el Pastor. Util consideracion, en la que quizá hallarèis algun arbitrio, con que, si puede ser, los convertiràis, no sea que ellos os subviertan. ¿Por què desconfiarèmos, de què puedan volver á ser ovejas, los que pudieron volverse en lobos? Aquí, aquí es donde yo no os perdono, para que os perdone Dios. Ciertamente, ò negaos por Pastor de este pueblo, ó mostràos como tal. No os negarèis: no sea que, aquel cuya silla teneis, os niegue por heredero. Este es San Pedro, de quien no se sabe, què saliese jamás adornado de piedras, ò de sedas, ni cubierto de oro, ni llevado en blanco caballo, ni acompañado de tropa, ni cercado del ruidoso sèquito de ministros. Con todo eso, sin todas estas cosas creyò, que se podia cumplir bien el saludable precepto: *Si me amas, apacienta mis ovejas.* En esto habeis sucedido, no á Pedro, sino á Constantino. Os aconsejo, que estas cosas las tolerèis, por pedirlo asi los tiempos, pero que no las codicièis, como debidas. Mas bien os incito á aquellas cosas, de que sè, que sois deudor. Aunque vestido de pùrpura, aunque cubierto de oro, no es razon, que tengàis tediò al trabajo, y cuidado pastoral, siendo heredero de un Pastor: no hay razon para que os avergoncèis del Evangelio. Bien que, si con toda voluntad anunciàreis el Evangelio, aun èntre los Apòstoles se os reservará la glòria. Evangelizar es apacientar. Haced la obra propia de un Evangelista, y habreis cumplido con el cargo de Pastor.

em 7. Dragones, dirèis, me estàs amonestando, que apaciente, y escorpiones, no ovejas. Por eso mismo, os vuelvo á decir, debeis acometerlos con mas denuedo, pero con la palabra, no con el hierro. ¿Por què habiais de pensar en empuñar de nuevo la espada, que os mandaron volver á la vaina? La qual sin embargo, si alguno niega que es vuesa-

Continuacion de los discursos de San Gregorio. Y en el libro de las ovejas. No conocia la pòpula, y esplendor S. Pedro.

Johan. 21
15.

De la pòpula de los discursos de San Gregorio. Dos espadas del Pontifice.

tra, no me parece, que atiende bien á las palabras del Señor, que dice así: *Vuelve à la vaina tu espada*. Vuestra es pues ella tambien, debiendo dessembaynarse quizá à vuestra insinuacion, no con vuestra mano. De otra suerte, si ella tambien no perteneciera à Vos en manera alguna, quando dijeron los discipulos: *Ved aqui dos espadas*, no hubiera respondido el Señor, *Bastante es*, sino Demasiado es. Una y otra espada pues, es de saber, asi la espiritual, como la material, es de la Iglesia; pero esta ciertamente se debe esgrimir à favor de la Iglesia; mas aquella por la Iglesia misma: aquella por la mano del Sacerdote, esta por la del Soldado, pero en medio de esto, à la insinuacion del Sacerdote, y al mandato del Rey. Y de esto tratarèmos en otra parte. Por ahora, coged la espada, que se os confiò para herir: y herid con golpes, que traen la salud, sino à todos, sino à muchos, ciertamente à los que podais.

8 No soy yo, me decis, mejor que mis Padres. ¿A quièn de ellos, esta provocadora familia, no digo, oyò, sino dejò de burlar? Por lo mismo, insistid con mas ardor, por si tal vez dan oidos, y cesan en obrar mal: insistid aun con los que resisten. Quando oyen, que digo estas cosas, me llamaràn nimio acaso. ¿Por ventura, es mía aquella voz: *Instad oportuna, è importunamente?* Llamad nimio à este, si os atreveis. Al Propheta se le manda: *Clama, no ceses*. ¿A quiènes, sino à unos malvados y pecadores? *Anunciad, dice, à mi pueblo sus maldades, y à la casa de Jacob sus pecados*. Advertid con discrecion, que se dice de ellos, que son malvados, y al mismo tiempo les llaman pueblo del Señor. Juzgad lo mismo de estos. Aunque sean malos, aunque sean iniquos, mirad, no sea que oigais: *Lo que no hicisteis con uno de estos pequenuelos, na lo hicisteis conmigo*. Confieso, que

Johan. 18
11.

Luc. 22.
33.

Esch. 3.

Luc. 4.
A los rebeldes se debe predicar también sin desistir.

2. Tim. 4.
2.
Isai. 58.
2.
Id.

Math. 23
45.

este pueblo se ha mostrado hasta hora de una frente dura, y de un corazón indómito: pero que sea también indomable, ignoro yo, de que lo podáis saber liquidamente. Puede ser en lo sucesivo, lo que nunca fué. Si Vos desconfiais: en Dios no será imposible todo palabra. Si son de frente dura, endureced también contra ellos la vuestra. Nada hay tan duro, que no ceda á otra cosa mas dura. Al Profeta le dice el Señor: *Te he dado una frente mas dura que la frente de ellos.* Solo una cosa hay, que os deje libre; y es, si os habeis portado de tal manera con este pueblo, que podáis decir: Pueblo mio, ¿què debia hacer contigo yo, y no lo hice? Si así lo hicisteis, y no adelantasteis, hay ultimamente que hacer, y que decir: Salid de Ur de los Caldeos, y decid: A mi me conviene anunciar el Evángelío á otras ciudades también. Yo pienso, que no os pesará del destierro, trocando una sola ciudad por todo el mundo.

CAPITULO IV.

Quales deban ser los que elija el Pontifice para asistentes y coadjutores suyos: y al mismo tiempo se trata de las virtudes de los Prelados.

9 **V**Engamos á los colaterales y coadjutores vuestros. Estos son vuestros continuos asistentes, estos los que tienen toda intimidad con vuestra persona. Por lo qual, si ellos son buenos, lo son principalmente para Vos; si malos, igualmente para Vos lo son mas. Ni os debeis tener por sano, si los lados os duelen: es decir, no os llameis bueno, si estais apoyado sobre los que son malos. Y, aunque Vos seais bueno, la bondad de uno solo ¿què fruto podrá traer, como en el libro antecedente me acuerdo haber dicho? Qué

emo-

Luc. 1. 37

Como se
portará ú
Pastor cõ
los duros
y rebel-
des.

Ezech. 3.
8.

Luc. 4.

43.

Lib. 3. n.

9.

Lib. 3. n.

9.

emolumento, vuelvo à decir, puede traer à las Iglesias de Dios la justicia de un hombre solo, quando prevalece el parecer de otros, que tienen diferentes disposiciones? Mas, ni puede estar segura para Vos vuestra bondad, si està cercada de tantos malos, no de otro modo que la sanidad, estando vecina una serpiente. Ni hay adonde os podais retirar de un mal, que està entrañado. Por el contrario, un bien domèstico alivia tanto mas, quantas mas veces. Pero, que alivien, ò que gravén, ¿à quièn con mas razon que à Vos se deberá imputar, pues los elegisteis y admitisteis? No digo esto de todos, puesto que hay algunos, que no los elegisteis, sino que antes ellos os eligieron à Vos. Con todo eso, no tienen mas potestad, que la que les dièreis ò permitièreis. Lo mismo pues viene à ser. Imputadlo à Vos mismo, todo lo que padecièreis por causa de aquel, que sin Vos no puede hacer nada. Exceptuados estos, en lo demàs no sin grande consideracion (como veis) deben ser escogidos todos, ò recogidos para la obra de este ministerio. A Vos pertenece traer de qualquiera parte, y juntar à vuestra persona, à egemplo de Moyses, ancianos, no jòvenes, pero ancianos, no tanto por la edad, como por las costumbres, de quienes tengais noticia, que son los ancianos del pueblo. ¿Por ventura, no deben elegirse de todo el orbe, los que estàn para juzgar à todo el orbe? En un negocio como este, no se entrometa el que ruega. Esto se ha de resolver por consejo, no por sùplicas. Hay cosas, que ò nos fuerza à darlas la importunidad de los que nos ruegan, ò que las merece su necesidad. Pero, esto es precisamente en las cosas que son nuestras. Mas, donde no me es permitido hacer lo que quiera, ¿què lugar puede tener la sùplica? A no ser, que diga alguno quizá, que el que me ruega à mi, precisamente ruega,

No basta
q̄ el Pre-
lado sea
bueno, si
sus Cola-
terales no
lo son.

Num. 18
16.

Quiene-
seràn eles-
gidos por
Cardena-
les.

V. Conc.
Trid. ses.
24. de Re-
format. c.

1.

El que lo pide debe ser excluido.

El Clerigo q̄ frequenta la Corte es sospechoso por la ambiciõ.

Johan. 2
10.

Artificio-
sa humil-
dad de los
ambicio-
sos.

Eecl. 19.

23.

Los que
afectãelo
quencia,
y pala-
bras son
poco dig-
nos de ad-
mitirse.

que me sea permitido querer lo que èl quiere, y no mas antes que yo lo quiera. Hay quien ruega por otro, hay tal vez, quien ruega por si mismo. Aquel, por quien os ruegan, se hace sospechoso: el que ruega por si mismo, ya està juzgado. Ni importa mas, que uno ruegue por si, ó por medio de otro. Al clèrigo que frequenta la corte, no siendo de la corte, contadle en el número de este género de ambiciosos. (a) Al que adula, y al que habla al gusto de cada uno, reputadle uno de los que ruegan, aunque nada ruegue. No hay para que temais por la cara al escorpion: pero punza por la cola.

10 Si à los alhagos de estos tales sintièreis, que vuestro corazon se ablanda (como suele suceder) acordaos entonces de que està escrito: *Todo hombre pone al principio el vino bueno; mas quando ya han bebido mucho, entonces pone lo mas malo.* Igual concepto debeis formar de la humildad del que teme, que del que espera. SUELE SER propio del hombre astuto y engañoso aparentar humildad, en aquel tiempo en que quiere conseguir algo: de los quales dice la Escritura: *Hay quien se humilla iniquamente, y su interior està lleno de dolo.* En Vos mismo podeis hallar un evidente y familiar egemplo de esta misma sentencia. ¿Quãtos, que al admitirlos, visteis rendidos, despues los experimentàsteis graves, insolentes, contumaces, rebeldes? Este mal interior le encubren los principios, pero las acciones posteriores le manifiestan. Al jòven habladorcillo, y que se esfuerza à hablar

(a) Ilustre y edificante exemplo ofrece Phelipe II. Rey de España: Hecho el nombramiento de un Obispado en un Clèrigo, le rasgó luego que supo que estava en la Corte.

blar con eloqüencia, estando vacío de sabiduría, tenedle, no por otra cosa, que por un enemigo de la justicia. Por estos tales falsos hermanos, os dice el Maestro: *No impongáis las manos ligeramente sobre ninguno.*

1. Tim. 5
22.

Nada se debe hacer sin mucha consideración

Eecl. 32.
22.

La Corte suele recibir no hacer los hombres de mérito

Los pretendientes se deben excluir, y elegirse los que rehúsan los honores.

II Excluido pues todo este pestilente género de hombres, sea vuestro cuidado principalmente introducir tales sujetos, que despues no os pueda pesar de haberlos introducido. Es indecoroso en Vos retratar muchas veces lo que hayais hecho, y no es decente, que vuestro juicio se ponga à riesgo freqüentemente. Por tanto, con la mayor diligencia tratad, todo lo que se ha de hacer, con Vos mismo, y con aquellos que os aman. TRATADLO antes de hacerlo, porque despues de hecho, viene tarde la retratacion. Consejo es del Sábido: *Haced con consejo todas las cosas, y despues del hecho no os pesará.* Y PERSUADIOS A ESTO, que los que han de ser admitidos, con dificultad se pueden habilitar en la corte: y por tanto, si puede ser, será conveniente escogerlos ya probados, no que todavia se hayan de probar. Nosotros en los monasterios à todos recibimos con la esperanza de mejorarlos: pero la corte mas facilmente acostumbra recibir hombres buenos, que hacerlos. Con que, si hemos experimentado, que en ella son mas los buenos, que han decaldo, que los malos, que han mejorado; ciertamente se deben buscar tales, que, ni en ellos se tema defecto, ni se desee adelantamiento, como quienes ya deben ser perfectos.

12 Así, no à los que lo desean, no à los que corren, sino à los que se detienen, sino à los que lo rehúsan, deberéis promover à los cargos: aun tambien hacedlos fuerza, y compeledlos à entrar en ellos. En aquellos, como yo pienso, descansará vuestro espritu, que no sean duros, ni arrogantes, sino vergonzosos, sino timoratos: que fuera de

Dios nada teman, y sino de Dios, nada esperen. Que defiendan varonilmente à los afligidos, y juzguen segun equidad à favor de los mansos de la tierra. Que sean en sus costumbres compuestos, en la santidad probados, en la obediencia prontos, para la paciencia mansos, sumisos para la enseñanza, rigidos en la censura, cathòlicos en la fè, fieles en su ministerio, concordes para la paz, conformes para la union. Que sean en el juicio rectos, en el consejo pròvidos, en mandar discretos, en disponer industriosos, en obrar valerosos, en hablar modestos; en la adversidad seguros, en la prosperidad devotos, en el zelo sòbrios, en la misericordia no remisos, en el ocio no ociosos, en el hospedage no disolutos, en el convite no derramados, no congojosos en el cuidado de las cosas de su casa, no codiciosos de la agena, no pròdigos de la propia, en todas partes, y en todas cosas circunspectos. Que, hacer el oficio de legados por Christo todas las veces que hubiere necesidad, ni, siendo mandados, lo rehusen, ni, no siendo mandados, lo codicien. Que, lo que por vergüenza excusen, por obstinacion no lo nieguen. Que, siendo enviados de Vos, no vayan tras el oro, sino que sigan à Christo: que no reputen la legacia ganancia, ni deseen los dones, sino el fruto. Que a los REYES representen la persona de Juan, à los Egipcios la de Moyses, à los lujuriosos la de Phinees, à los idòlatras la de Elias, à los avaros la de Eliseo, la de Pedro à los que mienten, la de Pablo à los que blasfeman, la de Christo à los que negocian. Que al vulgo no le desprecien, sino que le enseñen, à los ricos no les adulen, sino que les aterren: à los pobres no les graven, sino que les fomenten, à las amenazas de los Príncipes no se espanten, sino que las desprecien. Que, ni entren con turbulencia, ni salgan con ira; que à las Igle-

Quales
debansen
los Car-
denales.

Sus cali-
dades.

Quales
los Lega-
dos de los
Papas.

Sus pren-
das y con-
dicionas.

Iglesias no las despojen, sino que las enmienden. Que no agoten las bolsas, sino que recreen los corazones, y corrijan los crímenes: que miren por su fama, y no envidien la ajena. Que muestren afición à la ORACION, Y TENGAN EJERCICIO DE ELLA; y en todos los negocios confien mas en la oracion, que en toda su industria y trabajo. Cuya entrada sea pacífica, la salida molesta, cuyas palabras sean edificacion, cuya vida piedad, cuya presencia grata, cuya memoria bendita. Que se hagan amables, no con palabras, sino con obras, que se muestren dignos de respeto, pero, por las acciones, no por el fausto. Que, siendo humildes con los humildes, inocentes con los inocentes, reprehendan duramente à los duros, refrenen à los malignos, den la pena debida à los soberbios. Que no se den prisa á enriquecerse á sí, ò à los suyos CON LA DOTE DE LA VIUDA, Y EL PATRIMONIO DEL CRUCIFICADO, dando graciosamente lo que graciosamente recibieron, haciendo gratuitamente justicia à los que padecen injuria, venganza en las naciones, castigos en los pueblos. Que se vea, en fin, que han recibido, à manera de aquellos setenta de Moyses, de vuestro espíritu; segun el qual, ya ausentes, ò ya presentes, se esmeren en daros gusto, y en darlo tambien à Dios. Que vuelvan á Vos fatigados si, pero cargados no: gloriándose tambien al mismo tiempo, no de haber traído lo raro y precioso de las provincias, sino de haber dejado paz à los reynos, ley à los bárbaros, quietud à los monasterios, orden à las Iglesias, disciplina à la clerecia, à Dios un pueblo apreciable, que anhela á emplearse en buenas obras.

Exemplo
-memori-
de del
Cartena
ladrino.

14. Mar. 6. Lugar save para mi, en que se
ofrece ocasion de traer à la memoria y nombrar
à un varon de santissimo olor, à Gaudioso, abad
Ordo de Charles, duca administrador de...

CAPITULO V.

Se recomienda con egemplos abstenerse de recibir presentes, y se censura la arrogancia de los ministros del Papa.

Exemplo
memorable
del
Cardenal
Martino.

13 **J**uzgo digno de referirse aqui el hecho de nuestro Martin de dulce memoria. Bien lo sabèis; pero, si lo teneis presente, lo ignoro yo. Este, siendo Presbitero Cardenal, habiendo tenido por algun tiempo el cargo de Legado en la Dacia, volviò tan pobre, que faltándole casi del todo el dinero y los cavallos, apenas pudo llegar á Florencia. Aqui el Obispo de la Ciudad le regalò un cavallo, en el qual fuè conducido hasta Pisa, donde por entonces nos hallábamos nosotros. Un dia despues, à lo que creo, habiéndole seguido el Obispo (porque trala un pleyto contra otro, y se habia de sentenciar en el dia) comenzò à sollicitar los votos de los amigos. Y, como los sollicitàse uno por uno, llegó à hablar à Martin tambien. Tenia en este mayor confianza, como que no podia estàr olvidado de beneficio tan reciente. Entonces Martin: Me habeis engañado, le dice. No sabia yo, que traíais pendiente negocio alguno. En el establo està vuestro cavallo: llevadle. Y, en la hora misma se le volviò. ¿Què decis, Eugenio mio? ¿No es por ventura cosa de otro siglo, haber vuelto un Legado sin oro de la tierra del oro? ¿haber pasado por la tierra de la plata, y no haber conocido la plata? ¿Haber desechado sòbre esto, sin detenerse, un regalo, que podia ser sospechoso?

Otro de
Gaufrido
Chartres.

14 Mas, ò lugar suave para mi, en que se ofrece ocasion de traer à la memoria y nombrar à un varon de suavísimo olor, à Gaufrido, digo, Obispo de Chartres, quien administrò constantemente

mente la legacia en Aquitania à sus propias expensas, y esto por muchos años. Voy à decir una cosa, que yo mismo presenciè. Me hallaba con èl en aquella provincia, quando un Presbitero le presentó un pescado, que vulgarmente llaman Esturcion. Y, habiendo preguntado el Legado, quanto habia costado; No le recibo, dice, si no tomais lo que vale; y le entregò cinco sueldos, que recibì violento y vergonzoso el Sacerdote. Tambien, estando en su compañía en un Lugar, la Señora de aquel mismo pueblo le presentó por devocion juntamente con una tohalla dos ò tres grandes platos, hermosos, aunque de madera: los que mirando por un rato este hombre de tan delicada conciencia, los alabò, pero no se le pudo reducir à que los tomàsè. ¿Quando los hubiera recibido de plata, quien los desechò, aun siendo de madera? No hubo quien pudiese decir al Legado: *Nosotros hemos enriquecido à Abraban.* Pero, èl mismo decia à todos libremente con Samuel: *Declarad delante de Dios y de su Christo, si yo he tomado el buey ò el asno de qualquiera, si hice mal alguno por falsos crìmenes, ò si le he oprimido por violencia, si he recibido presentes de la mano de qualquiera que sea; y los despreciarè hoy, y os los restituirè.* ¿O si de tales hombres como estos, que brebissimamente hemos elogiado, hubiera mayor copia! ¿Què cosa entonces mas feliz que Vos? ¿Què cosa mas agradable, que un siglo tal? ¿Por ventura, no os parecería la segunda despues de la eternidad la bienaventuranza de aquellos tiempos, en que à todas las partes que fuèseis, os veriais rodeado de tan inclito esquadron de bienaventurados?

15 Si es que os conozco bien, os quedais suspenso por un poco, y arrojando un profundo suspiro, os decís à Vos mismo. ¿Pensáis, que será posible esto, que se dice? ¿Pensáis, que estaremos

Gen. 14.

23.

1. Reg. 12.

3.

Suspiros
de Eugenio
por
los buenos
ministros.

nosotros en este mundo, y llegaràn à verse estas cosas? ¿Quièn me darà à mi vivir, para tener la suerte de verlo? ¡O si viera yo, durante mi vida, à la Iglesia de Dios apoyada sobre tales columnas! ¡O si à la Esposa de mi Señor la miràra yo entregada à una fè tan grande, confiada à tan grande pureza! ¿Què cosa mas dichosa que yo, què cosa mas segura, quando miràra al rededor de mi tales guardias, y al mismo tiempo testigos de la vida mia! A quienes con seguridad manifestaria yo todos mis secretos, comunicaria todos los consejos, à quienes me abriria todo entero, como à otro yo. Quienes, si yo quisiera en alguna manera extravïarme, no me dejarian; me refrenarian, si me precipitara; me despertarian, si me dormiera. Cuyo respeto y libertad me reprimiria, si me ensalzara; me corregiria, si me excediera; cuya constancia y fortaleza me aseguraria en las dudas, me animaria en las desconfianzas; cuya fè y santidad me provocaria à todo lo que es santo, à todo lo que es honesto, à todo lo que es casto, à todo lo que es amable, à todo lo que forma un buen nombre. Y ahora, volved los ojos, Eugenio mio, al estado que tiene ahora la Curia ò la Iglesia, y à las ocupaciones de los Prelados, especialmente de aquellos que estàn al rededor de Vos.

16 Pero de estas cosas ya no digo mas. Yo he palpado la pared, no la he cavado. A Vosos es permitido cavar y ver, como à hijo que sois del Propheta. A mi no me es lícito pasar mas adelante. Una sola cosa dirè, que està à la vista. Ridículamente vuestros ministros pretenden anteponerse à vuestros compresbiteros. No sufre esto la razon, no lo practicò la antigüedad, no lo consiente la autoridad. Y, si en la costumbre fundan su falso alegato, mas razon serà despreciar aquella, que un Orden sumo. Sin embargo, es muy frívolo

Rebatela
arrogancia
de los mi-
nistros del
Papa.

for que principalmente alegan, para conseguir esta preferencia. Nosotros somos, dicen, los que en todas las funciones solemnes asistimos mas cercanos al Señor Papa: si está sentado, nosotros igualmente nos sentamos los mas inmediatos, y à qualquiera parte que vá, le seguimos los primeros. Todo esto no es privilegio de dignidad, sino debido à la diligéncia con que deben cumplir su officio, explicando el mismo nombre de *Diacono* este mismo solemne ministerio. Finalmente, quando los Presbíteros sentados con todo orden están rodeando la Magestad, vosotros os sentais à los pies. Assistis mas cercanos, para teneros mas prontos à su obsequio. En el Evangelio leemos, que *se levantó entre los discipulos una contextacion sobre qual de ellos debía ser reputado el mayor.* Dichoso seriais, si lo que allí se sigue, se observase del mismo modo cerca de Vos.

CAPITULO VI.

Que no conviene, que el Pontifex, como tan ocupado en cosas mas graves, tenga el cuidado de la economia de la propia casa; y que por lo mismo debe fiar todo esto à un Mayordomo.

17 YA dà tédio la curia; salgamos del palacio; nos están aguardando en casa otros. Estos, no solo están cerca, sino en algun modo dentro de Vos. No es superflua consideracion aquella, en que pensais, que disposicion deberéis dár à las cosas de vuestra casa; y qué providencias tomaréis sobre aquellos, que están en vuestro seno, y en vuestro regazo. Yo aun digo, que es necesaria. Oid à San Pablo: *El que no sabe cuidar de su propia familia, cómo podrá gobernar la Iglesia de Dios?* Y tambien: *Si hay al-*

1. Tim. 35

1. Tim 5.

8.

guno que no tenga cuidado de los suyos, especialmente de los de su casa, este tal ha renunciado à la fè, y es peor que un infiel. Diciendo yo esto, no pretendo por eso amonestaros, que, siendo asi, que estais ocupado en cosas sumas, pongais vuestro cuidado en las ínfimas, como disminuyendo vuestra grandeza; ò que empleeis en las cosas mínimas la atencion, que debéis à las que son máximas. ¿Por qué os habeis de enredar en aquellos afanes, de que Dios os sacò? *Todas estas cosas, dice, se os daràn con aumento.* Sin embargo, es necesario no solo hacer estas, sino no omitir aquellas. Pero, haciendo aquellas por Vos, es preciso igualmente, que Vos mismo proveais, quien por Vos cuide de estas. Porque, si un solo criado no basta por sí solo para cuidar de los jumentos, y al mismo tiempo de las cosas necesarias de la mesa: ¿cómo podreis por Vos mismo disponer las cosas de vuestra casa, y al tiempo mismo gobernar la de Dios? de la qual està escrito: *¡O Israel, que grande es la casa del Señor!* VACIO ENTERAMENTE de cosas pequeñas y viles, es necesario que estè el ànimo, que entiende en cosas tan grandes, y tantas. Es necesario, que estè tan libre, que no le embeba niaguna ocupacion violenta. Es necesario, que sea tan noble, que no le abata ninguna aficion indigna. Es necesario, que sea tan recto, que no le fuerza niaguna intencion siniestra. Es necesario, que sea tan cauto, que no le preocupe ninguna sospecha furtiva. Es necesario, que sea tan vigilante, que no le aparte de sí mismo ningun pensamiento peregrino, ni curioso. Es necesario, que sea tan firme, que no le haga estremecer ninguna turbacion repentina. Es necesario, que sea tan invisto, que no le fatigue niaguna tribulacion, aunque sea continua. Es necesario, que sea tan amplio, que

Math. 6.
33.

No le es
decente
ocuparse
de cosas
mínimas.

Baruch. 3
24.

Qual de-
ba estar
afecto el
ànimo del
Pontifice.

que no le estreche ninguna pérdida de las cosas terrenas.

18 No dudéis, que seréis, no solo privado de estos bienes, sino herido con estos males, si dividiendo vuestro ánimo, le quisièreis emplear en las cosas de Dios, y juntamente en vuestras cosas. Debeis procurar enlazar * à alguno para que muela por Vos. Por Vos digo, no con Vos. Unas cosas las haréis por Vos mismo: otras por Vos y por otros juntamente: otras por otros y sin Vos. ¿Quièn es sábio para entender estas cosas? De ningún modo debe dormirse vuestra consideracion entre esto. Yo juzgo, que el gobierno económico de vuestra casa se debe colocar bajo del género de aquellas cosas, que puse al último. Por otro, como os dije, las deberéis hacer. Pero, si este no fuere fiel, defraudará, si no fuere prudente, será defraudado. Así, se debe buscar un hombre fiel y prudente, al qual constituyais sobre vuestra familia. Todavía será inútil, si le falta lo tercero. ¿Preguntáis, què sea esto? La autoridad. Porque, ¿de què le servirá querer, y saber disponer qualesquiera cosas, segun fuere necesario, si lo que sabe y quiere, no lo puede? Se le debe dár pues, facultad de obrar à su arbitrio. Si pensáis, que esto se opone á la buena razon, tened presente, que es fiel, y que por tanto querrá obrar segun razon: acordaos, que es prudente, y que no menos por lo mismo sabrá obrar segun razon. Pero, una fiel y discreta voluntad entonces aprovechará, quando se la proporcionen todos los medios, para ponerse con toda facilidad en ejecucion, obedeciendo todos sin detencion ninguna. Todos pues deben estarle sugetos: no tenga que sufrir contradiccion de ninguno. Nadie haya, que le diga: ¿Por què hicistèis esto? Tenga potestad de excluir y admitir los que èl quisiere, de mudar los ministros, de transferir los ministerios

* Liter.
Engáchar

Tres calidades del q ha de ser mayordomo.

Reglas
generales
para por-
tarse con
los dela-
tores.

* Libros
Ingleſes

El criado
fiel debe
ser prefe-
rido al
prudente.

Johan. 12
6.

El gobier-
no de las
cosas de
casa se ha
de dar à
otros, y
no es dig-
no de un
Papa.

Gen. 39.
6.

Es indig-
na cosa
no fiarse
de un mi-
nistro ch-
ristiano.

à quienes, y quando les pareciere. De tal suerte sea
à todos temible, que tambien les sea útil. Presida
à todos de modo, que à todos aproveche, y sa-
que provecho de todos. No admitais clandestinas
ny furtivas delaciones contra él: tenedlas mas an-
tes por detracciones. Y yo quisiera, que en esto os
establecièrais por regla general, que quien recela
decir publicamente lo que os hablo al oido, debe
ser para con Vos sospechoso. Pero, si juzgando
Vos, que importa decirlo à las claras, lo rehusa-
re él, reputadle por un delator, no por acusador.

19 Asi, uno solo sea el que dé órdenes à
los demàs, y à él solo todos le den la quènta. So-
segad sòbre su fè, y daos todo entero al cuidado
de Vos mismo, y de la Iglesia de Dios. Si os fue-
re dificultoso hallar un hombre que sea fiel y pru-
dente al mismo tiempo, serà lo mas acertado, sin
duda, dar este cargo à quien sea fiel. Si no hallais
quien para esto sea capaz, aun quando el que hù-
bièreis puesto, sea poco fiel, yo os aconsejo con
todo eso, que le sufrais, antes que empeñaros Vos
mismo en este embarazoso laberinto. Acordàos, que
tuvo à un Judas por ecònomo suyo el Salvador.
¿Què cosa mas vergonzosa para un Obispo, que
embarazarse en el cuidado de sus muebles, y de
su dinero; examinarlo todo; informarse de to-
do; vivir agitado de sospechas, y desconfianzas;
inquietarse por la menor cosa que se haya perdido,
ò descuidado? Yo lo digo para rubor de algunos,
que hacen todos los días averiguaciones de todo lo
que se gasta en su casa, que tienen registro de to-
do, y que en las quèntas que toman, reparan has-
ta en el último maravedi. No lo hacia asi aquel
Egipcio, que habiéndose descargado sòbre Joseph
de todo el cuidado de su casa, ni aun sabia lo que
tenia. AVERGUENCENSE un christiano de no fiarse
de un christiano. He aqui un hombre infiel, que ha
crei-

Apenas se pueden tratar los negocios temporales sin dispendio de lo espiritual. (1)

Qual sea las costumbres de su familia, no debe ignorar un Papa.

Vos. El arroyo va cavando por donde pasa: así este reflujó de negocios temporales va minando poco á poco el alma, que se ocupa en ellos. Si puede un torrente derramarse impetuosamente en los campos sin daño de los sembrados; confiad entonces, que se puedan tratar estas cosas sin herida del alma. Por eso os aconsejo, que trabajéis en desprenderos absolutamente de todos estos embarazos. Creed, que es conveniente, que ignoreis muchas cosas, que disimuleis muchísimas, y que olvidéis algunas.

21 Sin embargo, no quisiera yo, que ignoráseis ciertas cosas; que son las costumbres, è inclinaciones de vuestros domésticos. No conviene, que sepáis el último de todos los desórdenes de vuestra casa, como se yo, que à muchos ha sucedido. Por tanto, como he dicho, sea otro el que administre los demás cuidados, y empleos; pero, Vos debéis velar sobre la disciplina y arreglo de todos; esto no lo feis à nadie. Si descubris alguna insolencia, ò en las palabras, ò en el proceder de vuestros domésticos en vuestra presencia, castigadlo al punto, y vengad la injuria que os ha sido hecha. La impunidad es madre del atrevimiento, y el atrevimiento de los excesos. La casa de un Obispo debe estar adornada de santidad, de modestia, de honestidad: la custodia de estas virtudes es la disciplina. Si los Sacerdotes, que están colocados entre vuestros domésticos, no son los mas arreglados de todos, serán la fábula del mundo. Jamás sufráis, que se vea nada en el rostro, en el vestido, en el modo de andar de los que están cerca de Vos, que ofenda en la menor cosa la decencia, y honestidad. Siendo, como lo sois, Obispo, enseñad á los demás Obispos à no tener à su lado aquellos pagedillos y jóvenes tan rizados y peynados. Ciertamente, es grande indecencia traer estas señales de la vanidad del

del mundo entre las personas que ciñen la mitra, Y tened presente lo que amonesta el Sábio: *¿Teneis hijas? No querais mostrarlas el semblante alegre,*

22 Con todo eso, no os persuado la austeridad, sino la gravedad. Aquella ahuyenta à los delicados, esta reprime à los leves. Con aquella se hace el hombre odible; sin esta se hace despreciable: un medio es lo mejor en todas cosas. Yo quisiera, que ni fuèrais muy severo, ni tampoco muy abierto. ¿Què cosa mas agradable que un medio, en que ni por la severidad os hagais molesto à otros, ni por la familiaridad despreciable à Vos mismo. En el palacio mostraos Papa, en casa padre de familias. Que vuestros domésticos os amen: sino; haced que os teman. Es útil siempre la guarda de la boca, pero con todo eso no debe alejar la gracia de la afabilidad. En todas partes se debe refrear la precipitacion de la lengua, pero particularmente en la mesa. El mas conveniente exterior de vuestra persona juzgo yo, que seais en vuestras acciones severo, en el semblante sereno, en las palabras sério. Los Capellanes, y aquellos que asisten continuamente con Vos à los divinos officios, no estèn sin honor. A Vos toca elegirles tales, que sean dignos de él. Sirvanles todos á ellos, como à Vos mismo. Reciban de vuestra mano todo lo necesario. Estèn contentos con aquello que Vos les dièreis; pero tened cuidado de que no se vean en alguna necesidad. Hecho esto, si averiguàreis, que alguno de ellos acaso pide algo à los que llegan con sus pretensiones, tenedle por un Giezi. Esto mismo se debe entender de los porteros, y de los demàs officiales. Mas, todo esto està dicho sin necesidad: puesto que me acuerdo, que habeis establecido este arreglo mismo, hace tiempo. ¿Què cosa mas digna, que vuestro apostolado? ¿Què cosa mas saludable para la conciencia, mas honesta para la fama, mas útil

Eccli. 7.
26.

Como se ha de mezclar la gravedad à la familiaridad.

Se debe

Se les ha de procurar honor à los Capellanes.

Se debe cortar entre ramete la avaricia entre los domésticos.

4. Reg. 5.
20.

para el ejemplo? Excelente Canon, pues pone lejos la avaricia de la calumnia, y no solamente de la conciencia.

CAPITULO VII.

Es un epilogo ò compendio de todas las prendas de un Pontifice.

23 **Q**uiero ya concluir tambien este libro, pero al fin de él quisiera repetir como en compendio, lo que se ha dicho antes, o añadir lo que se haya pasado. Ante todas cosas considerad, que la Santa Romana Iglesia que, siendo Dios el autor, governais, ES MADRE de las Iglesias, no Señora: que Vos sois, NO SEÑOR de los Obispos, sino uno de ellos, hermano de los que aman a Dios, y compañero de los que le temen. En lo demás, considerad que conviene, que seáis modelo de justicia, espejo de santidad, ejemplo de piedad, libertador de la verdad, defensor de la fe, doctor de los gentiles, guía de los christianos, amigo del esposo, parainfo de la esposa, ordenador del clero, pastor de los pueblos, maestro de los ignorantes, refugio de los oprimidos, abogado de los pobres, esperanza de los miserables, tutor de los pupillos, juez de las viudas, ojo de los ciegos, lengua de los mudos, báculo de los viejos, vengador de los delitos, terror de los malos, gloria de los buenos, vara de los poderosos, martillo de los tiranos, padre de los Reyes, moderador de las leyes, dispensador de los cánones, sal de la tierra, luz del mundo, Sacerdote del Altísimo, Vicario de Christo, Christo del Señor, últimamente Dios de Pharaon. Poned toda atencion en lo que os quiero decir: el Señor os dará la inteligencia.

QUANDO A LA MALICIA SE JUNTA EL PODER, de-
beis

Útiles co-
sejos al
Pontifice.

Prendas
de un Pon-
tifice.

beis intentar alguna cosa sobre las fuerzas y poder de hombre. Muéstrese severo vuestro semblante con los que ejecutan cosas malas. Tema el espíritu de vuestra ira, el que no os respeta en calidad de hombre, el que no teme vuestra espada. Tema la ORACION, el que desprecia vuestra amonestacion. Aquel, contra quien os airais, juzgue que Dios se ha airado contra él, no un hombre precisamente. El que no os oyere à Vos, tema con pavor, que habrá de oír à Dios, y contra sí mismo. En lo que resta, nos incumbe tratar de aquellas cosas, que están sobre Vos: lo que en un solo libro espero cumplir, y al mismo tiempo quedar libre yo de mi promesa.

LIBRO QUINTO.

CAPITULO I.

Se consideran las cosas que están sobre nosotros, esto es, Dios, y las cosas divinas; à cuyo conocimiento nos ayudan por ahora las criaturas.

Aunque se intitulan de Consideracion los libros anteriores, con todo eso tienen mezclado muchisimo de accion, pues enseñan ò amonestan algunas cosas, que, no solo se deben considerar, sino tambien hacer. Mas este, que ahora tenemos entre manos, de sola la Consideracion ha de tratar. Porque las cosas que están sobre nosotros (esto es lo que ahora debemos explicar) no necesitan de accion, sino de inspeccion. Nada hay que podais obrar en unas cosas, que son siempre de un mismo modo, y son eternamente, y aun alguna tambien desde lo eterno. Y yo quisiera que advirtièrais cuidadosamente esto, Varon sagacisimo

Rom. 2.
10.
Las cri-
turas son
como una
escala pa-
ra subir à
Dios.

La Con-
sideración
mira à lo
divino cõ
especiali-
dad.
Nuestro
entendi-
mièto to-
do el tiè-
po que no
piensa en
Dios està
alejado de
lo divino.

Eugenio, y es, que OTRAS TANTAS VECES se desciende a esta tierra vuestra Consideracion, quantas declina hácia estas inferiores y visibles, sea con el fin de mirarlas para conocerlas, ò sea de apetecerlas para usarlas, ò sea de disponer ù obrar en ellas segun los propios deberes. Sin embargo, si de tal modo se emplea en ellas, que por medio de ellas busca las de arriba, no está desterrada muy lejos. Considerar de este modo, es volver hácia la patria. Este es el mas sublime y digno uso, que se puede hacer de las cosas; quando, segun la sabiduria de San Pablo: *Por las cosas que están hechas, se conocen las perfecciones invisibles de Dios.* A la verdad, de esta escala no necesitan los ciudadanos, sino los desterrados. Lo qual vió el mismo Autor de esta sentencia, pues al decir, que por las cosas que están hechas, se conocian las perfecciones invisibles de Dios, expresamente añadió: *por la criatura del mundo.* Y ciertamente, ¿què necesidad puede tener de escalas, quien ocupa ya el sòlio? La criatura del cielo es esta, que bien cerca de sí tiene, por donde conocer mas antes estas mismas cosas de abajo. Vê al Verbo, y en el Verbo todas las cosas hechas por el Verbo. No tiene necesidad de mendigar de las cosas que están hechas, la noticia del Hacedor. Puesto de que, ni necesita para conocerlas, descender à ellas, mirándolas allí, donde se hallan mucho mas perfectamente, que en sí mismas. Por lo que, ni necesita tampoco del auxilio de los sentidos para esto: siendo ella sentido para sí, y sintiendo por sí misma. No hay mas perfecto género de conocer, que no necesitar de nada, teniendo en Vos mismo todo lo suficiente, para ver lo que queráis. Por el contrario, ser ayudado de otra cosa, es hacerse obligado: y esto ya es menos perfecto, y menos libre.

2 Pero, ¡y què, si os teneis que valer tam-

bien

Rom. 1.
10.

Las criaturas son como una escala para subir à Dios.

No es así
è los Bien
aventurados.

bien de cosas que son inferiores? ¿No es esto fuera del orden, y que trae alguna indignidad? Sin duda es una cierta injuria de los que son superiores, haber de necesitar de la ayuda de los inferiores: de la qual injuria ninguno de los hombres se librará perfectamente, hasta que arribe à la libertad de los hijos de Dios. Verdaderamente, serán enseñados por Dios mismo todos estos, y sin que intervenga criatura alguna; siendo bienaventurados con tener solo á Dios. Esto será haber vuelto à la patria; haber salido de la patria de los cuerpos á la region de los espíritus. Esta misma es nuestro Dios, espíritu máximo, mansion máxima de los espíritus bienaventurados: y para que en esto no se tome parte alguna el sentido ò la imaginacion, èl es verdad, es sabiduria, es fortaleza, es eternidad, es sumo bien. De donde por ahora estamos desterrados nosotros: y la region, donde nos hallamos, es valle de lágrimas, en que reyna la sensualidad (a) y la Consideracion està desterrada: en que con libertad y poderio egerce sus fuerzas el sentido corporeo, pero se oscurece entre muchos estorvos el ojo espiritual. ¿Què mucho pues, que necesite el extrangero del auxilio del natural del pays? Y dicho entre tanto el viandante, que el beneficio de los ciudadanos, sin el qual no podia pasar, le supo trocar en servicio, usando, no gozando de èl, apremiando, no pidiendo, haciendose exactor, no suplicante.

O₂

CA-

(a) Aqui y en el siguiente capitulo es lo mismo que sensibilidad ò uso de los sentidos por la impresion que hacen en ellos los objetos que causan pena ò gusto, y este es su sentido recto: aunque por lo general se aplica al gusto y satisfaccion del apetito de los sentidos.

Johan. 6.
45.

La vida
sagrada

La medicina

La comu-
nicacion

La Cor. 12
14

La Cor. 2
13

Las dos
partes de
esta

CAPITULO II.

Señala varios grados de consideracion.

La vida
activa.

La media

La contē-
plativa.

2. Cor. 12
14.

2. Cor. 5
13.

Las dos
alas de
esta.

3. Grande es el hombre, que reputando el uso de los sentidos, como unas ciertas riquezas de los ciudadanos, procura expendérlas, empleándolas en bien de su salud; y de la de otros muchos. Ni es menor aquel, que se sirve de esto mismo, como de una escala para contemplar las cosas invisibles: solo, que esto es mas dulce, aquello mas provechoso; esto de mayor dicha, aquello de mayor fortaleza. Pero, máximo entre todos será, el que despreciando el uso mismo de las cosas, y de los sentidos, en quanto es permitido à la humana fragilidad, no por grados que le sirvan para subir, sino con inopinados excesos, acostumbrò volar de aqui algunas veces en su contemplacion, hàcia aquellas sublimes cosas. A este ultimo gènero, pienso, que corresponden aquellos excesos de San Pablo. Excesos, no ascensos, puesto que él mismo afirma haber sido arrebatado, no haber subido. De ahi es que decia: *Sea que nosotros seamos transportados, como fuera de nosotros mismos, esto es para Dios.* Ciertamente, estas tres cosas suceden asi, quando la Consideracion, aunque en el lugar de su peregrinacion, haciéndose superior con el egercicio de las virtudes, y auxilio de la gracia, ò deprime à la sensualidad para que no se ensoberbezca, ò la comprime para que no se derrame, ò huye de ella para que no la manche. En lo primero se muestra mas poderosa, en lo segundo mas libre, en lo tercero mas pura. Porque, con las alas de la pureza, y de la alegria se hace este vuelo.

4. ¿Querèis que os distinga con sus propios
nom-

nombres estas tres especies de consideracion? Llamemos à la primera, si os agrada, econòmica, à la segunda apreciativa, à la tercera especulativa. El significado de estos nombres le declararán sus propias definiciones. La econòmica es una Consideracion, que, asi de los sentidos, como de las cosas sensibles, usa ordenada y sociablemente, para merecer con Dios. La apreciativa, es una Consideracion, que examina y pesa todas las cosas con prudencia y cuidado, para hallar à Dios. La especulativa es una Consideracion, que se recoge en sí misma, y se exime, en quanto es ayudada de la gracia, de las cosas humanas, para contemplar à Dios. Juzgo, que habreis advertido con discrecion, que esta es el fruto de las otras: y que, si las otras no se dirigen à esta, podrán parecer lo que se llaman, pero serlo no. Y la primera ciertamente, si no pone en esta la mira, siembra mucho, y nada siega: la otra, si à esta misma no se refiere, camina, pero no se libra. Asi, lo que la primera junta, la segunda lo huele, la tercera lo gusta. Al qual gusto sin embargo llevan tambien las demás, aunque mas tarde; pero con esta diferencia, que con la primera se llega con mas trabajo, con la segunda con mas quietud.

CAPITULO III.

Las cosas que estàn sòbre nosotros, es decir, Dios y los Angeles, se pueden investigar por la opinion, por la fè, y por la inteligencia.

S Abeis dicho bastante, me dirèis, para entender por donde se ha de subir: tambien debeis decir adonde hemos de subir. Os engañais, si esperáis esto: inefable es. ¿Pensais, que yo puedo hablar, lo que el ojo no viò, ni oyò el

Tres especies de contèplacion.

Como si
es Dios
inefable
le podrè
mas con-
siderar.

Tres mo-
dos de co-
siderar
Dios
inefable
las cosas
divinas.

Isai. 64. 4

-29 2711

1. Cor. 2

10. 11100

1010

Como si-
 èdo Dios
 incfable
 le podre-
 mos con-
 siderar.

Tres mo-
 dos de es-
 peccular
 las cosas
 divinas.

el oido, ni subió al corazon del hombre? *A nosotros*, dice, *lo revelò Dios por su espíritu*. Luego las cosas que están sobre nosotros, no se explican con palabras, sino que se manifiestan por el espíritu. Pero, lo que el lenguaje no explica, búsquelo la Consideracion, desèelo la oracion, merèzcalo la vida, alcáncelo la pureza. A decir la verdad, quando sois amonestado por mi, para considerar las cosas que están sobre nosotros, no pensèis, que os envió yo à mirar el sol, la luna, ó las estrellas, no el firmamento mismo, no tampoco aquellas aguas que están sobre los cielos. Pues todas estas cosas, aunque estèn arriba por razon de lugar, están abajo, atendido el precio y la dignidad de su naturaleza: puesto que son cuerpos. Una porcion de Vos mismo es espíritu, sobre el qual en vano buscáis nada, que no sea espíritu. Sin duda, es espíritu Dios, lo son tambien los Angeles Santos, y estos están sobre Vos. Pero, Dios es superior por naturaleza, los Angeles por gracia. Lo mas excelente de Vos, y del Angel es la razon; mas Dios no tiene algo de sí mismo, que sea lo mas excelente, siendo todo èl una sola cosa excelentísima. Este Señor, y los Espiritus bienaventurados, que están con èl, por tres modos, como por otros tantos caminos, los ha de investigar nuestra consideracion; es decir, por la opinion, por la fè, y por la inteligencia. De las quales, la inteligencia se funda en la razon, la fè en la autoridad, la opinion en solo lo verosimil. En aquellas dos se halla una verdad segura, con la diferencia de que en la fè està cerrada y encubierta; en la inteligencia desnuda, y manifiesta; pero la opinion, no teniendo en sí nada de cierto, mas bien busca lo verdadero por lo verosimil, que lo alcanza.

6 Enteramente se debe evitar la confusion en estas cosas, no suceda, que lo incierto de la opi-

opi-

opinion lo asegure la fè, ò lo que es fijo, y constante en la fè, lo ponga en disputa la opinion. Y se debe tener presente, que la opinion, si asevera las cosas, es temeraria; la fè, si procede con duda, es enferma: la inteligencia tambien, si se propasa á romper lo que la fè tiene sellado, se reputarà una violenta y presuntuosa curiosidad de la Magestad. Muchos han tenido su opinion por inteligencia, y erraron en esto. Y ciertamente, la opinion puede reputarse inteligencia, pero la inteligencia no puede reputarse opinion. ¿En què consiste esto? En que la opinion puede engañarse, la inteligencia no; porque, si pudiera engañarse, por solo esto no fuera inteligencia, sino opinion. Es decir, que en la inteligencia propiamente tal, no solo se halla una verdad cierta, sino la noticia de la verdad. Podemos definir cada una de este modo. La fè es un cierto voluntario, y anticipado gusto de la verdad no manifestada todavia. La inteligencia es una noticia cierta, y manifiesta de las cosas invisibles. La opinion consiste en tener una cosa como por verdadera, sin que sepáis, si serà falsa. Asi, como dije, la fè no tiene en si duda alguna, ò si la tiene, no es fè, sino opinion. ¿En què se diferencia pues de la inteligencia? En que, aunque no permite incertidumbre, como ni tampoco la permite la inteligencia, con todo eso tiene en si un velo, que la inteligencia no tiene. En fin, si llegàsteis á tener inteligencia de alguna cosa, ya no teneis que aspirar á mayor noticia de ella: ò si podeis adelantar en su conocimiento, no la habeis entendido. Pero, ninguna cosa deseamos saber con mas ánsia, que las que ya sabemos por la fè. Nada pues faltará para la bienaventuranza, quando las cosas, que ahora son ciertas para nosotros por la fè, serán igualmente manifiestas.

En estos se ha de evitar toda confusion.

Sus definiciones.

Se confiesen los Angeles

Rom. 13

CAPITULO IV.

Como se han de considerar los Angeles.

7 **E**Xplicadas así estas cosas, ya sin tardanza dirijase la Consideracion á aquella Jerusalem que está arriba, y es nuestra madre, y por todos los tres mencionados caminos con reverencia y vigilancia investiguemos lo que es incomprendible: pero, en el modo que nos sea permitido, ò mas bien, en el modo que se nos conceda. Y en primer lugar, consideremos, que allí se hallan como ciudadanos, unos espíritus poderosos, gloriosos, bienaventurados, distintos en personas, dispuestos según dignidades, establecidos desde el principio en su respectivo orden, perfectos en su género, de un cuerpo (a) de sutilísima y celeste materia, perpetuos por la inmortalidad, impassibles, no por naturaleza, sino por gracia; de un ánimo puro, de un afecto benigno, piadosos por la religion, íntegros por la castidad, en la unanimidad inseparables, en la paz imperturbables, criados por Dios, dedicados á las divinas alabanzas y obsequios. Todas estas cosas las hallamos ciertas leyendo, y las creemos por la fe: aunque respecto de sus cuerpos, no solo de que sean formados, sino si en modo alguno los tienen, está indeciso y dudoso el parecer de muchos. Por lo qual, si alguno

(a) Hoy es unánime, y recibida doctrina, que los Angeles no tienen cuerpo alguno, como opinaron algunos Antiguos. Pero si esta sentencia se debe contar entre los dogmas de la fe, no lo asientan todos.

quisiere, que esto mas bien se ponga entre las cosas opinables, no lo disputaré. Sobre esto, que estos espíritus están dotados de razon, no por la fè, no por la opinion, sino por la inteligencia lo alcanzamos: porque no pudieran carecer de ella, y participar al mismo tiempo de Dios. Tienen tambien ciertos nombres, cuya noticia ha llegado á nosotros por medio del oído, por los quales en alguna manera podemos congeturar y discernir, fuera de lo que liquidamente ha percibido el oído de los mortales acerca de estos bienaventurados espíritus, sus oficios, sus mèritos, sus grados, sus ordenes. Pero aquello, cuya noticia no viene por el oído, ya no es de fè, porque la fè viene de lo que se ha oído. Así, opinando solamente diremos estas cosas. Porque ¿á què fin se nos dieron á conocer los nombres de los ciudadanos celestiales, sino nos es permitido opinar siquiera, salva la fè, acerca de las cosas de que son los nombres? Angeles, Archangeles, Virtudes, Potestades, Principados, Dominaciones, Thronos, Cherubines, y Seraphines, estos son los nombres. ¿Quáles son sus significados? ¿No habrá distancia alguna entre aquellos espíritus, que se llaman meramente Angeles, y aquellos que se llaman Archangeles?

8 ¿Què pues significará esta gradual distincion? Juzguemos, que se llaman Angeles (si es que Vos no habeis considerado otra cosa mas conveniente) aquellos Espíritus, que son dados á cada uno de los hombres para su custodia, segun creemos, *siendo enviados á su ministerio*, como testifica San Pablo, *en favor de aquellos, que deben ser los herederos de la salud*, de quienes dice el Salvador: *Sus Angeles siempre están viendo el rostro del Padre*. Juzguemos, que los Archangeles presiden á estos, y son unos espíritus, á quienes se comunican los misterios divinos, y no son enviados, sino

Los nombres, oficios, y distincion de los Angeles.

Rom. 10
17.

Razon de sus nombres.

Math. 18
10.

por especiales è importantísimas causas. De èntre los quales, aquel gran Archangel S. Gabriel fuè enviado á Maria, por la causa mayor que pudo haber. Digamos, que sòbre estos están las Virtudes, á cuya voluntad ù operacion aparecen los signos y prodigios hechos en los elementos, ó de los elementos para aviso de los mortales. De ahí es acaso, que leyèndose en el Evangelio: *Habrà portentos en el sol, luna, y estrellas*, se dice poco despues: *Porque las Virtudes de los cielos se moveràn*; es á saber, estos Espiritus, por quienes se hacen estos prodigios. Superiores á estas juzguemos à las Potestades, con cuya fortaleza es comprimida la potestad de las tinieblas, y se pone freno á la malignidad de este ayre, para que no haga tanto daño, como intenta, y para que el mal que desea hacer, se convierta en provecho del hombre. Pensemos, que igualmente están colocados sòbre estas los Principados, por cuya direccion y sabiduria todos los reynos de la tierra se establecen, se rigen, se limitan, se transfieren, se acortan, se mudan. Juzguemos, que las Dominaciones exceden en tanto grado á estos òrdenes todos, de que hemos hablado, que en su comparacion todos los demàs parecen unos espíritus destinados al ministerio, y que á estos como á Señores se refieren el règimen de los Principados, la defensa de las Potestades, las operaciones de las Virtudes, las revelaciones de los Archangeles, la tutela y providencia de los Angeles. Juzguemos los Thronos unos espíritus, que se elevan aun sòbre estos con alto vuelo; quienes por estar sentados se llaman Thronos, y por eso están sentados, porque en ellos està Dios sentado. Pues, no pudiera sentarse en ellos, si ellos no estuvieran sentados. ¿Preguntáis, que es lo que entiendo yo en este asiento? Una tranquilidad summa, una serenidad placidisima, una paz que supe-

ra toda inteligencia. Tal es, quien està sentado en los Thronos, el Señor de los Exèrcitos, juzgando todas las cosas con tranquilidad, siendo èl placidísimo, serenísimo, pacatísimo: y tales Thronos escogió para sí, que resplandeciese en ellos su semejanza. Juzguemos los Cherubines unos espíritus que beben de la fuente misma de la sabiduría, que es la boca del Altísimo, y que derraman arroyos de sabiduría sobre todos sus ciudadanos. Y ved no sea esto aquella impetuosidad del río, que, según el Propheta, alegra la ciudad de Dios. Juzguemos, que los Seraphines son unos espíritus todo abrasados en fuego divino, que todo lo encienden, de modo, que cada uno de los ciudadanos es una antorcha que arde y que luce; ardiendo en la caridad, luciendo en el conocimiento.

9. ¡O Eugenio, que bueno es estarnos aquí! ¡Quanto mejor será, si alguna vez enteramente nos dirigimos adonde en parte nos hemos precedido! Nos adelantamos con èl ánimo, y ni aun con todo èl enteramente, sino con una cortísima porcion suya. Están abatidos nuestros afectos, deprimiéndoles el peso del cuerpo, y pegados al lodo nuestros deseos, sola por ahora nuestra àrida y dèbil consideracion anticipa sus vuelos. Y sin embargo, con solo esto poquito que se nos concede, exclamamos con ansia: *Señor, yo he amado la hermosura de vuestra casa, y el lugar de la habitacion de vuestra glòria.* ¿Què sería, si recogiendo en sí misma toda el alma, y trayendo à sí sus afectos de todos los lugares, donde estaban cautivos, temiendo lo que no conviene, amando lo que no es decente, doliéndose vanamente, alegrándose mas vanamente, diera con ellos, con entera libertad, todo el remonte à su vuelo, pulsàra allí con el impetu del espíritu, y se resbalàra dulcemente en la grosura de la gracia? ¿Por ventura, quando comen-

Ps. 45. 5

Quanto gozo causa la meditaci6n de las cosas celestiales.

Ps. 25. 8.

zara à rodear aquellas lucidas mansiones, à registrar con mas curiosidad el Seno de Abraham tambien, y ver nuevamente debajo del altar, (a) sea èste lo que se quiera, las almas de los Màrtires, que adornadas de la primera estòla, aguardan pacientísimamente la segunda, no instaria mucho mas entonces, hablando en compaña del Propheta: *Yo he pedido al Señor una sola cosa, y esta buscarè, que es habitar en la casa del Señor todos los dias de mi vida, à fin de que yo vea la voluntad del Señor, y visite su templo?* ¿Què mucho, que allí se vea el corazon de Dios? ¿Què mucho, que allí se vea qual es la voluntad de Dios buena, agradable, y perfecta? Buena en si, agradable en sus efectos, mas agradable, y gustosísima à los que gozan de ella, perfecta para los perfectos, y que no buscan otra cosa mas que ella. Están patentes allí las entrañas de misericordia, están patentes los pensamientos de paz, las riquezas de salud, los misterios de su buena voluntad, los arcanos de su benignidad; que cerrados para los mortales, aun los mismos escogidos no los miran sin sospecha por ahora. Disposicion saludable ciertamente, para que no cesen de temer, mientras que todavia no se hallan idóneos para amar dignamente.

Ps. 26.

Que he-
mos de
considerar
en cada
uno de los
órdenes
de los An-
gels.

10 Hallamos motivo en estos Espíritus, que se llaman Seraphines, para considerar como ama aquel Señor, que no tiene causas para amar, y que sobre esto nada aborrece de quantas cosas hi-
zo:

(a) Aqui se ve claramente como San Bernardo Serm. 4. de todos Santos, nada dijo decisivamente sobre la inteligencia de este misterioso altar, y solo procedió opinando. Ni sintió sobre este asunto, con la seguridad que dà la fè, y la inteligencia.

zo: como fomenta á los que hizo, para salvarlos, como los promueve, como los estima, como, consumiendo aquel fuego los delitos de la juventud de los escogidos, y las pajas de sus ignorancias, la vuelve limpiſſima, y digníſſima de su amor. Es de considerar en los Cherubines, que se llaman plenitud de ciencia, como el Señor es un Dios que todo lo sabe, que èl solo es, en quien no puede tener lugar la ignorancia, que todo es luz, y no hay en èl tinieblas ningunas; que todo es ojos, y que jamás se engañan, porque jamás se cierran; que fuera de sí mismo no necesita de luz, á que se aplique para ver, porque èl es quien vè, y al mismo tiempo toda la suficiencia para vèr. Es de considerar en los Thronos, como el Señor se sienta en ellos como Juez, tan ageno de poder causar alguna sospecha à todos los inocentes, no queriendo engañar, no pudiendo ser engañado, como quien ama del modo que se ha dicho, y conoce todas las cosas del modo que se ha dicho. Ni el mismo asiento està vacío de misterio: puesto que es la insignia de la tranquilidad. Que mi juicio salga de un semblante tal, que en èl se halle el amor, falte el error, y falte tambien la perturbacion. Es de considerar en las Dominaciones, quan grande sea la magestad del Señor, en cuya voluntad està el imperio, siendo términos de su imperio el universo, y la eternidad. Es de considerar en los Principados, como el Señor es principio, de donde tienen su ser todas las cosas; y à la manera, que la puerta se gobierna por el quicio, así por èl se rige todo el universo. Es de considerar en las Potestades, que poderosamente el mismo Príncipe protege à los mismos que rige, reprimiendo las potestades enemigas, y ahuyentàndolas. Es de considerar en las Virtudes, como el Señor es una Virtud igualmente en todas partes presente, por la qual tienen ser

todas las cosas; una Virtud vivífica, eficaz, invisible, inmóvil, pero que mueve todas las cosas utilmente, y las sustenta fuertemente; que, quando se explica en efectos pocas veces vistos de los mortales, suelen llamar milagros ò prodigios. Ultimamente, es de considerar y admirar en los Angeles y Archanges la verdad y experiencia de aquella voz: *Porque èl mismo es quien tiene cuidado de nosotros*; pues no cesa de alegrarnos con las visitas de tales y tan grandes Espíritus, de instruirnos con sus revelaciones, de amonestarnos con sus inspiraciones, de regalarnos con su cariñosa asistencia.

1 Petr. 5
7.

CAPITULO V.

Que las gracias y dotes de los Angeles se derivan en ellos de Dios.

Toda su
virtud viene
de Dios.

II **T**ODAS estas cosas diò á estos Espíritus el mismo Señor que los criò, siendo el mismo Espiritu Sumo, que repartió sus dones segun su voluntad. Estas cosas obra en ellos; estas mismas les concedió tambien á ellos que obrasen, mas de diferente modo. Arden los Seraphines, pero con el fuego de Dios, ò mas bien, siendo Dios el fuego. Su principal distintivo es, que aman, pero no quanto Dios ama: ni de la misma manera. Lucen los Cherubines, y resplandecen en la ciencia; pero por la participación de la Verdad, y por eso mismo, no como, ni quanto la Verdad. Están sentados los Thronos, pero por el favor del Señor, que está sentado en ellos. Juzgan ellos tambien con tranquilidad, pero no á la medida, y modo del que es paz, que todo lo pacifica, paz que supera todo sentido. Dominan las Dominaciones, pero dominan bajo del Señor, le sirven á èl al mismo tiempo. ¿Qué comparacion tiene esto con

el sumo, sempiterno, y singular dominio? Presi-
den, y rigen los Principados: pero son tambien
regidos ellos mismos, de tal suerte, que ya no acer-
tarian à regir, si dejàran de ser regidos. Se dis-
tingue en las Potestades la fortaleza: pero deben
el ser fuertes à aquel Señor, que de modo muy
diferente es fuerte, y es mas fuerte; ni tanto es
fuerte como la misma fortaleza. Las Virtudes se-
gun su ministerio y potencia cuidan de excitar los
tìbios corazones de los hombres, con la novedad
de los portentos: pero la Virtud, que permanece
en ellas es quien hace estas maravillas. Hacenas
tambien ellas mismas, pero en comparacion suya
nada hacen. Ultimamente, es tan grande la dife-
rencia, que como singularmente le dice al Señor
el Propheta: *Vos sois el Dios, que obrais las ma-
ravillas.* Y en otra parte dice de Dios: *El es quien
solo hace los prodigios grandes.* Nos asisten los
Angeles, y Archangeles, pero aquel Señor se hace
mas familiar de nosotros, que no solo asiste, sino
que està en nosotros.

12 Mas, si dijèreis, que el Angel tambien
puede estàr en nosotros, no lo negarè. Me acuer-
do de que se halla escrito: *Yo el Angel que habla-
ba en mi.* Pero en esto mismo hay diferencia. Es-
tà en nosotros el Angel, sugeriendo lo bueno, no in-
roducièndolo; està en nosotros, exhortando à lo
bueno, pero no criando lo bueno. Dios de tal mo-
do està en nosotros, que nos aficiona à lo bueno,
y lo infunde; ò por mejor decir, èl mismo se in-
funde y se comunica: en manera, que ya ha ha-
bido quien por eso no temió decir, que es una co-
sa con nuestro espíritu, aunque no una persona, ni
una sustancia. Escrito tenèis: *El que se junta à
Dios, es un espíritu con èl.* El Angel pues està
con el alma, Dios en el alma. El Angel està en
el alma como compañero, Dios como vida. Así,

al

Ps. 76. 45

Ps. 135. 4

Zach. 1.
14.

Como es-
tè el An-
gel en el
hombre, y
como Di-
os.

1. Cor. 6.
77.

al modo que el alma vè en los ojos, oye en los oídos, huele en las narices, gusta en las fauces, palpa en lo demàs de todo el cuerpo; obra Dios en diversos espíritus cosas diversas; por egemplo, mostrándose en unos como quien ama, en otros como quien conoce, en otros haciendo otras cosas, segun que el espíritu se manifiesta en cada uno por sus dones diferentes para utilidad común. ¿Quièn es este tan comun en las voces, tan distante en las cosas? ¿còmo este mismo, à quien mentamos en nuestras voces, ocultado en su magestad huye del todo nuestra vista, y nuestro afecto? Escuchad lo que èl mismo dice à los hombres: *Otro tanto como los cielos se encumbran sòbre la tierra, están elevados mis caminos de vuestros caminos, y mis pensamientos de vuestros pensamientos.* Se dice de nosotros, que amamos, y tambien de Dios: se dice, que conocemos, y tambien de Dios: y muchas cosas à este modo. Pero Dios ama como caridad, conoce como verdad, se sienta como equidad, domina como magestad, rige como principio, defiende como salud, obra como fortaleza, revela como luz, asiste como piedad. Las quales cosas las hacen tambien los Angeles, y nosotros igualmente las hacemos; pero de un modo inferior sumamente, no haciéndolas à la verdad con lo bueno que tengamos de nosotros mismos, sino con lo bueno que participamos de Dios.

CAPITULO VI.

Que el ser principio, y esencia conviene propriamente à solo Dios.

13 **A** Hora ya, pasad mas allá de estos espíritus, por si quizá tambien Vos podèis decir con la Esposa: *Luego que pasè un po-*
qui-

1. Cor. 12
7.

Isai. 55. 9

Diferencia entre la accion de Dios, del Angel y del hombre.

1. Cor. 12

1. Cor. 12

1. Cor. 12

Cant. 3. 4

quito mas allà de ellos, encontrè à quien ama mi alma. ¿Quièn es Dios? No ocurre ciertamente decir otra cosa mejor, que *El que es*. Esto mismo quiso èl, que se respondiese acerca de sí mismo, esto fuè lo que èl enseñò, diciendo Moysès al pueblo por mandado del mismo Dios: *El que es, me envidiò à vosotros*. Con razon à la verdad. Nada hay mas competente à la eternidad, que es el mismo Dios. Si dijèreis de Dios, que es bueno, que es grande, que es bienaventurado, que es sàbio, ò qualquiera otra cosa semejante, todo eso està incluido, y comprendido en esta palabra, que es, *El que es*. Verdaderamente el Ser suyo es ser todas estas cosas. Si sòbre esto añadièreis otras cien cosas tales, no os habeis apartado del *Ser*. Si las dijèreis, nada habeis añadido, sino las dijèreis, nada habeis dicho de menos. Si habeis considerado ya este tan singular, tan sumo ser; ¿no juzgais, que en su comparacion todo lo que no es esto, mas bien no es, que es? ¿Què cosa es Dios? Es una cosa, sin la qual nada hay. Igualmente nada puede tener ser sin èl, que ni èl puede tener ser sin sí mismo. El es para sí, èl es para todos. Y por eso en algun modo él solo es, pues es su mismo ser, y el ser de todas las cosas. ¿Què es Dios? Principio: y esta misma respuesta diò èl de sí mismo. Muchas son las cosas que se llaman principio, pero es respecto de otras, que son posteriores à ellas. De otra suerte, si poneis la atencion en otra cosa que las precede, à esta misma la señalarèis por principio con mas razon. Por lo qual, si buscais un verdadero, y simple principio, es preciso que le encontrèis en lo que no haya tenido principio. Aquello, por lo que el universo todo comenzò, ello mismo sin duda no comenzò. Porque, si comenzò, es forzoso, que por otra cosa haya comenzado. Porque de sí mismo nada ha comenzado. Sino que alguno tal vez haya pensado, que lo que no era, se pu-

Què sea
Dios.

Exod. 3.
14.

1. Dios es
su ser.

2 Dios es
el ser de
todos.

Johan. 8
15

3 Diosso
lo es prin-
cipio.

Nada
puede ser
principio
de sí mis-
mo.

diera dar à sí mismo el comenzar à ser ; ò que ha sido alguna cosa , antes que tuviera ser. Pero , siendo ambas cosas repugnantes à la razon , es constante , que nada pudo ser principio de sí mismo. Por otra parte , lo que tuvo otra cosa por principio , no fuè primer principio. El verdadero principio pues , de ninguna manera comenzò , antes bien todo comenzò por èl mismo.

4 Es eter-
no.

Rom. 11
5 Dios es
de quien,
por quiè,
y en qui-
en son to-
das las
cosas.

14 ¿Què es Dios? Aquel Señor respecto de quien , ni los siglos se acercaron , ni se apartaron , sin que sean con todo eso coeternos à èl. ¿Quièn es Dios? *De quien son todas las cosas , por quien son todas las cosas , en quien son todas las cosas. De quien son todas las cosas* , criàndolas , no sembràndolas. *Por quien son todas las cosas* , para que no entendàis ser distinto el Autor del Hacedor. *En quien son todas las cosas* , no porque estèn en èl como en lugar , sino como en su virtud. *De quien son todas las cosas* , como de un solo principio autor de todas las cosas. *Por quien son todas las cosas* , para que no se admita otro ningun principio. *En quien son todas las cosas* , para que no se admita tampoco otra diferente cosa , que es el lugar. *De quien son todas las cosas* , no de que , porque no es materia Dios. El es causa eficiente , no material. En vano los Philosophos buscan la materia: no necesitò de materia Dios. No tuvo que buscar oficina , ni artífice. El mismo hizo las cosas por sí , èl mismo las hizo todas en sí. ¿De què las hizo? De nada , porque si las hiciera de algo , no habria hecho esto mismo , y por lo mismo no habria hecho todas las cosas. Estè lejos de nosotros pensar , que de su misma incorrupta , è incorruptible sustancia haya hecho tantas cosas , que aunque buenas , son con todo eso corruptibles. ¿Preguntàis dònde estará èl mismo , supuesto que estàn en èl todas las cosas? Esto es , lo que menos que otra ninguna cosa encuentro yo. ¿Què lugar serà capaz para èl?

No nece-
sita de
materia.

6 Dios es
eterno.

¿Preguntáis en donde no estará? Ni esto dirè tampoco. ¿Què lugar habrá sin Dios? Es Dios incomprendible, pero no habeis llegado á saber poco de èl, si acerca de èl mismo teneis por cierto, que en ninguna parte està, pues en ningun lugar se encierra; y que no hay parte alguna donde no està, pues de ningun lugar es excluido. Pero, con aquel sublíne, è incomprendible modo, que es propio de èl, así como en èl estàn todas las cosas, así en todas las cosas està èl mismo. Finalmente, (como dice el Evangelista) *estaba en el mundo*. Por otra parte, en donde estaba antes que se hiciera el mundo, allí està. Ya no teneis que preguntar mas endonde estaba; fuera de èl nada habla. Luego en en sí mismo estaba.

Johan. 1
10

CAPITULO VII.

Que Dios es simplicísimo, y Trino.

15 ¿QUE es Dios? Es una cosa la mejor que se puede pensar. Si aprobais esto, no conviene que asintais á que haya alguna cosa, con que Dios sea Dios, y que esa no sea (a) Dios. Pues de otro modo, esa misma sin duda sería mejor. Porque ¿cómo no será mejor que Dios, si Dios no es, lo que dá á Dios que sea Dios? Pero mejor confesamos nosotros, que no es otra que Dios aquella divinidad, con la que dicen ellos que es Dios. No hay pues en Dios otra

7 Dios es la cosa mas excelente q̄ puede haber.

Destruye el error de Gilberto de Poitiers.

Q2

co-

(a) Gilberto de Poitiers, Obispo de Poitiers, dado demasiadamente á las sutilezas, ponía distincion entre la Deidad y Dios, con el frivolo argumento de que Dios con la divinidad es Dios: trasladando imprudentemente al ser real lo que meramente distingue el entendimiento abstrayendo los divinos atributos. El mismo reconoció su error, que fué condenado en el Concilio de Reims año 1148.

cosa que Dios. Pero replican ellos: ¿Qué, negáis, que Dios tiene divinidad? No: pero lo que tiene, eso es. ¿Negáis, que con la divinidad es Dios? No; pero no con otra, que la que es èl mismo. O, si tu has encontrado otra divinidad, ayudeme la Trinidad que es Dios, que yo contra esa me declaro con todo teson. La quaternidad sirve para dividir el mundo en partes: pero nunca puede designar à la Deidad. Dios es Trinidad: Dios es cada una de las personas. Si te agrada añadir por quarta la divinidad; yo por ahora estoy determinado á no adorar en manera alguna esa, que no es Dios. Juzgo, que tambien Vos lo estàis: *Al Señor vuestro Dios adorareis, y à èl solo le servireis*. Mas, no dejarla de ser muy gloriosa la divinidad, que no se atreviera à arrogarse un honor divino. Pero mucho mejor hacemos nosotros en desechar esto quarto, como lo desechamos, que en admitirlo sin honor. Muchas cosas se dice, que hay en Dios, y à la verdad sana, y cathòlicamente, pero estas muchas son una sola cosa. De otro modo á juzgarlas diversas, no solo tendríamos una quaternidad, sino un centenar. Por egemplo, decimos de Dios, que es bueno, que es grande, que es justo, y otras innumerables cosas como estas: pero, si à todas no las consideráis una sola cosa en Dios, tendreis un Dios multiplicado.

Luc. 4 8

Son una cosa en Dios las que se representan à nuestro entendimiento como muchas.

8 Es simplicísimo

16 Pero à mi no me falta que pensar otra cosa mejor, que ese Dios tuyo. ¿Preguntáis qué? La pura simplicidad. En un verdadero juicio, la naturaleza simple es preferida à la multiplicada. Tengo presente lo que suelen responder à esto. Lo que nosotros afirmamos, es, dicen ellos, no que muchas cosas, sino que una sola divinidad, la qual son todas aquellas cosas, dà à Dios que sea Dios. Luego afirmais, aunque no un Dios multiplicado, pero duplicado; y no habeis llegado todavia à una cosa

puramente simple, ni á una cosa sòbre la qual no se pueda pensar otra mejor. Del mismo modo no es simple, lo que estuviere sugeto aun á sola una forma, que no es virgen la que ha sido conocida aun de solo un varon. Lo digo con seguridad: Ni este tampoco, aunque solamente fuere duplicado, serà mi Dios. Mejor le tengo yo. Doy que ese le prefiriera yo á otro, que fuera numeroso, ò multiplicado; pero absolutamente le desprecio en comparacion del que es simple. Mi Dios es este mismo, segun la fè cathòlica. Igualmente no tiene esto y aquello, como no tiene estas, y aquellas cosas. *Es el que es*, no las cosas que es. Es puro, simple, entero, perfecto, igual á sí mismo, sin tomar nada en sí mismo de los tiempos, de los lugares, ni de las cosas, sin poner de sí mismo nada en ellas, no teniendo cosa que pueda dividir en números, ni muchas cosas que pueda juntar en una. Porque es una sola cosa, pero no una cosa unida. No consta de partes, como el cuerpo; no se sepàra de los afectos, como el alma, no está sugeto á formas, como todo lo que está hecho en el mundo; ni tampoco á una sola forma, como á estos les ha parecido. Por cierto sería una grande alabanza en Dios, que para librarse de ser informe, se contentàse con una sola forma. Esto es lo mismo que decir, que las demás cosas deben lo que son á muchas formas, pero Dios á una sola. ¿Què, aquel por cuyo beneficio son todas las cosas, que son, èl mismo habrá de inclinarse para recibir su propio ser á otro bienhechor? Semejante alabanza (como se dice vulgarmente) vale por una blasfemia. ¿Por ventura, no es mas no necesitar de ninguno, que de uno solo? Tened reverencia á Dios, y atribuidle lo que se estima mas. Si vuestro corazon, formando idèa de Dios, pudo ascender hasta aqui, ¿còmo os atreveriais á colocarle mas aba-

Todas las perfecciones de las cosas están eminètemènte en Dios, pero no divididas.

De Dios hemos de pensar si èmpre lo mas excelente.

abajo? El mismo es su forma, èl mismo es su esencia. Yo entretanto en este grado le adoro; y, si otro mayor apareciera, ese mismo le atribuiria. ¿Se puede acaso temer, que nuestro pensamiento vuela tanto, que pase mas allá de él? Por mas que se eleve á lo alto, està èl mas allá. Cosa ridicula sería buscar al Altísimo, mas abajo de lo que el hombre puede pensar: colocarle allí, sería impiedad. Mas allá se ha de buscar, no mas acá.

17 Subid todavia, si podeis, à un corazón mas alto, y Dios se ensalzará. No admite en sí forma Dios: èl mismo es su forma. No admite en sí afectos diversos Dios: èl es su afeccion. No es compuesto Dios: èl es puramente simple. Y, para que liquidamente sepáis, que quiero entender por simple; lo mismo es que una sola cosa. Tan simple es Dios, como uno. Es uno pues, y como ninguna otra cosa. Es, si así se puede decir, unísimo. Uno es el sol, porque no hay otro sol: una es la luna, porque igualmente no hay otra. Y esto mismo es Dios, pero mas. ¿Què mas? Uno es tambien para sí. ¿Y queréis, que os declare esto? El mismo es siempre, y de un modo mismo. No es así uno el sol, no es así sola la luna. Uno y otro claman, que no son una sola cosa para sí mismos; publicándolo aquel con sus movimientos, esta con sus menguantes. Mas Dios, no solamente es uno para sí mismo: tambien en sí mismo es uno. No tiene en sí, sino á sí. No tiene alteracion por el tiempo, no tiene diferencia en la sustancia. Po eso dijo de èl Boecio: „Esto es verdaderamente uno, en lo que ningun número hay, ni en ello otra ninguna cosa mas que „aquello que es. Ni tampoco puede hacerse sugerir: puesto que es forma ello mismo.“ Comparad con este uno todo lo que puede llamarse uno, y no será uno. Con todo eso es Dios Trinidad. ¿Què pues? ¿Destruimos lo que se ha dicho de la uni-

Es tan simple como uno.

9 Dios es uno para sí, y è si.

10 Dios es Trinidad.

uni-

unidad, porque afirmamos la Trinidad? No; sino que establecemos la unidad. Decimos Padre, decimos Hijo, decimos Espíritu Santo; pero no tres Dioses, sino uno solo. ¿Qué quiere significar este número (por decirlo así) sin número? Si tres, ¿cómo no habrá número? Si una sola cosa, ¿dónde está el número? Pero tengo, diréis, que cuente, y que no cuente. La sustancia es una sola: las personas son tres. ¿Qué hay que admirar? ¿Qué hay oscuro en esto? Nada; si se consideran las personas aparte de la sustancia. Mas ahora, siendo aquellas tres personas aquella sustancia, y aquella una sola sustancia aquellas tres personas, ¿quién negará el número? Puesto, que verdaderamente son tres. ¿Quién sin embargo de eso habrá que numere? Puesto, que verdaderamente son una sola cosa. O, si Vos juzgais fácil de explicar esto; quando decís tres, decidme, ¿qué habeis numerado? ¿Naturalezas? Una sola es. ¿Esencias? Una sola es. ¿Sustancias? Una sola es. ¿Deidades? Una sola es. No son estas, decís, las que yo cuento, sino las personas. Pero ¿personas que no sean aquella una sola naturaleza, aquella una sola esencia, aquella una sola sustancia, aquella una sola divinidad? Sois católico: de ningún modo concederéis esto.

Como es
Dios tri-
no y uno.

CAPITULO VIII.

Que la pluralidad de personas en Dios resulta de las propiedades; pero la esencia es una sola, y simplicísima.

18 **Q**UE las propiedades de las Personas no son otra cosa que las Personas; y las mismas no otra cosa que un solo Dios, una sola divina sustancia, una sola divina naturaleza, una sola divina y suma magestad,

El misterio de la Trinidad solo por la fe se comprende

dad, lo confiesa la fè cathòlica. Contad pues, si podeis, ò sin la sustancia las Personas, que son ella misma: ò sin las Personas las propiedades, que son ellas mismas. O, si alguno intentàra, ya separar las personas de la sustancia, ò ya las propiedades de las personas, no encuentro yo como podria reputarse verdadero creyente de la Trinidad, excedièndose en poner tanto nùmero de cosas. Digamos pues tres, pero sin perjuicio de la unidad: digamos una sola cosa, pero sin confusion de la Trinidad. Porque no son nombres vacios, ni voces inùtiles sin significado. ¿Pregunta alguno como podrá ser esto, que decimos ser dogma cathòlico? Bástele á èl creer firmemente que es así. No porque ello se manifieste evidentemente à la razon, ni tampoco porque se funde en el dèbil apoyo de la opinion, sino porque à la fè se persuade firmemente. Esto es un Misterio grande, y que à decir la verdad, se debe venerar, no escudriñar curiosamente. ¿Còmo se halla la pluralidad en la unidad, y tal unidad, ó la unidad misma en la pluralidad? ESCUDRIÑAR esto es temeridad, creerlo es piedad, saberlo es vida, y vida eterna. Por eso, si lo juzgáis conveniente, ò Eugenio, recorra la Consideracion ahora muchos Unos, para que la excelencia de este Uno singular se haga mas clara. Hay unidad, que se puede llamar *colectiva*, como por exemplo, quando muchas piedras hacen un monton. Hay tambien unidad *constitutiva*, quando muchos miembros constituyen un cuerpo, ò muchas partes un todo. La hay *conyugal*, por la qual se hace, que dos ya no sean dos, sino un cuerpo. La hay igualmente *nativa*, por la qual nace un solo hombre por la union del alma, y del cuerpo. Hay unidad *poderosa y seõora*, que se verifica quando un hombre de virtud aspira à encontrarse siempre no inconstante, no desigual, sino uno

Nueve modos de ser una cosa una.

siem-

siempre respecto de sí mismo. La hay también *por conformidad*, quando por la caridad se hace un solo corazón, y una alma sola de muchos hombres. La hay *afectiva*, quando juntándose à Dios el alma con todos sus deseos y votos, es un espíritu con él. Hay también unidad *de dignacion*, con la qual á nuestro barro le tomó en sí el Verbo de Dios en una sola persona.

19 Pero todos estos ¿què comparacion pueden tener con aquel Sumo, y por decirlo así, únicamente Uno, donde la consustancialidad hace la unidad? Qualquiera de estos unos que querais cotejar con ESTE, será en algun modo uno: pero, si quisierais hacer la comparacion, ninguno. Así pues, entre todas las cosas que con razon se llaman unas, ocupa la eminencia la unidad de la Trinidad, por la qual tres Personas son una sola sustancia. En segundo lugar, resplandece aquella, por la qual, al contrario, tres sustancias son una sola persona en Christo. A la verdad, estas, y otras qualesquiera cosas pueden llamarse unas à imitacion, no à comparacion de aquella Suma Unidad, como lo comprueba una verdadera y prudente consideracion. Ni nos apartamos de esta confesion de la unidad por afirmar las tres personas: siendo así, que en esta Trinidad no admitimos multiplicidad, como ni soledad en la unidad. Por lo qual, quando digo Una sola cosa, no me turba el número de la Trinidad, el qual ni multiplica, ni varia, ni parte la esencia. Igualmente, quando digo Tres, no me arguye la consideracion de la unidad, la qual ni confunde uno con otro á los tres, ni los reduce à singularidad.

R

Sobre todos ellos es la unidad de la Trinidad y también la de Christo.

CAPITULO IX.

Asi como en Dios hay una naturaleza en tres Personas, asi al contrario en Christo muchas naturalezas están unidas en una sola persona.

20

LO mismo confieso, que siento acerca de aquella unidad tambien, à la que, despues de esta, entre todos los unos di el segundo honor. Digo pues, que en Christo el Verbo, el alma, y la carne, sin confusion de las esencias son una sola persona, y que igualmente, sin perjuicio de la personal unidad permanecen en su mismo número de tres. Ni negaré, que esta pertenece à aquel género de unidad, con la qual el alma y la carne son un solo hombre. Era razon, que con mayor familiaridad, y semejanza conviniese con la constitución del hombre, un misterio, que fuè constituido por el bien del hombre. Era razon igualmente, que se asemejase con aquella suma unidad que hay en Dios, y es Dios; de suerte que, como allí tres Personas son una sola esencia, asi aqui con una contrariedad convenientísima tres esencias sean una sola persona. ¿No veis, que bellamente entre una y otra unidad se coloca esta; en aquel sin duda que fuè constituido mediador de Dios y del hombre, el hombre Christo Jesus? Hermosísima conveniencia, vuelvo à decir, que el saludable misterio con una congruente semejanza diga correspondencia con ambos, esto es, con el que salva, y con el que es salvado. Asi, esta unidad colocada en medio de las dos unidades, se vé, que à la una cede, y à la otra excede, quanto inferior à la que es superior, tanto superior á la que es inferior.

21 **U**ltimamente, tan grande, y tan expresa fuer-

En Christo hay tres esencias, y una sola persona.

Esta unidad media entre la divina, y la humana.

fuerza de union muestra en sí esta persona, en la qual Dios y el hombre son un solo Christo, que si aquellas dos cosas las afirmàreis mutuamente de sí mismas, no cometerèis error ninguno, pronunciando, es á saber, verdadera y cathòlicamente à Dios hombre, y al hombre Dios. Mas no à este modo, sino que sea absurdísimamente, afirmarèis, ò el cuerpo del alma, ò el alma del cuerpo, aunque igualmente el alma y el cuerpo sean un solo hombre. Ni es de admirar, que no sea igualmente poderosa el alma para juntar con su vital, aunque no poco fuerte, conato, y estrechar consigo misma por medio de sus afectos su cuerpo, como la divinidad junta y estrecha consigo aquel hombre, que fuè predestinado Hijo de Dios en el poder. Larga cadena, y fuerte para apretar la divina predestinacion; pues desde lo eterno es. ¿Què cosa mas larga, que la eternidad? ¿Què cosa mas poderosa, que la divinidad? De ahí es, que ni á los filos de la muerte se pudo en modo alguno romper esta unidad; aunque fueron separados entre sí el cuerpo y el alma. Y quizá, esto era lo que sentia aquel, que se confesò por indigno de desatar la correa de su calzado.

CAPITULO X.

La Paràbola que se halla en el Evangelio de San Matheo de las tres medidas de barina, se aplica à la Persona de Christo.

Tambien, si aquellas tres medidas del Evangelio, mezcladas y fermentadas para hacer un pan dijere alguno, que aluden à estas tres cosas, no me parece à mi, que lo hará sin congruencia. ¿Què bien fermentò esta muger, para que, ni aun hecha la separacion del cuerpo y

Comuni-
cacion de
idiomas è
Christo.

Math. 7.

Math. 13
33.
Luc. 13
21.

En el tri-
duo de la
muerte de
Christo
no fuè se-
parado el
Verbodel
cuerpo y
del alma.

del alma, no se separáse ni del cuerpo, ni del alma el Verbo? Aun en la separacion permaneciò in- violable la unidad. Pues, ni la separacion, que en parte hubo, pudo perjudicar en nada á la unidad, que permanecia en las tres cosas. O juntas, ò separadas las dos, del modo mismo se conservó en las tres la unidad personal. Igualmente permaneciò un solo Christo, y una sola persona, el Verbo, el alma, y el cuerpo, aun despues de morir el hombre. En el vientre de la Virgen (como à mi me parece) fuè hecha esta mixtura y fermentacion: y ella misma es la muger, que mezclò, y fermentò. No sin razon, tal vez, podrè decir yo, que el fermento fuè la fè de Maria. Bienaventurada ciertamente ella, que creyò, porque en ella fueron perfeccionadas las cosas, que el Señor la habia dicho. Mas no hubieran sido perfeccionadas, à menos que no hubiera sido fermentado todo segun las palabras del Señor, y fermentado para siempre, guardando para nosotros, asi en vida como en muerte tambien, un solo y entero mediador de Dios y de los hombres con su deidad, que es el hombre Christo Jesus.

Lue. 1 45

En el mis-
terio de la
Encarna-
cion hay
nuevo an-
tiguu, eter-
no.

23 Merecen observarse en este admirable mis- terio segun el número de las tres medidas de harina, tres grados de una maravillosa y excelentísima dis- tincion, que son nuevo, antiguo, eterno. Nuevo, el alma que se cree haber sido criada de la nada, quando fuè infundida: antiguo, la carne que se sabe haber sido derivada desde el primero de los hom- bres, esto es, desde Adan: eterno, el Verbo que con verdad firmísima confesamos engendrado del eterno Padre coeterno al mismo. Y en estos tres grados resplandece, si con cuidado lo advertis, un triplicado género del divino poder; por haberse hecho algo de la nada, lo nuevo de lo viejo, lo eterno y bienaventurado de lo condenado y muer- to. ¿Qué bien para nuestra salud trae todo esto?

Que con-
duzca es-
to para
nuestra
salud.

Mu-

Mucho por todos modos. Primeramente sin duda, que, estando reducidos á la nada por el pecado, en cierto modo por esto hemos sido criados segunda vez, para que seamos algun principio de la criatura suya. En segundo lugar, que somos trasladados de la antigua servidumbre á la libertad de los hijos de Dios caminando segun un nuevo espíritu. Ultimamente, que hemos sido llamados de la potestad de las tinieblas al reyno de la eterna claridad, en el qual ya nos hizo tambien asentar en Christo. Estèn enagenados de nosotros los que de nosotros pretenden enagenar la carne de Christo, afirmando impiamente, que fuè criada nueva en la Virgen, y no de la Virgen tomada. Bellamente el espíritu prophético salió al encuentro á esta sentencia, ó mas antes blasfemia de los impíos: *Saldrà, dice, una vara de la rayz de Jese, y nacerà una flor de su rayz.* Pudiera haber dicho, y una flor nacerà de la vara, pero quiso mas bien decir *de su rayz*: á fin de mostrar, que de donde la vara traía el origen, de allí mismo le traía la flor. De allí pues fuè tomada la carne, de donde era nacida la Virgen: ni podia ser nueva en la Virgen, pues procedía de la rayz.

1 Epheſ:
2. 6.

Error de
los Novz
cianos.

Isai. 11. 1

CAPÍTULO XI.

Continuacion de la Consideracion de Dios.

24 **Q**uizá os causará algun tédio, si todavía proseguimos en preguntar ¿què es Dios? ya porque tantas veces se ha hecho esta pregunta, ya porque desconfiais de que se pueda encontrar. Yo os digo con toda seguridad, Padre Eugenio; Solo es Dios el que jamás se puede buscar en vano, aun quando no puede ser encontrado. A cerca de esto vuestra experiencia-

Nunca se
busca Di-
os en va-
no.

rica-

Thren. 3
25.Que es
Dios.

riencia os enseñe, ò sino creed à un experimentado, que no soy yo, sino aquel Santo que dice: *Bueno sois, Señor, para los que esperan en Vos, para el alma que os busca.* ¿Qué es Dios pues? En quanto al universo, el fin de todas las cosas: en quanto á la eleccion, salud: en quanto à si mismo, ò se lo sabe. ¿Qué es Dios? Una voluntad omnipotente, una virtud sumamente benèvola, una luz eterna, una razon inmutable, una bienaventuranza suma, que cria las almas para que participen de él, que las vivifica para que le sientan, que las aficiona para que le apetezcan, que las dilata para caber en ellas, que las justifica para que le merezcan, que las enciende para el zelo, que las fecunda para el fruto, que las dispone à la justicia, que las prepara á la benevolencia, que las dirige á la sabiduria, que las dà fuerzas para la virtud, que las visita para el consuelo, que las ilumina para el conocimiento, que las perpetua para la inmortalidad, que las llena para su felicidad, que las rodea para su seguridad.

CAPITULO XII.

Que Dios es un piadoso remunerador de las buenas obras, y vengador justisimo de los pecados.

Dios es
pena de
los per-
versos.

25 **¿Q**UE es Dios? No menos pena de los perversos, que gloria de los humildes. Porque, es una racional rectitud de justicia, igualmente que inflexible, inevitable, pues à todas partes alcanza: en la que quebrantándose toda maldad, es forzoso, que quede confundida. ¿Qué mucho, que todo lo hinchado y torcido tropiece en ella, y se haga pedazos? Ay de todo lo que encontrare acaso por delante esta rectitud, que no sabe ceder; pues al mismo tiempo

es la misma fortaleza. ¿Qué cosa hay tan contraria, y adversa à las voluntades iníquas, como siempre esforzarse, y siempre dar de golpe, y siempre en vano? Ay de las voluntades opuestas, pues llevan consigo la pena de su misma aversion. ¿Qué cosa puede ser tan penosa, como querer siempre lo que nunca será? ¿Qué cosa puede haber de tanta condenacion, como hallarse sujeta la voluntad à esta necesidad de querer y no querer, en manera, que à estos dos afectos, así como no puede moverse sino perversamente, así no puede dejar de moverse miserablemente? Eternamente no conseguirà lo que quiere; y no menos eternamente habrá de padecer lo que no quiere. Justamente por todos modos, pues quien jamás pone su afecto en cosa que sea decente, no es razon que pueda conseguir jamás cosa que le pueda dar gusto. ¿Quién hace esto? Nuestro Señor Dios, que es recto, y que con el perverso obra como quien se pervierte. Nunca podrán ajustarse entre sí lo recto, y lo torcido. Pues estas cosas mutuamente se oponen, aunque no mutuamente se dañan. El daño es de una de ellas: de ningun modo de Dios. *Duro es para ti*, dice, *re-alcitrar contra el aguijon*. Es decir, no es duro para el aguijon, sino para el que cocea. Es tambien Dios pena de los torpes: pues es Luz. ¿Y qué cosa hay tan aborrecible como la luz para los corazones viciosos y obscenos? Verdaderamente, *El que obra mal, aborrece la luz*. Pero digo yo: ¿No podrán desviarse de la luz? De ningun modo absolutamente. Luce en todas partes, aunque no para todos. En fin, luce en las tinieblas, y las tinieblas no la comprenden à ella. Vè à las tinieblas la luz, pues para ella lo mismo es ver que lucir: pero no mutuamente es vista ella por las tinieblas, porque las tinieblas no la comprenden à ella. Por una parte pues, son vistas, para ser confundidas, por otra, no ven, para que no sean consoladas. Ni solo son

La voluntad de los condenados està opuesta à Dios.

Act. 9. 5

Dios es la pena de los torpes

Johan. 3
20.

Johan. 1
5.

Que luz tendrá los torpes.

vistas por la luz: tambien en la luz son vistas. ¿De quièn, ò de quiènes? De todos los que tienen vista, para que segun la multitud de los que las miran se aumente su confusion. Mas, de tanta multitud de expectadores ninguna vista las es mas molesta, que la suya propia. No hay vista en el Cielo, ni en la tierra, de que una conciencia tenebrosa desee huirse mas, y pueda conseguirlo menos. No se ocultan las tinieblas aun á sí mismas. Aun no viendo otra cosa, se ven. Las obras de las tinieblas las van siguiendo; no hallan donde poder esconderse dé ellas, ni aun en las tinieblas mismas ciertamente. Este gusano, que nunca muere, es la memoria de las cosas pasadas. Una vez echado, ò mas bien, nacido por el pecado, se pegò firmemente, y jamàs habrá modo en lo adelante, para arrancarlo de allí. Ni cesa vez alguna de roer la conciencia, y alimentándose de ella, como de un manjar verdaderamente inconsuntible, perpetua su vida. De horror me lleno á la idéa del gusano mordedor, y de la muerte vividora. De horror me lleno considerando el caer en manos de una muerte que vive, y de una vida que muere.

Tormêto de su mala conciencia.

Ella es un gusano in mortal.

Luc. 23.
30.

Esta es la muerte segunda, que nunca acaba de matar, y siempre està matando. ¿Quièn les diera à ellos morir de una vez, para no morir eternamente? Aquellos que están diciendo à los montes: *Caed sobre nosotros, y à las colinas, cubridnos*, ¿què otra cosa quieren, sino ò acabar, ò evadir la muerte por beneficio de la muerte misma? En fin, *invocaràn*, dice, *à la muerte, y ella no vendrà*. Mirad esto mas claramente. Es constante, que el alma es inmortal, y que no vive jamàs sin su memoria, pues es imposible, que deje de ser alma. Asi, durando el alma, dura la memoria. Pero ¿cómo? Afeada con los vicios, horrible con los malos hechos, entumecida con la vanidad,

áspera y desaliñada con el desprecio. Las cosas que fueron antes, pasaron, y no pasaron. Pasaron del ejercicio, pero no de la memoria. Lo que ya ha sido hecho, no puede dejar de haber sido hecho. Por tanto, aunque el hacer fuè en el tiempo; el haberlo hecho permanece por toda la eternidad. No pasa con el tiempo, lo que pasa mas allà de los tiempos. Eternamente pues, es necesario, que te estè atormentando, lo que eternamente te acuerdes haber obrado mal. Esto será experimentar la voz de aquel que dice: *To os reprenderè, y yo os expondrè à vos mismo delante de vuestro rostro.* El Señor es quien lo dijo: y es forzoso, que todo lo que se opone á el, igualmente haga contradiccion á sí mismo, para que se verifique, aunque ya fuera de tiempo, aquella queja: *O guarda de los hombres, ¿por qué me habeis puesto en un estado contrario à Vos mismo, y en que soy para mi mismo una pesada carga?* Asi es, ò Eugenio. No puede ser una cosa contraria á Dios, y estar conforme consigo misma: sino que aquel á quien Dios arguya, será igualmente argüido de sí mismo. Ya no hay absolutamente arbitrio entonces, para que, ò la razon disimule la verdad, ò el alma se desvie de los ojos de la razon, estando apartada de los miembros corpóreos, y recogida en sí misma. Porque, ¿cómo podrá desviarse hácia otra parte, dormidos ya, y cerrados en la muerte los sentidos, por los quales solia salir llena de curiosidad, y apartarse de sí misma, yendose á esta perecedera è inestable figura del mundo? ¿No veis como todo concurre á aumentar á los torpes la confusion, quando los sacarán à ser espectáculo para Dios, para los Angeles, para los hombres, para sí mismos? O quan malamente están colocados todos los malos, sin duda opuestos al torrente de esta recta equidad, y expuestos á esta luz de la verdad patente! ¿No

El deleyte del pecado cometido pasa; la fealdad no pasa.

Ps. 49 21

Job. 7 20

El que está contrario á Dios no se puede convenir consigo mismo

Nada faltará para llenar la confusion de los torpes.

es esto por ventura ser atormentados perpetuamente, y perpetuamente ser confundidos? *Quebrantados*, Señor Dios nuestro, dice el Propheta, con dos géneros de males.

CAPITULO XIII.

Profunda, y elegantemente discurre el Santo acerca de la longitud, latitud, profundidad, y sublimidad de Dios.

27. **Q**UE es Dios? Longitud, latitud, sublimidad, y profundo. ¿Qué? me decis. Con que tenemos, que profesais la quaternidad, que abominabais. De ningún modo. La abominè, y la abomino. Al parecer pronunciè muchas cosas, però es solamente una. Un solo Dios està designado segun nuestro modo de entender, no segun su estado. Aquel es el que se divide, no este. Las voces son diversas, las sendas muchas: però una sola cosa es significada por ellas, unõ solo el que se busca. No dá à entender este quaternario divisiones de la sustancia; no dimensiones, quales las miramos en los cuerpos; no distincion personal, como es la que adoramos en la Trinidad; no número de propiedades, como confesamos haberle en las personas mismas, aunque no son cosa distinta de las personas. De muy diferente modo, cada una de estas cosas en Dios es lo mismo, que las quatro juntamente; y estas mismas quatro lo que cada una. Mas respecto de nosotros, que no podemos imitar el ser simplicisimo de Dios, quando nos esforzamos à concebir una sola cosa, se nos presenta como quadruplicada. Hãcelo esto el espejo y enigma, por cuyo medio por ahora solamente concede Dios que le veamos. Mas, quando le veamos cara à cara, le verèmos como es en sí.

Ya entonces la frágil vista de nuestra alma, aunque le mire con toda la vehemencia, de ninguna manera resaltará, ó se quebrará en muchas ideas. Mas bien, se recogerá toda en sí misma, se unirá, y se conformará á la unidad de él, ó por mejor decir, á aquella unidad; de suerte, que á un solo rostro corresponderá otro rostro solo. Verdaderamente, *seremos semejantes á él, porque le veremos como es en sí.* ¡Bienaventurada vista! á la qual con razon suspiraba el que decía: *Mi rostro os ha buscado; vuestro rostro buscaré, Señor.* Y, porque todavía es preciso buscarle, entre tanto subamos sobre este carro, pues como enfermos, y flacos necesitamos de ser llevados en él, por sí quizá á lo menos asi llegamos á alcanzar por medio de este mismo carro, que nos recibe en sí, la razon y significado de él mismo. Pues nos amonesta el que es guía de este carro, y el primero que nos le mostró, que procuremos *comprender con todos los Santos, qual sea la longitud, la latitud, la sublimidad, y lo profundo.* Comprender, dijo, no conocer, para que, no contentándonos con la curiosidad de la ciencia, anhelemos con todo cuidado al fruto. No está el fruto en el conocimiento, sino en la comprension. De otra manera, *es culpable el que sabiendo lo bueno que debe hacer, no lo hace,* como dice el Apóstol Santiago; y el mismo San Pablo en otro lugar: *Corred de tal modo que lleguéis á comprender.* Que sea comprender, lo declararé mas abajo.

28 ¿Qué es Dios pues? Longitud, vuelvo á decir. ¿Y esa misma, qué? Eternidad. Tan larga es esta, que no tiene término, no solo en quanto al lugar, sino en quanto al tiempo. Es tambien latitud. ¿Y esta misma, que es? Caridad. ¿Qué términos tampoco podrán estrechar á esta en un Dios, que nada aborrece de todas las cosas que ha he-

la vision beatifica se dirigirá á Dios enteramente sin discurso alguno.

Ps. 26. 8

Ephes. 3
18.

Jacob. 4.
17.
1. Cor. 9
24.

La longitud es la eternidad de Dios; la latitud su caridad.

cho? En fin, hace nacer su sol sobre los buenos, y los malos, llueve sobre los justos, y sobre los injustos. Con que aun à los enemigos abraza este seno en sí. Ni contento con esto se dilata à lo infinito. Sobrepasa, no solo todo afecto, sino todo conocimiento, añadiendo el Apóstol y diciendo: *Conocer tambien la caridad de Christo para con nosotros, que sobrepasa todo conocimiento.* ¿Qué mas diré? Tambien es eterna. Sino que quizá sea todavia mas el decir, que es la misma eternidad. ¿No veis que es tan grande la latitud, como la longitud? Ojalá que veais así, que no es tan grande, sino que es la misma: que la una es lo que la otra, y que no es menos la una que las dos, ni las dos mas que la una. Dios es eternidad, Dios es caridad: es longitud sin alargarse, es latitud sin extenderse. En lo uno y en lo otro excede igualmente las estrecheces del lugar y del tiempo, pero por la libertad de su naturaleza, no por la enormidad de su sustancia. De este modo es inmenso, el que hizo todas las cosas en medida; y aunque inmenso, este es tambien sin embargo el modo de su inmensidad.

29 ¿Qué es todavia Dios? Sublimidad, y profundo. En lo uno está sobre todas las cosas, en lo otro bajo de todas las cosas. Se ve bien claramente, que en la Deidad jamás claudica la igualdad, que permanece por todas partes firmemente, y que inmutablemente es constante consigo misma. En la sublimidad, considerad su potencia, en lo profundo, su sabiduría. Por igual estas tambien se corresponden à sí mismas, pues se sabe, que ni la sublimidad se puede alcanzar, ni la profundidad se puede penetrar, admirándose, y exclamando San Pablo: *¡O altura de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios; quan inescrutables son sus juicios, y quan impenetrables sus caminos!* Exclamemos nosotros tambien con San Pablo, mirando la unidad

La sublimidad de Dios es su potencia; el profundo su sabiduría.

Rom. 11
33.

Sap. 8. 1.

simplicísima de estas cosas en Dios y con Dios: ¡O Sabiduría poderosa, que alcanzáis à todas partes fuertemente! ¡O Potencia sàbia, que disponeis todas las cosas con suavidad! La cosa es una sola, pero los efectos muchos, y las operaciones diversas. Y esta una sola cosa es longitud por la eternidad, latitud por la caridad, sublimidad por la magestad, profundidad por la sabiduria.

CAPITULO XIV.

Enseña el modo, con que podamos segun lo que dice el Apòstol, comprender lo dicho.

30 **C**ONOCEMOS esto. ¿Juzgamos por ventura, que por eso tambien lo comprendemos? NO COMPRENDE ESTAS COSAS LA DISPUTA, sino la santidad, si es que en algun modo se puede comprender lo que es incomprendible. Pero, si no se pudiera, no hubiera dicho el Apòstol: *Para que comprendamos con todos los Santos.* Los Santos pues lo comprenden. ¿Preguntáis de què modo? Si sois Santo, lo habeis comprendido, y lo sabeis: si nó, sedlo, y por vuestra experiencia lo sabreis. Hace SANTO un afecto santo, y este mismo es de dos modos: el santo temor de Dios, y el santo amor. Quando el alma està poseida perfectamente de estos dos afectos, entonces con dos brazos suyos comprende, abraza, estrecha, retiene, y dice: *Yo le he tenido, y no le dejarè ir.* Y ciertamente, el temor corresponde à lo sublime y profundo; el amor à lo ancho, y à lo largo. ¿Què cosa tan digna de ser temida como una potestad, à que no podeis resistir; una sabiduria, à que no podeis ocultaros? Pudiera temerse menos el Señor, si de una de las dos careciera. Mas ahora, es forzoso, que perfectamente le temais, pues ni le faltan ojos, que

Ephes. 3.
18.
Hacè Sto.
al hõbre
el santo
temor y
amor de
Dios.

Cant. 3-4

Motivos
de amor y
temor en
Dios.

que todo lo ven, ni manos que todo lo pueden. ¿Qué igualmente, hay tan amable, como el amor mismo, que hace, que ameis, y por el qual sois amado? Sin embargo, aun mas amable le hace la eternidad junta con él: pues, como jamás puede faltar, echa fuera toda sospecha. Amad pues perseverantemente y con largueza de ánimo, y llegaréis de este modo á la longitud: dilatad vuestro amor hasta á los enemigos, y habreis llegado á la latitud. Sed tambien timorato en toda sollicitud, y llegásteis á tocar ya lo sublime, y lo profundo.

Afectos
del cora-
zon para
el Dios.

31 O, si quereis mas bien que quatro afectos de vuestro corazon digan correspondencia á estos quatro atributos divinos; conseguiréis esto, si os pasmais, si os atemorizáis, si teneis fervor, si esperais. Pasma infunde enteramente la sublimidad de la magestad de Dios: pavor causa el abismo de sus juicios. Su caridad exige el fervor; su eternidad la perseverancia en esperar. ¿Quièn se pasma, sino quien contempla la gloria de Dios? ¿Quièn se llena de temor, sino quien considera el profundo de su sabiduria? ¿Quièn arde en fervor, sino quien medita la caridad de Dios? ¿Quièn espera, y persevera en el amor, sino quien imita la eternidad de su caridad? Verdaderamente, la perseverancia lleva consigo una cierta imagen de la eternidad. En fin, sola es la perseverancia, á la que se dá la eternidad, ó por mejor decir, la que dá al hombre á la eternidad, diciendo el Señor: *El que perseverare hasta el fin, ese será salvo.*

Math. 10.
22.

Quatro
especies
de contem-
placion.

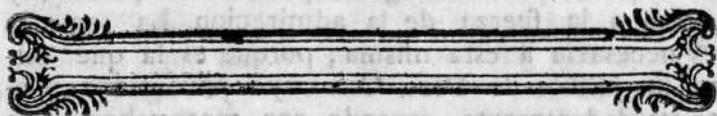
32 Y ahora advertid en estos quatro atributos quatro especies de contemplacion. La primera, y máxima contemplacion es la admiracion de la magestad. Esta pide un corazon purificado, á fin de que libre de los vicios, y descargado de los pecados, le pueda levantar facilmente á lo celestial; y aun algunas veces tambien, aunque por bre-

be espacio, le mantenga suspendido en pasmo, y extasi à la fuerza de la admiracion. La segunda es necesaria à esta misma; porque es la que mira los juicios de Dios. Con cuyo pavoroso aspecto verdaderamente, quando con mas vehemencia hace estremecer al que los mira, ahuyenta los vicios, funda las virtudes, dispone à la sabiduria, conserva la humildad. Pues la humildad es un bueno, y estable fundamento de las virtudes. Ciertamente, si ella vacila, todo el cúmulo de las virtudes no es mas que ruina. La contemplacion tercera se ocupa, ò mas bien, tiene sus ocios en la memoria de los beneficios: y para que no suceda, que Dios desampare al hombre por ingrato, estimula à quien se acuerda de ellos al amor de su Bienhechor. De estos tales dice el Propheta, hablando con el Señor: *Ellos eructaràn la memoria de la abundancia de vuestra suavidad.* La quarta, olvidando las cosas que quedan à tras, reposa en sola la expectacion de las promesas: la qual, como sea meditacion de la eternidad (pues las cosas prometidas son eternas) alimenta la longanimidad, y dà vigor à la perseverancia. Pienso, que ya es fácil mostrar la relacion de estas quatro cosas: nuestras con los quatro atributos que expresa el Apóstol, pues la meditacion de las promesas comprende la longitud, el recuerdo de los beneficios la latitud, la contemplacion de la magestad la sublimitad, la consideracion de los juicios de Dios el profundo. Todavia debia ser buscado, quien ni aun todavia ha sido bastante hallado, ni nunca se puede buscar con exceso: pero quizá orando, antes que disputando, mas dignamente se busca, y mas facilmente se encuentra. Por tanto este sea el fin del libro, pero no el fin de buscar à Dios.

Ps. 144. 7

Religiosos
de los
Cuerpos.

que no se debe
una me comete à seguirlo. Escribir à tan grande
sincer, es sobre mi: y no obedecer à esta misma.



TRATADO O CARTA XLII.
 DE SAN BERNARDO
 ABAD DE CLARAVAL

A HENRIQUE ARZOBISPO DE SENS,
 DE LAS COSTUMBRES, Y OFICIO
 de los Obispos.

AL V.^o SENOR HENRIQUE,
 Arzobispo Senonense, el Hermano B.
 ofrece si puede algo la oracion de
 un pecador.

HA tenido à bien vuestra Excelencia pedir, que dictasemos alguna cosa nueva. Nos oprime el peso de la dignidad, pero nos congratulamos de la franqueza de la dignacion. Por una parte lisongea el favor, que nos hace el que lo pide, y por otra nos asusta el cumplimiento de la peticion. Porque, ¿quiènes somos nosotros, para escribir à los Obispos? Mas igualmente, ¿quiènes somos nosotros, para dejar de obedecer à los Obispos? Lo mismo que me compele à dárlo que me piden, eso mismo me compele à negarlo. Escribir à tan grande alteza, es sobre mi: y no obedecer à esta misma.

es contra mi. Por ambas partes hay peligro: pero parece, que amenaza mayor por la parte de la inobediencia. Saliendo pues de mi zozobra por la parte que trae menos riesgo, hago lo que mandais. Puesto que dà ánimos la familiaridad, que tan liberalmente nos franquea la misma dignidad, y su autoridad mandándolo excusa mi presuncion.

CAPITULO I.

Que es arduo, y peligroso el oficio de Obispo; y que por eso tiene necesidad de buenos Consejeros.

I D Esde que recibisteis las llaves del Rey-
no de los cielos, que os entregaron,
siendo Dios autor de esto, y que, al modo de aque-
lla muger fuerte, comenzásteis à echar la mano à
cosas fuertes; si llegò à nuestros oidos, ò que hi-
cieseis algunas cosas, que no debieseis, ò que pa-
decieseis algunas, que no quisierais, nos dolimos
de quien hacia aquellas, y nos condolimos con quien
padezia estas. Mas èntre esto hacia yo memoria
de aquellos versículos: *Los que descenden al mar
en las naves, y que trabajan enmedio de las mu-
chas aguas, suben hasta los cielos, y bajan hasta
los abismos. Su alma se consumia à vista de tan-
tos males; fueron turbados, y movidos como el que
està embriagado; y toda la sabiduria de ellos fuè
trastornada.* Y por eso, no juzgaba yo con rigor,
como suelen hacer algunos: antes bien me provo-
caba à compasion este pensamiento: Si es tenta-
cion, decia yo, la vida de qualquiera hombre sò-
bre la tierra, ¿à quántos peligros, juzgas tu, que
estará expuesta la vida de un Obispo, à quien le
es forzoso sostener las tentaciones de todos? Si yo
escondido en la caverna, y como debajo de la me-

Prov. 31.
10.

Peligros
de los
Obispos.

Ps. 106.
16.

Job. 7.7.

dida, no à la verdad luciendo, sino humeando, sin embargo, aun asi no basto à evitar los impetus de los vientos, sino, que fatigado de continuas tentaciones, y de varios impulsos, soy movido al rededor por aqui y por alli, al modo de una caña agitada con el viento; ¿què sucederá al que està puesto sòbre el monte, al que està colocado sòbre el candelero? Debiendo de guardar-me solo para mi, con todo eso, yo mismo solo me sirvo á mi mismo de escândalo; yo solo me sirvo à mi mismo de tédio; yo solo me sirvo à mi mismo de carga, y de peligro; de modo, que es menester enojarme freqüentemente contra la gula, contra el vientre, y contra el ojo, que me escandalizan. Pues ¿con què molestias no serà angustiado, qué penas no sufrirá aquel, en quien, aunque las cosas propias estèn en calma, con todo eso jamàs faltan por lo que mira à los demàs, peleas por fuera, y temores por dentro?

2.º Mas, poco ha, comenzó á soplar desde las partes donde os hallais hácia nosotros aura mas apacible. Pæs se nos anunciaron de Vos por recientes noticias cosas mas alegres que lo acostumbra-
brado, no habiendo tenido estos informes por los rumores inciertos de la fama; sino por la boca verídica del Venerable Obispo Meldense. * Quien preguntado acerca del estado de vuestras cosas, con un rostro alegre, y como bien asegurado en la materia, sòbre que se le preguntaba: Juzgo; dijo, que desde ahora se sugetará à los consejos del Obispo de Chartres. * Esta respuesta escuchè yo de èl, con una alegría, igual à la certeza que tengo, de que los consejos de este Varon serán fidelisimos. En ninguna cosa podia hacerse para nosotros mas recomendable el propòsito de vuestro corazon: en ninguna cosa se nos podia dàr esperanza mas cierta de vuestro aprovechamiento en el Señor. Con toda seguridad, si yo no me engaño, podreis con-

fiar

* De Me-
aux.

* Carno-
tense.

fiar à estos dos hombres, que hemos mencionado, asi vuestra persona, como vuestras cosas. Usando de tales consejeros, conservarèis integra la fama, y la conciencia. Esto es muy decente à un Sacerdote de Dios, à un Obispo de tan grande ciudad; y de ningun modo le está bien gobernarse por consejos pueriles ò seculares. Todos, segun el precepto del Señor, aun los enemigos, sean amados; pero para dar consejo, elijanse solos aquellos, que por una parte sean prudentes, y por otra benèvolos. Por eso desechò el Señor, asi el consejo imprudente del discipulo, como el consejo infiel de los hermanos, respondiendo al inadvertido: *No tienes gusto de las cosas de Dios; y à los malèvolos: Vosotros subid à este dia festivo, mas yo no he de subir.* No se quiso fiar, ni en la imprudencia de aquel, ni en la malicia de estos. Finalmente, buscando de quien podria confiarse, y à quien con seguridad podria encomendar la administracion de sus misterios, como quien con dificultad le encontraba, preguntaba con admiracion: *¿Quièn piensas, es el siervo fiel, y prudente, que el Señor constituyò sobre su familia?* Por lo qual, habiendo de encargar à Pedro el cuidado de las ovejas, procurò primero probar su benevolencia, preguntando tres veces, si le amaba. Hizo tambien prueba de su prudencia, quando, errando los hombres, y juzgándole alguno de los Prophetas, advirtiéndole prudentemente la verdad, le confesò mas bien por Dios de los Prophetas, diciendo: *Vos sois Christo hijo de Dios.* ¡Ay de nuestro linage por su imperfeccion! Apenas en una multitud de hombres hallaràs uno, que sea consumado en una, y otra gracia. Porque con dificultad encontraràs la benevolencia en el que es prudente, ò la sabiduria en el que es fiel. Mas no tienen número los que carecen de una, y otra prenda.

37. Habeis pensado pues con cordura, que la

Luc. 6.
27.

Las prendas de un Consejero son la prudencia, y la benevolencia.

Math. 8.
31.
Johan. 7
8.

Math. 4
41.

Lo mismo se exige del Prelado.

Johan. 21
15.
Math. 16
16.

carga sacerdotal, los negocios del Obispado, y cura pastoral no se podrian administrar dignamente sin consejo. De aqui es, que aun la misma Sabiduria, madre de los consejos castos, hablando de si dice: *To que soy la sabiduria, habito en el consejo.* Pero ¿en qual consejo? ¿Por ventura en qualquiera? *T' asisto*, dice, *entre los pensamientos eruditos.* Igualmente, nos amonesta por la boca de Salomon, que nos desviemos de los consejos infieles, de este modo: *Trata tu causa con el amigo, y no reveles tu consejo al extraño.* Hermosamente tambien por otro Sabio, persuadiendo à que nada se haga sin consejo, y advirtiendo en medio de eso, quan pocos son los hombres de consejo, habla de esta manera: *Tus amigos sean muchos, mas uno de entre mil sea tu consejero. Uno de entre mil*, dice. Asi, no dudarè yo, que ha estado Dios benigno con Vos, pues de una cosa tan rara entre los mortales os ha concedido, no uno solo, sino dos, y esos mismos muy idòneos, pròvidos, y benèvolos, y aun para que asi facilmente os ayuden, comprovinciales vuestros tambien; y para que lo hagan graciosamente, deudores à Vos por el derecho de sugesion. Adhiriendo al consejo de estos, no sereis precipitado en pronunciar sentencia, no sereis vehemente en exigir la vindicta, no sereis demasiado remiso en corregir, no severo con exceso en perdonar; no sereis pusilànime en dar lugar al tiempo; no habrà superfluidad en la mesa, no cosa de notar en el vestido: no sereis acelerado en prometer, no tardo en cumplir, como ni tampoco pròdigo en dar. El consejo de estos siempre alejarà de Vos aquel mal, que para el tiempo es viejo, pero para la codicia nuevo; la sìmonia, digo, y su madre la avaricia, la qual es culto de los idolos. Y, para comprenderlo todo en una palabra, si os confiàreis en estos, honrarèis en todo, à egemplo del Apòstol, vuestro

Prov. 12.

12.

Prov. 25.

9.

Eccl. 6.6.

Que util
sea oir los
consejos.

tro ministerio: vuestro ministerio, vuelvo á decir, no vuestro dominio. A èl pues le honrarèis, no á Vos mismo: porque el que busca las utilidades propias, desea ser èl mismo honrado, no que lo sea su ministerio.

CAPITULO II.

Que el honor, y decòre de las dignidades eclesiásticas no consiste en el esplendor exterior, sino en la hermosura de las costumbres, y virtudes.

4 **H**onrarèis pues vuestro ministerio, no con la pompa de los vestidos, no con el fausto de cavallos, no con la suntuosidad de los edificios, sino con arregladas costumbres, con ejercicios espirituales, con buenas obras. ¡Quántos hay que hacen esto de otro modo muy diferente! Se ve en algunos Sacerdotes muchísimo adorno en los vestidos: y ninguno ò muy corto en las virtudes. De los quales, si yo les tragere á la memoria aquello del Apòstol: *No en vestido precioso*, temo, que se enojen, teniendo por cosa indigna, que se usurpe contra ellos una sentencia, que reconocerán haberse pronunciado antes contra un sexo, y òrden menos estimable. Como si los mèdicos no usáran de un mismo hierro, para sajar los Reyes, que los demás hombres: ò se hiciera injuria á la cabeza, cortando sus cabellos con las tijeras mismas, con que se cortò lo superfluo de las uñas. Pero, si se desdeñan de ser heridos, no por mi á la verdad, sino por el Apòstol, con una igual sentencia que unas flacas mugeres, desdeñense tambien de envolverse en la misma culpa que ellas. Tengan á menos ya el gloriarse en las obras de las tejedoras, y de las que adornan las pieles, y no en las obras propias. Tengan horror tambien en cubrir con aque-
llas

1 Tim. 2
9.

Se repré-
de la de-
licadeza
de los ves-
tidos en
los cleri-
gos.

llas delicadas y encarnadas pieles, que llaman guantes, las manos sagradas, y que consagran los tremendos misterios. Abstenganse igualmente de aplicarlas al pecho, que con mas decencia le adorna la perla de la sabiduria. Tengan vergüenza de rodear con ellas el cuello, que mas honesta, y suavemente se somete al yugo de Christo. No son estas las llagas de Christo, que á egemplo de los Màrtires puedan ellos llevar en su cuerpo. Mas bien se reputan, y son insignias mugeriles, que sin duda con mucha curiosidad, y gusto acostumbraron ellas preparar para si, poniendo el pensamiento ciertamente en las cosas que son del mundo, y de què modo agradarán à sus esposos.

5 Mas Vos, Sacerdote de Dios Altisimo, ¿á quál de estos os disponeis à agradar? ¿al mundo, ò à Dios? Si al mundo, ¿por què sois Sacerdote? Si à Dios, ¿por què qual es el pueblo, tal es el Sacerdote? Si quereis agradar al mundo, ¿què os aprovecha el Sacerdocio? No podeis servir à dos Señores: *El que quiere ser amigo de este mundo, se constituye enemigo de Dios.* Y el Propheta: *Dios, dice, dissipará los huesos, de los que agradan à los hombres: fueron confundidos, porque Dios les despreció: y el Apóstol: Si agradara yo à los hombres, no seria siervo de Christo.* Así, queriendo agradar à los hombres, no agradáis à Dios: sino le agradáis, no le aplacáis. ¿Por què pues, como dije, sois Sacerdote? Pero, si, como añadi, no intentáis agradar al mundo, sino à Dios, ¿por què, qual es el pueblo, tal es el Sacerdote? A la verdad, si el Sacerdote es el pastor, y el pueblo las ovejas; ¿será razon, que en nada aparezca desemejante à las ovejas el pastor? Si al modo que ando yo, que soy oveja, anda tambien mi pastor mismo eucorvado, llevando el rostro hàcia abajo, y mirando siempre à la tierra, y buscando pasto para el vientre solo, estando el

Jacob. 4
A.
Ps. 52. 16

Galat. 1
16.

Es preciso que el Pastor sea diferente de las ovejas

corazon en ayunas : ¿en qué nos discernimos? ¡Ay si el lobo viniere! No habrá quien le vea antes de llegar, no habrá quien acuda al peligro, no habrá quien libre de él. ¿Es decente à un pastor recostarse sobre los sentidos corpóreos, pegarse á las cosas ínfimas, anhelar à las terrenas; y no mas bien el estar derecho como hombre, mirar con el ánimo al cielo, y buscar y tener gusto de las cosas que están arriba, y no de las que están sobre la tierra?

6. Pero se enojan contra mi, aun si con sola una seña doy à entender, que se deben reprobar estas cosas, y me mandan, que ponga la mano en mi boca, diciendo, que soy monge, à quien no toca juzgar de los Obispos. Ojalà, que tambien me cerraran los ojos, para que yo no viera estas mismas cosas, que me prohiben contradecir. Pero será grande presuncion la mia, si siendo yo oveja, y viendo que se arrojan sobre mi mismo Pastor dos lobos fierisimas, que son la vanidad, y la curiosidad, hiciere yo ruido, para que quizá à mi balido salga alguno al encuentro à las bestias crueles, y socorra al que vá à perecer. ¿Qué harán de mi que soy una ovejilla, quando acometen al mismo pastor con tanta fiereza? Y ciertamente, si no quiere, que dè voces por él, ¿no me será permitido si quiera el balar por mi? Mas, aunque yo calle, porque no parezca, que quiero poner en el cielo mi boca, con todo eso no se deja de clamar en la Iglesia: *No en vestido precioso*. Este clamor se dirige contra las mugeres con especialidad, para que se avergüence un Obispo de que se halle en él, lo que oye reprender aun en el sexo mas frágil. No hay que temer confusion alguna, si yo solo dejare de musitar? ¿Por ventura, aunque yo no hable, no hablará à cada uno su conciencia? ¿Y qué sería, si alguno mas animoso que yo alegrara à este asunto, no del Apóstol, como yo, no del

Eván-

Si convie
ne que un
Mōge ha
ga censu-
ra de los
Obispos.

1 Tim. *
9.

Està con-
denado el
lujo de los
vestidos é
los Prela-
dos.

Evangelio, no de algun Propheta, no en fin, de autor eclesiastico alguno, sino el dicho de un Gentil solamente: *Decid Pontifices, ¿què hace el oro, no ciertamente en un lugar santo, sino en el freno? ¿Quanto mas tolerable es, que se vea en el lugar santo, que en el freno? Esto mismo, aunque yo enmudezca, vocea, ya que no la curia de los Reyes, la penuria de los pobres. Aunque calle la fama, no calla el hambre. Calla ciertamente la fama, porque el mundo no puede aborreceros. Porque, ¿còmo reprenderà el mundo aquel pecado, de que mas antes es alabado el pecador en los deseos de su alma, y es bendecido el iniquo?*

7 Mas, claman los desnudos, claman los famèlicos, se quejan y dicen: *Decid Pontifices, ¿què hace el oro en el freno? ¿Por ventura aparta el oro del freno el frio ò el hambre? Quando nosotros de frio, y de hambre perecemos miserablemente, ¿de què sirven tantas mudas de vestidos, ò extendidos en varas largas, ò doblados en las fundas? Nuestro es lo que derramais, à nosotros nos quitais de un modo cruel, lo que vosotros gastais superfluamente. Tambien somos hechura de Dios nosotros como sois vosotros, y con la sangre de Christo estamos redimidos. Nosotros somos hermanos vuestros. Ved ahora, si es razon, que hagais pompa, y deleyte de vuestros ojos, lo que es herencia, y parte de vuestros hermanos. Nuestra vida os sirve à vosotros, para que acumulèis provisiones superfluas. De nuestras necesidades se quita, todo lo que à vuestras vanidades se aumenta. Dos males brotan en fin de una misma rayz, que es la codicia: pues os pierde la vanidad poseyendoos; y à nosotros nos mata despojándonos. Andan los mulos cargados de piedras preciosas, y nos dejais à nosotros en la desnudez. Sortijas, cadenas, campanillas, correas claveteadas, y muchas cosas semejantes, tan hermo-*

PersioSa-
tira 8.

Quejas de
los pobres
contra el
lujo de los
Prelados.

SAS en sus colores, como preciosas por su peso, van colgando de las cervices de los mulos: y no aplicais compasivos aun unos estrechos ceñidores á los lados de vuestros hermanos. A esto se llega, que todas estas cosas ni las habeis grangeado por el comercio, ni por el afan de vuestras propias manos, ni tampoco las habeis heredado de vuestros padres, sino que acaso digais tambien vosotros en vuestro corazon: *Poseamos como herencia nuestra el santuario de Dios.* Veis aqui los pensamientos de los pobres, y lo que ellos dicen al presente delante de Dios, que entiende el language de los corazones. Porque ellos no osan quejarse contra vosotros en público; pues al contrario están obligados á implorar vuestra asistencia, para mantener su vida. Mas día llegará, en que estarán en pie con grande constancia contra aquellos que les angustiaron; y tendrán por protector, y vengador aquel Señor, que es padre de los huérfanos, y juez de las viudas. De él pues será esta voz: *Vosotros me habeis rehusado á mi mismo, todo lo que no habeis hecho á los mas minimos de estos pequeños que son míos.*

Ps. 82. 13

Math. 25
45.

CAPITULO III.

Que los mas principales, y mas dignos ornatos de un Prelado son la castidad, la caridad, y la humildad.

8 **E**STE lejos de Vos, Reverendísimo Padre, estè lejos de Vos, vuelvo á decir, el pensar que se haya de honrar vuestro ministerio en estas cosas, que acabamos de notar. A la verdad, parecen honoríficas, pero al ojo que mira en lo exterior, no al que mira en lo oculto. Porque las cosas que se ven en lo oculto, no apa-

recen teñidas de color alguno, y sin embargo son dignas de verse: con ningunos sabores están aderezadas, y con todo eso son muy dulces: en ningunas cumbres están elevadas, y en medio de eso son excelsas. Ciertamente la castidad, la caridad, la humildad, no tienen color alguno, mas no por eso dejan de tener hermosura; ni es su hermosura mediana, quando puede deleytar tambien à los ojos divinos. ¿Qué cosa mas hermosa que la castidad, pues hace limpio à quien està concebido de sangre inmunda, hace un doméstico de un enemigo, y, en fin, un Angel de un hombre? Se distinguen ciertamente entre sí un Angel, y un hombre casto, pero en felicidad, no en virtud. Aunque es mas feliz aquella castidad, sin embargo esta se reconoce mas fuerte. Sola es la castidad, la que en este tiempo, y lugar de mortalidad representa un cierto estado de la immortal gloria. Sola ella guarda la costumbre de aquella ciudad soberana, en la qual no se casan, ni son casados: presentando en algun modo à la tierra ya una experiencia de aquella vida celeste. Este frágil vaso, que llevamos en nosotros por ahora, en el qual tambien peligramos con tanta freqüencia, le guarda la castidad (como dice el Apóstol) para la santificacion, y à manera de un bálamo odorifero, con que ungidos los cadáveres se conservan incorruptos. Ella templa, y reprime los sentidos, y los miembros, para que no se disuelvan en el ocio, para que no se corrompan en los deseos, para que no se pudran en los deleytes de la carne; al modo que se lee de algunos, que *se pudrieron como los jumentos en su estiércol*. Este ornamento pues de tan grande belleza, dirè yo, que honra dignamente al sacerdocio, porque hace al Sacerdote amable à Dios, y à los hombres; como cuya memoria està puesta no en la sucesion carnal, sino en la bendicion es-

Se recomienda la castidad.

Es mas feliz la de los Angeles. Pero la del hombre mas robusta y valerosa.

1 Thes. 4.
4.

Joel. 1.
47.

piritual, y le hace semejante en la glòria de los Santos, aunque todavia està colocado en la region de la desemejanza.

9 Sin embargo, por mas que sobresalga la castidad en su belleza, con todo eso sin la caridad ni tiene precio, ni mèrito. Ni hay que admirar. Porque, ¿què bien se recibe sin ella? ¿La fè? Mas, ni aunque traslade los montes. ¿La ciencia? Mas, ni aun aquella que hable con lengua de Angeles. ¿El Martirio? *Ni aunque entregare, dice, mi cuerpo, de modo que yo arda.* Ni sin ella se recibe algun bien, ni con ella se desecha bien alguno, por pequeño que sea. La castidad sin la caridad, es una lãmpara sin aceyte. Quita el aceyte, y la lãmpara no lucirà. Quita la caridad, y la castidad no agradarà. Pero, ¿ò què hermosa es, como clama el Sábio, una casta generacion con la * caridad! Con aquella caridad, digo, que describe el Apòstol; que procede de un corazon puro, y de una buena conciencia, y de una fè no fingida.

10 En dos cosas ciertamente consiste la pureza del corazon: en buscar la glòria de Dios, y el provecho del pròjimo; de modo, es de saber, que en todas sus acciones y dichos nada pretenda un Obispo mas que el honor de Dios, ò la salud del pròjimo, ò ambas cosas. Haciendo pues esto, no solo llenarà el oficio de Pontífice, sino la etimologia de este nombre, haciéndose à sí mismo un puente èntre Dios, y el hombre. Este puente llega hasta Dios, con aquella confianza, con que no busca su propia glòria, sino la divina. Llega hasta el pròjimo, con aquella piedad, con que desèa aprovechar, no à sí propio, sino à èl. Ofrece à Dios como buen mediador las sùplicas y votos de los pueblos, trayèndolos à ellos de Dios la bendicion, y la gracia. Suplica por los excesos de los delinquentes

Sin la caridad nada vale, ni aun las virtudes.

1 Cor. 13
3.

Sap. 4. 1.

*La Vulgata con el esplendor.

La pureza del corazon cõsiste en dos cosas.

Etimologia del nombre y oficio de Pontífice.

tes à la Magestad ; venga en los pecadores la injuria de Dios. Dà en cara à los ingratos con los beneficios de la divina piedad ; insinua à los que no hacen caso la severidad de su poder ; pero igualmente , procura respecto de unos y otros templar el furor de su indignacion , ya rebajando la culpa con el pretexto de la flaqueza humana , ya trayendo à la memoria la grandeza de la piedad divina. En fin , ò bien sea como transportado como fuera de sí para Dios , ó bien que se temple à sí mismo para nosotros , pretende siempre , en quanto està de su parte , agradar à Dios , ò hacernos à nosotros bien , no buscando enteramente lo que es útil para sí , sino lo que es para muchos.

Debe buscar la gloria de Dios, y provecho del pueblo, y no sus intereses.

II Obispo fiel, el que mirando con ojos de paloma cualesquiera bienes, que pasan por sus manos, ya los divinos beneficios para los hombres, ya los votos de los hombres para Dios, nada retiene para sí de todos ellos. Ni busca las dádivas del pueblo, sino el lucro, ni busca para sí la gloria de Dios. No ata el talento, que habia recibido, en el pañuelo, sino que le reparte entre los cambiadores, de los cuales recibe usuras, no para sí, sino para Dios. No tiene cueva como la zorra, no tiene nido como las aves, no bolsa como Judas, no, finalmente, lugar en la posada, como no le tuvo Maria. Verdaderamente, imita à aquel Señor, que no tuvo donde reclinar la cabeza, haciéndose por ahora como un vaso perdido, habiendo de ser con el tiempo, sin duda, vaso para honor, y no para afrenta. En fin, pierde en este mundo su alma à fin de guardarla para la vida eterna. No se puede gloriar verazmente de este tan grande bien de la interior pureza, sino quien perfectamente despreciare las exteriores glórias. Porque, ni puede buscar con pureza los intereses de Dios, ò del prójimo, el que no despreciare los propios. Este sola-

men-

mente no està defraudado de la glòria de la interior pureza, que puede decir con el Señor: *Si yo busco mi glòria, mi glòria es nada.* Y con el Apòstol: *Para mi el vivir es Christo, y el morir es ganancia:* Y con el Propheta: *He sido entregado al olvido, como quien està muerto de corazon:* esto es, en la propia voluntad. Buen olvido serà, si os llegàis à olvidar à Vos mismo, para aprovechar al pròjimo. Bien muerto estarèis en el corazon, si ya no pretendèis vivir para Vos, sino para aquel que por Vos murió. Bien muerto està de corazon, el que puede decir: *Vivo pues ya no yo.* Pero, aunque està muerto en si, mas no en Christo, porque se sigue: *Pero vive Christo en mi.* Esta muerte que se hace en el corazon, la causa la caridad; de la qual habla en los Cantares la Esposa: *Herida de caridad estoy yo.* Es fuerte el amor como la muerte, y mata en nosotros la muerte, no la vida. Por lo qual animosamente amenaza: *O muerte, yo he de ser tu muerte.* Acaba con el pecado, que habia quitado al alma la vida, y restituye el alma à la inocencia.

12 Pero, si prevalece la caridad contra la muerte, de modo que la puede matar à ella en el combate: ¿por què la llaman *fuerte como la muerte*, y no mis antes, mas fuerte que la muerte? ¿Es acaso porque ella es muerte tambien, y no puede ser mis fuerte que sí misma? Buena muerte, pues no es de la vida, sino de la muerte. Buena muerte, y que de ningun modo debe causar horror, la que, aunque quita la vida, pero no la mata. Sin duda la quita, pero por determinado tiempo, habiendo de ser restituida en su tiempo, y habiendo de durar sin tiempo. Ultimamente, *Muertos estàis*, dice, *y vuestra vida està escondida con Christo en Dios.* Quando apareciere Christo vuestra vida, entonces vosotros tambien aparecerèis

con

Johan. 8.
54.
Phillip. 1
21.
Ps. 30. 11

Olvidode
si propio.

Galat. 2.
20.

Muerte
por la ca-
ridad.
Cant. 4. 9.
Cant. 8. 6.
Oseez 13.
14.

Porquela
caridad
es fuerte
como la
muerte.

Colos. 3:3

con él en la gloria. Gustosamente pues careceré por algun tiempo de la vida, para poseerla por la eternidad. Y baste esto que se ha dicho sobre lo que está escrito: *Caridad que procede de un corazón puro*. A la verdad, en tan grande olvido de sí mismo, es necesario, que el corazón sepa, que no hay en él cosa alguna que le reprenda; á fin de que, dejando en sí la conciencia segura, se extienda con mas seguridad á sí mismo para los lucros de afuera. Porque, ¿què aprovecha al hombre, aunque gane todo el mundo, si él pierde su alma?

CAPITULO IV.

Que el cuidado de una fè sincera, y de una caridad no fingida es necesario con especialidad á un Prelado.

13 **L**A razon misma del buen orden está pidiendo, que quien está obligado á amar al prójimo al nivel de sí mismo, sepa antes como á sí mismo se debe amar. Así pues, dos cosas principalmente son las que forman una conciencia buena: hacer penitencia de las cosas malas, y abstenerse de ellas; esto es, por usar de las palabras de San Gregorio, llorar las faltas cometidas, y no cometer cosas que se deban llorar en lo adelante. Ninguna de estas cosas es suficiente por sí sola. Porque, si bastára lo primero sin lo segundo, nos exhortaria sin motivo David, diciendo: *Apártate de lo malo*; y tambien el Propheta Isaias: *Cesad de obrar iniquamente*; y el mismo Dios hablando á Cain: *Has pecado, cesa*. * Igualmente, si lo segundo por sí solo despues del pecado bastase á restablecer una buena conciencia, sin causa clamaria un penitente en el Psalmo: *Bienaventurados,*

Dos cosas
hacé bue
na la con
ciencia.
S. Greg.
Hom. 34.
in Evág.
Ps. 36. 27
Isai. 1. 17
Gen. 4. 7.

* Segun
los Seten-
ta.

cuyas maldades han sido perdonadas, y cuyos pecados han sido cubiertos: Y aquello: Ved mi humildad, y mi trabajo, y perdonad todos los pecados míos: Y en la Oracion del Señor: Perdonadnos nuestras deudas, asi como nosotros perdonamos à nuestros deudores. Estando el ànimo radicado en una, y otra virtud, ya puede seguramente desampararse, y en cierto modo perderse à sí mismo, para ganar à otros. Enferme con los que enferman, abráse con los escandalizados: hàgase tambien, si fuere menester, Judio para los Judios, y no recele tampoco nada en ser llevado cautivo con los violadores de la ley, á egemplo de Jeremias, y de Ezequiel, al Egipto, ó à la Caldea: ni aun dude con el Santo Job hacerse hermano de los dragones, y compañero de los avestruces: ni tema con esta conciencia el ser borrado (lo que es todavia más grave) con Moyses del libro de la vida, y con S. Pablo ser anathèna de Christo por sus hermanos: ni ultimamente entrar, si fuere necesario, en el infierno, penetrando seguro por medio de las llamas, cantando con una alegre conciencia: *Aunque anduviere yo en medio de la sombra de la muerte, no temerè males algunos, porque Vos estàis conmigo.* Comparemos, si os place, los tesoros de los Reyes, y los honores de los reynos con esta confianza: ¿por ventura toda la felicità de estas cosas en paralelo de las riquezas de un bien tan grande, no se reputarà por miseria? Pues esta confianza produce la caridad, *que procede de un corazon puro, y de una conciencia buena.*

14. Mas ya aquello que resta explicar, *de una fè no fingida;* y tambien lo que de otro lugar de la Escritura ocurre ahora à la memoria, *la fè sin las obras es muerta:* estas dos cosas, repito, nos llevan à dividir la fè de tres modos, es de saber, en fè muerta, fingida, y probada. Y ciertamente à

Ps. 31. 1
Ps. 24. 16

Luc. 11. 4

Quiè sea idoneo para cuidar de otros.

Jer. 43. 6

4. Reg. 4.º

5.

Job. 30.

29.

Exod. 32.

32.

Ròm. 9. 3

Seguridad de una buena cõciencia.

Ps. 22. 4.

1 Tim. 1

5.

Fè muerta, fingida, y probada.

la fè muerta define el Apóstol, diciendo, que es *aquella que no tiene obras*, esto es, que no obra por el amor, como destituida de alma la qual es el mismo amor, con que pueda nutrirse, y moverse à las obras. Fè fingida juzgo yo llamarse aquella, que habiendo recibido ciertamente la vida de la caridad, se comienza à mover, para obrar bien, pero, no perseverando, desmaya, y muere como abortiva. Yo dirè, que esta se llama *fingida* en el mismo sentido, en que atendida la expresion latina se llaman *fingidos* * los vasos de barro: no porque no sean útiles mientras duran, sino porque, siendo quebradizos, de ningun modo duran mucho. De esta ficcion en la fè pienso, que son notados en el Evangelio aquellos, que *por algun tiempo creen, y en el tiempo de la tentacion se apartan*. Pregunto yo ahora à los que dicen, que la caridad ya no se aparta mas del que una vez la recibió. Dice la Verdad misma de algunos: *Estos no tienen rayces, porque por algun tiempo creen, y en el tiempo de la tentacion se apartan*. ¿De dònde pues, y adònde se apartan? Sin duda de la fè à la infidelidad. Pregunto mas: ¿podian ellos salvarse en aquella fè, ò no podian? Si no podian, ¿què injuria es del Salvador, ò què alegria del tentador, que ellos se aparten de donde no està la salud, ni envidia otra cosa que la salud el maligno? Pero, si podian salvarse, ¿en què modo, ò esàn sin caridad mientras que se mantienen en aquella fè, no pudiendo hallarse la salud sin la caridad; ò desamparando la fè, no desamparan tambien la caridad, no pudiendo estàr juntas la caridad, y la infidelidad? Se apartan pues algunos de la fè, porque la Verdad lo dice: por consiguiente se apartan de la salud, porque el Salvador los reprende; y de ahí inferimos nosotros, que se apartan tambien de la

Jacob. 2.
20.

* Ficti-
lia.

Luc. 8. 13

La cari-
dad se
puede per-
der.

caridad, sin la qual no puede darse la salud. *7* estos, dice, *no tienen raycos*. No niega, que ellos tienen el bien; sino, que se queja, de que no están bien radicados en él.

15 En fin, prosigue, y dice: *Porque por algún tiempo creen*. Esto es bueno, ojalá que durara. Porque, no el que comenzare, sino el que perseverare hasta el fin, será salvo. Mas no duran, porque en el tiempo de la tentacion se apartan. Bienaventurados, si por entonces hubieran sido arrebatados; antes que la malicia mudara sus corazonas. Pero ahora, ay de las preñadas, y que están dando de mamar en aquellos días, llevando sin duda en sus brazos sus tiernos fetos, y que por ser recién nacidos, fácilmente podrán perecer en los peligros. Tales son las almas que tienen una caridad pequeña y tierna todavía: y por eso es preciso, que su fè que, aunque viva, es fingida en el sentido que queda explicado, desmaye en la tentacion. *A los vasos de barro, dice, los prueba el horno, y à los hombres justos la tentacion*: à los que viven, es à saber, de la fè. Pues el Justo vive de la fè, pero de una fè que vive; porque no puede dar la vida, la que está muerta. No se lleva à prueba la fè de los demonios, porque como vacía de caridad está muerta. Creen à la verdad, y tiemblan, pero el temor no se funda en la caridad. Por tanto, no están en el trabajo de los hombres, y no son azotados juntamente con ellos, pues à una fè que está apagada ya, no se la debe la probacion, sino la reprobacion. Así, sola la fè de los Justos, esto es, sola la fè viva de los vivos, entra à examinarse en el horno de las tentaciones. Pero, no la justicia de todos permanece por los siglos de los siglos, porque hay quienes por algún tiempo creen, y en el tiempo de la tentacion se apartan. La tentacion prueba qual es la fè de cada

Math. 10
22.

Las almas tiernas en la virtud sò semejâtes à las mugeres que están en ciuta.

Eccl. 27.
6.
Rom. 11.
18.
Abac. 2.

Fè de los demonios

Babilin
-14
obediencia
-14

Prueba de la fè verdadera.

mo. Si la de alguno falta (pues falta, quando en la caridad no persevera) se conoce, que es fingida: pero la de aquel que persevera, se juzga probada, y perfecta.

16. De lo dicho se hace, à mi parecer, bastante claro, que no todos los que tienen caridad, tienen la perseverancia en ella. De otra suerte, en vano amonestarla el Señor à los discipulos diciendoles: *Permaneced en mi amor*. Porque, si todavia no amaban, no debia decir: *Permaneced en mi amor*, sino tened mi amor; ò, si amaban ya, no era necesario amonestarles la perseverancia, de la qual, segun aquellos, no podian ser privados. Cuide pues el siervo bueno, y fiel de conservar con la fè no fingida la caridad de un corazón puro, y de una conciencia buena, estimando en mas la vida del alma, que la del cuerpo, teniendo menos horror à la muerte de la carne, que à la de la fè.

CAPITULO V.

De la virtud de la humildad necesaria à todos, pero particularmente à los Prelados.

17. YA de las tres cosas que propusimos arriba, sola es la humildad (sino me engaño) la que nos resta que tratar ahora. De tal modo es necesaria à las dos virtudes dichas, que sin la humildad ni aun parece que son virtudes. A la verdad, la humildad es la que merece, que la castidad, ò caridad nos sean dadas: porque à los humildes dá Dios su gracia. La humildad pues recibe las otras virtudes: despues de recibidas las guarda, porque no reposa el Espiritu Santo, sino sobre el humilde, y quieto: despues de guardarlas, las consume, porque la virtud se perficiona en la enfermedad, esto es, en la humildad. Ella comba-

Johan. 15

9.

Se debe preferir la vida del alma à la del cuerpo.

Si la humildad nada valen las demás virtudes.

Jacob 4

6.

Asi ul-
tra 2.

te á la enemiga de toda gracia, y principio de todo pecado, que es la soberbia, y aleja, tanto de sí misma, como de las demás virtudes, su altiva tiranía. Porque, quando con ocasion de otros qualquiera bienes suele la soberbia recibir aumento de sus fuerzas, sola esta como un baluarte, y torre de las virtudes, resiste valerosamente á su malignicia, y sale al encuentro á su presunción. Sola ella finalmente, es, de la que Maria llena de todas las virtudes, juzgò se debia gloriar; pues habiendo oido del Angel: *Dios te salve llena de gracia*, como si de aquella plenitud solo reconociera en sí la humildad, solo con esta, como se refiere, correspondió, y explicó su agradecimiento á tanta gracia, diciendo: *Mirò Dios la humildad de su sierva.*

2 Cor. 12

18. Pero ¿què hizo despues el Autor y Dador de las gracias Christo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduria, y ciencia de Dios, en quien tambien habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente: por ventura, sin embargo de esto, no se glorio èl mismo de la humildad, como de la suma de su doctrina, y de sus virtudes? *Aprended de mi*, dice, no que soy casto, ò sòbrio, ò prudente, ò cosa semejante, sino *que soy manso, y humilde de corazon.* De mi, dice, aprended; no os envio yo á la doctrina de los Patriarcas, no á los libros de los Prophetas; sino que me presento yo á vosotros, como ejemplo y forma de humildad. Me envidiaron la altura, que tengo en el Padre, el Angel, y la muger: aquel la altura del poder, esta la de la ciencia. Mas vosotros, entrad en la emulacion de mejores gracias, aprendiendo de mi, que soy manso, y humilde de corazon.

Sole de la
humildad
se gloria
Maria.

Luc. 1.48

Id.

Tambien
el Señor.

Math. 19

19.

19.

19.

19.

19.

19.

19.

19.

19.

19.

19.

19.

19.

19.

19.

19.

19.

19.

19.

19. Juzgo tambien, que serà provechoso indagar algo acerca de la soberbia, á fin de que

Definición
y división
de la so-
berbia en
ciega, y
vana.

aparezca mas manifesta la hermsura de esta vir-
tud por el vicio que se la opone. Se divide en dos
especies, esto es, en soberbia ciega, y vana: que
con otros nombres se pueden llamar contumacia,
y vanidad: de las quales la primera es vicio del
entendimiento, y la segunda de la voluntad. Por
que por aquella se engañan los ojos de la razon,
y por esta se indisponen el apetito de la voluntad:
lo qual por sus definiciones se conocerà mejor. La
soberbia ciega, ò contumacia es un vicio, por el
qual juzgando el hombre, ò que es bueno, no sien-
dolo, ò siendolo, juzgando que lo es por sí pro-
pio, se gloria no en el Señor, sino en sí mismo.
La soberbia vana, ò vanidad es aquel vicio, por el
qual alguno se deleyta mas de sus propias alaban-
zas, que de las de Dios, igualmente sobre lo que
es, como sobre lo que no es. Esto notado, adap-
temos à la humildad todo lo contrario, cotejando
por menor cada cosa. La humildad es un despre-
cio de la propia excelencia. El desprecio se opone
al apetito de su alabanza. A las dos especies de so-
berbia tambien se oponen dos especies de humildad
igualmente: contra la soberbia ciega se opone el
saber sentir el hombre bajamente de sí: contra la
vana, que ni siquiera consienta con los que sien-
ten de diverso modo. A la verdad, si uno sabe
sentir de sí bajamente, ni en lo uno, ni en lo otro
se puede engañar su juicio acerca de sí propio:
es decir, que no llegará à pensar, ò que es algo
mas de lo que es, ò que lo que es, lo es de sí mis-
mo. Y por eso careciendo con paciencia de aque-
llo que ve, que le falta, acerca de lo que cono-
ce con certeza, que tiene, se gloria humildemente,
no en sí, sino en el Señor.

Contra-
posicion, ò
antitesis
entre la
soberbia,
y la hu-
mildad.

20 Para no engreirse, y estar en precaucion
contra la tentacion de sentir de sí mismo mas al-
tamente que lo que debiera, suele el ver dadero hu-
mil-

milde repasar en continua meditacion aquello: *No aspireis à lo que es mas elevado, sino mas antes acomodaos à lo mas humilde: y lo otro No anduve en cosas grandes, ni maravillosas sòbre mi. Si no he sentido bajamente de mi, y por el contrario se ha ensalzado mi alma. Y: El que piensa, que es algo no siendo nada, se engaña à si mismo. Mas contra la tentacion de pensar, que es de si propio aquello que es, se pregunta à si mismo cuidadosamente: ¿Qué tienes que no bayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorias, como si no lo hubieras recibido?* Igualmente, el que acostumbra menospreciar perfectamente las humanas alabanzas, quando percibe, que le alaban de lo que en si no tiene, no asintiendo en manera alguna, trae á su memoria aquello: *Los que te aclaman por dichoso, te inducen al error.* Y no menos se acuerda de aquel versito: *Vanos son los hijos de los hombres, los hijos de los hombres tienen pesos falsos, y ellos se convienden juntamente en la vanidad para usar de los engaños.* Por tanto, procura imitar solícitamente al Apóstol que dice de si: *No digo mas, no suceda que me aprecie alguno sòbre las mèritos de lo que ve en mi, ù oye de mi.* Pero, quando halla, que es alabado de lo bueno, que èl acaso conoce tener en si, igualmente, en quanto està de su parte, cuida de rechazar de si el dardo del favor con el escudo de la verdad, dando la glòria à Dios, y diciendo: *Por la gracia de Dios soy lo que soy.* Y rebatiendo de si toda sospecha, dice al Señor: *No à nosotros, Señor, no à nosotros, sino à vuestro nombre dad la glòria.* Teme sin duda èl, no sea quizá, que, si se porta de otra suerte, oiga del Señor: *Recibiste ya tu recompensa: Y tambien Buscais la glòria unos de otros, y no buscais la glòria, que viene solamente de Dios.* Refugian-
 dose pues sòbre esto al consejo del Apóstol, hace

Rom. 19.

16.

Ps. 130. 3

Como se ha de pre-
 venir el
 humilde
 de contra
 la vana-
 gloria.

1 Cor. 4.

7.

Isai 3 12

Se deben
 despreciar las hu-
 manas
 alabanzas.

2 Cor. 12

6.

1 Cor. 1.

10.

Ps. 113. 9

Math. 6. 10

5. 12 & 13

Joham. 5. 41

Galat. 6.

examen el mismo de sus obras, para tener así la gloria en sí mismo, y no en otro. Guarda fiel es de sí propio, el que sabe reservar para sí el acceyte del favor, para que no suceda, que en la venida del Esposo se apague la lámpara de la conciencia, por estar vacía. *No lo tiene en otro*, vuelvo á decir. No hálla por conveniente el entregar á los lábios de los hombres su gloria, pues sin duda son una arca sin llave, ni cerradura, y que no está cerrada de ningun modo para el que quiera hacer daño. No es seguro ciertamente, sino mas antes es una necesidad, colocar tu tesoro, donde no puedas volverle á tomar, quando quieras. Si le pones en mi boca, ya no está en tu potestad, sino en la mia, siendo cierto, que segun mi gusto te podrè yo alabar, ò vituperar.

CAPITULO VI.

En la conciencia de cada uno se ha de colocar la alabanza, y gloria verdadera: pero no sin temor, porque Dios es escudriñador, y juez de los corazones.

Es lugar seguro la conciencia.

Ella es el compañero inseparable del hombre.

21 **E**S la conciencia un vaso sano, y firme mismo, y muy apropósito para guardar los secretos, no está expuesto á asechanzas algunas, y no cede á ninguna violencia; pues es inaccesible á los ojos de todos, y á las manos, exceptuado solo el Espíritu, que escudriña tambien las cosas altas de Dios. Qualquiera cosa que en ella pusiere, estoy seguro de que no la perderè, ella me la guardará, estando yo vivo, y me la restituirá, quando estuviere difunto. Porque á donde quiera que fuere yo, va ella conmigo, llevando consigo el depósito, que recibí para guardar. Está presente, quando yo vivo, y me seguirá igualmente

mente, quando estuviere muerto: en todas partes es inseparable de mi la glòria, ò la confusion, segun la calidad del depósito. Bienaventurados los que pueden decir con verdad: *Nuestra glòria es el testimonio de nuestra conciencia.* No lo puede decir, sino el humilde, el qual segun el proverbio vulgar acostumbra temer los ojos del campo, y tiene por sospechosos los oídos de las selvas. Es bienaventurado el hombre, que está siempre temeroso. No puede decir esto el arrogante, y presuntuoso, que ostentándose con descaro à sí mismo frecuentemente, y en todas partes, como quien anda por un campo, anhela con ansia à la glòria, y aun se glòria, quando ha obrado mal, y se regocija en las cosas pèsimas. Juzga, que no le ven, porque tiene mas que le imiten, que quienes le reprendan, siendo èl ciego, y guia de los ciegos. Pero tiene èste campo sin duda ojos, que son los de los Angeles santos, à quienes suele ofender siempre la vida desarreglada. No dirá tampoco el hipócrita: *Mi glòria es el testimonio de mi conciencia,* porque aunque bürle la opinion de los que juzgan por lo exterior, en sus palabras, semblante, y apariencia disimulada; pero no puede engañar, ni evadir el juicio del que escudriña las entrañas, y los corazones; pues que à Dios nadie le puede burlar. Tema este tambien el oído del bosque. Aunque la mano, y la lengua estèn quietas, con todo eso desde qualquiera selva de su enmascarada doblez, y espinosa astucia habla el corazon de quien calla, y descansa al oído que está en todas partes presente, y el pensamiento le confiesa. Es torcido el corazon del hombre, è inexcrutable, de manera, que nadie sabe lo que hay en el hombre, sino el espíritu del hombre, que està en èl; y ni aun èste pleamente. Porque, diciendo el Apóstol: *Para mi es de muy poco momento el ser juzgado de*

1 Cor. 1

2.

Prov. 28

14. omnium

ob oculos

Aquienes sea permitido gloriarse del testimonio de la propia conciencia.

Jer. 17. 9

Jer. 17. 9

1 Cor. 6.

3.

vosotros, ò por qualquiera hombre que sea, añadió: pero ni yo mismo me atrevo à juzgarme. ¿Por qué? Porque no puedo, dice, aun yo mismo pronunciar una sentencia fija acerca de mi. *Pues aunque mi conciencia no me reprende nada, no por eso estoy justificado.* No me fio del todo en mi misma conciencia, pues que ni ella á la verdad me puede comprender á mi en todo; ni puede juzgar del todo, el que no lo oye todo. *El que me juzga pues, es el Señor.* El Señor, dice, á cuya ciencia no se puede esconder, y cuya sentencia no puede declinar, aun aquello que se oculta à la propia conciencia. Oye Dios en el corazon del que piensa, lo que no oye aun el mismo que piensa. Estaba cerca la oreja del Propheta ausente de la boca del que pedía furtivamente el dinero: y yo, pensando, aun en lo mas oculto, dañar ò al prójimo iniquamente, ò torpemente à mi mismo, ¿no temerè aquel oido, que de ninguna parte està ausente? Tremendo oido enteramente, y digno de reverencia, para el qual ni el òcio cesa, ni el silencio calla. Finalmente, dice: *Quitad lo malo de vuestros pensamientos de mis ojos.* Pero ¿què dà à entender en decir: *de mis ojos?* ¿Pues què, no solamente oye Dios, sino que vè tambien nuestros arcànos? ¿Què ojos serán estos, que miràn los mismos pensamientos? No tienen los pensamientos color para verse, como ni sonido para oirse. Suelen sentirse del que piensa, pero no pueden oirse de quien escucha, ni verse de quien mira. Con todo eso, justamente el Señor sabe los pensamientos de los hombres, que son vanos. Porque ¿cómo los ignoraria, quando los oye, y los vé? A estos dos sentidos principalmente, esto es, à la vista, y al oido, nadie juzga què se debe negar la fè. Esto decimos nosotros constantemente, que sabemos, que hemos visto, y oido. Así, con razon no tenia necesidad el

No es seguro creerse à sí mismo à cerca de sí.

4 Reg. 5
26.

Isai. 1. 16

Los pensamientos de los hombres están pà tentes à los divinos ojos

Señor Jesus de que alguno le diera testimonio del hombre: èl mismo sabia ciertamente lo que habia en el hombre. *¿Què estàis pensando cosas malas,* dice, *en vuestros corazones?* No respondia à las palabras, sino à los pensamientos. Oia à los que no hablaban, veia lo que no aparecia.

23 Todo me estremezco, Señor Jesus, considerando con la corta atencion que puedo, vuestra Magestad, especialmente, quando traygo à la memoria, en quantas cosas la he menospreciado yo en algun tiempo. Mas y tambien ahora, despues que hui del semblante de la Magestad à los pies de la piedad, ¿què es lo que hago? Recèlo, no sea que yo mismo, que en algun tiempo agraviè à la Magestad, sea ahora tambien ingrato à la piedad. Porque ¿què importa, que hayan cesado las manos, sino cesa el pecho? ¿Què importa, que calle ya la boca, si el corazon no para? ¿Si cada uno de los ilícitos movimientos de mi ànimo es un agràvio contra Vos, Dios mio, por exemplo, los movimientos de iracundia contra la mansedumbre, los de envidia contra la caridad, los de luxuria contra la sobriedad, los de torpeza contra la castidad, y otros innumerables semejantes à estos, que del cenoso lago del inmundo pecho mio brotan aun ahora incesantemente, inundando, y resaltando à la serenidad de vuestro reluciente rostro: ¿què cosa grande habrè hecho yo en reprimir solos mis miembros, y en corregir solas las acciones? ¡O Señor! si estas, y semejantes Iniquidades, que, aun estando sin hacer nada en lo exterior, no ceso de cometer dentro de mi, las observàreis Vos, ¿quien os sostendrà? ¿Pero acaso ya no hago yo estas cosas, sino que las padezco? Se hacen en mi à la verdad, mas no se hacen por mi, si yo no consiento. Ciertamente, si no llegan à dominarme, entonces serè immaculado; y serè immaculado delante de èl; no

Math. 9.

5.

Quà justo motivo de temer en los ilícitos movimientos del ànimo.

El senti-
do de la
concupis-
cencia no
es pecado
si falta el
consenti-
miento.

Ps. 51 6.

solo si careciere yo de iniquidad mia, sino tambien si me guardare yo de ella. Mia la he llamado, no porque yo la haga, sino porque yo la padezco. Llevo en mi un cuerpo de muerte, y la carne de pecado: á mi me basta por ahora, que no reyne el pecado en mi cuerpo mortal. Asi, el cuerpo no se tiene por crimen, ni tampoco el pecado que habita en él: pero esto es, si yo no me deleyto en él, esto es, si yo no ofrezco mis miembros por armas á la iniquidad. Por esta, ó Dios misericordioso, orará á Vos qualquiera Santo tambien en el tiempo oportuno; postrándose ante Vos por lo malo que siente, y permaneciendo con todo eso Santo, mientras no consienta: postrándose por el peligro, y siendo Santo por la virtud: Santo ciertamente, y dichoso, pues que poniendo toda su complacencia en la ley de Dios segun el hombre interior, acerca de lo malo, que de tal suerte experimenta en el cuerpo, que no puede carecer de ello, sino quando se aparta al mismo tiempo del cuerpo, con razon se consuela, y dice: *Ta no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que habita en mi.*

Rom. 7.
17.

24 Sin embargo, ¿quién entiende los delitos?

Otro motivo de temer, es el juicio oculto de Dios.

1 Cor. 4.
6.

2 Cor. 10.
11.

2 Reg. 16
7.

Por cierto, aunque yo pudiera decir juntamente con San Pablo, lo que de mi está muy lejos: *Nada me reprende mi conciencia*: con todo eso, no seria razon, que me gloriase yo de estar justificado por eso: pues no es aquel que se dà testimonio à sí mismo, el que es verdaderamente estimable, sino aquel á quien Dios dà testimonio. Si me aplaudiere, diciendo, que soy justo, el dia humano, lo aprecio muy poco, porque este dia luce solamente en lo exterior. Pues el hombre mira en el semblante, mas Dios mira el corazon. Por eso Jeremias no hacía mucho caso de los populares juicios, que son como unos rayos de luz del dia humano, sino que confiadamente decia á Dios: *No he deseado el dia.*

dia del hombre, Vos lo sabeis. Si mi dia mismo se me presentáre alhagueño para mi; *ni á mi mismo*, dice, *me juzgo*; porque ni á mi mismo me entiendo suficientemente. Solo con razon fue constituido juez de vivos, y muertos, el que fabricó uno por uno los corazones de todos, y entiendo todas las obras de ellos. Solo miro por juez, en quien solo reconozco la virtud de justificar. El Padre le dió à èl el hacer el juicio, porque es hijo del hombre. No usurpo para mi, ò sobre mi, yo que soy siervo, la potestad del que es Hijo; ni me junto à aquellos, de quienes suele quejarse de este modo: *Me han quitado los hombres el oficio de juzgar.* El Padre no juzga à alguno, sino que ha dado todo el poder de juzgar al Hijo: ¿y presumiré yo usurpar, lo que ni el mismo Padre toma para sí? O quiera, ò no quiera yo, me es forzoso ser presentado delante de èl, y dar quènta de todo lo que he hecho, viviendo en el cuerpo, à aquel Señor, à quien ni una palabra se le pasa, ni un pensamiento se le oculta. A vista de tan justo contraste de los mèritos, á vista de tan íntimo inspector de los secretos, ¿quien se gloriará de tener el corazon casto? Sola ciertamente aquella virtud, que no acostumbra gloriarse, que no sabe presumir, que no suele porfiar, quèro decir, la humildad, hallará en los ojos de la divina piedad la gracia. No apela al juicio, ni ostenta tener justicia, el que es verdaderamente humilde, sino que dice: *No entreis en juicio con vuestro siervo, Señor.* Recusa el juicio, y pide misericordia, confiando, que mas facilmente alcanzará para si perdon, que podrá vindicar la justicia. Conoce la naturaleza divina naturalmente piadosa, y que de ningun modo desecha la humildad de la nuestra. No desprecia aquella magestad al corazon contrito, y humillado en nuestro linage, pues que, ni se desdeñò de

Jer. 17.
16.

1 Cor. 4.
3.

No debe el hõbre usurpar el juicio de si mismo, pues à solo Dios le es debido.

Johan. 5.
22.

Ps. 142.2

tomar de él el cuerpo de humildad. Yo no sè por-
que razon suele siempre la divinidad acercarse à la
humildad mas familiarmente. En fin , de ella se vis-
tiò para mostrarse à los hombres. Tomò en sî , y
llevó consigo substancia , modo , y trage todo hu-
milde , recomendándonos la excelencia de una vir-
tud , que quiso honrar con la especial presencia de
sî mismo.

CAPITULO VII.

*Censura la ambicion de los Eclesiásticos , la pro-
moción de los jòvenes , y la pluralidad de benefi-
cios.*

25 **M**AS à Vos , Amantísimo , à Vos par-
ticularmente , juzgo , que es tanto

La humil-
dad es
mas nece-
saria à los
Prelados.

mas necesaria esta virtud , quanto es mayor en Vos
conocidamente la materia , y ocasion de altivez.
El linage , la edad , la ciencia , la silla , y (lo que
es mas) la prerrogativa de primado , ¿para quièn
no serian un incentivo de insolencia , y ocasion de
altivez? Aunque , à la verdad , tambien lo pueden ser
de humildad. A los que piensan en los honores ,
alhagan estas cosas , pero à los que consideran las
cargas , sirven de tédio , y de temor. Mas no todos
perciben esta palabra. Pues muchos no correrian
à los honores con tanta confianza , y alegria ; si ad-
virtieran al mismo tiempo sus cargos. Recelarian
sin duda echar sòbre sí peso tan grande , y no pre-
tenderian con tanto trabajo , y peligro la investidura
de qualesquiera dignidades. Mas ahora , porque
solo se atiende la glòria , y no la pena , se tiene
pudor de ser en la Iglesia un puro clérigo , y se re-
putan à sî mismos por ínfimos , y desayrados , los
que no son sublimados à un lugar mas eminente.
Los niños de la escuela , y jòvenes sin barba por
la

Los hono-
res para
unos sir-
ven de
atractivo
pero pa-
ra otros
de temor
y tédio.

la nobleza de la sangre son promovidos à las dignidades eclesiásticas, y desde la sugesion à la palmeta son trasladados à ser príncipes de los Presbyteros; mas alegres por entonces de haberse libertado de las disciplinas, que de haber merecido el principado; y no lisongeándoles tanto el magisterio, que han conseguido, como el que les han quitado. Y esto à la verdad es en un principio. Mas con el discurso del tiempo, haciendose poco à poco insolentes, salen doctos en brebe, para usurpar las Iglesias, y para desocupar las bolsas de los súbditos, usando sin duda de unos maestros hábiles en esta ciencia, que son la ambicion, y la avaricia. Pero por mas diligencia que emplees en juntar tus lucros, pareciéndote á tí mismo muy cauto en esto, por mas vigilancia que tengas en guardar tus cosas, por mas cuidado que pongas en captarte la gracia de los Reyes, y Príncipes, con todo eso decimos: *Ay de la tierra, cuyo Rey es niño, y cuyos Príncipes comen por la mañana.*

26 Ni queremos en esto decir, que alguna edad sea para la gracia de Dios temprana, como ni tampoco tardía: quando vemos muchos jóvenes, que entienden mas que los viejos, que hacen antiguos sus dias por las costumbres, previenen los tiempos por los méritos, y que compensan con las virtudes, lo que falta à la edad. Buenos niños son, los que procuran ser tambien en quanto à la malicia, lo que parecen ser en los años. En quanto à la malicia, vuelvo à decir, mas no en quanto à la prudencia; cuya juventud, segun el aviso del Apòstol, no la desprecie ninguno. Mejores son los jóvenes de una índole buena, que los envejecidos en dias malos. El niño de cien años es maldecido: y hay por el contrario una venerable senectud, no de mucho tiempo, ni computada por el numero de los años. Buena niño Samuel, que al punto se presenta-

Cosa indignaque los niños por el motivo de su nacimiento sean elevados à las dignidades Ecclesiasticas.

Eccl. 10.
26.

Pero algunos por ser buenos debē ser preferidos à otros de mayor edad.

1 Tim. 4
12.

Sap. 4.8.

1 Reg. 3
9.

taba oyente cuidadoso á Dios que hablaba, diciendo: *Hablad Señor, que oye vuestro siervos como si dijera: Dispuesto estoy, y no me he turbado para guardar vuestros mandamientos.* Buen niño Jeremias tambien, el qual siendo santificado antes que nacido, quando se excusaba, pretextando su niñez, fuè constituido sin embargo de eso sóbre las gentes, y los reynos. Buen niño igualmente Daniel, cuyo espiritu suscitò Dios, para que conveniese los juicios iniquos, y libertàse la sangre inocente. Finalmente: *La prudencia del hombre es para èl como las canas; y una vida sin tacha, es una vejez dichosa.* Si en alguna parte se halla promovido este niño anciano, obra de Dios es, que se debe admirar, no imitar por los que no son tales.

27 Pero se vè à cada paso en el clero acelerarse de todas edades, de todas clases, los doctos igualmente que los indoctos, al cuidado de los officios eclesiàsticos, como que cada uno vivirà sin cuidados, luego que llegue à lograr estos cuidados. Ni esto es de admirar en aquellos, que todavia no los han experimentado. Pues viendo, que los que sometieron ya los propios hombros à la anhelada carga, no solo no gimen como los que estàn baxo de un grande peso, sino que apetecen el ser cargados mas, no se amedrentan de los peligros, que ciegos con la codicia no ven, sino que mas antes son incitados por las conveniencias, que envidian en ellos. ¡O, ambicion siempre infinita, y avaricia insaciable! Apenas han llegado à lograr los primeros honores en la Iglesia, ya los hayan conseguido, ò por los mèritos de su vida, ò del dinero, ya tambien por la prerogativa de la carne, y de la sangre, que no poseeràn el reyno de Dios; no por eso sosiegan los corazones, permaneciendo siempre inquietos èntre dos deseos, siendo el uno

Jer. i. 6.

Dan. 12.

54.

Reprède gravemēte la ambicion en el Clero.

Tambien la pluralidad de beneficios.

de dilatarse mas, y mas, juntando en si diversas dignidades, y el otro de ser sublimados à las mas altas. Por exemplo, quando uno es hecho en qualquiera Iglesia Dean, ò Prepòsito, Arcediano, ò cosa semejante; no contento con un oficio en una Iglesia, solícita agregar en si otros muchos, por mejor decir, todos quantos puede, sea en una Iglesia, sea en muchas. Sin embargo, à todos estos emplèos, si hubiere lugar, gustosamente prefiere la dignidad de Obispo solo. Mas ¿por ventura se saciará aun asi? Hecho Obispo, desèa ser Arzobispo. Habiendo conseguido quizá el Arzobispado, de nuevo, soñando no sè que otras cosas mas altas, determina freqüentar, emprendiendo laboriosos viajes, y costosas comunicaciones, el palacio Romano, adquiriendo alli ciertas amistades, que le sean lucrosas. Si hacen esto con el fin del lucro espiritual, debe alabarse el zèlo; pero se debe reprehender la presuncion, como digna de castigo.

28. Algunos, quando no pueden hacer esto, vuelyense á otro gènero de ambicion, en que no menos que los otros declaran el ansia, que tienen de dominar. Pues, presidiendo à ciudades muy populosas, y rodeando en el àmbito de su propio obispado (por decirlo asi) las patrias de todos; hallando ocasion por qualquiera privilegio antiguo, pretenden sugetar à sí las ciudades vecinas; à fin de que dos ciudades, á las quales apenas bastarian dos Obispos, se reduzcan bajo de uno solo. Yo os ruego, me digais, ¿què presuncion sea esta tan odiosa; què ardor es este tan grande de dominar sòbre la tierra, què codicia de mandar es esta tan desenfrenada? Ciertamente en un principio, quando fuiste elevado à la silla, llorabas, la rehusabas, te quejabas de la fuerza, diciendo, que esto era mucho para ti, y enteramente sòbre tus fuerzas; clamando, que eras miserable, è indigno,

Otro gènero de ambicion es querer sugetar à sí las Iglesias ajenas.

y que no eras idóneo para ministerio tan santo, ni eras suficiente para tan grandes cargas. Pues ¿cómo ahora, desechado aquel pundonoroso temor, anhelas voluntariamente à los obispados mas amplos, ò mas bien, con una irreverente audacia, no contento con lo propio, quieres apoderarte de lo ageno? ¿A què fin esto? ¿Es acaso, para que salves mas pueblos? Pero cosa injusta es, que metas tu hoz en la mies agena. ¿Es para hacer mas bien à tu Iglesia? Pero al Esposo de las Iglesias no agrada el aumento de una, que sea detrimento de otra. ¡Ambicion cruel, è increíble, si los ojos no lo hicieran creer! Apenas contienen sus manos, para no cumplir à la letra, aquello que se lee en el Propheeta: *Partieron el vientre à las mugeres de Galaad que estaban preñadas, para dilatar los terminos de su pays.*

Amos. 1.
13.

Isai. 5. 8.

29 ¿Dònde está el temor de aquella terrible conminacion: *Ay de vosotros que juntáis la casa à la casa, y unis tierras à otras tierras?* ¿Por ventura solamente en estas cosas de poco valor se ha de temer este *ay*, y no quando se continúan ciudades con ciudades, y provincias con provincias? Pero respondan ellos todavia, si quieren, que imitan à Christo, haciendo ellos tambien un pueblo de los que eran dos, y trayendo igualmente de diversos pastos los rebaños, para que haya un solo pastor, y un aprisco. A este fin no se detienen en freqüentar la basilica de los Apòstoles, para encontrar tambien alli (lo que es mas digno de dolor) quienes favorezcan su improba voluntad: no porque cuiden mucho los Romanos de quales sean los limites de las cosas; sino porque aman mucho los regalos, y siguen las recompensas. Desnudamente háblo cosas, que están desnudas, ni cubro lo que trae consigo pudor, sino que confuto lo que se hace sin vergüenza. ¡Ojalá que estas cosas se hicie-

ran privadamente, y dentro de las cámaras! ¡Ojalà que solos nosotros las vièsemos, y las oyèsemos! ¡Ojalà que, aun dicièndolas, no se nos creyese! ¡Ojalà que estos nuevos Noes nos dejáran con que en algun modo les pudieramos cubrir! Mas ahora, mirando el orbe todo la fábula del mundo, ¿solos nosotros callarèmos? Está mi cabeza partida por todas partes, y yo brotando por todos lados la sangre, ¿y juzgarè, què se debe cubrir? Qualquiera cosa que la aplicàre, se ensangrentará; y serà mayor confusion haberla querido cubrir, quando no se puede cubrir.

CAPITULO VIII.

Recomienda al Obispo la humildad, y modestia.

BUena virtud la humildad; pues hace, que el ànimo estè sosegado de estos inquietos cuidados, y al presente, y para lo futuro dà seguridad à la conciencia contra las penas que amenazan. Estas consideraciones, ò Padre, repriman vuestro corazón de la pestifera imitacion de todos estos. Oid mas bien al Propheta, disuadiendoos tales cosas de este modo: *No quieras, dice, imitar à los que obran mal, ni envidies à los que hacen la iniquidad.* Mas bien conviene imitar al Apóstol, que no se gloria inmensamente, ni se extiende mas allà de sí mismo, ni se atreve (como èl confiesa) à compararse à algunos, que à sí mismos se ensalzan, sino que se compàra à sí mismo, y se mide segun la medida de la regla, que Dios le midió à èl. Oyendo tambien de su boca: *No os negueis el uno al otro lo que os debéis,* estarèis contento con vuestras cosas. El mismo, persuadiendo igualmente la humildad, no dudará de intimar al Arzobispo saludablemente aque-

Ps. 36. 1

2 Cor. 10
12.

1 Cor. 7.

5.

Rom. 11
20. *la sentencia suya: Pon cuidado en no presumir cosas altas, y mas antes teme.* No presumir cosas altas el que està colocado en lo alto, cosa difícil es, y enteramente desusada: pero quanto mas desusada, tanto mas gloriosa. El temor acerca de la altura ya conseguida, antes hará mirar con tedio, que con agrado otras cosas mas altas. No os juzgueis pues feliz, porque presidis; pero juzgaos infeliz, porque no aprovechais.

Aun siendo
Arzobispo le
carga la
sugecion.
Eccl. 3.
20. *31. Mas, para que con seguridad podais presidir, no debeis desdeñaros de sugetaros tambien à quien debeis.* Porque desdeñarse de la sugecion, hace al hombre indigno de la prelacia. Consejo es del Sábio: *Quanto mayor eres, tanto te has de humillar en todo.* Pero es precepto de la Sabiduria: *El que es mayor de vosotros, hágase como el menor.* Y, si es conveniente estàr sugeto aun á los menores, ¿cómo será lícito despreciar el yugo de los mayores? Mas antes vean en Vos vuestros súbditos un exemplar de lo que ellos deben executar con Vos. Entendeis lo que digo: *à quien debeis honor, dad honor. Toda alma, dice, està sujeta à las potestades, que son mas sublimes.* Si toda alma,

luego tambien la vuestra. ¿Quién os ha exceptuado de esta universalidad? Si alguno pretende eximiros de ella, intenta engañaros. No querais consentir à los consejos de aquellos, que, siendo Christianos, no obstante tienen por oprobrio el seguir los hechos de Christo, ù obedecer à sus dichos. Esos mismos son los que os suelen decir: "Con-
servad, el honor de vuestra silla. A la verdad, era razon, que por Vos creciese la Iglesia, que està encomendada à vuestro cuidado: mas ahora, á lo menos permanezca en aquella dignidad, en que la recibisteis. ¿Pues qué, sois Vos menos poderoso, que vuestro predecesor? Si por Vos no crece, á lo menos no mengüe." Esto dicen ellos.

ellos. Mas de diverso modo lo mandò, y practicò Christo. *Dad, dice, lo que es del Cesar, al Cesar, y lo que es de Dios, à Dios.* Lo que pronuncieò con la boca, cuidò de cumplirlo luego por la obra. El Criador del Cesar no dudò de dar el tributo al Cesar: exemplo pues es diò, para que Vos tambien lo hagais asi. Mas ¿quàndo negaria à los Sacerdotes la debida reverencia, el que procurò exhibirla tambien à las potestades seculares? A la verdad, si asistis cuidadoso al sucesor del Cesar, quiero decir al Rey, en sus cortes, en sus consejos, en sus negocios, y en sus exercitos, ¿serà indigno de Vos el portaros con el Vicario de Christo en la misma conformidad, en que està establecido èntre las Iglesias desde lo antiguo? *Las cosas que vienen de Dios, dice el Apòstel, están ordenadas por Dios.* Vean pues estos, que os disuaden de esta ignominia, que cosa sea resistir à la ordenación de Dios. Serà una cosa muy ignominiosa para el siervo, * si es como su Señor; ò para el discipulo, si es como su Maestro. Juzgan ellos, que os honran muchísimo, quando intentan preferiros à Christo, reclamando èl mismo, y diciendo: *No es el siervo mayor que su Señor*; ni el Apòstel mayor que quien le enviò. Lo que no desdeñò el Maestro, y Señor, y tal Maestro, y Señor; ¿lo juzgarà por indecente en sí mismo el siervo bueno, y devoto discipulo?

32 ¿Quán bellamente habiò aquel dichoso Centurion, à cuya fe no se encontró igual ninguno en Israèl! *Y yo, dice, soy hombre que estoy bajo de potestad, teniendo bajo de mi soldados.* No se jactaba de la potestad, quando ni habló solò de ella, ni primero. Pues, habiendo de decir, *tengo soldados bajo de mi*, pronuncieò antes: *Soy hombre que estoy bajo de potestad.* Primero se conociò el hombre, que poderoso. Conociòse hombre, rapino, un hombre gentil, para mostrar, que ya se cubri-

Math. 12. 17.

Debe el Arzobispo mostrar respeto al Papa.

Rom. 13. 2.

El Abad * Ironicamente.

Johan. 13. 16.

Luc. 7. 8.

Se alaba la humildad del Centuriò del Evàngelio.

Es. 9. 21.

plia en él, lo que mucho antes habia dicho David: *Sean las gentes, que son hombres. Hombre soy, dice, y estoy bajo de potestad.* Ya qualquiera cosa, que añadieses, no sospecharèmos en ti jactancia alguna. Se anticipò pues la humildad, para que no presipite la altura; porque no hälla lugar la arrogancia, quando và delante insignia tan esclarcida de la humildad. Conoces tu debilidad, confiesas tu sugesion: pues ya puedes pronunciar sin riesgo alguno, que tienes soldados bajo de ti. Realmente, porque no se confundia de hallarsè sugeto, con razon mereciò ser honrado con la preferencia, y superior lugar respecto de otros. No se avergonzò de tener otra potestad sobre sí; y por eso fuè digno de tener soldados tambien bajo de sí. Habla la boca por la abundancia del corazon, y segun que tenia interiormente bien ordenadas sus afecciones, en lo exterior tambien dispuso sus palabras con arreglo, y decencia. Diò primero honor á sus mayores, para recibirle èl con justicia ya de sus súbditos; reconociendo, que recibia èl de los superiores el estàr constituido sobre inferiores: y para aprender mejor con la experiencia de la propia sugesion, à moderar, y disponer sus mismos preceptos, è imperio. Quizá no ignoraba, que habia sugetado Dios al hombre, estando èste sugeto à èl, todas las cosas, ponièndolas à sus pies; que ofendièndole el hombre, las hizo contrarias à èl; y que este mismo hombre, á quien, quando era humilde, habia el Señor constituido sobre las obras de sus manos, por causa de su soberbia fuè comparado á los jumentos irracionales, y se hizo semejante à ellos. Sabia acaso igualmente, que el humano espíritu, estando sugeto al Criador, habia poseido una carne sujeta à èl; que hacièndose èl rebelde, la encontrò ya rebelde; y hécho transgresor de la ley del superior, comenzò á sentir en sus miembros

otra ley, que repugnaba à la ley de su mente, y le cautivaba à èl mismo en la ley del pecado.

CAPITULO IX.

Son reprendidos los Abades, que pretenden desordenadamente eximirse de los legitimos Superiores.

33 **M**E pàsmo de que algunos Abades de Monasterios en nuestra òrden quebranten con odiosas contenciones èsta regla de humildad, y (lo que es peor) que bájode un humilde hàbito, y tonsura piensen tan altivamente, que, no sufriendo, que sus subditos traspasen una sola palabra de sus preceptos, ellos mismos tengan à menos el obedecer à los propios Obispos. Despojan los Monasterios para eximirse, (a) y se redimen à sí mismos, para no obedecer. No lo hizo así Christo. Pues diò la vida, para no perder la obediencia; y estos, por carecer de ella, expendèn casi todo lo que està destinado para su sustento, y el de sus subditos. O Monges, ¿què presuncion es esta? Porque sois prelados de los Monges, no dejàis de ser Monges. A la verdad, al Monge le hace la profesion, al prelado la necesidad. Pero, para que la necesidad no perjudique à la profesion, ha de ac-

El Abad no dexa de ser Mōge.

(a) No imprueba San Bernardo tales esenciones de los Monasterios, que con especialidad desde su fundacion estuvieron sugetos à la silla Apostòlica por la voluntad de sus fundadores. Pero una cosa es, dice, darlis liberalmente la devocion, y otra cosa pretenderlas la ambicion por no sufrir la sugesion. Lib. 3. de Cons. n. 18. V. las notas mas extensas al fin de este tratado.

acceder, no ha de suceder la prelacia al monacato. De otro modo, ¿cómo se cumplirá aquello: *Te han constituido príncipe? ¿se entre ellos como uno de ellos?* ¿En qué manera serás como uno de ellos, permaneciendo soberbio entre los humildes, rebelde entre los súbditos, cruel entre los mansos? Para que te juzguemos como uno de ellos, te hemos de ver tan dispuesto, para mostrar la obediencia, como para exigirla; te hemos de ver obedecer tan voluntariamente à los prelados, à quienes estás sugeto, como mandar à tus súbditos. Mas, si quieres tener siempre obedientes, y nunca serlo tu, das pruebas, de que tu no eres como uno de ellos, quando rehusas ser uno de los obedientes: apartándote de estos por tu soberbia, ya advertimos patentemente à que compañía te agregas; y si tu ò lo desprecias con descaro, ò imprudentemente lo disimulas, sabe, que verdaderamente eres reputado entre aquellos, de quienes està escrito: *Atan cargas pesadas, y que no se pueden llevar, y las ponen en los hombros de los hombres, mas ellos no las quieren con su dedo mover.* ¿Qual compañía juzgas mas indigna para ti, la de los delicados maestros, que la Verdad incrèpa; ò la de los obedientes monges, que intitula amigos suyos? Pues èl dice: *Vosotros sois mis amigos, si hicièreis lo que yo os mando.* Vees aqui pues, que cosa sea mandar, lo que tu mismo no haces, ò no querer hacer, lo que tu mismo enseñas.

34 — Ademàs de esto, aun pasando en silencio aquello de la regla, en donde te se manda por San Benito, que las cosas que enseñares à los discipulos, que son contrarias à la salud, muestres tu en las mismas acciones, que no se deba hacer: ni deteniéndome tampoco en que claramente define, que el tercer grado de la humildad consiste en sugetarse con toda obediencia por el amor de Dios al

Eccl. 32.
1.

Debe ser,
y portarse
como
uno de los
suyos.

Math. 23
4.

Johan. 15
14.

Reg. S.
Bened. c.
22.

La humildad, y la obediencia se han de enseñar cõ el exemplo.

al Superior; atiende à lo que se lee en la regla de la Verdad: *El que no observare, dice, uno de estos mis mínimos mandatos, y lo enseñare así à los hombres, será mirado como el mínimo en el reyno de los cielos.* Por tanto, tu enseñando, y rehusando obedecer, eres convencido de que enseñas, y quebrantas, no un mínimo, sino un máximo mandato de Christo. Así pues, siendo tu doctor, è infractor del mandato, habrás de ser llamado mínimo en el reyno de los cielos. Si juzgas pues injuria de tu primacia el parecer menor, que los Sacerdotes sumos; ¿no se deberá reputar cosa mas indigna, el ser llamado mínimo en el reyno de los cielos? Si eres muy soberbio, mas serás confundido en ser llamado mínimo, que en ser llamado menor. Porque, menos bajeza es parecer menor, que mínimo: y mucho mas apreciable es estar sugeto à solos los Obispos, que à todos.

35 Mas, no lo hago por mi, dice, sino que mi fin es la libertad del Monasterio. ¡O libertad, por decirlo de este modo, mas servil, que toda servidumbre! Con gusto me abstendré yo de una tal libertad, que me sujeta à la servidumbre pésima de la soberbia. Mas temo los dientes del lobo, que la vara del pastor. Pues que, yo que soy monge, y tal qual Abad de monges tambien, estoy cierto, de que si tentare sacudir de mi propio cuello el yugo de mi Obispo, al punto me veré sugeto à la tirania de satanàs. Sin duda, al ver aquella cruel bestia, que dà vueltas buscando à quien devorar, que se ha alejado la guardia, ay! al momento enviste al que tal presumió. Pues, con razon no duda de tomar la superioridad sobre el soberbio, quien con derecho se gloria de ser rey sobre todos los hijos de la soberbia. ¡Quièn me diera à mi, que fueran deputados cien pastores para guardarme! Quantos mas tengo, que cuiden de mi,

tan-

Id. cap. 7
Math. 23
14.

Id. 14.

Id. 14.

Id. 14.
Es mala
libertad
la que se
consigue
sacudien-
do el yu-
go de la
obedien-
cia.
Id. 14.
Id. 14.
Id. 14.

Humil-
dad de S.
Bernardo

Hebr. 13.
7.

Sap. 6. 6.

Johan. 19

12. n. 23

Barrodil

de sup. el

Rom. 13.

2. n. 13

uy la ob

ni ab og

resido

Repréde

la ambi-

cion é los

Monges.

tanto mas seguro salgo à los pastos. ¡O demencia estupenda! No dudo yo recoger para guardar una multitud de almas, ¿y siento pena en tener sobre la mia uno solo, que la guarde? Y ciertamente, los que están sugetos á mi, me ponen en el cuidado de haber de dár quenta por ellos: mas los que son mis superiores, ellos *son los que velan, como que han de dar quenta por mi.* Aquellos, aunque me honran, me cargan; estos, no tanto me oprimen, como me protegen. Acuèrdome que he leído: *Un juicio durísimo se hará à los que gobiernan, mas al pequeño se le concede la misericordia.* Pues ¿cómo vosotros, ò monges, teneis por gravamen la autoridad de los Obispos? ¿Teneis acaso, que os hagan algùn daño? Mas, si padeceis algo por la justicia, bienaventurados sois. ¿Os ofende acaso el que sean seglares? Pero ninguno mas seglar, que Pñatos, delante del qual estuvo el Señor para ser juzgado. *No tendrias, dice, potestad en mi, sino te hubiera sido dada de arriba.* Ya entonces hablaba por si mismo, y experimentaba en si, lo que despues clamò por los Apóstoles en las Iglesias: *No hay potestad, que no venga de Dios: y tambien: El que resiste à la potestad, resiste à la ordenacion de Dios.*

36 Id pues ahora vosotros, y resistid, à quien es Vicario de Christo, no habiendo resistido Christo, ni aun à su contrario: ò decid, si os atreveis, que Dios no sabe la ordenacion de su Prelado, confesando tambien Christo, que la potestad del Presidente Romano sobre èl habia sido ordenada por el cielo. Pero manifestamente dan à entender algunos de estos, que es lo que piensan, quando habiendo logrado con mucho trabajo, y mucho precio privilegios de Roma, se apropian por ellos las insignias pontificales, usando tambien al modo de los Obispos, de mitra, anillo, y sandalias. Cier-

tamente, si se atiende à la dignidad, la profesion del monge está muy distante de esta: si se atiende al ministerio, es claro, que solo compete à los Obispos. Sin duda, desean ser, lo mismo que anhelan parecer: y con razon no quieren estar sujetos, à quienes se hacen iguales con el desèo. ¿Què fuera, si la autoridad de los privilegios les pudiera dar tambien el nombre? ¿Con quànto oro, te parece, que pretenderian conseguir el ser llamados Obispos? ¿A què fin, ò monges, unas cosas como estas? ¿Dònde està el temor del ànimo? ¿dònde el rubor de la frente? ¿Quièn jamàs de los monges celebrados enseñò con palabras cosa semejante à esta, ò la dejò por exemplo? Doce grados de la humildad explica vuestro Maestro, y los distingue por sus propias descripciones: ¿en qual de ellos, os pregunto, se enseña, ò se contiene, que deba el monge deleytarse de este fausto, y pretender estas dignidades?

37 El trabajo, el retito, y la voluntaria pobreza, son las insignias de los monges: estas son las cosas que acostumbrañ ennoblecer la vida monàstica. Mas, vuestros ojos se fijan en todo lo que es sublime, vuestros pies pasean todas las plazas, vuestras lenguas se oyen en todos los concilios, vuestras manos saquean todo ageno patrimonio. Sin embargo, si es conveniente, que eximidos de la sugesion de los Obispos, seais ensalzados con una glòria igual, con igual silla, y con las mismas insignias de los ornamentos de ceremonia, que tienen los sucesores de los Apòstoles; ¿èdmo no celebràis tambien los òrdenes sagrados, y dais bendiciones en los pueblos? ¿Quàntas mas cosas se me ofrecen decir contra esta insolentisima presuncion? Pero refrena mi ìmpetu el acordarme, que estoy escribiendo para unos oidos muy ocupados, y recelo hacerme molesto à un Arzobispo con una le-

Insignias Pontificales de los Abades.

Reg. S. Bened. c. 7.

Insignias verdaderas de los Monges.

tura demasiado larga : y tambien porque la cosa es ya tan manifiesta, que la multitud misma de los reprehensores, parece ha endurecido mas el descáro. Pero, si aun esto mismo, que he dicho pareciere exceder los agradables limites de un compendio, condonadlo, Señor, à Vos mismo, que me obligásteis à manifestar en esto tambien mi propia impericia, no sabiendo yo guardar la costumbre, y modo debido de escribir.

NOTA.

§. *Sòbre lo que dice el Santo cap. 9. del tratado sòbre las obligaciones, y dignidad de los Obispos num. 1. y siguientes; lo que igualmente servirá para ilustrar mas lo que deja dicho en los libros de Consideracion, y concierne al mismo asunto.*

EL uso de los ornamentos pontificales era muy reciente, y raro en tiempo de San Bernardo en los Abades; y por lo mismo tenia todos los atractivos, para excitar los deseos de usarlo, en quienes no estaba muy radicado el espiritu de humildad, y modestia : pues sienten los eruditos comunmente, que antes del siglo XI. à ningun Abad se habia concedido usar de las insignias pontificales.

En efecto, algunos olvidados de la sencillez religiosa hicieron esta materia de sus pretensiones, y con el pretexto de aumentar el honor de sus monasterios, no se detuvieron en emplear parte de sus caudales en las diligencias para la consecucion de semejantes privilegios.

A esto se llegó, que muchos Obispos llevaron muy à mal estas distinciones en los Abades.

y mostraron una resistencia, que en frase de Cristiano Lupo ocasionó notables discordias.

Todo esto obligó à escribir esta severa censura á San Bernardo, que siendo tan amante del buen órden en la Iglesia, y de la humildad, y moderacion en el monacato, veía que la flaqueza humana hacia materia de su vanidad, y curiosidad estas insignias.

Es constante, que el respeto, con que siempre miró la dignidad episcopal, de cuya excelencia, y prerrogativas fué en todos sus escritos un defensor ilustre, movió aqui su pluma, no para reprobear el uso de dichas insignias en sí mismo; sino para inspirar mejores sentimientos de humildad, y moderacion á los Abades, y para estorvar, que à la presencia de aquella, quisiera brillar con una cierta emulacion una luz mucho inferior, y menos natural. Al modo pues, que los hombres ilustrados de Dios, y los Santos, han hecho piadosas inyecciones, que se enderezan contra el mal uso de las cosas, las cuales hechas con temperamento, y prudencia pudieran ser buenas, reprueba aqui San Bernardo la intencion poco sencilla en el uso de estas insignias, y en los conatos para conseguir estos privilegios.

Y como los oradores Santos, hablando contra los abusos, suelen explicarse en términos generales, sin comprender por eso á muchos, que están libres de ellos, igualmente aqui el Santo se declara en frases generales, sin dejar de suponer, que algunos usaban de dichas insignias con legitimo título, y ánimo desinteresado, y libre del ayre de vanidad.

Del mismo modo Thomàs Cantipratense, Pedro Blesense, el Cardenal Hugo, y Pablo Langio se declararon con mucho zelo sobre esta misma materia; pero, qual haya sido su intento, se

vé claro en lo que expresa este mismo, cuyo fin declara haber sido: *Non utentium consuetudinem, adinventi sive concessi seu privilegii conservacionem, sed solum impetrantium curiosam vanitatem sugillare.*

En efecto, en sus mismos principios sabemos quanta modestia mostraron algunos Abades, que lejos de aspirar à semejante privilegio, fuè necesario que con precepto de obediencia les obligasen los Papas à usar de dichos ornamentos, como se puede ver en Mabillon Prefat. in Sæc. Sext. Annual. §. IV. y en Vanespen part. I. tit. XXXI. c. VI.

A otros impetraron esta gracia los mismos Obispos: lo que se hizo por ellos, y por los Papas, para honrar la memoria de algun Santo, ò premiar los trabajos emprendidos felizmente por los monges à favor de la Iglesia.

Despues loablemente, y con edificacion han abdicado algunas congregaciones estos ornamentos, para alejar mas de sí toda ostentacion, y ocasion de ella. Ni podemos negar, que consistiendo en gran parte la perfeccion de la disciplina religiosa en apartar aun las ocasiones remotas de los defectos, en quanto se puede hacer en esta vida mortal, escogieron un medio mas seguro, para conservar la pureza de la humildad.

Asi, semejante renuncia, que hicieron los primeros Abades del Orden Premonstratense, mereció el elogio, y confirmacion de Inocencio III. cuyas palabras trae Vanespen en el mismo lugar.

Hoy ya casi por derecho comun gozan los Abades de esta prerogativa; y sin duda quanto se ha extendido este uso, tanto ha perdido de sus atractivos, y hace menos impresion en los ojos propios, y en los ajenos. Todas las cosas bajan en su precio por aumentarse: y las insignias de la exterior gloria igualmente bajan en su estimacion por el

el mismo hecho de comunicarse à muchos : por consiguiente, ya estos ornamentos no pueden ser tan grande incentivo para la ostentacion, y vanidad, y traen menos peligro à la humildad, y modestia, que en expresion del mismo San Bernardo, son la mas resplandeciente, y mas preciosa piedra, aun en los ornamentos del Sumo Pontifice.

Se hace manifiesto, por lo que dice el Santo, que à los Abades no les competen estos ornamentos, por razon de su dignidad, sino púramente por privilegio, lo que aun hoy es comun sentir. Igualmente, que la bendicion solemne no estaba anexa al uso de estas insignias en los Abades, y tambien, que sucesivamente se fueron aumentando todas las que usan hoy, por no haberse concedido en un principio, sino algunas de ellas. No cuenta entre las insignias el bâculo, porque supone el Santo, que por el derecho pastoral les es debido; lo que èl mismo dà por constante en el Sermon en la Cena del Señor.

Al fin, bien sabido es el decreto de Clemente IV. para que en los Concilios, y Sinodos se presenten los Abades con mitras llanas, y poco preciosas, con el fin de que la dignidad Episcopal no estè expuesta à alguna confusion en manera ninguna. Pero èl mismo permite, que en otros lugares usen de la mitra, segun les permiten sus privilegios. Era asi razon, que quien tiene la luz prestada de otros, no se presentase à ellos, compitiendo aun en sola apariencia con su esplendor. En la mayor distancia del sol resplandece la luna mas; quando està cerca, es razon que se temple su luz. Ni es justo, que al rededor del sol se formen tales parhelios, que no dejen distinguir con claridad el esplendor del mismo cuerpo luminoso, de que dimana su luz.

§.
OTro punto que toca San Bernardo en quanto à la sugesion de los Abades respecto de los Obispos, que es sin duda motivo para llamarlos el Santo Pastores, y Prelados propios, es concerniente á la profesion, y promesa de obediencia canònica, que hacian aquellos, quando despues de su eleccion se presentaban à estos, y recibian la bendicion.

Despues de muchas contestaciones, y oposiciones, cuya memoria comienza al acabarse el siglo X. al fin cedieron los Abades à los Obispos, y les prometian sugesion al tiempo de su bendicion: congeturando Mabillon en el lugar citado, que nació esta pretension de los Obispos de haberse comenzado à exigir por ellos este gènero de juramento de todos los que ordenaban: disposicion que improbaron los Padres del Concilio Cabilonense año 813. reputandola peligrosa, pero que sin embargo llegó á practicarse poco à poco casi generalmente. Dedonde era fácil por la semejanza pasar à exigir semejante sugesion, y obediencia de los Abades, quando les bendecian. Lo cierto es, que no pudieron comenzar antes estas disputas de que hay memoria en los Historiadores, por estàr antes las Abadias por la mayor parte enagenadas de los Regulares, y entregadas yá à Militares, yá à los Obispos.

Como quiera que sea, quatro cosas eran las que solian exigir los Obispos de los monasterios, que por este modo les estaban sugetos, la obediencia, una renta anual, que llamaban derecho sinodal, el derecho de hospedarse en los Monasterios, y el derecho de celebrar Misas solemnes en ellos. Estas eran las cargas de la sugesion episcopal, y estos los indicios; que una vez probados, quedaba probada dicha sugesion, y excluidos, y refutados

no tenia efecto. A esto estaban anexas las bendiciones de los Abades, la ordenacion de los monjes, la consagracion de sus Iglesias y altares, y la concesion del chrisma; las quales cosas por si mismas no eran prueba convincente de la sugesion con todo eso.

De esta promesa, y obediencia canònica estaban por lo general libres los monasterios inmediatamente sujetos à la silla apostòlica; pero ofrecian esta misma sugesion, en siendo elegidos los Abades, al Sumo Pontifice derechamente.

Sin embargo, dicha sugesion à los Obispos no era ilimitada, ni universal. Los Abades del Orden Cisterciense, que desde un principio executaron con todo respeto, y humildad esta ceremonia, limitaban su profesion con la clàusula expresa *salvo ordine*, lo que confirmò con particular diploma Lucio III. extendiéndose por tanto su canonica sugesion à las òrdenes, consagracion de Iglesias, y de Altares, y aun de los cementerios, chrisma, y letras dimisorias, que debian recibir de los Obispos diocesanos.

Esto ha convenido notar, para que se vea, que, no solo compete à los Obispos bendecir à los Abades electos, como sin duda està establecido por derecho comun, *quando no sen exentos*, como enseñan comunmente los Canonistas cap. *statuimus* de Suppl. neglig. Prælat. sino que les es debido por un derecho, ò práctica constante el juramento, ò promesa de obediencia, y sugesion en quanto à los Abades no sujetos inmediatamente à la silla Apostòlica.

Y ya que no omitimos nada de los derechos episcopales sòbre los Abades, que observaron religiosamente los Cistercienses desde su primer principio, y que San Bernardo mira con tanta reverencia, no es fuera de pròposito, notar, que esta so-

lena.

lemne bendicion, no hace ni constituye al Abad en ser de tal; ni de tal modo es necesaria, que se iguale en esto à la necesidad de Consagracion en el Obispo. Por lo que aun en el siglo XI. escribia Ivon Carnotense: *Promotionem Abbatis non facit Episcopalis benedictio, sed fratrum communis electio.*

Por el mismo principio Alexandro III. in c. 1. de Suppl. neglig. Prelat. concediò à los Cistercienses, que “si el Obispo requerido tres veces con „ la humildad, y reverencia que es debida, rehu- „ sare bendecir à los Abades, puedan estos sin em- „ bargo bendecir à sus propios monges, y exercer „ lo que corresponde à su officio.“ Y lo que es mas, por Bula de Inocencio VIII. puede el Abad, que es cabeza del òrden Cisterciense dár esta solemne bendicion à los Abades, y Abadesas de èl: privilegio que aumentò Clemente VIII. hasta conceder, que el Abad cabeza del òrden dicho, pueda embiar Abades comisarios por las provincias, con potestad de bendecir los nuevos Abades, y Abadesas del mismo òrden: de cuyo privilegio usa en el dia tambien en Flandes el òrden Cisterciense.

§.

HAbla el Santo de un modo el mas decisivo contra las exenciones, en que se muestra su zelo por la hermosura de la Gerarchia eclesiàstica, que mirò siempre con reverencia; y su espiritu de humilde deferencia, y respetosa docilidad à los que son Prelados de la Iglesia. Pero, habièndose hecho general la exencion de los regulares, es preciso decir algo sòbre esta diferencia de tiempos, y de costumbres.

No es mi ànimo hacer una exacta relacion de los daños que padecieron los Monasterios bajo la sugencion de los Obispos; ni cabe tampoco en una bre-

breves notas. Aun en Van Espen, de quien solo se puede decir, que toca esta materia, aparece trágica, y funesta la historia de estos agravios.

Con solo leer las breves cláusulas de tres Concilios Toledanos se presenta ya una lastimable idea del estado de los monasterios en España, y no habiendo sido mas felices en otras provincias, como se vé en todos los Historiadores, se puede inferir algo del extremo abatimiento, á que vinieron. *Nuntiatum est præsentí concilio* (asi habla el Concilio Toledano IV. Can. LI.) *quod episcopali imperio monachi servili opere mancipientur, & jura monasteriorum contra statuta canonum illicita præsumptione usurpentur; ita ut pene ex cænobio possessio fiat, atque illustris portio Christi ad ignominiam, servitutemque perveniat.*

En el siglo siguiente no estaban todavia enjugadas sus lágrimas, y se queja igualmente con el mayor dolor de que por la codicia y descuido de algunos Obispos han venido los monasterios á una horrible ruina, implorando, para resarcir daños tan grandes, todo el cuidado de los Fundadores y Patronos. Concil. Toled. IX. Can. II.

A porfia de la dureza con que perseguia la codicia de algunos Obispos á los monges, tomaba aumentos la compasion de estos Padres, quienes despues de lamentarse en el Concil. X. Can. III. de que algunos de ellos hubiesen usurpado la eleccion, y ordenación de los Abades, y de que para disponer en su provecho, ó á su arbitrio con mas facilidad de los bienes de los Monasterios, ponian por Abades de los Monasterios á sus cercanos, y parientes; declara por nula, y de ningun valor semejante institucion, y pone la pena de excomunion mayor contra los Obispos, que obraren de este modo.

A vista de esto quien extrañará que casi

al mismo tiempo que se estableció por el derecho la especial sugesion de los monasterios á los Obispos, comenzasen igualmente las gracias de exenciones en ellos? En efecto, aun antes de San Gregorio Magno los mismos Obispos, llenos de conmisericordia extendieron su mano piadosamente para dár y procurar á muchas semejantes privilegios de exencion. Los Papas, ni en tiempo, ni en liberalidades fueron segundos á ellos, y penetrados de dolor por los monasterios agraviados, no omitieron diligencia, para poner modo á estas vejaciones. Los Fundadores piadosos procuraron precaver con tiempo unos males, que veian por todas partes oprimir miserablemente á los monasterios, poniéndolos desde su fundacion en seguro, bajo el amparo, y sugesion inmediata de los Papas; no habiendo omitido tampoco la munificencia de los Reyes, extender su proteccion, y defensa sòbre estos asilos de la piedad, que miraban desolar tan impunemente.

Menos es de extrañar, que unos pobres religiosos, tan extremadamente oprimidos, implorasen el amparo de la suprema potestad de la Iglesia; que solicitasen las gracias de alguna exencion; y que tal vez sostuviesen con algun teson contra los Obispos unos privilegios, que les servian de remedio seguro, para no venir á esta desolacion, en que habian llorado arruinarse monasterios otro tiempo observantísimos, y opulentos.

¿Quièn á vista de una calamidad tan fuerte, que, así en el occidente, como en el oriente, apenas habia monasterio, que no la hubiese sufrido, ó temido, por la violencia de algunos Obispos, y de sus oficiales, no reclamaria á favor de estos pobres monges toda proteccion, y una total exencion de un yugo, que así les abatia?

Sin embargo, San Bernardo se declara abiertamente contra las exenciones, y toda la ternura

de su noble corazon no llega á debilitar su zelo á favor de la autoridad Episcopal sòbre los Abades.

Este zelo estaba apoyado sòbre toda prudencia: las cosas mas bien instituidas se pueden pervertir por el mal uso de los hombres; y especialmente quando la malicia se junta con el poder, no hay cosa buena, que no sirva contra su misma naturaleza, por un enorme abuso de las pasiones, à causar los mayores males. Igualmente, en las cosas humanas se engaña mucho, el que busca *el siempre, y el todos*: la prudencia, y sabiduria de todo buen gobierno se contenta con unas disposiciones, que *por lo comun, y en los mas dèn* esperanza de unos buenos efectos, y por sí mismas lleven á ellos. Sòbre todo, es prudencia muy escasa no considerar en las providencias, y resoluciones, mas que los inconvenientes, que amenazan por una parte; y es prueba de un entendimiento poco considerado parecerle haber encontrado toda la razon de impugnar una ley, ò deliberacion, por haber descubierto en ella uno, ò otro inconveniente. Porque, fuera de que no hay cosa mas facil, que discutir una dificultad contra qualquiera providencia, por razonable que sea; el verdadero juicio, y ciencia de todo gobierno no se contenta con premeditar los inconvenientes, que pueden resultar por una parte, sino que pesa, y examina los daños, y utilidades por la parte opuesta, y segun lo que prepondera en este escrupuloso cotejo, manda, ò prohíbe, permite, ò niega: teniendo presente al mismo tiempo el uso bueno, ò malo, que por lo comun suelen hacer los hombres de la cosa.

Por exemplo pueden servir casi todas las cosas humanas. Algunos mèdicos matan, algunos soldados son infieles, algunos pilotos son causa del naufragio, algunos jueces son injustos. Pero en comparacion de estos males son mucho mayores los que

padecería el linage humano por la falta de esta clase de oficios.

A este modo es fácil mostrar, que los daños que amenazaban à los monasterios en la independencia de la autoridad de los Obispos, eran mayores, y mas ciertos; y por lo mismo era preferible, y se debía mantener la subordinacion establecida por los Cánones. En la sugesion, sucedia tal vez, que por la indiscrecion del Obispo, ò de sus Oficiales, se destruian, y disipaban los bienes de los monasterios, y esta desolacion traia despues la ruina del bien espiritual. En la libertad, era mas fácil venir à la relaxacion, y extincion de las buenas costumbres, y despues à la pobreza y escasez de los bienes temporales. En aquella, soia suceder, que el buen zelo de un Obispo reparaba con mano piadosa, y aumentos, lo que la indiscrecion de otros habia destruido. En esta, facilmente echaba rayces el vicio, y ya apenas era curable; no solo porque es sumamente difícil restablecer una disciplina arruinada, sino porque ni aun hay quien aplique su cuidado à poner el remedio.

Por grandes pues que hayan sido los daños de los monasterios bajo la potestad de los Obispos, han sido mayores los que han padecido por la libertad de sí mismos; y aunque la série de aquellos forma una historia verdaderamente lastimosa, la de estos es mas funesta, y triste.

Por esto pronunciò Pasqual II. en su carta à Carlos Calvo: *Nostis enim quia omne monasterium in potestate episcopi consistere debet juxta canonicam auctoritatem: Et quia hoc est transgressum, ideo plurima monasteria habentur destructa.* Epist. 33.

Por eso muchos hombres ilustres, que no podian ignorar estos desastres, acaecidos en la dependencia, y sugesion de los Obispos, siendo tam-

llorados en las cartas de los Pontífices, y en los decretos de muchos Concilios, quando ellos mismos no hubiesen sido testigos de algunos; no dejaron de emplear el estilo mas vehemente y vivo contra las exenciones de los monasterios.

Casi al mismo tiempo que San Bernardo escribieron Pedro Blesense, Juan Sarisberiese, y Pedro Cantor, quienes se declararon contra dichas exenciones con una vehemencia, que apenas tiene igual. Quede pues fijo, que un zelo lleno de ciencia en San Bernardo queria por todos modos mantener en los monasterios la dependencia, y subordinacion à los Obispos, mirándola con razon, no solo como parte de la hermosura de la casa de Dios, que consiste en el buen orden, sino como medio necesario, para que no se precipitasen en la relajacion, y en la pobreza.

Pero ¿no se hallará un medio, que aleje los peligros, que se habian experimentado por ambas partes, sin lesion de la autoridad, y potestad de los Obispos? Se hallò sin duda, y en su invencion, y dilatacion no le cupo pequeña glòria à San Bernardo: el qual sin embargo de haber conocido, y experimentado su eficacia, no solo no pensó en sacudir el yugo de la autoridad episcopal, no solo no promovió este arbitrio para hacer ver, que ya no era tan necesaria, sino que ni aquí ni en otro lugar de los muchos en que habla magníficamente de ella, insinuò siquiera, que por èl podria abrirse camino honesto, para substraerse los Abades, y los monasterios de la potestad, è inspeccion de los Obispos. Conducta digna de su mucha humildad, y de su sumision respetosa à los sagrados cànones; de su veneracion por las disposiciones de la Iglesia; que èl miraba como maestra tan sàbia, que reprimia en su obsequio, no solo los deseos, sino los pensamientos, para no adelantarse aun en proponer cosa al-

guna , en que hubiese de hacer variacion en su disciplina , y en sus costumbres.

Desembolvamos esto , y en ello veremos la justicia de San Bernardo en reprobar las exenciones , y al mismo tiempo los justos y legitimos titulos , con que sin contravenir á las sólidas razones , en que para esto se fundaba , y sin incurrir en los inconvenientes , que quedan expuestos por la sujecion , y por la libertad , están hoy en práctica casi generalmente.

Los Padres del Cister , estos hombres que restablecieron la austeridad y fervor de los antiguos monges , se propusieron desde un principio , como medio necesario , para conservar la observancia de su instituto , la celebracion de los Capítulos generales , y las freqüentes visitas de los monasterios. De esta provechosa providencia habian precedido diseños en el règimen de San Pacomio , y del grande Hilarion en el oriente ; y en el occidente tambien en el gobierno del mismo San Benito en Casino. Pero , ò porque los tiempos no lo permitieron , ò por otras razones , es cierto , que estos ilustres Progenitores del monacato no dieron forma determinada , ni estable de estas juntas generales y regular visita. Este pensamiento no solo le perficionaron los Cistercienses , sino que pusieron por principio , y constitucion esencial dicha celebracion de Capítulos y de Visitas.

Es sin duda , que antes del Cister habia , y era celebrada la Congregacion de Cluni , pero en ella no se celebraban Capítulos , ni se hacian las Visitas con la freqüencia ò método que en Cister. Sin embargo , fuè la primera en imitar al Cister en esto como en otras cosas , siendo el motor piadoso de esto San Pedro el Venerable , Abad de Cluni , y dando asi los Cluniacenses un exemplo de humildad , y de fervor que se puede dudar bien , si fuè tan

edificante, y de tanto mérito, como pudo ser la invencion piadosa de los Cistercienses, y toda su austeridad. Lo cierto es, que una Orden que reconoce los defectos que la fragilidad, y el tiempo introducen en los claustros, que pone todo su cuidado en enmendarlos, y que no se desdenea de imitar las prudentisimas disposiciones, y exacto regimen que mira en otra, se hace por eso digna de toda estimacion, y respeto, y funda verdadero derecho, para obtener el concepto mas ventajoso entre los fieles.

Demos las palabras del sábio Mabillon: *Prima, quæ verum ordinis nomen meruit, congregatio Cisterciensis, à principio Abatias habuit certis legibus ac regulis communibus invicem confederatas, quæ suos visitatores habebant, sua quotannis comitia generalia: quod ejus familiæ exemplo Petrus venerabilis etiam in Cluniacensem inducere tentavit.* Præfat. in Sæcul. V. n. 37.

Que idea tuviese San Bernardo de la necesidad y utilidad de los Capítulos para conservar, y restablecer la disciplina monástica, y quanta parte se tomó en inspirar, y promover en otras Abadias la celebracion de ellos, lo muestra entre otras cosas la carta que escribió á los Abades congregados en Capítulo en Soisons, cuyo principio es: *Irascor occupationibus meis, quibus impediatur interesse conventui vestro, corpore tamen dumtaxat. Nam spiritum nec spatia terrarum, nec turba curarum absentare queunt; quippe orantem pro vobis, congratulantem vobis, atque in vobis quiescentem.* Y despues añade: *Illuc toto desiderio feror, devotione immoror, condelector amore, in hæreo consensu, æmulatione persisto.* Este fuè uno de los Capítulos generales de los monges negros (como solian llamarlos) de la provincia de Rems, dice Mabillon. Y su causa y ocasion parece haber sido la Apologia de San

Bernardo dirigida á Guillelmo Abad; quien pudo hacer, que á exemplo de los Cluniacenses y Cistercienses, se convocase este Capitulo, para mantener y asegurar la observancia regular.

A este modo se iba propagando este saludable pensamiento; mereciendo desde luego tanta aprobacion en la Iglesia, que ya Inocencio II. quiso que se celebrasen todos los años estos Capítulos generales por los monges negros. Muy poco despues estas máximas de gobierno lograron tanta aceptacion, que las adoptaron y en cierto modo canonizaron los Concilios generales, y las dieron fuerza y extension de ley universal. Deseando el Concilio Lateranense IV. que se restaurase la disciplina monástica, no poco caída en muchos monasterios, y órdenes religiosas, reconoce, que este medio es el mas conveniente para conseguir este santo fin, y manda, que en todos los reynos, ó provincias se celebren perpetuamente estos Capítulos generales de tres en tres años, disponiendo, que en sus principios sean llamados á ellos dos Abades Cistercienses con otros dos monges, que les acompañen, quienes por la frecuente práctica de ellos están mas instruidos en el modo de celebrarlos, dándolos, no solo la presidencia, sino la autoridad de decidir y declarar quanto convenga al provecho de las órdenes, sin contradiccion y sin excusa, y sin necesitar de otra aprobacion, ó confirmacion. Mandaba tambien, que entonces se señalase el lugar, donde el próximo Capitulo debia celebrarse, y que se nombrasen visitadores de los monasterios de ambos sexos.

Seria largo citar las constituciones de los Pontifices, que dieron nuevo vigor á estas disposiciones despues. Asi lo hizo Nicolao IV. en su Bula por los monges Cluniacenses; Benedicto XII. en sus constituciones para la reformation de los Benedicti-

nos, y de los Canonigos regulares. Clem. V. in clem. Ne in agro §. fin. de statu Monach. renovando y mandando observar dicha sancion conciliar.

En el año 1416. el Concilio Constansciense, extendiendo su vigilancia sobre el estado de los monasterios, decretò igualmente la celebracion de los Capítulos, y la institucion de Visitadores. Tom. XI. Concil. Labb. pag. 795.

Por ultimo, el Concilio Tridentino, reconociendo que no habia esperanza de restaurar la disciplina monástica en algunos monasterios, sino por el exacto y fiel cumplimiento de estas disposiciones, formò el mas solemne decreto, mandando, que todos los monasterios que no se hallen sugetos á los Capítulos generales, ò á los Obispos, ni tienen Ordinarios Visitadores regulares, sino que acostumbran ser regidos bajo la proteccion y direccion de la Silla Apostòlica, estèn obligados dentro de un año, que se ha de contar desde el fin del presente Concilio, y despues en cada un trienio à unirse en Congregaciones segun el decreto de Inocencio III. en el Concilio General, que comienza: *In singulis*: y que alli deputen ciertas y determinadas personas regulares, que deliberen y establezcan el modo y òrden de erigir dichas Congregaciones, y de los estatutos que en esto se han de observar. Y, si en esto fueren negligentes, pueda el Metropolitano, en cuya provincia estàn dichos monasterios, como delegado de la Silla Apostòlica, convocarlos. Y, si dentro de una provincia no hubiere número suficiente para formar Congregacion, podrán juntarse á este fin los monasterios de dos ò tres provincias. Asi lo determina Sess. 25. cap. 8. de reformat.

Es de notar aqui, que en algunos Concilios generales, y nombradamente en el Vienense, en el Constanciense, y en el Tridentino, se agitó, y con el mayor calor y vehemencia de parte de algunos

Obispos, el punto de las exenciones de los regulares, y que, aun precediendo esta contradiccion, renovaron dichos Concilios esta misma forma de gobierno, que tienen hoy casi todas las religiones. No solo sin determinar la revocation de las exenciones en esta parte, sino sin añadir à este orden y union en Capítulos y Congregaciones la inspeccion, y autoridad de los Obispos: de que es fácil inferir, que la juzgaron ya poco necesaria, supuesta la union de los monasterios en la forma dicha.

No es que yo haya pensado formar aqui una disertacion à favor de las exenciones de los regulares; pero lo que San Bernardo dice contra ellas al Papa Eugenio, y al Arzobispo Henrique me obligaba à detenerme aqui, y aclarar por la distincion de tiempos, y diversidad de las circunstancias de los monasterios unas expresiones, que tal vez podrian dar motivo para reprobar el orden que al presente tienen estas cosas.

Era muy humilde San Bernardo para intentar la entera exencion de la potestad Episcopal, aun quando miraba establecida en su orden la sugesion de los monasterios bajo de un Abad general, de los Visitadores regulares, y del Capitulo. Pero, igualmente es cierto, que adheria con todo su corazon à esta misma forma de gobierno monástico, mirándola como esencial, y precisa para conservar el fervor y observancia de la regla.

Y ahora añado yo: ¿Si esta forma fuera incompatible con la subordinacion à los Obispos, ó puesta esta en práctica en todo su vigor, hubiera de perecer este enlace, esta union, esta subordinacion al General, à los Visitadores, al Capitulo: qual de estos dos extremos escogeria San Bernardo? En una palabra: ¿Si cada monasterio hubiera de estar sugeto precisamente à su Diocesano, acomodaria esto al modo de pensar de San Bernardo?

Hago estas preguntas, porque he oído tratar à algunos esta materia de exenciones con tanta obscuridad, y con unas idèas tan confusas, que me hacen creer, que están muy lejos aun del estado de la quèstion. Porque, fuera de que les parece que una vez entregados los monasterios à la jurisdiccion de los Obispos, podrian estos mandar y disponer con unas facultades, de que ellos no ven los limites, imaginan que era consiguiente tambien disolverse la union y enlace de sus cuerpos. Ambas idèas son igualmente infundadas. Porque, ni el derecho comun diò jamàs esta potestad à los Obispos; ni jamàs declaró, que se opusiese à sus derechos esta forma, en que al presente se rigen los monasterios. Por el contrario, el derecho comun tenia bien expresados los puntos, ò exercicios de la autoridad episcopal, sin haberla dado jamàs este poder ilimitado, que algunos se figuran.

El Obispo podia exigir la obediencia del Abad, pero, prescindiendo de que esta misma obediencia era determinada à limites ciertos, los monjes en su profesion prometian la obediencia al Abad, y no al Obispo. Tenia el Obispo la inspeccion del monasterio, pudiendo visitarle à sus tiempos, y poner remedio à los abusos que en èl hallase, pero no podia dísponer ni de sus cosas, ni de sus personas à su arbitrio.

Hemos visto (por omitir otras cosas) que los Abades Cistercienses desde un principio prometian la obediencia à los Obispos *salvo ordine*. Y ciertamente, aunque esta excepcion no se explicase, la llevaba consigo la misma naturaleza de las cosas. Porque los Abades y los monges tienen por su estado mismo la obligacion esencial de ajustarse à su regla, de guardar y conservar su instituto; y nadie les podia mandar legitimamente cosa que fuese contraria; pues ni aun hoy pueden los Superiores regu-

lares mandar à sus súbditos, no precisamente contra la regla, sino sobre la regla en el sentido, que comunmente explican los Autores.

Hemos visto, lo que es mas, y pone en el mas alto grado de seguridad esta forma actual del cuerpo de las órdenes, que el Papa y los Concilios generales la han adoptado, la han insertado en sus cánones, la han mandado observar con instancia, sin que en el espacio largo de muchos siglos, aun insistiendo muchos Obispos en la abolicion del privilegio de exenciones, haya cesado la Iglesia en dar consistencia, firmeza, y extension à esta misma forma.

De aqui naturalmente se infiere, que este régimen actual de las órdenes està tan solidado sobre el derecho de los cánones, como puede estàr la autoridad de los Obispos en los monasterios; coligiéndose además por esto mismo, que todo derecho, y exercicio que se pretendiera dár à esta, no excluirà aquel régimen de union, y conexion entre los monasterios.

En todo esto no puede haber duda alguna: S. Bernardo y los Cistercienses no reconocieron incompatibilidad; y declarándose con el mayor fervor por la sugesion à los Obispos, no promovieron menos el orden de congregacion, y union estrecha de los monasterios. Si aquel punto le juzgaron importante, no juzgaron este menos importante y necesario, para mantener y restablecer la disciplina monástica.

Pero ¿què es menester mas? El mismo Concilio Lateranense, que estableció el orden de Capítulos, de Congregaciones, y de Visitas regulares, manifestó expresamente, que ni este orden por sí contradecía á la jurisdiccion de los Obispos, ni esta tenia contrariedad con él. Puesto, que en el decreto, que à este fin promulgó, insertò esta clau-

sula expresa: *Salvo jure Diocesanorum Pontificum.*

Confieso mi tardanza: yo à lo menos sospecho, que algunos que hablan tan decisivamente contra dichas exenciones, están persuadidos à que la jurisdiccion de los ordinarios sòbre los monasterios infiere la disolucion mutua de ellos, y la de sus congregaciones y Capítulos: y que para combatir dichas exenciones, se valen de todos los principios en que se funda la jurisdiccion de los Obispos, pareciéndoles, que todo lo han probado con hacer ver, que esta tiene su origen en los sagrados cánones, y en la antigua disciplina de la Iglesia.

No hay aqui sombra alguna de contradiccion. Todos sus argumentos podrian tal vez convencer, que à los Obispos se les debiese dar la jurisdiccion, ò el uso de ella sòbre los monasterios; pero jamás probarian, que por esta razon se hubiese de disolver la interior union dicha, en que hoy se rigen. Y creo, que con sola esta reflexion que hicieran, no solo perderian mucha fuerza sus discursos, sino sus deseos. Aun los Obispos, que en los Concilios Vienense, y Tridentino quisieron restablecerse en sus antiguos derechos de jurisdiccion sòbre los regulares, y que se quitasen sus exenciones, no intentaron por eso, que se deshiciese el òrden, que une en cuerpo las religiones en la forma dicha.

Y ciertamente, que si hubieran abrazado este punto, hubiera parecido menos probable su causa, pues esta forma, como se ha visto, ha sido consejo y pensamiento de los mismos Concilios Generales; y lejos de ser por sí misma privilegio, es riguroso cánón, y disposicion de la Iglesia.

Es fuera de mi asunto decir, si convendria ò no, que se devolviese à los Obispos esta jurisdiccion. Quando lo dispusiese asi una autoridad legitima, no deberia yo sino venerarla. Pero lo cierto

es, que serian **menos, y no tan vehementes** los que contradicen à las exenciones, si extendieran su atencion á lo que queda aquí notado.

De todo lo dicho se infiere, que declamò justamente San Bernardo contra las exenciones en unos tiempos, en que al favor del privilegio que daban los monasterios en una libertad peligrosa, sin inspector, que pudiese remediar los abusos que la facilidad de los Abades, y de los monges pudieran admitir en los claustros. Su voz viva y penetrante, que se declara en estos libros de Consideracion con la mayor vehemencia en este punto, y que hasta hoy se oye por los Papas con respeto, junto con el exemplar que dieron los Cistercienses, y establecieron en su celebrada carta de caridad, para formarse los religiosos en congregacion, tuvo al fin un dichoso efecto; que fuè prevenir por este arbitrio, autorizado y confirmado por la Iglesia, todos los males, que pudiera traer la exencion; y procurar todos los bienes, que puede traer á las religiones un gobierno íntimo, una inspeccion continua, una autoridad mas unida de los Prelados Generales, de los Visitadores, de los Capítulos, que se añadió á la de los Prelados locales.

La experiencia ha monstrado, que el privilegio de exencion sería funesto en lo espiritual, y temporal à los monasterios, aunque tuviesen la sujecion inmediata à la Silla Apostòlica. Un monasterio así exento facilmente se aparta de la observancia regular, no reprimiendo ya à los Abades, ni à los monges, el miedo, ò la inspeccion de un zeloso Obispo. Antes que se dê parte à Roma de sus abusos, ò al Metropolitano, ò algun Concilio, el mal echa rayces, se fortifica, y apenas es ya curable. Estos y otros inconvenientes, que explica aquí San Bernardo, tuvo presentes, y quiso remediar el Santo Concilio de Trento, mandando la exacta, y en-

tera execucion de lo que habia dispuesto el Concilio Lateranense.

Este mismo Concilio tuvo por legítimas las exenciones, ò por lo menos no las improbò, ni quiso despojar de ellas á los regulares, sin embargo de que algunos Obispos lo habian intentado con esfuerzo; y solo quiso ocurrir à los daños, que era facil nacer de esta libertad, si estos mismos monasterios exentos no se formasen en Congregacion.

San Bernardo igualmente no improbaba las exenciones por sí mismas. El mismo reconoce, que muchos monasterios desde su fundacion gozaban de este privilegio: *Non nulla tamen monasteria sita in diversis episcopatibus quod specialius pertinuerint ab ipsa sui fundatione ad Sedem Apostolicam pro voluntate fundatorum, quis nesciat? Sed aliud est quod largitur devotio, aliud quod molitur ambitio, impatiens subjectionis*: dice en este mismo lugar. Su fin y designio era que se evitasen los inconvenientes, que casi infaliblemente nacerian de esta libertad.

Por lo que sin violencia ninguna podemos inferir, que San Bernardo no se declararia contra las exenciones en la manera que lo hizo, si este orden que hoy està establecido en las religiones, estuviera adoptado en aquellos tiempos por todos los monasterios exentos. Yo no dudo de que su humildad no le permitiria aun entonces, aspirar à la libertad de su monasterio, ò de los de su orden, pero tambien presumo con fundamento, que su humildad misma le detendria para hablar contra las exenciones, si ya en sus tiempos estuvieran tan extendidas estas, y del mismo modo adoptado y observado tan generalmente como ahora este régimen y gobierno, que tienen los ordenes, especialmente, si dicho régimen se hallàra mandado por los cánones, como se halla en el dia, y las exenciones mis-

mas

mas hubieran obtenido la aprobacion, ò tolerancia de los Concilios Generales, aun en medio de muchas dificultades y contradicciones de los mismos Obispos.

¿Y què mucho se puedan sostener como legitimas las exenciones de los monasterios? Ellas fueron dadas por los mismos Obispos, que son los interesados, y aprobadas, ò reconocidas por ellos dentro y fuera de los Concilios. Ellas son como participacion graciosa de la potestad episcopal. Esta misma autoridad de los Capítulos, y de los Superiores de las religiones no es otra cosa que una cierta emanacion de esta misma jurisdiccion episcopal. Lo qual, al mismo tiempo que excita la gratitud, y respeto de los regulares hácia esta dignidad eminente, dà mucha consistencia à la legitimidad de dichas Congregaciones, y de sus exenciones, y es una clara prueba de su utilidad, y conveniencia en lo espiritual, y temporal. Verdaderamente, si en estas exenciones se hallaran los inconvenientes que algunos ponderan, no los hubieran protegido, y fomentado los mismos Obispos.

Ni nos debe admirar, que puedan hacer las circunstancias de los tiempos, que una autoridad comunicada de otro, y como delegada, tenga mas seguro, y mas conveniente efecto, que en su propio principio: especialmente, si esta autoridad comunicada se une mas, y se dilata mas. Esto mismo sucede en la jurisdiccion, que exercen los Prelados, y Capítulos de las religiones. Lo que harian muchos Obispos, cada uno en su Diócesis, siguiendo un gobierno nada uniforme en el régimen de los regulares, lo hacen hoy los Prelados, y Capítulos Generales, con una autoridad, que teniendo su origen en los Obispos, està en ellos mas unida, puede extenderse à mas distritos, sin perder la uniformidad en obrar, y por consiguiente es mas eficaz, y mas activa.

A este modo vemos tambien, que la participacion de la autoridad de los Reyes, y de los Obispos unida en un tribunal, es mas eficaz, y mas activa en orden à su fin, que pudiera ser en los mismos principios, de donde dimana. ¿ Quien no ve, que, si solos los Obispos hubieran de cuidar de las causas de la fe, seria facil al error eludir su vigilancia, y que disfrazado con las artes, que acostumbra, habria hecho enormes estragos muchas veces, aun antes de ser conocido? ¿ Quien no ve, que aun despues de conocido, buscaria mil modos de ocultarse en otra parte, y difundirse en otras Diòceses, frustrando asi las diligencias de los Obispos? Pero unida toda esta autoridad en un tribunal obra ya con un poder mas universal, y mas pronto por todos modos para providenciar el remedio contra el mal, para prevenir el daño, y para mantener la pureza de la doctrina.

A esta misma razon atendia un acerrimo impugnador de las exenciones en general, que, despues de ponderar los inconvenientes que traian, dice estas palabras: “Puedese ocurrir à este mal por dos
 „ medios, ò quitàndolas absolutamente, ò conten-
 „ tándose con reglarlas. Bien sè, que el primer ex-
 „ pediente, como mas absoluto, es mas dificultoso;
 „ so; pero, pues no es imposible, no lo dejo de pro-
 „ poner. Mas sin embargo, no juzgo por convenien-
 „ te usarlo en quanto à las exenciones de que gozan
 „ los religiosos, y sus monasterios. Estando espar-
 „ cidos por diversas Diòceses, la uniformidad de es-
 „ piritu, que les debe regir, requiere, que en lugar
 „ de ser gobernados por diversos Obispos, cuyos
 „ espíritus son diferentes, lo sean por una sola ca-
 „ beza regular; y por este fundamento defiende re-
 „ sueltamente, que es tan necesario dejarlos en la
 „ posesion de las legitimas exenciones de que go-
 „ zan, como es justo conocer el valor por el exa-

„men de sus Bulas, que extienden algunas veces,
 „mas que permite la razon.“ Asi habla el Carde-
 nal Richelieu ; quien en las expresiones mismas
 muestra bien su imparcialidad respecto de los re-
 gulares.

En todo esto que queda dicho, quiero se en-
 tienda, que hablo precisamente de las exenciones de
 los regulares en quanto tales, y respecto al gobier-
 no de sus cuerpos. Porque de sus privilegios, ò exen-
 ciones, por lo que mira á las funciones Hierarchi-
 chas, y otros puntos de exterior regimen de la Igle-
 sia, no me compete tratar.

No podemos negar, que esta multitud de ma-
 les, cuyo origen atribuye San Bernardo á las exen-
 ciones, por nuestra desgracia està comprobada por
 la continua experiencia ; y que solo seria dificil com-
 prender en una historia las discordias ruidosas, que
 se han excitado entre los Prelados, y los privilegia-
 dos y exentos.

Pero á mi me basta concluir, que no obs-
 tante los legítimos privilegios que estèn concedidos
 á los regulares, nada es mas propio de su estado,
 que venerar y respetar la dignidad alta de los Obis-
 pos ; que aun en el mismo uso de sus privilegios y
 exenciones deben portarse con toda circunspeccion,
 y modestia ; que en su defensa deben contenerse en
 los limites de lo justo ; que nada seria mas perju-
 dicial al buen òrden de la Gerarchia de la Iglesia,
 que extender estos privilegios con exceso contra
 la intencion de quien los concediò, y que querer
 contender con un gènero de emulacion con el ex-
 plendor de esta dignidad altisima, no podria ser
 fruto, ni indicio de la humildad, y modestia chris-
 tiana.

Un amor algo mas apasionado por sus pri-
 vilegios fuè la causa de que muy poco despues vi-
 aiesen á su entera ruina á un tiempo mismo todas

las Abadias de muchas provincias; como se puede ver en el Cardenal Bentivoglio, en la historia de Flandes: y el exceso en el uso de los privilegios ha dado materia á las mayores quejas. Al pueblo christiano trae mucha edificacion, que así los seculares, como los regulares observen exactamente los límites de sus privilegios, y que usen de ellos con sobriedad, y medida, y como con un temor religioso: pues todo esto se debe á la dignidad de la Gerarchia eclesiástica, al grado eminente de los Obispos, y á la gloria de Dios, no habiendo dudado San Francisco de Sales decir, que resultaba una grande gloria de Dios en que: *Ordo episcopalis agnoscat, qualis est; quodque muscus ille exemptionum ab Ecclesiæ arbore sit avulsus, in qua tantum mali fecit, sicut bene observavit S. Trid. Concil. Lib. 1. Ep. 30.*

Estos sentimientos inspira à todos San Bernardo, y este ha sido el espíritu de los fundadores y restauradores de las Religiones. Esta doctrina, altamente radicada en el humilde corazon de S. Francisco, le hacia prorrumpir muchas veces en esta notable sentencia: *Hoc meum, & fratrum meorum est privilegium, nullum habere privilegium super terram, sed omnibus obedire, & inferiores nos omnibus reputare.*

Dd 2



SERMON O LIBRO
DE SAN BERNARDO

ABAD.

SOBRE LA CONVERSION, DIRIGIDO
à los Clerigos.

CAPITULO PRIMERO.

*Que ninguno se puede convertir à Dios, sino que
sea prevenido por la voluntad divina, y le llàmè
interiormente la voz de Dios.*

I OS habeis juntado aquí, para oír la palabra de Dios, pues no veo podais tener otro motivo, para concurrir aquí con tanta ansia. Aprobamos sin duda vuestro deséo, y tomamos parte en el gozo de tan loable afición. Porque, bienaventurados son los que oyen la palabra de Dios; pero, si la guardan. Bienaventurados son los que se acuerdan de sus mandamientos, pero ha de ser para cumplirlos. A la verdad, èl tiene palabras de vida eterna, y vendrà la hora (ojalà que tambien sea èsta) en que los muertos oíràn su voz; y los que la oyeren, viviràn; porque està en su voluntad la vida. Y, si lo quereis saber, su voluntad es nuestra conversion. En fin, escuchad à èl mismo:
¿Por ventura es de mi voluntad la muerte del im-
pie

Luc. 11.
28.
Ps. 102.
18.

Johan. 5.
5.

Ezech. 18
23.

pio, dice el Señor, y no mas bien que se convierta, y viva? De cuyas palabras evidentemente conocemos, que la verdadera vida para nosotros no se halla sino en la conversion, ni en otro modo alguno se franquea la entrada de ella, diciendo tambien el Señor: *Sino os convirtiereis, è hiciereis como este pàrvulo, no entrarèis en el Reyno de los cielos.* Con razon, ciertamente, solos los pàrvulos entran, porque un niño pàrvulo los vá guiando, el qual para este mismo fin nació, y nos fuè dado à nosotros. Voy à buscar pues aquella voz, que oiràn los muertos, y viviràn, si la oyeren; pues quizá es necesario evangelizar tambien à los muertos. Y por ahora se me presenta à la memoria una palabra brebe, pero llena, que habló la boca del Señor, como el Propheta testifica: *Vos habeis dicho*, dice èl, hablando sin duda al Señor Dios suyo, *Convertid-os hijos de los hombres.* Ni sin razon ciertamente parece se debe exigir de los hijos de los hombres la conversion, tan necesaria à los pecadores. Porque á los espíritus soberanos mas antes se les intimò la alabanza, que es decente à los rectos de corazon, cantando el mismo Propheta: *Alaba Sion à tu Dios.*

2 Mas à mi juicio, esta expresion, *Habeis dicho*, no se debe pasar sin hacer alto en ella, ni se debe oír sin mucha reflexion. Porque, ¿quién se atreverà à comparar á los dichos humanos, aquello que se dice, que dijo Dios? Viva, y eficaz por cierto es la palabra de Dios, y su voz està llena de magnificencia, y poder. En fin, el dijo, y fueron hechas las cosas. Dijo, Hágase la luz, y fuè hecha la luz. Dijo, Convertid-os hijos de los hombres, y fueron convertidos. Asi ciertamente la conversion de las almas es obra de la voz divina, no de la humana. Simon hijo de Juan, siendo pescador de hombres, llamado, y constituido por el Señor

La vida
consistè
la conver
sion.

Math. 18
3.

Jer. 3. 14

Ps. 147. 2

La cõver
sion del
hõbre es
obra de
Dios.

Hebr. 4.
12.

Ps. 28. 4
Ps. 143. 5
Gen. 1 3

para este mismo emplèo, sin embargo, èl mismo tambien trabajando toda la noche en vano, nada cogerà, hasta que echando la red en la palabra del Señor pueda traer dentro de ella una copiosa multitud. Ojalà que tambien nosotros echemos hoy en esta palabra la red de la palabra, y experimentemos lo que està escrito: *Mira, que darà à su voz, la voz de la virtud.* Si hablàremos mentira, sin duda èsta se deberà atribuir à nosotros. Y se podrà quizà tambien juzgar, que es nuestra propia voz, y no la del Señor, si buscàremos nuestros intereses, y no los de Jesu-Christo. No obstante, aunque hablemos la justicia de Dios, y busquemos su glòria, sin embargo, en òrden al efecto es necesario esperarle de èl solo, y pedirle, que junto à su voz la voz de virtud. A esta voz interior pues os amonestamos, que apliqueis vivamente vuestros oidos, de modo que procureis mas bien oir à Dios, que hàbla dentro, que al hombre que hàbla fuera. Porque aquella es la voz de magnificencia, y de virtud, que hace estremecer los desiertos, examina los secretos ocultos, y despierta vivamente la somnolencia desidiosa de las almas.

CAPITULO II.

Que la voz de Dios se ofrece ella misma à todos, y representa el alma à sè misma, aunque no quiera.

3 **N**I hay que fatigarse à la verdad para llegar à oir esta voz: antes es trabajo el cerrar los oidos para no oirla. Sin duda esta misma voz se presenta de suyo; ella misma se introduce, y no cesa por ahora de dar golpes à las puertas de cada uno. En fin, *quarenta años, dice, estuve pròximo à esta generacion, y dije: Siempre*

yer-

yerran estos en el corazon. Todavía está próximo à nosotros, todavia hàbla, y no hay acaso quien oyga. Todavía dice, *estos yerran en el corazon*; todavia està repitiendo sus voces la sàbiduria en las plazas: *Volved al corazon prevaricadores*. En esta manera, sin duda alguna comienza Dios à hablar: y estas son las palabras que se han hecho sentir antes en todos los que se convierten al corazon; palabras ciertamente, que no solo hacen volver sobre sí al pecador, sino que desenvuelven, y despliegan quanto hay en su interior, y le ponen à èl mismo en frente de su rostro. Pues, no precisamente son voz de virtud, sino tambien rayo de luz, que anuncia à los hombres sus pecados, y al mismo tiempo ilumina lo escondido de las tinieblas. Pero ninguna diferencia hay èntre esta voz interior, y esta luz, siendo uno mismo el Hijo de Dios, y el Verbo del Padre, y el esplendor de la glòria; y aun tambien la substancia del alma, que à la verdad en su gènero es igualmente espiritual, y simple, sin distincion alguna de sentidos, sino toda ella, (si es que se puede decir toda ella) es quien ve, y juntamente oye. Porque ¿què se hace con aquel ò rayo de luz, ò palabra interior, sino que se conozea à sí misma? Se abre ciertamente el libro de la conciencia, se revuelve toda la sèrie lastimosa de la vida, se despliega esta triste historia, se ilumina la razon, y se presenta à sus ojos abierta y extendida su conciencia. Pero la una y la otra, esto es, la razon, y la memoria, no tanto son cosas del alma, como el alma misma: de modo que el alma misma es la que mira, y es mirada, colocada contra su rostro, y forzada por unos violentos ministros, que son los pensamientos saludables, que pone Dios en su interior, à asistir por ahora para ser juzgada ante su propio tribunal. ¿Quièn à la verdad podrà sostener este juicio sin

Modo de
convertir:
se.

1 Cor. 2
11

Quo pro-
de el de-
loze del
procedo, y
dumque
ga sume
moris

Misericor-
dia de
de conde
111

Psal. 41

sin zozobra? *En mi mismo se turbò mi alma*, dice el Propheta del Señor: y extrañarás tu, que no puedas ser puesto en frente de tu rostro sin reprehension, sin turbacion, sin confusion?

CAPITULO III.

Como por la voz de Dios la razon de nuestra alma puede, como en un libro, percibir, reprender, juzgar, y discernir todo lo malo, que el hombre ha hecho.

4 **N**I esperes oír de mí, que percibirá, que reprenderá, que juzgará, y discernirá tu razon misma en tu memoria. Aplica los oídos à tu interior, vuelve hàcia allí los ojos de tu corazon, y aprenderás por la propia experiencia, que es lo que allí pasa. Pues nadie sabe lo que hay en el hombre, sino el espiritu del hombre, que està en èl mismo. Si la soberbia, si la envidia, si la avaricia, si la ambicion, ú otra peste semejante està escondida, apenas podrá escaparse de este examen. Si la fornicacion, si la rapiña, si la crueldad, si algun fraude, ó qualquiera otra culpa, tuvo aqui entrada, no se podrá ocultar el reo à este juez interior, ni negará la verdad delante de èl. Porque pasó velozmente el gozo de la deleytacion iniqua, y aquel gusto voluptuoso se acabó en brebe todo: pero dejó impresas ciertas señales amargas en la memoria, dejó sus feos vestigios en ella. En este depòsito se juntò como en una sentina toda abominacion, y fuè á parar en èl toda la inmundicia. Este es un volumen grande, en que están escritas todas las cosas, con la pluma sin duda de la verdad. Ya el vientre sufre lo amargo de ellas, aunque al parecer habian deleytado con fivola dulzura las fauces en su brebe trànsito. ¡Mi-

1 Cor. 2

11

Que brebe el deleyte del pecado, y que amarga sumeria.

Miserias de la mala conciencia.

serable de mí! mi vientre me duele, mi vientre me duele. Pero, ¿qué mucho me duela el vientre de la memoria, en donde se juntó tanta podredumbre? ¿Quién de nosotros, Hermanos míos, si de repente viera este exterior vestido que le cubre, lleno de inmundas salivas, y manchado con asquerosas suciedades, no se llenaría de horror, no se desnudaría de él con velocidad, y no le arrojaría de sí con indignación? Pues quien halla en tal estado, no ya su vestido, sino bajo del vestido interiormente a sí mismo, es preciso, que tanto mas se duela, y se constérne, quanto sufre de mas cerca lo que le causa horror. Porque de ningún modo, con la facilidad con que arroja su túnica, podrá arrojarse a sí misma el alma que está contaminada. En fin, ¿quién hay entre nosotros de tanta paciencia y valor, que si acaso (como se lee de Maria hermana de Moyses) viera su carne ponerse blanca en extremo con una repentina lepra, pudiera mantenerse con un ánimo conforme, y dar gracias al Criador? ¿Y qué es esta carne, sino una corruptible túnica, con que estamos vestidos? ¿O qué se debe juzgar por todos los escogidos esta lepra corporal, sino la vara del paternal castigo, y purificación del corazón? Allí, allí se encuentra la tribulación vehemente, y justísima causa de dolor, quando despertado del sueño del miserable deléyte, comienza el hombre a percibir la lepra interior, que él mismo con mucho afán y trabajo buscó para sí. Pues, aunque ninguno aborrezca su carne, pero mucho menos podrá el alma a sí misma aborrecerse.

Es

Simil.

Num. 12

Simil.

... que es tanto que...
 ... una castidad espiritual, y mayor la...
 ... Ni a la verdad, hacemos...
 ... de hacer daño al...
 ... con un cierto pasmo de...
 ... Pues, estando el corazón...
 ...

CAPITULO IV.

Que quien ama la maldad, aborrece su alma, y su cuerpo: y de la infructuosa penitencia despues de la muerte.

Hará fuerza á alguno quizá aquello del Psalmo: *El que ama la iniquidad, aborrece su alma.* Pero yo digo tambien, que aborrece su cuerpo. ¿Por ventura no le aborrece, el que va adquiriendo cada dia cúmulos de infierno para sí, y atesora la ira de Dios á medida de su dureza y corazon impenitente en el dia de la venganza? Sin embargo, este odio asi del alma, como del cuerpo, no està en el afecto, sino mas antes en el efecto; á este modo sin duda aborrece tambien su cuerpo el frenético, quando sepultada la deliberacion de la razon en èl, trabaja en echar las manos contra sí mismo. Pero, ¿hay acaso mas grave frenesi, que la impenitencia del corazon, y la obstinada voluntad de pecar? Verdaderamente echa las malvadas manos contra sí mismo, y no al cuerpo, sino al alma despedaza y corroe. Si has visto à un hombre rascar las manos, y estregarlas hasta hacerse sangre, tienes expresada en èl evidentemente una imagen del alma que peca. Cede aquel deleyte al dolor, y al prurito se sigue el tormento. Ni esto lo ignoraba èl, sino que no hacia caso de ello, quando se rascaba. De este modo despedazamos, de este modo enconamos las infelices almas: solo que es tanto mas gravemente, quanto es mas excelente una criatura espiritual, y mayor la dificultad en curarse. Ni à la verdad, hacemos nosotros esto con ánimo expreso de hacer daño al alma, sino adormecidos con un cierto pasmo de la interior insensibilidad. Pues, estando el corazon der-

Ps. 10. 5

El peccador aborrece aun su cuerpo.

Simil.

rainado, no siente los daños interiores, porque ni èl tampoco està dentro, sino en el vientre quizá, ò en lugar todavia mas inmundo y bajo. En fin, el corazon de unos està en los platos, y el de otros en las bolsas. *En donde està tu tesoro, dice, allí està tambien tu corazon.* Mas, ¿què maravilla es, que no sienta su propia lesion el alma en modo alguno, si olvidada, y enteramente ausente de si misma, se fuè á una region remota? Tiempo llegará, en que vuelta à si misma, conocerá, que cruelmente por una miserable caza se sacò las entrañas à si propia. Pues ni aun esto podia sentir, quando acechando con un insaciable deseo la vil presa de unas moscas, parecia tejer las redes, al modo de las arañas, de sus entrañas mismas.

6 Pero sucederá, que volverá à si misma, à lo menos despues de la muerte, quando las puertas todas del cuerpo, por las cuales acostumbraba salirse á vaguear por fuera, y ocuparse inutilmente en esta figura del mundo que pasa, serán cerradas, para que precisamente permanezca en si, no pudiendo salir por ninguna parte de si misma. Mas esta vuelta, à la verdad, será la cosa mas triste, y una miseria sempiterna, quando ya podrá haber penitencia si, pero no ya hacerse penitencia. Porque donde faltare el cuerpo, no habrá accion alguna: en donde no hubiere accion alguna, tampoco se podrá dar alguna satisfaccion. Por lo qual el tener penitencia, es ciertamente tener dolor, mas el hacer penitencia, es remedio del dolor. A quien ya entonces no tiene manos, no le será posible jamás levantar al cielo el corazon con las manos. Asi, quien antes de la muerte no volviere à si mismo, es necesario que permanezca en si mismo eternamente. Pero, ¿en qual èl mismo? Qual se haya hecho èl à si mismo en esta vida, qual se encontráre èl al salir de esta vida: solo que quizá

Porque muchos no sienten los daños interiores.

No será asi despues de la muerte.

Math. 6. Una cosa es tener penitencia, y otra hacerla.

será algunas veces peor, pero mejor jamás. Tiene que volver á tomar este mismo cuerpo, que ahora deja, pero no para penitencia, sino para pena: pues entonces, sin duda, parecerá ser el cuerpo en alguna manera de la misma condición que el pecado: desuerte, que, así como la culpa podrá ser castigada siempre, no pudiendo con todo eso ser expiada jamás; así nunca se acabarán los tormentos en el cuerpo, sin que pueda aniquilarse el mismo cuerpo en los tormentos. Justamente pues, ejercerá su rigor una sempiterna venganza, porque eternamente no se podrá borrar la culpa: ni la sustancia del cuerpo llegará á faltar jamás, para que igualmente jamás falte su aflicción. Hermanos míos, el que se llenan de horror á la idea de estas cosas, se precave de ellas con tiempo: el que no hace caso, viene á caer en ellas.

CAPITULO V.

Que se debe sentir y sofocar ahora el gusano de la conciencia, y no fomentarle, y sustentarle, para que sea inmortal.

Para que volvamos pues á la voz, de que hablábamos, nos es forzoso ciertamente volver á entrar en el corazón, puesto que aquí se encontrará el camino, en que nos muestre su salud, aquel Señor, que con tanto afecto de piedad convida á los pecadores á volver á él. Ni nos pese de sentir por ahora las mordeduras del interior gusano; ni alguna peligrosa delicadeza, y perniciososa afeminación del ánimo nos llegue á persuadir, que no hagamos caso de la presente molestia. Importa mucho, que sea el gusano sentido, quando todavía puede ser sofocado. Así pues, muera ahora, para que muera, y poco á poco deje de mor-

der muriendo. Roa por ahora la podredumbre, para que royèndola la consuma, y sea el consumido juntamente; no sea que comience à fomentarse para la inmortalidad. *El gusano de ellos*, dice, *no morirà, y el fuego no se apagará*. ¿Quién podrá sostener el extremo rigor de aquellas mordeduras? Pues por ahora mitigan muchos consuelos el tormento de la conciencia, que nos acusa. Benigno es Dios, el qual no permite, que seamos tentados sobre lo que podemos, ni permite, que este gusano nos haga guerra sin medida. Y especialmente en los principios de nuestra conversion unge con el aceyte de la misericordia nuestras úlceras, para que no se eche de ver mas de lo conveniente, ni lo grande de la enfermedad, ni lo difícil de la curacion: y mas bien entonces parece, que alegra al ánimo una cierta facilidad de obrar lo bueno que experimenta, pero que despues desaparece, quando, teniendo ya exercitados los sentidos, se permite que le presenten mas fuerte combate, para que venza, y sepa que la sabiduria es mas poderosa que todo. Entretanto oyendo el hombre la voz del Señor: *Volved al corazón prevaricadores*, y hallando tan grandes fealdades en su interior aposento, procura considerar con atencion todas sus cosas una por una, y explora con curiosa diligencia por donde pudieron entrar estas abominaciones: y facilmente descubre el agujero ó agujeros por donde entraron, el que con esmero lo registra todo. Ni se aumenta poco su dolor, quando esta consideracion averigua, que esta muerte entrò por sus ventanas propias. Pues vè, que franqueò la entrada à muchas inmundicias la licencia de los ojos, y diò libre paso à otras muchas el poco recato de los oídos, permitiendo lo mismo el deleyte del olfato, del gusto, y del tacto. Mas los vicios espirituales, de que arriba hicimos mencion, con dificultad hasta hora los examina y pesa. co-

Isai. 66.

24.

Benignidad de Dios con los reciè con vertidos.

A la facilidad se siguen los combates.

Isai. 46. 8.

No conocen bien los pecados espirituales; que sònos mas graves.

mo ellos son en sí el hombre carnal. Por lo qual sucede, que poco ò nada siente unos pecados, que en realidad son mas graves, ni tiene tan vivos remordimientos con el recuerdo de la soberbia y envidia, como con la memoria de las acciones enormes y facinorosas.

CAPITULO VI.

Representa vivamente la dificultad de la conversion, y las luchas que sufre el que desea volver en sí.

8 **Y** HE ahí de nuevo una voz, que desde las nubes está diciendo: *Pecaste, cesa ya.* Que es lo mismo que decir: Ya, rebosando la sentina, está apestando con intolerable olor toda la casa: Empresa vana es querer limpiarla, mientras que no cesan de correr todavía las horrruras, y querer hacer penitencia mientras que no desistes de pecar. Porque, ¿quién aprobará los ayunos de aquellos que ayunan para litigios, y contenciones, y hieren impiamente con el puño; y tambien se hallan en ellos las voluntades, y deleytes propios? No es este el ayuno, que apruebo yo, dice el Señor. Cierra las ventanas, tapa las rendijas, ciega los agujeros cuidadosamente: y de este modo no entrando horrruras nuevas, podrás limpiar las antiguas. Juzga entonces el hombre, que facilmente podrá cumplir lo que se le manda, como quien está todavía ignorante en la vida espiritual. ¿Quién me estorvará, dice, que yo mande con imperio á mis miembros? Intima pues ayunos á la gula, prohibe el exceso de la bebida, manda que se cierren los oídos, para no oír las palabras de sangre, que se aparten los ojos, para no ver la vanidad, que se extiendan las manos, no á la avaricia, sino mas

antes à la limosna; á las quales tambien quizá quiere obligar al trabajo, prohibiéndolas todo robo, segun està escrito: *El que robaba, no robe ya, sino mas antes se ocupe trabajando con sus manos en qualquiera obra útil, para tener que dár al que padece necesidad.*

9 Sin embargo, quando à este modo està promulgando leyes à cada uno de los miembros, y proponiendo sus decretos, subitamente interrumpen ellos la voz del que les manda, y claman todos juntos: ¿De dònde ha venido esta nueva religion? Tu mandas hacer, como te parece: però no faltará quien se oponga á esos nuevos decretos: quien contradiga à esas leyes nuevas. ¿Quièn será ese? dice. Y aun esa tambien, le responden: esa misma sin duda que yace paralizada en la casa, y està afligida con muchos tormentos. Porque esa misma es, por si lo ignoras, á cuyo obséquio nos deputaste tu, para que obedeciésemos á sus concupiscencias. A esta voz se quedó pálido el miserable, y enmudeció confuso; angustiándose en sí mismo su espíritu. En esto, los miembros sin detenerse nada, se llegan à aquella su infelicísima señora, para querellarse cruelmente de su señor, y acusar de demasiado duro su imperio. Lloran la gula, que la obligan á la estrechez de la parsimonia, y que la prohiben el gusto de la bebida immoderada. Se quejan los ojos de que les precisan á derramar lágrimas, y que se les niega su licenciosa libertad. Prosiguiendo ellos en estas y semejantes quejas, dándose por sentida, y violentamente exacerbada la voluntad: ¿Es sueño, dice, ò es fábula, lo que contais? Entonces viendo la lengua tan oportuno tiempo de hablar: Enteramente, dice, así es, como habeis oido. Porque tambien à mi me han intimidado, que me abstenga de fábulas y de mentiras, y que en

lo

Eph. 4.

Dificultad y rebeldia de los sentidos.

lo adelante nada hable, que no sea serio, ò mas bien absolutamente necesario.

10 Se levanta pues la vejezuela furiosa, y olvidada de todo su mal, vá espeluzados los cabellos, rasgado el vestido, desnudo el pecho, refrigerando las úlceras, rechinando los dientes, y consumiéndose de rabia, è inficionando el ayre mismo con sus halitos pestilentes. ¿Qué mucho se confunda, si es que queda algo de razon en él, à tal encuentro y acometimiento de la miserable voluntad? ¿Es esta, dice, toda la fe de tu desposorio, y de este modo te compadesces de quien tanto padece? ¿Para esto dejaste de añadir mas dolor sòbre el dolor de mis llagas? Tal vez podia parecer, que se debiese quitar algo de la inmoderada dote: pero, si me quitas este dolor ¿qué me queda? Solo este habias dado à esta triste enferma, y en que modo estaban distribuidos todos sus obsequios, lo conocias en otro tiempo. Mas, si ahora te se ha podido olvidar à ti la triplicada malignidad de este pèsimmo achaque, que me atormenta, pero no à mi. Yo soy voluptuosa, yo soy curiosa, yo soy ambiciosa, y de estas tres úlceras nada està sano en mi desde la planta del pie hasta la cabeza. Asi, ya que es necesario hacer de nuevo mencion de cada cosa, las fauces y obsceno del cuerpo està asignado al deleyte. A la curiosidad la sirven los pies vagos, y los ojos sin disciplina. El oïdo y la lengua obsequian à la vanidad, pues por medio de aquel engrasa mi cabeza el aceyte del pecador, y por esta suplo yo lo que à mi parecer han dicho de menos los que me alaban. Pues me deleyto en gran manera en recibir de otros, y en referir tambien à los demàs, quando se presenta ocasion, mis propias alabanzas, anhelando à ser ensalzada, asi por mi boca, como por la agena. A cuya enfermedad principalisimamente suele tambien tu ingenio

año.

Quejasde
la volun-
tad à la
razon re-
cien con-
vertida.

libro
del
sob

Tres en-
fermeda-
des de la
voluntad.

Los sen-
tidos son
sus sier-
vos.

añadir varios incentivos. Por cierto, las manos, que se mueven libremente hácia todas partes, no las empleamos en una cosa sola, sino que hacen sus servicios y lisongean, ya à la vanidad, ya à la curiosidad, ya al deleyte. Con ser esto así, jamás pudieron aun en sola una cosa satisfacerme: porque ni se sacian los ojos de ver, ni se llenan los oídos con oír. Y ojalà que alguna vez mientras estoy mirando, todo el cuerpo se hiciera ojos, ò que quando estoy comiendo, se convirtiesen en fauces todos los miembros. ¿Tu pues me quieres quitar este pòco de gusto, que de qualquiera modo que sea, ando yo mendigando? Así habló, y apartándose con indignacion y furor: Esto, dice, por posesion mia defendo, y siempre lo defenderè.

rr Ya entonces à la razon la vejacion misma la dà conocimiento; ya se hace patente en algun modo la dificultad de este negocio; ya se desvanece aquella supuesta facilidad. Porque vè la memoria llena de suciedades; vè que con mucha abundancia entran en ella mas y mas inmundicias; vè que las mismas ventanas, que estaban francas à la muerte, no se pueden cerrar del todo; vè que todavia domina como superior la voluntad enferma, de cuyas úlceras había fluido la materia toda. Vèse, ultimamente, el alma à si misma contaminada, ni por otro que por su propio cuerpo, ni de otra parte que de si misma. Pues es cosa del alma, así la memoria inficionada, como la voluntad que la inficiona. En fin, toda ella no es otra cosa que entendimiento, memoria, y voluntad. Mas ahora el entendimiento está defectuoso, ciego en algun modo; puesto que no llegó à ver hasta hora estas cosas; debilitado enteramente; puesto que, ni aun habiéndolas conocido, pueda remediarlas: la memoria à un tiempo mismo feisima y fetidisima: y la voluntad igualmente lánguida, manando por todas

Miserable condicion en q̄ se halla la memoria y los sentidos por los pecados.

Toda el alma no es mas q̄ las tres potencias

partes sus horribles úlceras. Y, para que nada quede de quanto hay en el hombre, el cuerpo mismo se mantiene rebelde: y cada uno de los miembros es una ventana, por donde entra al alma la muerte, y rebosa incesantemente la misma confusion.

CAPITULO VII.

*Consuelo en que respiran los pobres de espíritu,
ò las almas que reconocen su miseria.*

OYga pues toda alma, que se halla en tal estado, la voz divina, y oygala con pasmo y admiracion, que dice: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reyno de los cielos.* ¿Quièn mas pobre de espíritu, que el que en todo su espíritu no encuentra descanso, no encuentra donde reclinar su cabeza? Esto tambien manifiesta la inestimable piedad del consejo divino, pues dispone, que quien se desagrada de sí mismo, agrade á Dios: y que quien aborrece su propia casa, una casa ciertamente llena de inmundicia y de desdicha, sea convidado à la casa de la gloria, casa no fabricada por mano de hombres, sino eterna en los cielos. Ni hay que extrañar, si à la grandeza de esta dignacion queda pasmada el alma; si con dificultad cree esto mismo que oye; si se llena de admiracion y asombro, y dice: ¿Qué, la miseria hace al hombre bienaventurado? Pero, qualquiera que seas, no desconfes. NO LA MISERIA, sino la misericordia le hace bienaventurado: pero el asiento propio de esta es la miseria. O ciertamente digamos; que la miseria le hace bienaventurado, trocándose la humillacion en humildad, la necesidad en virtud. *Una lluvia voluntaria destinaréis ò Dios para vuestra heredad; ella ha enfermado, mas Vos la fortificasteis.* Util

Math. 5. 3

Bienaventurados
sò los pobres de es-
píritu.

Ps 67. 10

enfermedad enteramente, que busca la mano del mèdico: y saludablemente se desmaya en sí mismo, aquel à quien Dios fortalece. Mas, porque no se abre el camino al reyno de Dios sin las primicias del reyno, ni puede esperar el reyno celestial, aquel à quien no se concede todavia reynar sòbre sus propios miembros, se sigue una voz que dice: *Bienaventurados los mansos, porque ellos poseeràn la tierra.* Como si dijera mas claramente: Mitiga los movimientos fieros de la voluntad, y cuida de amansar esa bestia cruel. Atado te hallas: procura desatar lo que en modo ninguno podràs romper. Ella es tu Eva: * no puedes en manera alguna hacerla violencia, ù ofenderla tanto, que llegues à apartarla de ti.

CAPITULO VIII.

Que los carnales deleytes, y las riquezas son cosas del todo vanas, engañosas, y momentàneas.

13 **Y**A sin tardanza, respirando el hombre à estas palabras, y reputando esto mismo mas fácil, se acerca, aunque vergonzoso, y procura sosegar esta irritada vivora. Reprende los deleytes de la vida carnal, y acusa de desvarios los consuelos mundanos, como cosas despreciables, è indignas, brebísimas al mismo tiempo, y perniciosísimas à sus amadores. Esto, dice, confiesa tu misma, que es así á este perverso è inútil siervo tuyo. Pues no puedes negar, que jamás pudieron satisfacerte en nada todos sus obsequios. El gusto de la gula, que hoy tanto se aprecia, apenas se extiende á la anchura de dos dedos: y este tan corto deleyte de una parte del cuerpo tan corta, ¿quánta solicitud suele costar, quánta molestia suele producir despues? El hace, que se dilaten monstruos-

Tambien
los másos

* Otros,
tu vida.

Progre-
sos de la
conversi-
on.

Que cor-
to el de-
leyte de la
gula, y de
la lasciva.

samente las entrañas, y el estómago; que entumecido el vientre no tanto se engruese, como que conciba su ruina; y que no pudiendo sostener el peso de la carne los huesos, se engendren tambien enfermedades varias. Igualmente, ¿con cuántos trabajos y dispendios, con cuánto peligro de la fama y de la honra, y algunas veces tambien de la vida, se llega à la sima obscura de la lujuria? Y al fin, el deleyte desaparece, como un vapor de encendido azufre, quedando demasiado impreso el dolor; y que à manera de la abeja, derramando un poco de desabrida miel, deja clavado profundamente el aguijon en los corazones: siendo su apetito congoja y bajeza del ánimo, su logro abominacion è ignominia, sus conseqüencias pesar y vergüenza.

14 Pero, los vanos espectáculos, pregunto yo, ¿què bien pueden traer al cuerpo, ò què provecho al alma misma? Ciertamente nada encontraràs en el hombre, para que sea útil la curiosidad. Consuelo frívolo enteramente, inútil, y falso: ni sè yo que pueda anunciar otra cosa mas dura, que haber de ànhelar siempre á ver de nuevo otras cosas, el que huyendo de la paz de un dulce sosiego, se deleyta en la inquietud de la curiosidad de sus ojos. Se hace claro aun por solo esto, que nada hay de deleyte en todas estas cosas, pues SOLO EN SU TRANSITO agradan. Pero, què nada sea la vanidad de vanidades, se hace bien manifesto por su propio nombre. Vano trabajo, sin duda, el que se emplea en el logro de la vanidad. ¡O glòria, glòria, dice un Sábio, que no eres otra cosa entre muchos de los mortales, que una vana hinchazon de los oídos! Y con todo eso, ¿quánta infelicidad acarrea al hombre esta misma vana felicidad, mas bien que vanidad feliz? De ella nace la ceguedad de corazon, segun lo que està escrito: *Pueblo mio, los que te llaman bien-*

aven-

Boet. lib.
3. de Co-
sol. metr.
7.

Vanidad
de los es-
pectacu-
los.

Gusto frí-
volo de la
gloria va-
na.

Id. lib 3.
Prosa 6.

Isai. 3. 12

aventurado, te llevan al error. De ella el obstinado furor de la animosidad, de ella la congojosa fatiga de las sospechas, de ella el cruel torcedor de la emulacion, y el tormento mas misero que miserable de una envidia que abrasa: de ella el amor insaciable de las riquezas, que aflige mucho mas el alma con su deseo, que la consuela con el uso, como que su ADQUISICION está llena de trabajo, su posesion de susto, su pérdida de dolor. Por ultimo, *donde hay muchas riquezas, hay tambien muchos para comerlas:* y ciertamente el uso de las riquezas está en otros, quedando para los ricos solo el nombre, y la solicitud. Y en todo esto, por unas cosas tan tenues, ó por decir mejor, por unas cosas que son nada, menospreciar aquella glòria que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni cupo en el corazon del hombre, que Dios tiene preparada para los que le aman, no tanto parece necedad, como infidelidad.

No sin razon ciertamente, burla con vanas promesas este mundo, que está puesto en poder del maligno, unas almas que se han olvidado de su propia condicion y nobleza, no avergonzándose de sugetarse á unos animales inmundos en el ministerio, de asociarse á ellos en el deseo, sin lograr aun asi saciarse de su infeliz alimento. ¿De donde pues tan grande cobardía, y bajeza tan lastimable, que una ilustre criatura, capaz de la bienaventuranza eterna, y de la glòria del gran Dios, como quien ha sido criada por su inspiracion, sellada con su semejanza, redimida con su sangre, dotada con su fè, adoptada por su espíritu, no se avergüence de sugetarse á una miserable esclavitud, bajo de esta podredumbre de los sentidos corpóreos? Justamente, no llega á alcanzar ni aun á estos, quien desamparando á tal esposo, va siguiendo tales amantes. Justamente, tuvo hambre de los des-

Lomismo es de las riquezas.

Eccl. 5.
20.

El mudo se burla con razón de unas almas que han echado en olvido su dignidad.

Luc. 15.
16.

pre-

preciables residuos de su comida, y no los logró, quien quiso mas antes apacentar unos puercos, que ser saciado en la mesa de su padre. Trabajo fatuo à la verdad, apacentar à una estèril que no pare, y no querer hacer bien à una viuda: descuidar del corazon, y cuidar del cuerpo hasta satisfacer sus deseos: engordar, y regalar un cadaver podrido, que no se duda, que poco despues ha de ser comida de los gusanos. Pues, el servir al dinero, y amar la avaricia, que es culto de los idolos, ò dejarse llevar del apetito de la vanagloria, ¿quien no vè que es manifesto indicio de haber degenerado enteramente el alma de su nobleza?

16 Mas, dèmos con todo eso, que fuesen cosas grandes y honestas, quantas por ahora ofrece el mundo à sus amadores: pero, ¿quien no sabe, que en ellas no puede haber seguridad? Tan cierta es sin duda su brebedad, como es incierto el fin de su brebedad misma. Muchas veces desamparan al que vive, pues al que muere no le siguen ni una vez siquiera. Pero, ¿què hay en las cosas humanas mas cierto que la muerte; què mas incierto, que la hora de la muerte misma? No se apiada de la pobreza, no respeta à las riquezas, no perdona al linage, no à las prendas, no à edad alguna: solo que para los viejos està à la puerta, para los jòvenes en las acechanzas. Infeliz por tanto, el que poniendo su confianza en las tinieblas y resbaladizo de esta vida, emplèa un trabajo que ha de perecer; ni advierte, que es un vapor, que aparece por tiempo muy brebe, y vanidad de vanidades. ¿Alcanzaste al fin, ambicioso, la dignidad que por largo tiempo deseabas? Guarda lo que tienes. ¿Has llenado, avariento, tus bolsas de dinero? téa cuidado de no perderlo. ¿Trajo abundantes frutos tu campo? deshaz las trojes, para fabricar otras mayores: dà nueva forma à tus edificios, di à tu alma:

ma: Tienes muchos bienes de repuesto para muchos años. No faltará quien diga: Insensato, esta noche han de pedirte el alma: estas cosas que has juntado, ¿de quién serán?

17 Y ojalá, que solo se perdiesen las cosas que se habían juntado, y no pereciese mas tristemente tambien, el mismo que las juntó. Sería sin duda mas tolerable afanarse en un trabajo, que habia de perecer, que en un trabajo, que habia de traer la perdicion. Mas ahora, los estipendios del pecado son la muerte: y los que siembran en la carne, de la carne cogerán la corrupción. Porque ni nuestras obras pasan, como nos parece: sino que todas las cosas que hacemos en el tiempo, son como una simiente, que se echa para la eternidad. Se asombrará el insensato, quando vea que de tan corta simiente sale mies tan copiosa, ó buena, ó mala, segun la calidad de la simiente. El que medita esto, ningun pecado reputa por pequeño del todo, porque aprecia mas la mies que se espera, que la simiente. Siembran pues los hombres sin advertirlo ellos, y siembran quando ocultan los misterios de iniquidad, quando encubren consejos de vanidad, quando andan en las tinieblas los negocios de las tinieblas.

Las obras del hombre son simiente de la eternidad.

CAPITULO IX.

Que es imposible ocultarse el que peca.

18 **P**OR todas partes, dice, me rodean las paredes: ¿quién me ve? Aunque nadie te vea, no por eso deja de verte alguno. Te ve el Angel malo, te ve el Angel bueno, te ve otro mayor que los Angeles buenos, y malos, que es Dios. Te ve tu acusador, te ve una multitud de testigos, te ve tambien el Juez, en cuyo tribunal pre-

No se puede ocultar el pecador.

Especialmente á Dios.

precisamente has de ser presentado: bajo cuyos ojos querer delinquir es cosa tan loca, como es horrenda caer en manos de Dios viviente. No quieras darte por seguro: se ocultan unas acechanzas, à que no puedes ocultarte. Se ocultan, vuelvo à decir, unas acechanzas, que, asi como tu no las puedes sorprender, asi no pueden dejar de sorprenderte. Oye ciertamente, el que hizo el oido, y el que formó los ojos, mira sin duda. No detienen los rayos de este Sol las cercas formadas de piedras, que el mismo crió. No estorva el aspecto de la Verdad, aun la misma pared del cuerpo. Todas las cosas están desnudas à sus ojos, y es mas penetrante que la espada de dos filos. No solo mira, sino que juzga tambien los caminos de los pensamientos, y las médulas de las afecciones. En fin, si no registrara todo el abismo del humano corazon, y quanto en él se oculta mas claramente que él, no temeria tanto el Apóstol, à quien en nada reprendia su propia conciencia, la sentencia del Señor, que era su Juez. *Para mi, dice, importa muy poco ser juzgado por vosotros, ò por otro qualquiera hombre: yo mismo no me atrevo à juzgarme. Porque sin embargo de que en nada me reprende mi conciencia, yo no estoy justificado por eso; mas es el Señor el que me juzga à mi.*

19 Si te glorias de que con el estorvo de las paredes, ò con las artes de tus disimulos, se pueden frustrar los juicios humanos; está cierto de que no se le ocultan los crímenes verdaderos al que suele acusar aun de los falsos. Si en tanto grado temes, que te conozca tu prógimo, que tal vez no teme menos que le conozcas tu; mucho menos debes despreciar à quienes es mucho mas odiosa la iniquidad, y sin comparacion mas execrable la corrupcion. Si en fin, no temes à Dios, y solo recelas la vista de los hombres, acuerdate, que Christo

hom-

Ps. 93. 9.

1 Cor. 4.
B.

Ni à los
Angeles
malos, ni
à los buenos.

Ni à Christo.

hombre verdadero no puede ignorar los hechos de los hombres: para que así lo que delante de mí no te atrevieras à hacer, mucho menos te atrevas à hacerlo delante de èl mismo: y lo que, no digo yo, no te fuera lícito, pero aun poco agradable, obrar viéndolo un consiervo tuyo, tengas horror aun de pensarlo siquiera, viéndolo el Señor. De otro modo, si temes mas al ojo de la carne, que à la espada, que ha de devorar las carnes: *del mismo que temes, te sucederá, y vendrá sobre tí lo mismo que recelabas. Nada hay encubierto, que no venga à descubrirse, ni oculto que no venga à saberse.* Serán arguidas por la luz puestas á la luz las obras de las tinieblas: ni soló los abominables secretos de las obscenidades, sino los iníquos comercios de los que venden los Sacramentos, y los fraudulentos consejos de los que inventan engaños, y subvierten la justicia, los hará manifestos à todos el que sabe todas las cosas; quando comenzare aquel Escudriñador de las entrañas y del corazón à examinar á Jerusalem con antorchas.

Luc. 12. 2

CAPITULO X.

Que la salud se alcanza, no solo desviandose de lo malo, sino haciendo lo bueno.

20 **Q**UE harán pues, ò mas bien, que padecerán los que cometieron grandes pecados, quando habrán de oír: *Id al fuego eterno*, los que no hicieron obras de piedad? ¿Còmo será admitido à las bodas, quien no ciñò sus lomos, para abstenerse de lo malo, ni tomò en su mano la antorcha, para hacer lo bueno: quando ni la integridad de la virginidad, ni la claridad de las lámparas podrá excusar la falta de solo el aceyte? ò ¿què tormen-

Math. 25
41.

Si serán castigados los ociosos, q̄ será de los pecadores?

tos creerèmos que se reservaràn para los que en esta vida no solo hacen cosas malas, sino pèsimas: si de tal suerte han de ser atormentados los que aqui recibieron bienes, que, abrasàndose sus lenguas en medio de las llamas, no podràn conseguir el refrigerio de una pequeña gota de agua? Guardèmonos pues de las malas obras, ni en la confianza de la red que nos encierra, pequemos libremente dentro de la Iglesia: teniendo en la memoria, que no à todos los que trae la red, han de recibir las vasijas de los pescadores: sino que en llegando à la orilla, escogeràn para echar en ellas à los buenos, y arrojaràn à fuera los malos. Ni nos contentemos con ceñir de este modo los lomos, sino encendamos tambien nuestras antorchas, y obremos lo bueno con instancia, considerando, que todo àrbol no solo el que diere fruto malo, sino el que no le diere bueno, serà cortado y arrojado al fuego, al fuego eterno sin duda, que està aparejado para el diablo y los angeles suyos.

21 Mas de tal suerte nos apartemos de lo malo, y hagamos lo bueno, que busquemos la paz, y no sigamos la glòria. Porque ella es de Dios, y no la darà à otro. *Mi gloria*, dice, *no la dare à otro*. Y decia un hombre segun el corazon de Dios: *No à nosotros, Señor, no à nosotros, sino à vuestro nombre dad la gloria*. Acordeémonos de lo que dice la Escritura: *Aunque rectamente ofrezcas, si rectamente no partes, ya peaste*. Recta es hermanos míos, aquella particion nuestra; nadie la rehuse. De otra suerte, si quizá à alguno le agrada poco, sepa que no es nuestra, sino de los Angeles. Puesto que los Angeles fueron los primeros que cantaron: *Gloria à Dios en las alturas, y en la tierra paz à los hombres de buena voluntad*. Guardemos pues acyete en los vasos, no suceda acaso (lo que Dios no permita) que llaman-

Las buenas obras se deben hacer bien.

Math. 13
48.

Math. 25
41.

Isai. 42. 3

Ps. 113.

Gen. 4.
segun los
Setenta.

Luc. 2. 14

do en vano à las cerradas puertas de las bodas, oigamos aquella palabra amarga, y el Esposo desde adentro nos responda: *No os conozco*. Todavía sin embargo está puesta la muerte no solo junto à la maldad, la esterilidad, la vanidad, sino junto à la entrada misma tambien de la deleytacion. Por lo mismo necesitamos de fortaleza contra las tentaciones del pecado, para que fuertes en la fè resistamos al rugiente leon, y rebatamos los dardos inflamados de el mismo valerosamente con este mismo escudo. Necesitamos de justicia, para obrar lo bueno. Necesitamos de prudencia, para que no seamos reprobados con las vírgines fatuas. Necesitamos, ca fin, de templanza, no sea que entregados à los deleytes, oigamos alguna vez, lo que, acabado ya à un tiempo el esplendor de su mesa, y de sus vestidos, oyo aquel infeliz, quando imploraba misericordia: *Hijo, acuerdate que durante tu vida recibiste bienes, y Lázaro por el contrario males: y ahora èl es consolado, y tu atormentado*. Verdaderamente es terrible Dios en sus consejos sòbre los hijos de los hombres. Pero aunque es terrible, tambien se muestra misericordioso, quando no nos oculta la forma que ha de guardar en el juicio futuro. El alma pues que pecare, esa misma morirà: El sarmiento que no llevare fruto, será arrancado: La virgen à quien faltare el aceyte, será excluida de las bodas, y el que recibiere bienes en esta vida, será atormentado en la futura. Y si sucediera, que en un hombre se encontrasen estas quatro cosas juntamente, esto verdaderamente sería la última desesperacion.

Math. 25

Necesidad de tener las virtudes cardinales.

Lue. 16
25.

Ezech. 18
4.

Johan. 15
2.

Math. 25
12.

Quien sería còdenado con el ultimo rigor, y desgracia

Gg 2

10 20 30 40 50 60 70 80 90 100

CAPITULO XI.

Que los que intentan convertirse , son tentados con mas fuerza de los acostumbrados vicios , y que à estos les es muy necesario el llanto.

Tentaci6n
de los re-
cien con-
vertidos.

22 **E**Stas pues y semejantes cosas está inferiormente sugiriendo à la voluntad la razon , tanto mas copiosamente , quanto mas perfectamente es enseñada por la ilustracion del espíritu. Dichoso sin duda , aquel cuya voluntad de tal suerte cedere y se conformare al consejo de la razon , que concibiendo por el temor , se fomenta despues con las promesas celestiales , y para el espíritu de salud. Pero tal vez se encontrará rebelde y obstinada la voluntad , y que no solo se haga impaciente , sino mas mala con los avisos , mas dura con las amenazas , mas áspera con la blandura , con que la tratan. Se hallará quizá otra , que no moviéndose nada à las sugerencias de la razon , y mas antes agitada con grave furor , responde , diciendo : ¿Hasta quando os estarè sufriendo? vuestra predicacion no cabe en mi. Veo que sois astuta : pero vuestra astucia no tiene en mi lugar. Acaso tambien , llamando à cada uno de los miembros , les manda que obedezcan mas que lo acostumbrado à las acostumbradas concupiscencias , y sirvan à las maldades. De aqui sin duda nace lo que vemos por continuas experiencias , que los que resuelven convertirse , son tentados mas fuertemente por las concupiscencias de la carne , y los que se determinan à salir del Egipto , y huir del imperio de Pharaon , son mas gravemente oprimidos en los trabajos del barro y de los ladrillos.

El remedio es el llanto.

23 Mas ojalà que semejante hombre se abstenga de la impiedad , y se guarde de aquel sumido

Prov. 18:
3.

dero terrible , de que está escrito : *El impio quando ha llegado à lo mas profundo de los pecados, todo lo desprecia.* A la verdad , se està curando con una bebida muy fuerte ; y facilmente peligrará , si no pone todo cuidado en obedecer á los consejos del mèdico , y en cumplir sus preceptos. Se halla en la tentacion mas grande y proxima à la desesperacion , sino recoge todo su afecto , y le emplea en compadecerse de su alma , que mira tan misera y miserable ; y escucha la voz que dice : *Bienaventurados los que lloran, porque ellos seràn consolados.* Llòre abundantemente , porque llegó el tiempo de llorar : y para beber continuas làgrimas bastan estas cosas. Llore , mas no sin afecto de piedad , ni sin algun consuelo. Considere , que no se halla para èl descanso alguno en si mismo , sino que todas sus cosas estàn llenas de miseria y desolacion. Considere , que no se halla lo bueno en su carne : y que tambien en el siglo malo no se halla mas que vanidad y affliccion del espíritu. Considere , vuelvo à decir , que ni dentro , ni abajo , ni cerca de sí se le presenta materia de consuelo ; para que , por fin , aprenda alguna vez que se ha de buscar arriba , y que de arriba se ha de esperar. Llore ciertamente entretanto , lamentàndose sobre su dolor , arroyos de aguas derramen sus ojos , y no descansen sus pestañas. Sin duda con las làgrimas se purifican los ojos antes oscurecidos , y se aclara la vista para poder fijarse en la claridad de la serenissima luz.

Math. 5.
5.

Se ha de llorar siẽpre pero esperando el consuelo.

CAPITULO XII.

*Como se ha de inducir suavemente à la voluntad
à que ame y desee las cosas celestiales.*

24

DEsde ahora ya mire por el agujero, registre por las celosias, siga con la vista el rayo dulcísimo, y cuidadoso imitador de los Magos, busque con la luz la luz. Porque encontrará el lugar del admirable tabernáculo, en donde coma el hombre el pan de los Angeles; encontrará el parayso de las delicias que plantò el Señor; encontrará el huerto florido y amenísimo, encontrará el asiento del refrigerio, y dirá: *O* si aquella miserable voluntad oyera mi voz, para que entrando viera los bienes, y visitára este lugar! aquí sin duda hallará mas amplio descanso, y à mi tambien tanto menos me inquietará, quanto ella misma estará mas quieta. Puesto que no miente aquel que dixo: *Tomad sòbre vosotros mi yugo, y ballaréis descanso para vuestras almas.* En la fe de esta promesa hable mas blandamente à la que estaba irritada, y aparentando cierta alegría, haciéndola cargo en espíritu de mansedumbre dígala: Cese del todo tu indignacion. No soy yo quien te pueda ofender. Tuyo es el cuerpo, tu yo soy yo mismo: no hay porque temas, no hay porque receles. Ni será de extrañar si acaso todavía ella diere una respuesta algo mas amarga, y dijere: Las muchas reflexiones te han hecho delirar. Sufra entretanto con igualdad de ánimo, y disimule enteramente lo que pasa con ella, hasta que tocando en el coloquio diferentes cosas, oportunamente pueda insinuarse diciendo: Hoy encontrè un huerto hermosísimo, y un amenísimo lugar. Bueno seria para nosotros estarnos allí, porque à

ti

ti tambien te hace daño estarte en este lecho de la enfermedad, en esta cama del dolor, y compungirte en este aposento tuyo con un corazon pesado. Asistirá Dios à quien le busca, al alma que espera en èl: favorecerà á sus humildes ruegos, y dará eficacia à sus palabras. Se excitarà el deseo de la voluntad, no solo para ver el lugar, sino para entrar poco à poco en èl, y fijar alli su mansion.

CAPITULO XIII.

Que los que se convierten son recreados con una maravillosa suavidad, y con las delicias de la vida piadosa y espiritual.

25 **M**AS no pienses, que es un lugar corporal este paraíso de las interiores delicias. No se entra con los pies en este huerto, sino con los afectos. Ni te se pondera una copia de árboles terrenos, sino un agradable y hermoso plantel de virtudes, verdaderamente espirituales. Un huerto cerrado, en donde la fuente sellada se parte en quatro canales, y de una sola vena, que es la sabiduría, proceden quatro virtudes. Allí tambien forman una primavera hermosísimas azuzenas, y quando aparecen las flores, se oye tambien la voz de la tórtola. Allí el nardo de la esposa esparce suavísimo olor, y se difunden por el ayre tambien las demás aromas, soplando blandamente el austro, ahuyentado el aquilon. Allí en el medio está el arbol de la vida, aquel manzano de los Cantares, mas precioso que todos los árboles de las selvas, cuya sombra igualmente refrigera á la esposa, y es dulce su fruto á su garganta. Allí el esplendor de la continencia, y la vista de la verdad pura baña de luz los ojos del corazon: al oído tambien de gozo y alegría la voz dulcísima del

Delicias
de la vida
espiritual

Cant. 2. 3

interno consolador. Allí se comunica al olfato de la esperanza el gustosísimo olor del campo lleno, que bendijo el Señor. Allí se gustan anticipadamente en el ansia de los deseos las incomparables delicias de la caridad: y, cortadas las espinas y los abrojos con que era antes herida, bañada el alma de la uncion de la misericordia, descansa felizmente en la buena conciencia. Las cuales cosas ciertamente no se cuentan entre los premios de la vida eterna, sino entre los estipendios de la temporal milicia: ni pertenecen à la futura promesa, sino mas antes à la que al presente se ha hecho à la Iglesia. Porque esto es aquel ciento por uno, que se dà en este siglo à los despreciadores del siglo. Ni esperes tu, que yo le pueda ponderar con mis palabras. Solo el espíritu es quien le revela: en vano consultaràs los libros; mas antes debes buscar la experiencia. Esto es la Sabiduria, cuyo precio no le sabe el hombre. Ella es traída de lo oculto, ni se encuentra esta suavidad en la tierra de los que viven suavemente. Sin duda es la suavidad del Señor: no la veràs, sino que la gustes. *Gustad*, dice, *y ved, que es suave el Señor*. Manà escondido es, un nombre nuevo es, que nadie le sabe sino el que le recibe. No LE ENSEÑA la erudicion, sino la uncion: no le comprende la ciencia, sino la conciencia. Es una cosa santa, son margaritas, ni harà lo que èl mismo prohíbe, el que comenzò à hacer, y à enseñar. Porque ni ya reputa perros ò puercos, à quienes renunciando à los crímenes y delitos les consuela tambien por el Apostol, diciendo: *Esto fuisteis ciertamente, pero habeis sido lavados, habeis sido santificados*. Solamente guárdese el perro de volver al vòmito, y el puerco lavado al revolcadero del cieno.

Qual sea el ciento por uno de esta vida.

Math. 19

Nadie le conocesino el que le experimenta.

Ps. 33. 8.

1 Cor. 6.
11.

CAPITULO XIV.

Que en las cosas terrenas no hay saciedad alguna que no esté junta con el fastidio: pero que los deseos de lo celestial crecen siempre con la experiencia, y exercicio de la virtud.

EN la puerta pues de este paraíso se escucha la voz del divino susurro, el sacratísimo y secretísimo consejo, que escondido de los sábios y prudentes, se revela á los pequeñuelos. De cuya voz á la verdad, no solo ya penetra el sentido la razón, sino que con mucho agrado se le comunica á la voluntad. *Bienaventurados los que han hambre y sed de la justicia, porque ellos serán hartos.* Consejo altísimo ciertamente, y misterio inestimable. Palabra fiel y digna de todo aprecio, que nos vino del cielo desde las reales sillas. Pues sobrevino una hambre muy grande en la tierra, y todos nosotros no solo comenzamos á tener necesidad, sino que nos vimos reducidos á la última miseria. En fin, fuimos comparados á las bestias irracionales, y nos hicimos semejantes á ellas: aun deseamos con un hambre insaciable la despreciable comida de los puercos. El que ama el dinero, no se sacia: el que ama la lujuria, no se sacia: el que busca gloria, no se sacia: finalmente, el que ama al mundo, no se sacia nunca. Conozco yo hombres saciados de este mundo, y que toda memoria suya les provoca á náuseas. Los conozco saciados del dinero, y saciados de los honores, saciados de los deleytes, y curiosidades de este mundo, y no medianamente sino hasta tener fastidio saciados. Y es fácil á cada uno de nosotros alcanzar por la gracia de Dios esta saciedad. Porque no la produce á esta la abun-

Math, 5.
6.

Los bienes terrenas nos sacian.

dancia de las cosas, sino el desprecio. Asi, insensatos hijos de Adan, comiendo con voracidad el vil manjar de los puercos, no las almas hambrientas, sino el hambre misma de las almas sustentais. Sola con este manjar se nutre vuestra miseria, y solo el hambre se sustenta con un alimento, que no es natural. Y lo dirè mas claramente con un egemplo, tomándole de una de las muchas cosas que la vanidad humana codicia. Primero se saciaràn los cuerpos con el ayre, que los corazones humanos con el oro. Ni se enoje el avaro: la misma sentencia comprende à los ambiciosos, y lujuriosos, y tambien à los facinorosos. Si acaso alguno no me cree à mi, crea à la experiencia ò propia ò de muchos.

Qual sea
el camino
por uno
de este
de quien
Quien de
sea saciar
se, desee
la justici-
cia.

27. Quièn hay entre vosotros, Hermanos míos, que desee ser saciado, y anhele à que se llene su deseo? COMIENCE à tener hambre de la justicia, y no podrá menos de ser saciado. Desee aquellos panes, que abundan en casa del padre; y hallará que al punto tiene fastidio de las algarrobas de los puercos. Procure experimentar, aunque sea en poco, el gusto de la justicia, para que con esto solo desee mas y merezca mas, segun lo que està escrito: *El que me come, tendrá todavia hambre; el que me bebe tendrá todavia sed.* Porque este deseo, como mas conforme y conatural al espíritu, ocupa mas poderosamente el ánimo, y desecha mas valerosamente los demás deseos. Asi sin duda, al fuerte armado le vence otro mas fuerte, asi con un clavo se suele sacar otro clavo. *Bienaventurados, pues, los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos seràn hartos.* No ciertamente de la misma, de la qual no será saciado el hombre, y vivirá; sino de todas las demas cosas, que insaciabilmente codiciaba antes: de modo, que desde ahora, desistiendo de usurpar el dominio del cuer-

Eccl. 24.
29

Math. 5,6

cuerpo para servir à las antiguas concupiscencias, se le ofrecerà enteramente à la Razon, ò mas bien le impelerà ella misma à que sirva à la justicia para la santificacion, con no menos zelo que le haya ofrecido primero, para servir à la injusticia para cometer la maldad.

CAPITULO XV.

Que se hà de purgar la memoria de las osuciedades de los pecados con la confianza de la misericordia divina.

PERO ya, mudada la voluntad, reduci-
do el cuerpo à la servidumbre, y como secada ya de algun modo la fuente, y cerrados los agujeros, aun resta lo tercero, y eso mismo es cosa gravissima, que es purgar la memoria, y agotar la sentina. ¿Còmo pues, de mi memoria podrá apartarse mi vida? Un pergamino de poco valor y delgado embebe tal vez del todo la tinta: ¿podrà el arte despues borrarla? Porque no solo le tiñò por la superficie; sino que todo le mojò enteramente. En vano intentaria raerla; antes se rasgarà el pergamino, que se borren los caracteres penetrados en èl. Acaso à la memoria pudiera borrar el olvido, si embargada la razon, es à saber, no me acordàte de lo que he cometido. Mas, que permanezca íntegra y sana la memoria, y que se borren las manchas de ella, ¿què nabaja lo podrá hacer? Sola sin duda la palabra viva y eficaz, y mas penetrante que todas las espadas de dos filos. *Te se perdonan tus pecados.* Murmure el Phariseo y diga: *¿Quién puede perdonar los pecados, sino Dios solos?* Pues para mi quien dice esto es Dios, y ningun otro subsistirà delante de èl, si se quiere comparar con lo que es èl: el qual hallò to-

Como se
hà de lim-
piar la
memoria
enferma.
Simil.

Marc. 2.
5.
Id.
Baruch. 3
37.

dos los caminos de la verdadera ciencia, y se la dió à Jacob su siervo, y à Israel su bienamado: despues de esto fuè visto en la tierra, y conversò con los hombres. La indulgencia de este borra el pecado, no haciendo á la verdad que falte de la memoria, sino haciendo, que lo que antes solia estàr en la memoria y juntamente inficionarla, de tal suerte està en la memoria en lo adelante, que en ninguna manera la deslustre. Pues aun ahora nos acordamos de muchos pecados, que nosotros ù otros han cometido: pero los propios ciertamente nos manchan, los agenos en nada nos perjudican. ¿En què està esto, sino en que en los propios nos avergonzamos nosotros solos, y à nosotros solos tememos que se han de imputar? Quita la condenacion, quita el temor, quita la confusion; las cuales cosas sin duda se quitan todas por una plena remision; y no solo no estorvaràn, sino que cooperaràn à tu bien, para que rindas devotas gracias à quien los perdono.

CAPITULO XVI.

Que se alcanza la divina misericordia, apiadándose de sí mismo primero; despues, del proximo.

29 **M**AS ya, suplicando el hombre por el perdon, oportunamente se le responde: *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzaràn misericordia.* Tu pues que deseas, que Dios tenga misericordia de ti, ten misericordia de tu alma. Lava todas las noches tu lecho, acuèrdate de regar tu cama con tus làgrimas. Si te compadeces de ti mismo, si trabajas en los gemidos de la penitencia (este es el grado primero de la misericordia) conseguiràs misericordia cierta-

La misericordia hace esto

Math. 5.
7.

La penitencia es el primer grado de la misericordia.

men-

mente. Y, si quizá son grandes y muchos tus pecados, y buscas una grande misericordia y una muchedumbre de piedades, trabaja tu tambien en engrandecer y multiplicar tu misericordia, reconciliate contigo mismo, puesto que à ti mismo te servias de peso, por haberte puesto contrario à Dios. Desde ahora, restablecida la paz en la casa propia, es preciso que ella misma primero se extienda sobre los pròximos, para que por ùltimo te bese èl tambien con el beso de su boca, y al modo que està escrito, reconciliado tengas paz con Dios. Perdona à los que te hubieren ofendido, y te perdonarán à ti lo que has pecado, quando con una conciencia segura orares al Padre, y dijeres: *Perdonadnos nuestras deudas, asi como nosotros perdonamos à nuestros deudores.* Si acaso has defraudado á alguno, vuélvele à lo menos otro tanto: dà lo que te sobra à los pobres, y haciendo misericordia, conseguiràs misericordia. Quando tus pecados fueran como la escarlata, se volverian blancos como la nieve, y quando ellos fuesen encarnados como la pùrpura, se harian blancos como la lana. Para que no seas confundido por todas las obras malas, con que habias violado la ley de Dios, en las cuales te avergüenzas ahora; haz limosna, sino pudieras de los haberes terrenos, de una buena voluntad: y todas las cosas serán limpias; no solo la razon será iluminada, y la voluntad corregida, sino la memoria misma también será limpia: à fin de que ya desde ahora seas llamado al Señor, y escuches la voz que dice: *Bienaventurados los limpios de corazon.*

El perdõ
de otros
es el se-
gundo.

Rom. 5. 1

Math. 6.
12.

Restitu-
cion.

Isai. 1. 12

Limosna.

CAPITULO XVII.

Que los ojos del corazon se han de limpiar incessantemente, para que se pueda ver à Dios.

Math. 5.
8.

Los ojos del corazon se hã de limpiar del pecado.

1 Johan.
3.

Johan. 17
3.

Simil.

Sap. 9. 15

30 **B**ienaventurados los limpios de corazon, porque ellos veràn à Dios. Grande promesa, Hermanos mios, y digna de que con todos los deseos aspiremos à ella. Porque esta vista es una conformacion con Dios, como dice el Apòstol San Juan: *Ahora somos hijos de Dios, mas lo que, algun dia seremos, todavia no aparece. Sabemos que, quando el apareciere, seremos semejantes à el, porque le verèmos como es en si.* Esta vista es la vida eterna, como lo dice la Verdad misma en el Evangelio: *La vida eterna consiste en que ellos te conozcan por el solo verdadero Dios, y à Jesu-Christo à quien enviaste.* Mancha aborrecible, la que nos quita esta vista bienaventurada, y execrable negligencia, con la que disimulamos ahora la purificacion de aquel ojo. Porque, asi como la vista corpòrea se impide ó con el interno humor, ò con el polvo exterior que se echa en ella; asi la vista espiritual unas veces se turba con los deleytes del propio cuerpo, otras con la curiosidad mundana y la ambicion. Lo qual ciertamente no menos nos lo enseña la experiencia propia, que la escritura divina, en donde se lee escrito: *El cuerpo que se corrompe, oprime al alma, y la habitacion terrena abate al sentido que piensa muchas cosas.* Sin embargo, en lo uno y en lo otro lo que embota y confunde la vista, es solo el pecado: ni otra cosa alguna hay que sepàre entre el ojo y la luz, entre Dios y el hombre. Porque, mientras vivimos en este cuerpo, estamos alejados del Señor. No es la culpa ciertamente del cuer.

cuerpo, de este cuerpo es de saber, mortal que llevamos con nosotros: mas antes lo causa el ser cuerpo de pecado la carne, en la qual no se halla lo bueno, sino antes la ley del pecado. Con todo eso algunas veces el ojo corporal, aun no teniendo ya la paja, todavía por algun tiempo està oscurecido: lo qual sin duda se experimenta mas veces en el ojo interior, que se emplea en las cosas espirituales. Pues, ni quando hubieres sacado el acero, habrá sanado al punto la herida: sino que entonces principalmente es necesario aplicar fomentos, y trabajar en la curacion. Ninguno pues que arroje fuera la sentina, se juzgue por eso al instante limpio: antes bien sepa que entonces necesita de muchas purificaciones. Ni solamente debe lavarse con agua, sino purgarse y purificarse con fuego, para que diga: *Pasamos por el fuego y el agua, y nos sacásteis al refrigerio. Bienaventurados, pues, los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios:* ahora ciertamente por el espejo en enigma; mas en lo futuro cara á cara, quando sin duda la limpieza de nuestra cara fuere consumada, para presentarsela el Señor á sí mismo gloriosa, sin tener ya mancha ni arruga.

CAPITULO XVIII.

Que justamente los pacíficos son engrandecidos con el nombre de hijos de Dios.

3^o **E**Ntonces oportunamente se añade luego esto: *Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.* Hay entre los hombres quien es pacato, el qual volviendo bienes por bienes, á ninguno quiere dañar, en quanto està de su parte. Otro hay paciente, que no volviendo males por males, aun tie-

Simil.
Otras purificaciones necesarias.

Ps. 63. 12

Math. 5. 8.

Ib.

El hombre pacato.

El paciente.

Pacífico.

tiene valor para sufrir al que le hace daño. Hay otro que es pacífico, el qual volviendo bienes por males, està dispuesto tambien à favorecer al que le daña. El primero ciertamente es pàrvulo, y facilmente se escandaliza: ni facilmente este hombre podrá alcanzar la salud en este mundo malo y lleno de escàndalos. El segundo, como està escrito, en su paciencia posee su alma. El tercero à la verdad, no solo posee la suya, sino que gana las almas de muchos. El primero, en quanto toca à el, tiene paz: el segundo retiene la paz: el tercero hace la paz. Con razon por tanto es glorificado con el nombre de hijo, pues cumple la obra de hijo, bien distante de mostrarse ingrato despues de su reconciliacion, reconciliando tambien à otros con su Padre. Pues quien bien ministrare, buen grado se adquiere; ni podemos creer, que en la casa de un padre, haya grado mejor que el de hijo. Si son hijos pues, tambien son herederos: herederos de Dios ciertamente, y coherederos de Christo, para que asi, como dice el mismo, donde el està, estè su ministro tambien. Os hemos fatigado con un sermon prolijo, y os hemos detenido mas de lo que debiamos. Ahora ya parece, que à nuestra loquacidad, ya que el empacho no la intima el fin, por lo menos se le intima la hora. Sin embargo, acordaos del Apòstol, de quien leéis, que alguna vez alargò el sermon hasta la media noche. *Ojalà que todavia, para usar de sus mismas palabras, querais suportar un poco mi imprudencia. Porque os tengo un amor de zelo, y de un zelo de Dios.*

Luc. 21.

19.

1. Tim. 3

13.

Rom. 8.

17.

Johan. 12

26.

2. Cor. 11

16.

CAPITULO XIX.

Reprende gravemente à los ambiciosos, que temeraria è indignamente usurpan las funciones sagradas de la Iglesia.

32 **A** Mados hijos míos, ¿quién os ha enseñado à huir de la ira que ha de venir? Pues ninguno merece más la ira, que un enemigo que se finge amigo. ¿Judas, tu entregas con un beso al hijo del hombre, tu un hombre que vivías en un mismo espíritu conmigo, que comías conmigo à una mesa los dulces manjares, que metías conmigo la mano en el mismo plato? No tienes parte en la oración, en que ora al Padre, y le dice: *Padre perdónalos, porque no saben lo que hacen.* ¡Ay de vosotros que quitáis la llave, no solo de la ciencia, sino de la autoridad! Ni entráis vosotros mismos, y de muchos modos impedís, que entren los que vosotros debíais introducir. Quitáis pues, y no recibís las llaves. De quienes se queja por el Propheta Dios: *Ellos reynaron, y no por mí: príncipes fueron, y yo no les llamé.* ¿De dõnde tanto ardor por la prelación, de dõnde tanta impudencia de la ambición, de dõnde tanta locura de la presunción humana? ¿Se atreve por ventura alguno de vosotros, no mandándolo, ò prohibiéndolo también qualquiera príncipe de la tierra, à ocupar sus ministerios, à arrebatár sus beneficios, à gobernar sus negocios? Ni pienses tu que Dios aprueba, lo que en su gran casa tolera de unos vasos de cólera preparados para la perdición. Muchos son los que vienen ciertamente, pero tu considera quien es llamado. Escucha y atiende el orden mismo de las palabras del Señor. *Bienaventurados, dice, los limpios de corazón, porque ellos*

Los que siendo indignos se introducen è los ministerios sagrados.

Luc. 24.

Oseá 8.4

Quales sean los que Dios llama al ministerio de la Iglesia.

Math. 5.
8.

Johan. 21
17.

verán à Dios; y despues, Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Límpios de corazon, sin duda, llama el Padre celestial à los que no buscan sus provechos, sino los de Jesu-Christo: ni lo que à ellos les interesa, sino lo que es útil para los demás. *Pedro*, dice, *¿me amas? Señor, vos sabeis que yo os amo.* *Apacienta*, dice, *mis ovejas.* Porque ¿quándo ovejas tan amadas las encomendaría à quien no amara? Sin duda, lo que se desea entre los dispensadores es, que sean hallados fieles. ¡Ay de los infieles ministros, que no estándo ellos mismos reconciliados, ponen la mano en los negocios de la reconciliacion agena, como si fueran hombres que han obrado la justicia! ¡Ay de los hijos de ira, que hacen profesion de ministros de la gracia! Ay de los hijos de ira, que no recelan usurparse los grados y el nombre de los pacíficos! Ay de los hijos de ira que se mienten ellos mismos mediadores fieles de la paz, para comer los pecados del pueblo! ¡Ay de los que conduciéndose segun los deseos de la carne, no pueden agradar à Dios, y presumen querle aplacar!

Quejas
justas cõ-
tra los in-
dignos.

Descrip-
cion de
ellos.

33 No extrañamos, hermanos míos, quantos nos compadecemos del presente estado de la Iglesia, no extrañamos que de la raza de la serpiente nazca un áspid. No extrañamos, que vendimie la viña del Señor, el que traspasa el camino instituido por el Señor. Porque, sin pudor ocupa el grado del pacífico, y las veces de hijo de Dios el hombre, que ni aun la primera voz del Señor que le llama al corazon, escuchò todavia: ò si alguna vez quizà comenzò à escucharla, huyò retirándose de ella entre las ojas, para esconderse allí. Por eso todavia no cesò de pecar, sino que lleva arrastrando aun ahora una larga sogá: no se ha hecho todavia varon que està viendo su pobreza,

sino que dice: Rico soy, y no necesito de nadie, siendo pobre, y desnudo, y misero, y miserable. Nada le toca del espíritu de mansedumbre, con que pueda instruir à los que cayeron por flaqueza en algun delito, considerándose à sí mismo, y temiendo que èl sea tambien tentado. No sabiendo èl de las lágrimas de la compuncion, mas antes se alegra habiendo obrado mal, y se alaba en las cosas pèsimas. Sin duda, èl es uno de aquellos à quienes dice el Señor: *Ay de vosotros que os creéis ahora, porque otro tiempo habeis de honrar.* El dinero, no la justicia, es lo que codicia; sus ojos están mirando todo lo sublime. Hambre insaciable tiene de las dignidades, y sed de la humana gloria. Lejos de èl están las entrañas de piedad; mas bien se complace en ser cruel y en hacer oficio de tirano: la ganancia reputa por piedad. ¿Qué diré de la limpieza del corazon? ¡Ojalà que ya no le hubiera entregado al olvido como quien está muerto en el corazon! ¡Ojalà no fuera una paloma seducida que no tiene corazon! ¡Ojalà que à lo menos lo de afuera estuviera limpio, ni se hallarà manchada la túnica que cubre el cuerpo, para que siquiera en esta parte obedeciese à quien dice: *Limpiais los que llevais los vasos del Señor.*

Luc. 6. 23

Ezech. 6.

Isai. 52.
12. 20.

CAPITULO XIX.

Reprende à los incontinentes, que no recelan profanar sin pudor los órdenes sagrados.

34 **N**O acusamos al comun, pero ni al comun podemos excluir. Dejó el Señor para sí muchos millares. De otra suerte, si la justicia de ellos no nos excusára, y no nos hubiera dejado el Señor de los exèrcitos aquella simiente santa, ya otro tiempo hubiéramos sido arruinados

Los que
siendo in-
dignos re-
ciben las
ordenes.

dos como Sodoma, y al modo que Gomorra hu-
biéramos perecido. Se mira sin duda dilatada la
Iglesia; igualmente el mismo sacratísimo Orden
del Clero: el número de los hermanos (a) se ha
multiplicado sobre número. Pero aunque multipli-
cásteis, Señor, la gente, no habeis engrandecido la
alegría, quando se vé, que no menos falta de mé-
rito, que se há aumentado de número. SE CORRE
frecüentemente à los sagrados Ordenes, y unos mi-
nisterios respetables, aun à los mismos espíritus an-
géllicos, los toman unos hombres sin reverencia,
sin consideracion. Pues, ni temen apoderarse de la
insignia del reyno ò llevar la corona de aquel im-
perio unos hombres, en quienes reyna la avaricia,
impera la ambicion, domina la soberbia, y aun la
iniquidad y la lujuria tambien tienen su principa-
do: en quienes quizá igualmente aparecerà entre
las paredes la pésima abominacion, si segun la
prophecia de Ezequiel caváremos la pared, para
ver esta cosa horrenda en la casa de Dios. Por-
que, despues de las fornicaciones, despues de los
adulterios, despues de los incestos, ni aun faltan
en algunos las mismas pasiones de ignominia, y
obras de torpeza. ¡Ojalá que no se hiciesen cosas en
tanto grado indignas del hombre, para que ni fue-
ra necesario que el Apóstol escribiese estas cosas,
ni que nosotros las digésemos! ¡Ojalá que, ni di-
ciéndolo, se creyese, que tan abominable pasion
llegáse á ocupar alguna vez el corazón humano!
35. ¡Por ventura aquellas ciudades, madres de
esta asquerosidad, no fueron otro tiempo anticipa-
damente condenadas por el juicio divino, y destrui-
das con el incendio? ¿Por ventura la llama infernal,
no

Ezech. 8.
8.

Rom. 1.

Ephes. 3.

Crímenes
de los So-
domitas.

(a) En el nombre de *hermanos* tal vez se entienden aqui los Cardenales, como en la Epist. 48.

no sufriendo detencion, no se adelantó à quitar de sobre la tierra aquella nacion execrable, porque sus pecados con especialidad eran manifiestos antes del juicio? ¿Por ventura á la misma tierra, como sabedora de tan grande confusion, no la consumió el fuego, el azufre, y el uracan tempestuoso? ¿Por ventura todo su suelo no fuè reducido à un horrible lago? Se cortaron à la hidra cinco cabezas, pero ay! se levantaron otras muchas. ¿Quién fuè el que reedificò las ciudades de la infamia? ¿Quién dilatò las almenas de la torpeza? ¿Quién extendió los vástagos venenosos? Ay ay! el enemigo de los hombres derramò por todas partes las infelices reliquias de aquel incendio, roció con aquella execrable ceniza el cuerpo de la Iglesia, y aun en algunos de sus mismos ministros esparció algo de esta fetidísima y asquerosísima materia. Ay! linaje escogido, real sacerdocio, nacion santa, pueblo que Dios adquirió, ¿quién podria creer en aquellos tan divinos principios tuyos, y nacimiento de la religion christiana tan lleno de espirituales gracias, que pudieran algun dia hallarse en ti tales cosas?

36 Con esta mancha entran en el tabernáculo de Dios viviente; con esta mancha habitan en el templo, manchando el lugar santo del Señor, para recibir un juicio de muchas maneras, porque no solo llevan unas conciencias cargadas de pecados, sino que en esta disposicion se meten en el santuario de Dios. Tales hombres, lejos de aplacar à Dios, le irritan mas; quando parece que están diciendo en su corazon: No buscará la venganza. Le irritan ciertamente, y le hacen contrario à sí mismos, yo temo, aun en las mismas cosas en que debieron hacerle propicio. Ojalà que mas bien antes de comenzar la torre, se sentasen á echar la quenta sobre si podrian acabarla. Ojalà que los que no pueden contenerse, recelassen profesar la perfeccion,

Gen. 19.

Profesio.
del celi-
bato è los
ministros
sagrados.

cion, ó alistarse en el celibato. Porque es una torre suntuosa, y una palabra grande, que no todos pueden entender. Seria sin duda mejor casarse que abrasarse; y salvarse en el humilde grado del pueblo fiel, que vivir peor y ser juzgado con mas severidad en la sublimidad del clero. Muchos pues, no ciertamente todos, pero muchos sin duda, ni pueden ocultarse por ser tantos, ni por el descáro lo solicitan: muchos fijamente parece que la misma libertad, á que fueron llamados, la han hecho ocasion para los deleytes carnales, absteniéndose del remedio del matrimonio, y derramándose despues en todo crimen.

CAPITULO XXI.

Exhorta seriamente á la penitencia.

37. **C**ompadeceos os ruego, Hermanos míos, de vuestras almas, compadeceos de la sangre, que se derramò por vosotros. Precaved el horrendo peligro, evitad con tiempo el fuego que está preparado. Hállese al fin en vosotros una profesion sincera de la perfeccion; muèstrèse tambien la virtud en el exterior de la piedad. No estè vana, y vacia de verdad la forma de la vida cèlibe. ¿Què mucho que peligre la castidad en las delicias, la humildad en las riquezas, la piedad en los negocios, la verdad en la mucha conversacion, la caridad en este siglo malo? Huid de enmedio de Babilonia, huid, y salvad vuestras almas. Volad á las ciudades de refugio, en donde podreis hacer penitencia de lo pasado, alcanzar la gracia para lo presente, y aguardar con confianza la gloria futura. No os detenga la memoria de vuestros pecados: porque donde abundaron ellos, acostumbro la gracia sobreabundar tambien.

No

Peligro q̄
hay è cin-
co cosas.

No os aterre la misma austeridad de la penitencia. Pues no tienen proporcion los trabajos del tiempo presente con las culpas pasadas, que se perdonan; no la tienen con la gracia de consuelo, que al presente envia Dios; no la tienen con la futura gloria, que se nos promete. En fin, no hay amargura tan grande, que no la endulce la harina prophética, que no la haga sabrosa la sabiduria, el leño de la vida.

38. Si no creéis à las palabras, creed à las obras, asentid al egeemplo de muchísimos. Corren de todas partès pecadores à la penitencia, y siendo por su naturaleza, igualmente que por la costumbre, delicados, enteramente no hacen caso de la aspereza exterior; para que se suavicen sus exasperadas conciencias. **NADA HAY imposible para los que creen, nada difícil para los que aman, nada áspero para los mansos, nada arduo para los humildes, à los quales les ofrece auxilio la gracia, y suaviza el imperio del superior la buena voluntad en obedecer.** ¿Hasta quando andaréis en cosas grandes y maravillosas sobre vosotros? Cosa grande y admirable enteramente es ser ministro de Christo, y dispensador de los misterios de Dios. Està muy apartado sobre vosotros el orden de los pacíficos, sino que acaso, omitidos los grados que os han mostrado, os agrada mas saltar, que subir. Mas ojalá que el que así entra, si pudiera ser, ministràra tan fielmente como confiadamente se introduce. Pero, es difícil, y acaso es tambien imposible, que de la amarga rayz de la ambicion, salga el suave fruto de la caridad. Yo os digo, si lo quereis oir, mas antes, no yo, sino el Señor: *Quando fueres convidado à algunas bodas, siéntate en el último lugar: porque todo el que se ensalza, será humillado; y el que se humilla será ensalzado.*

Que no debemos mirar con horror la penitencia.

Como se ha de superar la dificultad de la penitencia.

Luc. 14. 8

CAPITULO XXII.

A los buenos Pastores corresponde enseñar; y por amor de la justicia no huir la persecucion.

Math. 5.9

39 **B**ienaventurados, dice, los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Considera con cuidado, que no se recomiendan aquí los que hablan de la paz, sino los pacíficos. Porque hay algunos que dicen, y no hacen. A la verdad, así como, no los oyentes de la ley, sino los que la ponen por obra, son justos; así, no los que anuncian la paz, sino los obradores de ella, son bienaventurados. Mas ojalá que nuestros Phariséos, si hay algunos en este tiempo (pues tal vez hay algunos) ya que no hiciesen, à lo menos dijessen lo que conviene. Ojalá, que los que no quieren predicar graciosamente el evangèlio, le predicasen por sus provechos à lo menos: ojalá que si quiera evangelizàran para comer. *El mercenario*, dice, *vè que viene el lobo, y huye*. Ojalá que hoy todos los que no son pastores, quisieran mostrarse con su rebaño mercenarios, y no lobos: ojalá que ellos mismos no le dañasen, ojalá que no huyesen, quando nadie les persigue, ojalá no abandonasen su rebaño, hasta que viesen venir el lobo. Sin duda podrian sufrirse, si se hallasen estos, especialmente en tiempo de paz, recibiendo su salario, y trabajando à lo menos por su salario en la guarda de su rebaño: con tal que ellos mismos no le turbasen, y no le apartasen de valde de los pastos de la justicia y de la verdad. Pues la persecucion sin la menor duda hace conocer y distinguir quales son pastores y quales mercenarios. Porque quando dejarà de temer los daños transitorios, el que bus-

Johan. 10
11.

La persecucion hace conocer al que es mercenario.

ea los temporales lucros? Quando sufrirá la terrena persecucion por la justicia; el que ama mas el salario terreno que la justicia? *Bienaventurados*, dice, *los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reyno de los cielos.* De los PASTORES es esta bienaventuranza, no de los mercenarios, mucho menos es de los ladrones, ò de los lobos. Porque, tan lejos están de padecer persecucion por la justicia, que mas quieren la persecucion, que sostener la justicia. Sin duda, ella es contraria à sus obras, y solo oír de ella les es insoportable.

Math. 5
10.

e 2 dic 88

40 Mas, por la avaricia, por la ambicion les verás exponerse à todos los peligros, suscitar los escándalos, mantener los odios, disimular las afrentas, no hacer caso de las maldiciones: de suerte, que no es menos peligrosa la animosidad de estos tales en esto, que la cobardia de los que son mercenarios. A los verdaderos pastores pues les dice su Pastor, el pastor bueno, que no se detuvo en poner su vida por sus ovejas: *Bienaventurados seréis quando os aborrecieren los hombres, y quando os separàren, y desechàren vuestro nombre como si fuera malo por causa del hijo del hombre. Alegraos en aquel dia y regocijaos, porque vuestra recompensa es muy grande en los cielos.* No hay por què teman à los ladrones, los que atesoran para sí en el cielo. No hay por què se quejen de que las tribulaciones son muchas, quando atienden à la multiplicacion de la recompensa. Antes bien alegrense mas, como es justo, de que no tanto la persecucion, como la remuneracion es lo que se aumenta: y regocijense tanto mas abundantemente quanto mas cosas padecen por Christo, para que así les quede reservada mas copiosa recompensa en él. ¿Por què estàis tímidos hombres de poca fe? Persevera fiel la sentencia que

Id.
of. n. 10

està fundada en la irrefragable verdad; que ninguna adversidad nos dañará, si no nos dominare ninguna * iniquidad. Pero, es poco no dañar: tambien aprovechará, y mas copiosamente aprovechará, con tal que sea el fin la justicia, y Christo la causa; en cuyos ojos la paciencia de los pobres no se perderá para siempre. A èl sea la gloria ahora, y siempre, y por los siglos de los siglos.

Amen.

* En la oració de la Iglesia

14

Breves advertencias sobre los dos Tomos de Sermones del Santo.

*Homilia II. De las excelencias de la Virgen
Madre.*

CAUSA admiracion, que fuese desposada no habiendo de casarse. San Bernardo no niega que haya intercedido verdadero matrimonio entre San Joseph y la Virgen; sino que habla en el lenguaje de los Santos Padres, que entendiendo en el casamiento ò bodas el matrimonio consumado, le negaban constantemente en conformidad del dogma cathòlico, con que confesamos y creemos la perpetua virginidad de María. En este sentido dixo San Hilario sobre el cap. i. de San Matheo: *Todas las veces que se hace mencion de uno y otro (esto es, de la Virgen, y de Joseph) mas antes fuè llamada la Virgen madre de Christo, porque lo era, que no muger de Joseph, porque no lo era.* San Gregorio Homil. 26. sobre los Evang. Quiso el Señor que María tuviese esposo, el qual sin embargo no llegó à celebrar las bodas. San Gerònimo sobre el cap. i. de S. Matheo al v. 19. en que se dice: *Jacob engendró à Joseph varon de Maria, dice así: Quando eyes llamarle varon, no llegues à sospechar por eso que se celebrasen bodas, sino acuèrdate del estilo que tiene la escritura de llama*

mar varones à los esposos, y mugeres à las esposas. Pero, ni estos Padres negaron que hubiese habido matrimonio rato entre estos Santos Esposos, ni San Bernardo, aunque usò de semejantes frases que ellos: lo que se hace ver por lo que dice el mismo Serm. 3. en la Vigil. de la Natividad del Señor n. 9. *Serà Virgen aquella, que dà de mamar al niño, à quien acompaña continuamente el marido en la mesa, en su càmara, que la lleva à Egipto, &c.* He querido observar esto, para que no se entienda que San Bernardo adhirió à la sentencia de algunos antiguos, que opinaron que la Bienaventurada Virgen Maria nunca celebró matrimonio, y que solo fué desposada; como se vè en Gratiano quæst. 27. causa 2. cap. *Quod autem.* Sentencia que con razon ya no es admitida de ninguno; y que seria difícil componer con el texto de la Sagrada Escritura.

Serm. I. De la Septuagesima, num. 1.

Est tanto como si no pecàra. Esta expresion, y si hay algunas semejantes à ella en San Bernardo, de ningun modo favorecen à tres errores de los hereges. El primero, de Joviniano y de Pelagio, que defendian que los Justos pasaban la vida sin pecados algunos. El segundo, de Calvino y sus sequaces, que niegan que el hombre justificado pueda perder la caridad. El tercero, de estos mismos, que sostienen, que se justifican los fieles por la mera no imputacion de los pecados.

En quanto à lo primero, el Santo Doctor explica bien su sentimiento en el Serm. 23. sobre los Cantares num. 15. Pero con toda claridad en el libro De la gracia, y del libre albedrio cap. 9. explicando el texto de San Juan. 3. *Todo el que es nacido de Dios, &c.* y diciendo: *Esto fuè dicho de*

los que están predestinados à la vida: no porque enteramente no pequen, sino porque no se les imputa el pecado, por quanto ò es castigado por una penitencia condigna, ò es escondido en la caridad.

Acerca de lo segundo, es decir, que la caridad una vez adquirida, todavia se puede perder. En el Tratado Del oficio y dignidad de los Obispos cap. 4. de esta suerte habla: *Se apartan pues algunos de la fe, porque la Verdad lo dice así: consiguientemente de la salud tambien, porque el Salvador los redarguye: de ahí inferimos nosotros, que tambien se apartan de la caridad, sin la qual no puede hallarse la salud, &c.* Vease Melchor Cano lib. 4. de loc. theolog. cap. ult. in resp. ad Arg. y á Guillelmo Estio sobre el citado texto de San Juan; en donde tratan del sentir de San Bernardo.

Ya sobre lo tercero, es à saber que la justificacion no consiste en la sola no imputacion de Dios, sino en cierta qualidad sobrenatural y divina, lo enseña expresamente San Bernardo en varios lugares, y en propios términos en la Ep. 21. à los Cartusianos, y de ella en el Tratado del Amor de Dios cap. ult. diciendo así: *La caridad pues dà la caridad, la substancial dà la accidental. Quando significa al que dà, es nombre de substancia, quando el don, de qualidad.* Vease Serm. 27. sobre los Cantar.

Serm. II. De todos los Santos, num. 4.

ENtretanto que están bajo el Altar de Dios: &c. Quando no se consultasen mas que los cinco Sermones que escribió San Bernardo en la festividad misma, se hallaria que en los términos mas expresos y claros habia explicado su sentir acer-

ca de la gloria esencial de las almas de los Bienaventurados, y que en todo es conforme al dogma definido en el Concilio Florentino, cuyos Padres declaran, que *las almas ya purificadas al punto son recibidas en el cielo, y que miran claramente à Dios trino y uno como es en sí.* Dogma, que igualmente enseña el Concil. Trident. pronunciando en la Ses. 25. que *los Santos reynan con Christo, y gozan en el cielo de la eterna felicidad.* Porque en el Serm. 4. dice con toda expresion, que están en el cielo: en el Serm. 3. que ya ha recibido cada uno de ellos su estola, aunque todavia no se han vestido de dobles ropas, añadiendo, que *la estola primera es la misma felicidad, y descanso de las almas, de que antes hablò; y la segunda la inmortalidad y gloria de los cuerpos.* Pero donde habla mas expresamente, y propriamente con todo el corazon, que dulcemente inquieto à la idea de la gloria, de que gozàn los Santos, se asoma todo por los lãbios, y quiere enamorar todos sus oyentes de la belleza de la bienaventuranza, es en el Serm. 5. donde con palabras de fuego pintà esta dicha inmensa, para excitarlos al deseo y memoria de ella. Vease lo que notamos al pie de uno de estos Sermones. Por eso jamàs dego de admirar, que haya habido hombres sabios que han querido escribir seriamente una Apologia por San Bernardo en este punto: pero reflexiono, que el mètodo preciso de los Escolàsticos en defender sus conclusiones, y oponerse argumentos, que no permite la cita y relacion entera del texto entero de las obras de los Santos, ha hecho oportuna esta Apologia.

En lo demàs, nadie puede leer qualquiera de sus Sermones, particularmente de las fiestas de los Santos y de los misterios, sin convencerse, de que jamàs dudo este Santo Doctor de que à las almas

ya purificadas se las daba la bienaventuranza esencial, y que gozaban de Dios en el cielo. ¿En quié-
 se hallan mas frecuentes, mas afectuosas aspiracio-
 nes á la celeste patria, mas bellas, mas vivas pin-
 turas de su grandeza? Ni el imán de su corazón
 declinó alguna vez de la direccion á este sobera-
 no objeto, ni su modo de pensar vaciló jamás en
 esta materia. ¡Qué de veces suspira hácia esta
 patria deseable, con qué ternura la saluda, con
 qué artes piadosas fija en ella la atencion de sus
 oyentes, y pretende electrizarlos en su amor y deseo,
 de que él está penetrado, como provocándolos á
 volar ó á flechar sus corazones hácia la mansion
 de Dios y de los Santos!

La meditacion pues de la gloria que tienen
 los Santos en el cielo fué frecuente materia de los
 discursos de San Bernardo, y de ella están llenos
 sus escritos. ¿Qué se puede comparar á la pintura
 que hace en el Serm. 2. en la Vigilia de la Na-
 tividad del ansia con que los Santos aguardan nues-
 tra llegada, y desean que nos incorporemos á ellos
 en aquella ciudad santa?

Pero, porque estas meditaciones deben ser
 el mas continuo exercicio de la vida interior de un
 christiano, y hacer sus delicias, no quiero dejar de
 repetir aqui algunas de sus devotas consideraciones
 sobre esto.

En el Serm. 2, de dicha Vigilia n. 5. dice:
 ¡O si llegáramos á conocer como nos aguardan,
 y quanto desean nuestra llegada! ¡Qué vivamente
 desean saber, con qué gusto escuchan las buenas
 nuevas de nuestro aprovechamiento! Pero, ¡qué di-
 go yo de estos que aprendieron á ser compasivos
 por lo mismo que ellos padecieron, quando tam-
 bien los mismos Angeles santos nos están deseando?
 ¿Por ventura de estos gusanillos y de este polvo no
 han de ser instaurados los muros de la celestial

Jerusalèn? ¿Sabeis pensar quanto desean los ciudadanos del cielo que sean reparadas las ruinas de su ciudad?

Serm. IV. De la Ascension, n. 7.

Esta es la gloria de la resurreccion, que contemplamos en el monte de la esperanza. Porque, ¿con qué motivo subió para transfigurarse, sino para enseñarnos á nosotros á subir con el pensamiento á aquella gloria futura, que se manifestará en nosotros? ¡Feliz aquel, cuya meditacion está siempre en la presencia del Señor! ¿Aquel que consollicita meditacion revuelve en su corazon las delicias de la diestra de Dios para siempre? ¿Qué le podrá parecer pesado á quien siempre trata con su pensamiento, que no tienen proporción los trabajos de este tiempo respecto de la gloria futura? ¿Qué puede desear en este siglo malo, aquel cuyos ojos están viendo siempre los bienes del Señor en la tierra de los que viven, y mira siempre los eternos premios? *A vos dijo mi corazon*, habla el Profeta al Señor, *à vos dijo mi corazon, mis ojos os han buscado, vuestro rostro, Señor, buscaré.* ¿Quién me dará á mi, que levantandoos todos estéis en lo excelso, y veais el gozo que os vendrá del Señor?

8 No sea molesto á vosotros, os ruego, que nos detengamos algo mas en este monte, pues podremos pasar así los otros mas velozmente. Mas, ¿á quien no detendrá en este monte la sentencia de San Pedro, que pronunció en él, y por él, diciendo: *¿Señor, bueno es estarnos aqui?* Porque ¿qué cosa hay tan buena, mas bien, que otra cosa parece buena, como el descansar el alma en los bienes, ya que todavía no puede el cuerpo? Juzgo que fué expresión propia de quien entraba en el

lugar del tabernáculo admirable hasta la casa de Dios, en medio de los cánticos de alegría y de alabanza, y de las voces de gozo de los que están en un grande festín, el decir: *Bueno es estarnos aqui.* ¿Quién de vosotros, repasando consigo mismo aquella futura vida, aquella alegría, aquel gozo, aquella bienaventuranza, aquella gloria de los hijos de Dios; quien, digo, meditando esto en una conciencia tranquila consigo mismo, no eructa luego de la plenitud de una íntima suavidad: *Señor, bueno es estarnos aqui?* No ciertamente en esta penosa peregrinación, en que estamos detenidos con el cuerpo, sino en aquel suave y saludable pensamiento que trata en su corazón, y en el qual dice: *¿Quién me dará alas como de la paloma, y volaré y descansaré?* Vosotros pues hijos de los hombres, hijos del hombre que descendió de Jerusalén à Jericó, hijos de los hombres, ¿hasta quando seréis pesados de corazón? Subid á un corazón alto, y Dios será ensalzado. Este es el monte, en que se transfigura Christo. Subid y sabreis, como el Señor hizo maravilloso à su Santo.

9 Ruegos, Hermanos míos, que no se hagan pesados vuestros corazones con los cuidados del siglo: Descargad, os ruego, vuestros corazones de la grave mole de los terrenos pensamientos, para que sepáis, que fuè hecho por el Señor maravilloso su Santo. Levantad vuestros corazones con las manos de vuestros pensamientos para ver al Señor transfigurado. Formad en vuestros corazones no solo los tabernáculos de los Patriarcas y Prophetas, sino todas las varias mansiones de aquella casa celestial, imitando à aquel que rodeaba sacrificando en el tabernáculo del Señor la víctima de sus voces, cantando y diciendo al Señor aquel Psalmo: *¿Cuán amables son vuestros tabernáculos, Señor de las virtudes! mi alma anela y*

de fallece en los deseos de los átrios del Señor.
 Rodead tambien vosotros, Carísimos, con el afecto y víctima de la piedad y devocion el tabernáculo del Señor, visitando con el ánimo las soberanas sillas, y las muchas mansiones, que hay en la casa del Padre, postrando humildemente vuestros corazones ante el tróno de Dios, y del Cordero, haciendo súplicas con reverencia à cada orden de los Angeles, saludando el número de los Patriarcas, los coros de los Prophetas, el apostólico Senado, contemplando las coronas de los Mártires, resplandecientes en purpúreas flores, admirando los coros de las Virgines, que esparcen el delicioso olor de las azuzenas, y aplicando el oído, quanto puede la flaqueza del corazon, à aquel meliflúo sonido de su nuevo cántico. *Estas cosas traje à la memoria, hàbla el Propheta, y derramè en mi mismo el alma mia. ¿Què cosas? Porque pasarè, dice, al lugar del tabernáculo admirable hasta la casa de Dios::: Quan grande es la multitud de vuestra dulzura, Señor, que habeis reservado para los que os temen.* Subiendo pues à este monte y especulando la glòria del Señor con el rostro descubierta, no hay duda que os moverèis tambien vosotros à clamar: *Traednos en pos de vos.*

Quiero añadir la magnífica descripción que hace de la glòria de los Santos en el Serm. 2. de S. Víctor num. 2. "Hoy Víctor, dejado el cuerpo, „ del qual solo parecia era detenido para no entrar „ en la glòria, tanto mas ligero, quanto mas expedito, penetrò en el lugar santo, consiguiendo „ una glòria igual à la de los Santos. Hoy desde „ el último y humilde lugar, que habia elegido „ por consejo del Salvador, sube mas arriba el „ verdadero amigo, llamándole el supremo Padre „ de familias, y tiene glòria en presencia de los „ que están sentados à la mesa. Hoy habiendo des-

„preciado al mundo, y triunfado del príncipe del
 „mundo, sube sobre el mundo verdaderamente
 „vencedor, recibiendo de la mano del Señor, la
 „corona de la victoria: pero sube con una inmen-
 „sa riqueza de méritos, esclarecido en triunfos,
 „glorioso en milagros. Ya descansa el Soldado lle-
 „no de servicios, y despues de los trabajos y su-
 „dores de la sagrada milicia es felizmente coloca-
 „do, y es coronado sublimemente. Su alma des-
 „cansará en los bienes. ¿Preguntas dónde? Con
 „Abrahan, Isaac, y Jacob en el reyno de los cie-
 „los. Con tales, y en tal lugar está sentada: está
 „sentada excelsa y resplandeciente; está sentada
 „gozosa y dando à Dios alabanzas: está sentada
 „descansando entre delicias, y adornada de sus
 „joyas, rodeada de manzanas, fortalecida con flo-
 „res: está sentada, repito, libre de cuidados pa-
 „ra sí, rebosando en delicias, abundando en ocio,
 „y descanso, para contemplar en la sabiduría. La
 „que estuvo sentada, y lloró sobre los rios de Ba-
 „bilonia, está ahora sentada junto à la fuente de
 „la vida; y es su estancia ya junto al torrente de
 „los deleytes, cuyo ímpetu alegra la ciudad de
 „Dios. Halló para sí la fuente de los huertos, el
 „pozo de aguas vivas, y con la Samaritana bebe
 „del agua de la sabiduría, que dà salud, para no
 „tener eternamente sed. La dàn del fruto de sus
 „manos, y la alaban en las puertas sus propias
 „obras, y se gloria en el testimonio de su con-
 „ciencia. De su conciencia, digo, no de otro. Es-
 „tá sentada enmedio de los Angeles, siendo dig-
 „na verdaderamente de su compañía; puesto que
 „arde en su amor, resplandece en su pureza, está
 „hermoseada con su castidad. Está sentado entre
 „los Apóstoles el varon de una gracia apostólica:
 „no tiene porque retirarse del coro de los Prophe-
 „tas, quien glorificó y llevó en su cuerpo al que

ellos predijeron. Ni juzga que debe ser repelida
de los victoriosos coros de los Mártires nuestro
Victor, puesto que, con un duro y prolongado
martirio sacrificó la víctima viviente de su cuer-
po.

3 „Està sentado el veterano Soldado, quieto
ya en la suavidad y seguridad merecida, segu-
ro à la verdad por sí, però solcito por noso-
tros. Porque no se desnudò de las entrañas de
piedad, quando se desnudò de la corrupcion de
la carne: ni de tal suerte se vistió de la estola
de la glòria, que se vistiese juntamente del ol-
vido de nuestra miseria, y de su mise-
cordia, &c.“



INDICE

De las cosas mas notables contenidas en este Tomo.

A

- Abad** : no deja de ser Monge, 181. Debe ser y postarse como uno de los suyos, 182. Ha de enseñar la humildad y obediencia con su exemplo, 183. Insignias pontificales apetecidas por los Abades, 185.
- Abusos** : cómo se pueden por algun tiempo tolerar, y sacar de ellos provecho, 20. Abusos y fraudes de los Abogados, 21.
- Accion** : No se ha de dár todo á la accion : ni á ella misma la está bien, que no la prevenga la consideracion, 15. Tres consideraciones han de prevenir todas nuestras acciones, 91.
- Acepcion** : De las personas, quanto deba huirse, 52.
- Alabanzas** : Las humanas como se han de despreciar, 165.
- Ambicion** : Es una cruz, y con todo eso se ama, 58. Concorre mas á la puerta del templo de los Apóstoles, que la devocion, id. Artificiosa humildad de la ambicion, 90. Es un género de ambicion en los Obispos, querer sugetar las Iglesias ajenas, 175. Se reprende en los Monges, 184.

Angeles: Que sean los Angeles, 112. Nombres, oficio, y distincion de los Ordenes de los Angeles, 113.

Apelacion: La que se hace de todo el orbe al Papa es testimonio de su primacia, 59. Como se han de corregir las apelaciones injustas, 60. Quando sea lícito apelar, id. Ocasion de injustas apelaciones, 61. No se deben permitir contra el derecho, 63. Necesidad y utilidad de las apelaciones, id. Abusos introducidos en las apelaciones, y como se han de remediar, 64. y sig.

Apologia: Brebe y elegante apologia que hace San Bernardo con ocasion del infeliz suceso de la guerra santa, 25. La buena conciencia es excelente apologia, 29.

Apóstoles: No sentenciaban sobre las cosas terrenas, 13. Su gloria era la cruz y los trabajos, 37.

B

Bernardo: Disposicion de San Bernardo para sufrir las calumnias y afrentas, 29. Su zelo, 21. Su humildad en querer tener sobre sí cien Pastores, 183.

Bienaventuranzas: Las ocho del Evangelio se aplican al pecador convertido, 226. hasta 252.

C

Cardenales: Quiénes deben ser elegidos para este honor, 91. Sus calidades, 92. y sig.

Caridad: Comienza por sí mismo, 30. Sin ella nada valen aun las virtudes, 155. Muerte por la caridad, 157. Porque es mas fuerte que la muerte, id. La caridad se puede perder, 160.

Castidad: Su elogio, 154. Es mas feliz la del Angel, pero la del hombre mas fuerte, 154.

Chanzas: Se deben evitar, 51. Ni aun oirse deben, id.

- Id. Què lejos deben estàr de la boca y de los oídos de los Sacerdotes , Id.
- Christo : Por el exemplo que diò , es mas gloria servir , que dominar , 36. Por tres derechos le pertenece el dominio del mundo , 54. En Christo hay tres esencias , y una sola persona , 130. Comunicacion de idiomas en Christo , 131. En el triduo de su muerte no fuè separado el Verbo del cuerpo , ni del alma , 132.
- Christiano : Desdice de un christiano no fiarse de sus mayordomos christianos , 100.
- Clemencia , y zelo de la justicia , 49.
- Clerigos : Su vestido debe ser modesto , 76. Quales deban ser las prendas de los Clerigos familiares del Papa , 102. Los Clerigos que freqüentan la corte , no siendo de la corte son sospechosos de ambicion , 90.
- Conciencia : De su testimonio nace glòria y humillacion à un tiempo , 40. Dos cosas hacen buena la conciencia , 158. Seguridad de la buena conciencia , 166. Miserias de la mala conciencia , 215. Porque muchos no sienten los daños de su conciencia , 167. No serà asi despues de la muerte 221.
- Conviene sufocar en esta vida el gusano de la conciencia , 220. La conciencia buena es lugar seguro , 166. Ella es el compañero inseparable del hombre , id. A quien se permite gloriarse del testimonio de la propia conciencia , 167. Delicias de la conciencia pura , 166.
- Concupiscencia : su sentido no es pecado , si falta el consentimiento , 170.
- Consejero : Sus prendas son la prudencia , y la benevolencia , 145. y sig.
- Consejo : Qué útil sea oír los consejos , 146.
- Consideracion : Sus frutos y provechos , 16. Què sea , 49. De ella nacen las 4. virtudes cardinales , 16. Mira à la dño. con especialidad , 108. Quatro pun-

puntos de la consideracion, 30. Consideracion de si mismo de 3. modos, 31. Que necesaria es à todas nuestras acciones, 15. Tres consideraciones deben prevenir todas nuestras obras, 70.

Contemplacion: Què pena haber de dejar sus delicias, 3. Què sea, 29. Tres especies de contemplacion, 109. Quatro especies de contemplacion, 142. Dos à las suyas, pureza, y alegria, 108.

Conversion: En la conversion como està nuestra vida, 213. La conversion del hombre es obra de Dios, Modo de convertirse, 214. Benignidad de Dios con los recien convertidos, 221. A la facilidad se siguen los combates, id. Dificultad, y rebeldia en los recien convertidos por los sentidos y la costumbre, 223. Tentacion de los recien convertidos, 224. y sig.

Corazon: Parte del corazon y del tiempo se ha de seqüestrar para vacar à la consideracion, 11. Corazon duro se describe, 6. Grados que llevan à la dureza de corazon, 5. Las muchas ocupaciones arrastran hàcia ella, 5. Su pureza consiste en dos cosas, 155. Los pecados del corazon son muy graves, 222. Quanto se debe temer en sus illicitos movimientos, 169. Como se han de limpiar los ojos del corazon, 222.

Corte: Mas facilmente recibe que forma hombres grandes, 91.

Costumbre: Su fuerza, y sus efectos, 4. En vano se alega à favor de los vicios, 81.

Credulidad: Vicio freqüente en los grandes, 52.

Curiales: Sus costumbres, y erradas opiniones, 85.

D

Dignidad, y nobleza de nuestra alma, 229. Es cosa indigna que ocupen las dignidades los indignos, 250. Los que las pretenden deben ser excluidos, 90.

No hay diferencia en que pretendan por sí ò por medio de otro, 90.

Dios: Como siendo inefable, le podemos considerar, 110. Què es Dios, 121. Dios es su ser, id. Dios es el ser de todos, id. Dios solo es principio, id. Es eterno, 122. De èl, por èl, y en èl son todas las cosas, id. No necesita de materia, id. Es inmenso, id. Es la cosa mas excelente que puede haber 123. Son una cosa en Dios sus perfecciones, aunque à nosotros se nos representan como muchas 124. Dios es simplicissimo, id. Todas las perfecciones de las cosas están eminentemente en Dios; pero no divididas 125. De Dios hemos de pensar siempre lo mas excelente, id. Es tan simple como uao 126. Dios es uno para sí y en sí, id. Dios es la Trinidad, y como es uno y trino 127. El misterio de la Trinidad solo por la fè se comprende 128. Hay nueve modos de ser una cosa una, y sobre todos ellos es la unidad de la Trinidad, y tambien la de Christo 129. Nunca se busca à Dios en vano 133. Dios es pena de los perversos, 134. Dios es la pena de los torpes 135. El que està contrario à Dios, no puede convenir consigo mismo, 136. El santo temor y amor de Dios hacen al hombre santo 141. Motivos de amor y temor en Dios, id. Afectos del corazon para con Dios, 142.

Dispensacion: Quando es licita, 74. Quando es dissipacion, 75.

Dominar: Quanto se debe temer el ansia de dominar, 54.

Dominio: No corresponde à los Prelados, sino el ministerio, 55. y sig.

Dureza: V. corazon.

E

Egemplo: Memorabile egemplo del Cardenal Marti-

Mm

no,

- no, 94. Otro de Gaufrido de Chartres, 95. Egemplo de San Gregorio, 21.
- Exenciones: Las excesivas se deben corregir, 69. Sus malos frutos, 71. Quantos escándalos vienen por ellas, 72.
- Eugenio (Papa): Que ageno de avaricia, 67. Suspiros de Eugenio, 95.

F

- Familiares: Los del Papa que arreglados deben ser, 80. Quales deban ser sus prendas, 103. Que agenos deban ser de todo regalo, id. Se reprime su arrogante presuncion, 96. Sus Familiares Capellanes que rezan con el Papa son dignos de honor, 103.
- Fortaleza: Nace de la prudencia, y què sea, 17.
- Fè: Muerta, fingida, y probada, 139.

G

- Gerarquia: Elogio de la Gerarquia de la Iglesia, 72. Se debe respetar y mantener, 73. Tiene su egemplar en el cielo, 74.
- Gilberto de Poitiers: Se confuta su error, 123. y sig.
- Gloria: Poner la propia gloria en los labios agenos no es seguro, 165. Que frivola la gloria humana, 228.
- Grandes: Les es muy necesario el pensamiento de su miseria, 31. y 46.
- Griegos: Cisma de ellos, 56.
- Guerra Santa: Su infeliz suceso, 25.

H

- Hombre. Que sea, 31. Descripcion de sus miserias, 45. Sus obras son simiente de la eternidad, 231.

Todo le falta al hombre que juzga que nada le falta, 41. V. Pontífice.

Honores: Los pretendientes à ellos deben ser excluidos en la Iglesia, 90. Y los Jóvenes que afectan eloqüencia, 91. Para unos son atractivo, para otros temor y tédio, 172. Es cosa indigna que los Niños sean elevados à los honores eclesiásticos por la nobleza de su nacimiento, 173.

Humildad: Su elogio, 172. En los grandes es mas hermosa, 39. Artificiosa humildad de los ambiciosos, 90. Humildad del Centurion del Evangelio, 179. Humildad de San Bernardo, 183. Sin ella nada valen las demás virtudes, 162. De sola la humildad se gloria Maria, 163. Tambien el Señor, id. Es mas necesaria à los Prelados, 172. y sig.

Humilde: Como se ha de prevenir el humilde contra la vanagloria, 166.

I

Impunidad: Sus muchos daños, 77. Se describe, id.

Incuria: Mala rayz de muchos males, 77. Sus daños, id.

Interès: El amor de los propios intereses es un vengero que cunde en la Iglesia, 57. y sig.

Ira: Precipita el juicio en las sentencias, 49. y sig.

J

Justicia: Qual sea su perfeccion, 17. Su conexion con las demás virtudes, 18. Amar la justicia es mas que tenerla, 62.

L

Libertad: Es mala la que se consigue sacudiendo el yugo de la obediencia, 183. Muchas veces la libertad es peor que la servidumbre, id.

Legados: Quienes deban ser elegidos, 92. Sus prendas y oficio, 93.

Ley: La de Dios se debe meditar mas que las de Justiniano, 9. y sig.

Longitud, latitud, sublimidad y profundo, de que debe huirse, 47. Longitud, latitud, y sublimidad y profundo que deben adorarse en Dios, 138. La longitud es su eternidad, la latitud su caridad, la sublimidad su potencia, el profundo su sabiduria, 139. y sig.

M

Mayordomo: Las calidades que debe tener, 99. El fiel debe ser preferido al prudente, id. Como se han de recibir las delaciones que hagan en secreto contra el, 100.

Medio: De la virtud, 19. En todas cosas se ha de buscar, 43.

Ministerio: Este y no el dominio corresponde à los Prelados, 33. Si nadie se entromete sin ser llamado al ministerio de los príncipes; ¿quánto menos à los ministerios de Dios en la Iglesia? 152. y sig.

Ministro: Suspiros de Eugenio por los buenos ministros, 95. Se reprime la arrogancia de los ministros del Papa, 96. Quales son los que llama Dios al ministerio de la Iglesia, 253. Profesion del celibato en los ministros sagrados, 253. y sig.

N

Negociadores: Debe ser terrible el Papa contra los negociadores en cosas eclesiásticas, 23.

Nobleza: En que consista la de los Prelados de la Iglesia, 39.

Negocios: Los temporales apenas pueden tratarse sin dispendio de la vida espiritual, 102.

Novacianos: Se refuta su error, 133.

O

- Obispo** : Es nombre de cuidado y de oficio, no de dominio 35. y sig. Sus peligros, 145. Sus prendas, 153. y sig. Si puede un monge censurar à un Obispo 151. Debe buscar la gloria de Dios, y provecho de las almas, no sus intereses 155. Se le encarga mucho la humildad, 162. Aun el Arzobispo debe reconocer la sugesion, 178. Debe huir la ociosidad, y las chanzas, 51.
- Ociosidad**, y chanzas, que impropias en los Sacerdotes, 51.
- Ordenes**: Los sagrados que consideracion piden antes de determinarse à recibirlos, 250. Justas quejas contra los que sin reflexion aspiran à ellos, 251. Descripcion de estos hombres, id.

P

- Paciencia**: No siempre es de aprobar, 7. y sig.
- Pastor**: El de la Iglesia debe distinguirse de sus ovejas, 150. Sus prendas, 158. Cien Pastores deseaba tener sobre sí San Bernardo, 183.
- Pecado**: Que brebe su deleyte, y que amarga su memoria, 227. Los pecados espirituales son los más graves, 222. Miserable condicion en que se hallan la memoria, y los sentidos por los pecados, 225. Se ha de cerrar la entrada à nuevos pecados, para limpiar los antiguos 222. Pecado de Sodoma, que horrible, y su castigo, 252. y sig.
- Pecador**: Aun à su cuerpo aborrece, 218. Testigos inevitables que tiene el pecador, 231. Como se han de limpiar su conciencia y su memoria, 243.
- Pena**: En los condenados la culpa es indeleble, y la pena interminable, 220. Descripcion de las penas del Infierno, 135. y sig.
- Penitencia**: Una cosa es tenerla, y otra hacerla, 219.

- Modo de hacer saludable penitencia , 222. No la debemos mirar con horror , 233. Como se ha de superar la dificultad de hacer penitencia , 238.
- Pobres** : Sus quejas contra el lujo de los Prelados , y Eclesiásticos , 152.
- Pompa** : Se tiene mayor cuidado de la pompa y dignidad que de la santidad , 85. No conoció la pompa y esplendor San Pedro , 86.
- Pontífice** : Etimología del nombre y oficio del Pontífice , 155. El Romano es digno de compasión por sus ocupaciones , 3. Por qué se llama Sumo , 41. Elogios de su Dignidad , 42. Es Pastor de los Pastores , 42. Su potestad es sobre los Obispos , 43. No tiene igual sobre la tierra , 28. En qué modo pueda tener riquezas , 33. Su prudencia en oír los pleytos , 12. No le es decente ocuparse en sentenciar sobre causas terrenas , sino por graves motivos , 14. Como debe instar en la predicacion , y reforma del pueblo Romano , 87. En qué modo debe arreglar su casa , 97. En qué modo su familia , 99. Que moderado debe ser en conceder exenciones , 72. Resumen de todas las prendas de un Romano Pontífice , 104. Que utilidad puede sacar de los egemplos de humildad y pobreza que le dejaron los Apostoles , 82. Todos miran á sus manos , y pocos á su semblante , 83. Vease Romano , y Sumo.
- Prelado** : Sus prendas son la prudencia , y la benevolencia , 156. El lujo en sus vestidos está condenado , 149. Quejas de los pobres contra el lujo de los Prelados , 152. Les es mas necesaria la humildad , que á los demás , 162. No les puede faltar materia para que trabajen , 37. Son exhortados al cuidado y al trabajo , 33. y sig.
- Pleytos** : Deben exponerse y decidirse brebemente , 22. Abusos introducidos en los litigios , 21. Como se ha de portar el Papa para oírlos y sentenciarlos , 22. Pro.